

Relatos de distintos viajes

Eugenio Costa

A mis viejos. ¡Gracias!

A Ezequiel, Eugenio y Guido.

Buenos amigos son columna de un buen viaje.

Índice

Introducción	I
0.1. La bici	I
0.2. Los viajes	IV
0.3. Los diarios, y el libro	V
1. Los 7 Lagos, de Junín de los Andes a Bariloche	1
1.1. Primeros días, lago Huechulafquen	1
1.2. Por la ruta de los 7 Lagos	2
1.3. De Villa la Angostura a... ¡Bariloche!	4
1.4. ¡Lo hicimos! ¡Y ahora?	5
2. Cruce de la Cordillera, de Mendoza a Valparaíso	7
2.1. San Rafael y el Cañón del Atuel	7
2.2. ¡Empieza el Cruce!	17
2.3. Las 365 curvas de Villavicencio	32
3. Europa	39
3.1. Preparativos	39
3.2. España y familia europea	40
3.3. País nuevo, vida nueva. Alemania.	55
3.4. Alemania en bici	98
3.5. De vuelta en casa: Göttingen y alrededores	149
4. El Noroeste... ¿Argentino?	159
4.1. Al jardín de la República	159
4.2. Paisajes y personas nortenas	161
4.3. Pedaleando por las nubes, el Abra del Acay	171
4.4. Vuelven las vacaciones: hacia la Quebrada	178
4.5. Hogar, dulce hogar	185

5. Bolivia y Perú	187
5.1. El altiplano boliviano	188
5.2. Lago Titicaca	200
5.3. Cuzco	207
5.4. Carnavales de Oruro	211
Agradecimientos	217
Epílogo	219

Introducción

“Lo mejor de los viajes es lo de antes y lo de después.”

Maurice Maeterlinck

0.1. La bici

Desde que nací en 1985 hasta algunos años después pedaleé muy poco. ¡Es que heredaba una bici con rueditas estabilizadoras de plástico duro, que hacían tanto ruido que me daba vergüenza usarla! Por eso demoré en aprender a pedalear sin rueditas. Y pensar que ahora me vendría muy bien instalar un par.

Tiempo después, a la hora de la siesta papá me llevaba a la calle con la misma bicicleta pero ya sin las rueditas. Me decía que no mire atrás y me empujaba hasta mantener un equilibrio, para soltarme silenciosamente. ¡Era increíble poder andar tan rápido y sin ruidos! Pero siempre terminaba mirando atrás sabiendo que no me acompañaría, y el intento de aprendizaje terminaba en porrazo y pocos raspones. ¡Si a golpes se hacen los hombres, gozo de virilidad desde pequeño!

A mis diez años me regalaron una bici rojita con buenos frenos, con la que empecé a andar. Pero esos días lo hacía porque se suponía que lo hiciera, como cualquier otro juego, y no porque de verdad lo eligiera.

Empecé a admirar luego una hermosa bicicleta, me encantaba. Estaba en una bicicletería nueva, y yo iba siempre a molestar al vendedor con preguntas y a mirarla. No podía creer que trajera un nuevo sistema de cambios y que se viera tan bien. Hasta el nombre me gustaba, la relativamente simple “Talera”, que para un chico de once años era una locura. Desde que mis viejos me la regalaron pedaleo porque de verdad me gusta, fue mi deporte elegido. En casa teníamos que practicar por lo menos un deporte, y éste era el que más me divertía.

Andaba sin parar, el vendedor me alentaba a andar siempre rápido para entrenar. No podía ir de casa al centro paseando, lo tenía que hacer exigido. Cada vez podía un poquito más, aunque todavía era chico.

Dos amigos también se compraron buenas bicis, y los demás usaban la de siempre: “la rojita”, “la freestyle” o “la clásica” eran algunas. Paseábamos mucho, organizábamos carreras en las plazas, practicábamos piruetas, también jugábamos a la mancha, que era lo más cansador y divertido. Terminábamos exhaustos o siendo “mancha”.

Planeaba correr carreras pero conseguí competir en cuatro, perdiendo así el campeonato. La más larga fue bajo lluvia y sobre barro. Había ido poca gente porque a nadie se le ocurrió viajar con lluvia, ¡con decir que en mi categoría corríamos dos! Y llegué al glorioso segundo puesto. También el trofeo la hace inolvidable.

Pasó un tiempo. Para entrenar no nos bastaba con andar rápido por la ciudad hasta llegar a las plazas. Nos dedicamos a tomar caminos de tierra, atravesando campos y llegando a pueblos. Los lugares ínfimos y “perdidos” empezaron a ser usuales. Nos alejábamos para conocer, todo nos sorprendía. (¡Esto no cambió mucho!) Una tarde de sol salimos todos los amigos hacia “la olla”, un lugar a 25 km de Pergamino que nos habían recomendado conocer. ¡El primer viajecito! Uno desertó a 5 km de la salida, el pobre venía cargando toda el agua del grupo. Otros se demoraban, pero casi todos cubrimos los 50 km planeados. Al llegar a casa tan transpirado no paré de hablar de lo nuevo que habíamos conocido. ¡Tan hermoso y tan cerquita!

No todos siguieron yendo. De hecho, sólo a dos nos encantó y no dejamos de ir. Mi amigo y compañero de viajes Ezequiel, y yo. Para los chicos era una actividad más aparte de tantas otras, un día de encuentros. Eventualmente nos acompañaban. Para nosotros en cambio era nuestro modo de divertirnos y deporte elegido.

Llegó en esos momentos el primer viaje diferente: a mis 14 años, un amigo de mi viejo me invitó a hacer el cruce de la Cordillera en bici por Mendoza. Viajábamos Julio Godoy –quien organizaba–, Gustavo Bozicovich –un amigo–, mi tío Carlitos al volante, y yo. Así conocí los caracoles chilenos, y los bajé en dos ruedas. Adelanté al primer camión de mi vida, era de ciencia ficción. Las imágenes, sonidos y olores de ese viaje nunca dejaron de rodar por mi cabeza. Estaba admirado por conocer cosas nuevas y diferentes, hermosas. Casi no conocía las montañas.

Después de ese recorrido volví a la divertida rutina de la escuela, y en las tardes a “la olla” con Ezequiel. Durante las varias horas de pedaleo no parábamos de charlar ni de reír. El camino se nos empezó a tornar monótono

y tomamos entonces otros. Empezamos a conocer en cada salida un pueblo nuevo, llegamos a conocer casi todos en el radio de 30 km desde nuestra ciudad. Gelo Godoy, con sus 90 años, nos mostró varios caminos para recorrer a pedal.

Todo esto nos llevó a querer viajar en bici. Cuando comenté en casa la idea que planeábamos para un verano –unir los 7 lagos, desde San Martín de los Andes hasta Bariloche– no me dejaron hacerlo. No creyeron prudente dejarme emprender un viaje de aventuras a mis 17 años. Ir a Mar del Plata en familia y con bici, después de todo, en absoluto me disgustaba. Todavía no añoraba lo que no conocía.

En esas vacaciones no dejé de pedalear, la pasión seguía mudada al mar y sin alforjas. La playa quedaba a 16 km de casa, el camino era una delicia. Conocí además todos los rincones de la gran ciudad.

De vuelta en Pergamino pedaleamos Ezequiel y yo a Peña, pueblo pequeño e histórico. Paramos en un antiguo parador a tomar algo y seguimos, curiosos, alimentando esas ganas de viajar en bici. Este fue mi último viaje en la hermosa y ya desgastada bici, pues la robaron. Sabiendo que no venía mal el cambio, los viejos me consiguieron una bicicleta excelente para seguir andando.

Llegué a entenderme con el nuevo vehículo casi al momento de subirme: lo sentía como una moto. Los cambios eran rápidos y precisos, ¡y los frenos tan potentes!

Ir a la escuela en eso era un verdadero placer, no me importaban los calores del verano ni los fríos del invierno. Usaba pocos minutos en cubrir esos casi cuatro kilómetros, lo controlaba siempre. No dejaba un momento sin hacer fuerza. Recuerdo que una mañana crucé un auto a tres cuadras de casa, y nos volvimos a cruzar al llegar: había llegado tan rápido como el vehículo motorizado. ¡Qué hermosa euforia, después de la exigencia física!

Llegaba transpiradísimo sin excepción, mis amigos me cargaban. La dejaba en sus casas, esperaba a que desayunaran sin buzo ni remera para no transpirarlos, y me miraban como a un loco. A la salida de la escuela también pedaleaba tanto como podía. Presumía adelantando a las otras bicis por la derecha, ¡y si podía por el medio de dos, mucho mejor! Qué peligroso era, y qué hermoso fue. No me alegra, pero es eso lo que a veces disfruto.

Un día llegaba tarde a clase, y por atar la “ametralladora” a un poste fuera de la escuela también me la robaron. Esta vez el mal trago fue difícil de digerir porque esa bici era la continuación de mi cuerpo. Pero los viejos lograron conseguirme la tercera y actual bici, tan buena y confiable como la “Talera”, pero no fuera de serie como ésta. Una bicicleta para andar kilómetros sin preocuparme por su estado, tal como necesito. ¡Ya lleva cuatro

viajes “largos” el fiel transporte! E incontables cortos.

0.2. Los viajes

Finalizado el secundario y cumplidos los 18, tenía permitido salir de viaje con amigos. Entonces empezamos. El primer viaje “planeado” por nosotros (el plan fue comprar un pasaje a Junín de los Andes, un primo nos organizó el itinerario días antes de la salida) fue excelente. Tomamos dos semanas para completar 450 km, viajábamos muy despacio por el peso de las alforjas y para conocer de modo placentero un paisaje tan distinto a nuestras pampas. Volvimos felices, habíamos conocido algo totalmente nuevo, un diferente estilo de vida más simple, más esencial. En el reencuentro de amigos estábamos seguros de que esta era la mejor opción a la hora de salir de vacaciones, y los otros ocho también sentían lo mismo al relatarnos lo que se divertieron juntos por la costa. La eterna decisión: mochila y montañas, o casa y playas.

Pasó un año de estudios con poco ejercicio físico, un Diciembre de pedaños ininterrumpidos, y llegaron las fiestas del fin del año 2004. Ezequiel y yo tomamos un colectivo apenas comenzado el 2005 a San Rafael, Mendoza: planeábamos el cruce de la Cordillera, por la RN7 hasta el Océano Pacífico (Viña del Mar, en Chile). Otro viaje “redondo” en que cubrimos el doble de kilometraje que en el primero, 900 km.

Días después del fascinante cruce llegué a Mar del Plata, donde me esperaba la familia veraneante. Rearmé la bici en la terminal con la ayuda de un turista, y llegué a la casa pedaleando. Me acuerdo de sus expresiones, ¡nunca me habían visto con barba! Entre fotos y relatos no paré de hablar, empapado de emoción mientras iba entendiendo todo lo que habíamos hecho. Se sorprendían porque durante dos días comí sin descanso: desaparecía la panera llena de tostadas, todas las milanesas de la fuente, después (y mientras todos comían postres, ya cansados de esperarme) terminaba con la ensalada que sobraba. ¡La vieja se preocupaba! Me bañaba dos veces al día. Dormía cómodamente, mucho. Se vuelve al hogar y se vive lo mismo que antes de la salida, pero viéndolo desde otro punto de vista, otro modo de pensarlo. Es apasionante vivir estas dos vidas en el mismo año.

Ese Enero llegué a Pergamino con mil ideas por contarles a mis viejos: todos los proyectos que habíamos tratado durante el viaje con mi amigo. En una cena les comenté, luego de toda una lista de viajes por América, que a modo de broche de oro, al recibirnos de Ingenieros, nos gustaría dar una buena vuelta por Europa, antes de empezar la vida de “adultos” con

trabajo fijo. (Luego me cambié a Ciencias de la Computación, ¡menos mal que papá no aceptó!) ¡Para soñar lo hacemos en grande! Es que el mundo es enorme e interesante. Papá contestó, con una simpleza imposible: “¿Porqué no te vas ahora? No sabés si al recibirte lo vas a poder hacer”. Abrí la boca, pero quedé mudo. Y siguió: “Comunicate con nuestros amigos, seguro te van a ayudar”.

Un cuatrimestre de estudios, el vuelo transatlántico, un viaje *distinto*, muchos escritos, y la vuelta.

Ya en Diciembre, festejamos el Año Nuevo de 2006 en casa, y esa misma madrugada salimos Ezequiel y yo a pedalear por Argentina. Queríamos llegar para ese Febrero a Ushuaia partiendo desde Bariloche, alrededor de 2.000 km de Patagonia; pero diversos contratiempos nos llevaron a conformarnos con unir San Martín de los Andes con Esquel, alrededor de 800 km. ¡Conocí los límites, que hasta entonces nunca se me habían presentado! Sin embargo logré disfrutar mucho de este paseo, porque luego de un viaje en bici solo por Alemania, dependiendo de internet para sentirme acompañado, ya no me importaba estar en Villa la Angostura en vez de más cerca de Ushuaia; con un amigo todo era diferente. No necesitaba hacer cosas enormes para divertirme, basta con estar bien acompañado y con buena voluntad.

Después conocimos el Noroeste Argentino, y luego Bolivia y Perú (aunque esta vez de mochileros); nuevos viajes perfectos, cada cual con su particularidad.

0.3. Los diarios, y el libro

Al embarcarnos Eze y yo en nuestro primer viaje en bici, mis viejos, un tanto preocupados, me pidieron que enviara noticias siempre que pudiera. Al encontrar cyber-cafés me sentaba a escribir unas líneas informativas, pero no podía parar de escribir. La cantidad de cosas que conocimos fue apabullante, y compartirlo es para mi otro modo de seguir disfrutando. ¿Qué placer más grande que volver a casa y contar un viaje? ¡Yo empezaba a hacerlo desde la misma ruta, gracias a la red! Me respondían a estos mensajes que escribiera más, para mantenerlos al tanto y para tener el recuerdo siempre fresco. Entonces, durante el viaje por Mendoza, escribí más. Y de nuevo la misma cadena de elogios y recuerdos guardados. Releer esos escritos durante el año es para mí volver a sentirlos.

Al viajar a Europa supuse que escribiría bastante, ¡pero no imaginaba tanto! Mis amigos bromeaban diciendo que no les alcanzaba el tiempo para leerlos, la familia se alegraba y quería aún más detalles. Así es que no

dejé pasar tres días, siempre tenía una computadora conectada a mano, y siempre ocupaba una hora de inactividad turística para escribirles. Entonces quise escribir. ¡Era tal placer hacerlo sabiendo que en Argentina familiares, amigos y hasta conocidos no tan cercanos esperaban con ganas esos diarios! Y no escribía pensando en revivirlo dentro de tres meses, ni en los elogios y buenos deseos que me llenaban de entusiasmo; lo hacía reviviéndolo en ese preciso instante, al intentar llevar lo descripto a quienes leyeran. Revisaba las fotos del día para no olvidar ningún momento, realmente lo volvía a vivir.

Así junté esa cantidad de escritos que insinúan un libro. Y le di forma, con la esperanza de algún día imprimirlo y poder compartir esas vivencias más allá de mi familia. Significará mi mayor satisfacción que ustedes, al leer estos relatos, los puedan vivir también conmigo.

Nota preliminar:

Notarán que cada viaje tiene un estilo de escritura distinto, quise mantenerlos tanto como el libro permitiera. Espero haber logrado un equilibrio entre la corrección y cierta imparcialidad que merece un texto descriptivo, y la cálida frescura de los relatos originales.

Capítulo 1

Los 7 Lagos, de Junín de los Andes a Bariloche

*“No escuches lo que dicen. Andá, miralo.”
Proverbio chino.*

1.1. Primeros días, lago Huechulafquen

Estoy en San Martín de los Andes, y les cuento que estoy de diez. Esto es increíble, no lo puedo creer. El primer día embarcamos en las bicis hacia el lago Huechulafquen. ¡Eran las 2am y seguíamos pedaleando, desde las 6:30pm! Nos agarró la noche como a los mejores, pero seguimos a pie, a la luz de la luna llena, que iluminaba la enormidad del lago. A las tres de la mañana paramos en el primer campamento que se nos cruzó, y empezamos a armar la carpa y el calentador para cenar unos ricos capeletinis de verdura. Comimos, ordenamos, y a la bolsa. A las 10:30 nos levantamos, fuimos al lago a lavar las cosas, ordenamos todo, y partimos hacia el lago Paimún, muertos después de las cinco horas de caminata/pedaleo de ayer con peso y montaña. ¡Además, este primer día nos tocó viento en contra!

Hacia el Paimún tuvimos unas bajadas fenomenales. Con todo el peso de las alforjas sobre la rueda de atrás, la delantera bailaba. A 25 km/h parecían 240 km/h; y no nos lastimamos, lo que no quita que no nos hayamos caído. Llegué a 47 km/h y Ezequiel iba más rápido. Un entretenido peligro en esas bajadas-subidas, curvas-contracurvas, etc-etc.

Perdidos pasábamos el Paimún, cuando nos encontramos con Alfon –mi primo– de pura casualidad. ¡Llegaban justo de cortar leña! Volvimos a su

campamento, donde nos esperaban los cuatro amigos con una trucha (que no fue pescada por ellos, ¡aunque intentaron!) y algunos choclitos hervidos. Luego caminamos a una cascada, que pudimos ver desde abajo y desde atrás. ¡Parecía una catarata y tenía sólo 5 metros! De los 45 minutos que tomaba llegar, 15 éran trepando una motaña a través de rocas. Inolvidable.

Volvimos a ver cómo pescaban con mosca, un embole, pero al lado del lago y a los pies de los cerros y del volcán Lanín, no la pasamos muy mal que digamos. Dormimos ahí, y salimos la siguiente mañana en un cole a San Martín de los Andes.

Aquí estoy, después de dar unas vueltas para reconocer terreno. Fuimos a una farmacia para ver qué le pasa a Eze, y aunque le digan que no pasa nada no se puede ni mover. No sé si sigue, vuelve o se queda, pero mañana me gustaría seguir, lo vemos esta noche.

Un fuerte abrazo a todos, estoy de diez acá en el Sur, conociendo. Bueno, nada más, muchas gracias, viejos;

Tute.

1.2. Por la ruta de los 7 Lagos

Eze se sintió mejor, así que de San Martín de los Andes salimos hacia el Lago Hermoso. Fue un poco duro pero estuvo mortal. Pasamos por el lago Lácar (donde compré el pasaje, llego a Mar del Plata el 21 a la noche, ¡espero carne con tomates!), el Machónico (se veía lindo; ahí hablé con un propietario de un VW Passat, ¡un mentiroso sobre su auto!); y llegamos al lago Hermoso, donde acampamos y la pasamos frío. Venimos corriendo carreras porque ya estamos en Villa la Angostura y pasado mañana en “Bariló”, planeado para dentro de una semana.

Del Hermoso salimos al Espejo Chico, pasando por el Falkner (de los más lindos), Villarino, y otros que ya no recuerdo. ¡Cierto, el Escondido! Divino. Teníamos tres capas de transpiración con sus respectivas tres capas de tierra pegadas. Asquerosamente divertido.

Dormimos en el Espejo Chico, hermosísimo lago. Al fondo se empiezan a ver los picos nevados de la Cordillera, más cerca de la costa se ven truchas saltando, y hay flores amarillas por todo el pasto. Un espectáculo. Comimos capeletinis con “puré Cica” arriba, riquísimo.

De allí nos fugamos para Villa la Angostura. Pasamos por otros lagos, nos cansamos mucho; por ese ripio con piedras a 25 km/h se sentía como a 80 km/h. Pero la cosa es que no íbamos a 25, ¡llegamos a 45 km/h con alforjas y todo! Arribamos sanos y salvos y vivos, una bajada inolvidable. De

verdad. Cubiertos por un túnel de árboles y árboles que nos hacían sombra, en bicis sobre el ripio. . . es un sueño que se hace realidad. Pasamos por Pichi Trafal, un camping muy organizado pero más lleno que Punta Mogotes en Mar del Plata, así que seguimos a la Villa. Fue un poco cansador.

Mucha gente en el camino nos tira buena onda, algunos no lo pueden creer. Nos cruzamos un paralítico en una especie de triciclo movido por sus brazos. ¡Con una camioneta de apoyo recorría los 7 lagos! Hay que tener fuerza de voluntad para hacer eso. Y ganas de vivir. Un grande.

¡Olvidaba de contar sobre una subida larguísima y terrible con viento en contra! Pero eso no es nada, imaginémosnos transpiradísimos, con cada auto echándonos mucha tierra. Pero les digo que no es nada, ahora imaginémosnos subiendo a 4 km/h en el cambio 1-1, rodeados por *siete* tábanos que se metían en los ojos, orejas, nariz, boca, picaban las piernas, y qué se yo que más. ¡El mal humor de Ezequiel fue lo más divertido que viví, en ese tramo! Fue realmente insoportable pero yo me divertí mucho con esos molestos zumbidos. En la bajada los perdimos, y pudimos seguir viaje en paz.

En Villa la Angostura conocimos el Parque Nacional Los Arrayanes. A eso no lo puedo describir ni en video, ni en foto, ni en persona, ni menos que menos escribiendo. Pero probemos. Eran 12 km a través de Alerces, Coihues y otras yerbas, de un camino lleno de subidas y bajadas sin viento, dentro de un túnel de vegetación del ancho promedio de dos personas y rodeados por el lago Nahuel Huapi. Ahí fuimos rápido de verdad, por lo que era el camino. Como las alforjas estaban en el campamento no había problemas en las curvas. Esos 12 km se nos tornaron 3 km, primera vez de todo el viaje en que lo que hicimos pareció menos. Recorrimos el parque, increíbles los lisos, fríos y anaranjados Arrayanes, y volvimos.

Esto merece más que mil palabras; imaginen, simplemente, el paraíso terrenal para el cicloturista. Después de esto no espero nada del Bahía Manzano recomendado, porque no puedo imaginar algo mejor. El camino a veces estaba escalonado, o lleno de raíces, así que destrozamos las llantas, pero de verdad que no tiene precio recorrerlo. Ahí sí que planeo volver diez veces por año, más allá de los 7 Lagos.

Ya de noche, empezamos a pedalear en busca de algún campamento saliendo de la Villa. Ezequiel insistía en seguir a la luz de la luna hasta Bariloche, pero entre cansado e inseguro en la ruta, lo convencí de parar. Encontramos un campamento pasando Bahía Manzano. Mañana recorreremos por aquí descansando, ya que pasado viajamos 70 km hasta Bariloche, y lo haremos en un solo día. Allá saldremos de joda una noche, recorreremos el Circuito Chico y demás yerbas barilocheñas. Eso es todo, creo. No... qué va a ser todo. ¡Qué lindo recordar!

Apenas vimos el Nahuel Huapi desde la ruta nos volvimos locos de la emoción, pero también de la sed y garganta seca. No sé estimar pero a más de quince metros de altura sobre el lago estábamos seguro. Empezamos a deslizar tipo “culi-patín” por la tierra, ensuciamos todo, pero llegamos a las rocas cercanas al lago. Fue adrenalínico pero valió la pena: ahora podíamos tomar agua fresca y veíamos pececitos chiquitos recorriendo el lago. La cuestión era ahora subir, y, obvio, por esa tierra resbaladiza no lo lograríamos. Así que rodeamos un poco el lago, subimos a través de rocas un poco flojas, y encontramos plantas. Miramos arriba y ahora era acantilado, pero siguiendo un poquito más pudimos subir a través de tierra, agarrándonos de las plantas. Llegamos arriba después de mucho trepar. ¡Casi terminamos el agua que bajamos a buscar en ese viaje cuesta arriba!

Madre, no sabés lo que valieron tus alfajores “Capitán del Espacio” acá, en el Sur. Otro comentario sin relación: de vez en cuando cruzamos un camión internacional y me dan ganas de manejarlo.

Agarren un mapa porque sino no entenderán ni la mitad de lo que hablé. ¡Con decirles que yo aprendí bien el mapa recorriéndolo!

Bueno, si querían que escribiera, ¡lo lograron!

Un fuerte abrazo a todos,

Tute.

1.3. De Villa la Angostura a... ¡Bariloche!

Hoy salimos del camping de Bahía Manzano en Villa la Angostura, a recorrer la bahía. Me hizo acordar mucho a Cariló, con la diferencia de que si girábamos la cabeza a algún lado siempre se veía el lago. Salimos para Bariloche sin saber si llegábamos al anochecer o a la madrugada siguiente, pero el viento quiso que llegáramos a las 8 pm, bien de día acá en el Sur. Un viento a favor infartante, las subidas eran planicies, las planicies bajadas, y las bajadas eran euforia.

Mucha gente saluda a los ciclistas para levantar los ánimos, y lo logran. Hicimos en un día 70 km casi, llegamos bien. Nos sacamos fotos en los últimos carteles de distancias, y calculamos unos 330 km recorridos hasta ahora, sin contar las vueltas que se avecinan por Bariloche.

Aunque no lo crean... ¡paramos en el mismísimo hotel de nuestro viaje de 5°! Nuestra habitación está justo en frente de donde dormía la mitad de nuestro grupo de amigos. ¡Lindos recuerdos que hay al volver ahí! Pagamos más que siempre, pero se justifica fácil: camas, ¡sábanas!, ducha, inodoro, ¡bidet!, TV, alfombra y... ¡jabón! ¡Jabón, después de ocho días! Fue increíble.

Diez minutos de agua caliente sin que te joda si alguien abre la canilla fría y te queme, o la caliente y te congele. Me enjaboné hasta las patillas, y antes de enjuagarme me froté; sobre la bañera blanca se iba tierra, y tierra, y tierra... ¡Increíble la cantidad que traía! ¡Un asco!

Mañana voy al lavadero, porque la (casi única) remera no solo tiene olor a humo, transpiraciones o al lago; el jabón blanco también hace lo suyo. Y tiene un color marrón que mata. Las medias la van a pasar bien en la lavandería, también.

Ahora estamos en un cyber después de comer una pizzita; mañana nos iremos del hotel a un campamento libre para no secarnos de plata, y esa será la noche de jodas en Bariloche porque lo vamos a encontrar a Eugenio, otro amigo que anda por acá.

¡Hoy por fin voy a dormir sin pasar frío en algún momento de la noche! Mañana recorreremos algunas calles de Bariloche y el circuito chico.

Ma, llego a “Mardel” el 22 a la noche. Nos vemos;

¡Tute!

1.4. ¡Lo hicimos! ¿Y ahora?

Hicimos el circuito chico, fue entretenido. Vimos de diversos puntos el lago, y nos cruzamos en el camino –por primera vez de tres– una Porsche Cayenne Turbo.

Ibamos a 40 km/h en una bajada, cuando me di cuenta de que en ese punto nos habían sacado la foto en el viaje de 5° año, con el hotel “Llao Llao” de fondo. Clavé los frenos y posamos para otra foto. Subimos hasta la puerta del hotel, volvimos a bajar, recorrimos la playita frente al lago, y seguimos. Encontramos un lugarcito entre árboles para parar que tenía un cartel que invitaba a una caminata de 45’ hasta el lago Escondido (el de Bariloche). Dejamos las bicis a la vera del camino (locura) y empezamos.

Nos sacamos una foto con Arrayanes en un pequeño bosque que encontramos (nos quitamos las ganas: ¡no teníamos esa foto del Bosque!) y caminamos por un camino rodeado de cañas que hacían de túnel. Lindo sendero, con el Nahuel Huapi a veces bordeándonos. Caminando y corriendo llegamos de nuevo hasta la ruta del Circuito Chico, ¡qué locura! El Circuito Chico es una gran curva, y lo que habíamos hecho con la caminata era cortar camino por una recta. O sea que hubiésemos llegado tranquilamente al Lago Escondido de haber seguido pedaleando, como luego haríamos. Claro que igual valió la pena: esa caminata fue divina. Volvimos a donde estaban las bicis, y seguimos.

Después de una curva y contracurva por la ruta que agarramos muy rápido, llegamos al Escondido, un pequeño y pintoresco lago usado por nadadores. Un lindo muelle, y mucha gente. Seguimos el circuito y pasamos por una cascada, donde paramos a tomar un chocolate y a sacarnos una foto: era un lugar que también visitamos en 5°. Continuamos camino, hasta darnos cuenta que llegábamos al cementerio del montañés. Entramos. Lindo lugar: 5' de caminata cuesta arriba para llegar al pie de una montaña, desde donde se veía el Lago y varias cruces, historias y cosas. Muy interesante. Seguimos, paramos en Colonia Suiza donde Eze compró un licor para regalo (con Euge no nos encontramos de noche, hablando del tema), miramos el paisaje, y continuamos cuesta abajo entre curvas. A 40 km/h pasamos una curva de 90° que termina en puente. ¡Todo era así! Qué lindo. Había que frenar (¡en bici!) para no pasarnos en las curvas. Me parece imposible: en la bici, aparte de poder doblar mucho, nunca se anda tan rápido. Ahí sí.

Luego de una bajada había una curva de 180°. Se me empezó a cerrar más de lo que podía doblar, y tuve que frenar para no caer a la banquina. Seguí hasta que encontré un parador donde esperar a Eze. Comí una rica mitad de cereza que había tirada en el camino (la otra mitad estaba podrida, seguro alguien la tiró por la ventanilla), y seguí esperando. ¡Cuando llegó me contó que en esa cerrada curva casi choca contra un auto! El auto seguía derecho para tomar un desvío, y él lo esquivó y por eso se cayó, cortando el cable del freno trasero. ¡Y no tuvo más que algunos golpes! Menos mal, era maniobra peligrosa.

Seguimos pasando días en Bariloche, recorriendo, leyendo, conociendo, descansando. Nos adelantamos al pasaje de vuelta. Al camping había tres o cuatro cuadras de subida empinada. ¡Un día la logramos subir sin bajarnos de la bici! A la bajada era un verdadero peligro, porque no se podía controlar muy bien la bici entre la pendiente y los serruchos. Además, terminaba en curva cerrada, y si subía justo alguien lo podíamos llevar puesto. ¡Pero nunca ocurrió, por suerte! Cuánta suerte tuvimos este viaje.

Terminamos en la Terminal, luego de embalar las bicis. Eze se fue en un cole 2 horas antes que yo (un viaje desastrozo: ¡se le salió una rueda y tuvo 5 horas de retraso!). Yo me fui dos horas después por "Via Bariloche", nada mejor. ¡Con los \$0,10 que tenía pretendían que le dejara propina al maletero para que subiera mi bici, sabiendo que no había pagado sobrepeso! Imposible, pero la subió igual y ni aceptó los 10 centavos, muy buena onda. El azafato del cole había visto eso, y me dejó doble ración de cena caliente más la entrada fría. Qué atención. ¡Estaba sobre un colchón, después de 15 días durmiendo sobre tierra! No lo podía creer. Dormí y comí profundamente.

Me bajé en Mar del Plata, y fin del excelente viaje.

Capítulo 2

Cruce de la Cordillera, de Mendoza a Valparaíso

“El viajero ve lo que ve, el turista ve lo que fue a ver. El propósito de viajar no es pisar tierra extranjera, sino pisar la propia tierra como si fuera extranjera.”

Gilbert Chesterton

Emocionados antes de la salida a nuestro segundo viaje en bici, y luego de armar el equipaje y comprobar que quedara firmemente sujeto al portapaquetes, un día antes de la partida salimos, a la hora de la siesta, a dar una vuelta con bicis cargadas por Pergamino. Eufóricos por el inminente proyecto recorrimos el centro, anduvimos a distintas velocidades, comprobamos si las alforjas molestaban al pedaleo, y cruzamos a pocos amigos, de quienes nos despedimos.

Volviendo a casa nos sorprendió un diluvio de verano que nos empapó tanto como a nuestro equipaje, y así probamos que las nuevas alforjas *no son* impermeables: hay que cubrirlas bajo la lluvia. Mejor tarde que... ¡demasiado tarde!

La siguiente mañana subimos al colectivo con nuestro equipaje sucio y mojado, ¡como si estuviéramos llegando en lugar de empezando!

2.1. San Rafael y el Cañón del Atuel

Lunes 3 de Enero de 2005

El colectivo “TAC” que nos llevaría hasta la terminal de San Rafael quemó su embrague 30 km antes del destino, así que, con la ansiedad que

ya nos movilizaba, tomamos nuestro equipaje, quitamos los cartones de las bicis, las armamos y empezamos a pedalear. Los pasajeros y el conductor nos miraban sorprendidos, este último nos dejó varias galletitas que usan en los desayunos para nuestra jornada. Malo el coche, pero esa ansiedad no nos permitió verlo. Nos calmó salir antes, pero no fue la mejor idea porque nos separaban aún 50 km del primer paisaje bonito: el Cañón. Antes, planicie árida con muchos álamos. TAC arregló su vehículo, y al pasarnos nos tocaban bocina y hacían señas de luces: “¡buen viaje!”

Nada muy interesante por estos kilómetros, solo el hecho de estar sobre nuestras bicis en suelo mendocino (nuevo para nosotros), con alforjas y respectivas banderitas argentinas. Entramos en una bodega que cruzamos, interesante conocer pero nada que me atrape.

A los 50 km empezó el cañón, donde pinchamos una rueda que se reparó rápidamente. Cambiar la cámara delantera es más fácil porque no lleva el peso. Pasamos a un grupo de treinta ciclistas adultos reunidos en la banquina, que tenían colectivo de apoyo. Nos saludaban muy cariñosos gritando: “*jéeesos son ciclistas!*” Es importantísimo el apoyo y afecto de la gente para mantenernos incentivados y con toda la energía para el viaje. Devolvimos agradecidos sus saludos sin dejar de pedalear.

Recorrimos luego 25 km de este paisaje lindo, es decir, completamos 75 km en el primer día. A orillas del río Atuel, en un lugar barato y lindo armamos campamento. Por ese río pasan más raftings que colectivos por una avenida porteña, y es tan calmo que decidimos que si subimos a un bote lo haremos en Uspallata por el río Mendoza, más movido. Se verá.

Cena, y a descansar.

Martes 4 de Enero

Descansamos bien pero, quemados por el sol, decidimos esa mañana postergar la salida. Había un sol radiante, así que nos metimos en el río y caminamos un poco por el lugar. Pasamos las horas de la siesta bajo la sombra de un buen árbol, echados sobre las bicis cargadas.

Todavía frescos por el chapuzón salimos a pedalear; imponente el Cañón del Atuel. Después de una sinuosa subida y túnel cruzamos el primer dique: a su derecha se muestra el gran lago que forma, y a su izquierda, un pequeño y lejano cursito de agua. Durante la subida veíamos la inmensa pared de hormigón acercarse, impresionada. No estaba trabajando en ese momento.

La subida era larga y en curvas, el paisaje mutaba constantemente. El cielo atrás estaba claro como en una playa veraniega, y adelante estaba azul oscuro y de grises, parecía una gran tormenta. ¡Nos inquietaba que lloviera!

Para proteger el equipaje lo cubrimos con nylon, poco estético pero útil. Parábamos en cada curva que hubiera guarda riel donde apoyar las bicis para mirar al paisaje, comer las barritas de cereales que nos regalaron en Navidad, y para descansar de la subida que nunca terminaba. Y seguimos subiendo intensamente hasta llegar a la cima del cerro. Pero ahí no era la cima, aparecían curvas y ondulaciones, y las seguimos subiendo, hasta el punto más alto. ¿Pero los cerros crecen acá? Subimos un poco más (se hizo *largo*) para llegar a la cima de verdad, desde donde podíamos ver con ojitos asombrados la bajada que nos esperaba.

¡Por fin el placer! Y para aumentarlo empezaba una fina lluviecita, las curvas de ripio exigirían más atención. Nos sacamos fotos arriba (las caras de loco suelto dan gracia) y comenzamos. Unas piedrotas –imposibles de ver por la lluvia que bañaba la cara– sobresalían del camino. ¡Cuando me sorprendió la primera casi pierdo el manubrio y beso al piso! Pero por suerte no pasó, y seguí acelerando agarrado más firmemente para poder pasar por sobre las otras cada vez más rápido, rígido sobre la bici, sin sentarme por supuesto. Inolvidable, la suspensión gritaba un sonido metálico en cada choque, salvaba mis muñecas y equilibrio. ¡Y cómo se sentía estar ahí arriba! Sumado a la velocidad, la tierrita bañando la cara y bici, las alforjas balanceándose, el olor a tierra mojada, estar en Mendoza... Alegría.

A 25 km del primer campamento llegamos a un lugar sin pendiente donde paramos a tomar agua, miramos hacia abajo, y encontramos un valle con árboles y plantas verdes. Increíble, sólo se ven arbustos bajos por esta zona, pero éste parecía un rinconcito de Villa la Angostura. El río cerca, y una islita de piedras en el medio sonarían toda la noche. Eso es lo lindo de viajar a pedal: es más fácil de llegar a ver esos rincones. Queríamos bajar, pero había una cuesta empinada de piedras sueltas, imposible con todo cargado. Pedaleamos hasta encontrar un buen lugar por donde acercarnos; cruzamos por ahí un cartel anunciando la prohibición de acampar: “el uso de diques puede inundar la zona”. Por eso sería tan fértil esa tierra.

Llegamos a una bajada menos intensa y, uno arriba y el otro abajo, nos arreglamos para mover las bicis, cargadas como mulas. Echamos la carpa en unas hierbas altas que hacían de colchón (impensable en un viaje de mochilero, y menos por zonas áridas), al lado de un árbol de esos viejos y muy grandes, donde cocinaríamos los capeletinis. Hicimos un tesito a orillas del río... lo único que molestaba eran unas mosquitas que ni siquiera picaban (recordando los tábanos del sur, invalorable). Paraíso.

“Hacer un tesito” de viaje significa bajar al río a buscar agua fresca, traerla en un tarro de lata, encender un fuego con ramas y algún tronquito, y (si no se pudo de modo más simple, como esta vez) sostener durante 5

minutos con una rama gruesa y verde la lata sobre el fuego. Las tacitas son de plástico: tomar de un recipiente de lata quemará irremediablemente los labios. ¡Ese es el “placer” del té de mochilero!



COMO EN CASA.

Cruzamos a la isleta del río, pisando las piedras grandes para estar firmes. La correntada era fuerte, pero al pasar más baja que nuestra cintura nos permitía caminar. Yo crucé primero, y, para no mojar dos pares de zapatillas, tenía que tirarle a Eze mi par. ¡Con errar un tiro perdía mis zapatillas en el río y se terminaba el viaje! Pero un poco nervioso y otro divertido llegué a tirarlas, así que bien calzado Eze cruzó a la isleta. ¡Agua *fría*! Empezaba justo una lluviecita fina con sol, ver las gotas iluminadas caer, refrescando, me hizo sentir en un oasis. Miramos alrededor, dijimos “esto es lo que queremos”, y volvimos a buscar troncos para mantener un largo fuego después de la cena.

Mientras buscábamos los leños empezó a sonar una tenebrosa y fuerte sirena, ¡peor que las de los bomberos! Y qué más podía ser que el cercano dique, si ahí hay *nada*. Me desesperé. Volvimos a fondo al campamento, lo primero que hice fue subir la bici hasta un lugar alto, en la cuesta de las piedras sueltas. Estaba asustadísimo, porque imaginaba esa imagen de dibujitos animados en que viene una ola enorme que se lleva todo, y Eze, más tranquilo, se descostillaba de la risa de sólo ver mi cara. Cuando me tranquilicé un poco y entendí que no era así de grave intenté bajar la bici,

pero no podía. La había subido tanto como nunca hubiera podido: ¡era imposible subirla hasta allá corriendo a través de las piedras sueltas! Ahora no parábamos de reirnos.

“¿Y ahora qué hacemos?” El campamento estaba armado. ¡Toda esa noche estaba armada! Clavamos una rama a orillas del río para comprobar que el nivel empezaba a subir, y sí; nos exigió levantar campamento al hundirse lentamente. Todo lo que desarmamos, ¡todo!, de nuevo sobre las bicis. Alrededor de las 9 de la noche, cuando todavía ni habíamos cenado. Triste pero así era la vida. Armamos todo, y repetí la foto que sacamos al llegar mostrando al campamento, pero ahora enfrente no había más que el paisaje y la carpa doblada sobre el pasto. Por la poca luz y mi mal pulso (entre nervios y cansancio) salió movida. ¡Como para olvidar el momento!

Abandonábamos nuestro lugarcito saliendo por el barranco “fácil”. Volvimos unos metros por la ruta para sacarnos una foto con el amigable cartel “prohibido acampar” y, ¿qué encontramos a su lado? Un camino perfecto para subir y bajar pedaleando al mismo valle. En la emoción lo pasamos por alto y tuvimos que hacer malabares para transportar la carga.

Empezamos a andar de noche. Estábamos un poco cansados por el kilometraje del primer día y la subida de hoy, pero no podíamos hacer otra cosa. Salieron todas las estrellas que pudieron pero la luna no se asomó, es la luna nueva más inoportuna que me haya tocado. Nos iluminaba una humilde linternita encintada a mi manubrio, entre su poca iluminación y mi mareo a veces perdía la línea del camino. ¡Y el compañero que seguía mi huella me retaba por no ir por el medio! Poca agua y mucho cansancio para mí me dejaron con baja presión, me costaba enfocar. Cuando la rueda delantera empezaba a saltar, o el pedal izquierdo a tocar la tierra acumulada en la banquina, era señal de no estar avanzando por donde queríamos. ¡Gracioso por el final feliz! (No nos caímos al río.) Pasamos un restaurant y un dique, buscando otro cuadrado de pasto donde armar la carpa. Por el camino, simplemente, no había lugar.

Los diques son algo impresionante, sobre todo para estos dos estudiantes de Ingeniería. Es interesantísimo estar sobre esas moles que vibran tanto para producir, de la fuerza del agua bajando, energía para las licuadoras y bombitas de luz de las casas. Qué ingenio.

Volviendo a nuestro problema, a medida que avanzábamos buscando un cuadrado libre de arbustos y fuera del paso, el camino se tornaba más angosto y desértico.

En el camino encontramos un túnel escarbado en la piedra de la montaña. Oscuridad plena adentro, y las linternas con suerte llegaban a iluminar el rugoso techo. No podíamos saber el largo, ver si era en curvas, si habría

alguien adentro, si nos chocarían. . . Llevábamos una baliza en la parte trasera de las alforjas para ser vistos. Pero, ¿y si venía alguien medio dormido? Dejamos las bicis sobre el camino pensando todas estas cosas y, seguramente, exagerándolas. Por supuesto no nos quedaríamos hasta que saliera el sol, así que volvimos a montarlas y encaramos esos metros. Si alguien nos tomaba del hombro o nos gritaba cerca, con plena seguridad se nos detenía el corazón.

Y en plena oscuridad y con los ojos abiertos muy grandes, avanzando lentamente, se escuchó un “¡jchánnk!!” Y. . . ¡luz! Al hablar lo hacíamos murmurando, así que mi alarido, y su correspondiente eco, se hicieron notar. ¡Ahora no podíamos parar de reír! Habría sensores que al notar movimiento encenderían las luces, igual nunca escuché un encendido tan ruidoso. Aunque no tengo dudas de que al venir asustado y dormido lo magnifiqué. Cruzamos el túnel, no recuerdo si por el tiempo que demoramos las luces se volvieron a apagar y a prender, pero ya estábamos adentro y advertidos del ruido que provocarían.

Pasada la medianoche y aún sin comer, nos sentamos sobre el camino para descansar un rato. El cansancio molestaba. Comimos bastante chocolate “Cabsha”, me dejó tan asqueado que aún me invade una fea sensación con sólo ver el paquete. Imaginen empezar a andar en bicicleta ya cansados, con estómago vacío, y, horas después, literalmente en medio de una noche y del camino, esperando un lomo completo con huevo y muchos aderezos, abrir el plástico del chocolate medio derretido, y comerlo en abundancia. ¡Disgustó! Pero tenía hambre. Cuando hay hambre sí hay pan duro, pero se lo come igual.

Era la una de la madrugada cuando llegamos al siguiente dique asesino de acampantes, para cenar los tan esperados capeletinis. Ayer comimos polenta con tuco, pero esta vez el plato no gozaba siquiera de un saborizante. El precavido de mi compañero llevó atados los leños que íbamos a usar en la cocinita de aquel valle, una salvación. Todavía me pregunto cómo logró encenderlos: conseguir ramas en estos paisajes no es tarea fácil. Los comimos sentados sobre el gran muro de ese dique, con las piernas colgando sobre la gran caída, mirando al vacío y el agua caer. Algunos reflectores iluminaban la obra, era en verdad espectacular.

Hasta el otro dique nos separaba poquito, 8 km creo. Claro que en ese momento eran mortales para mí, pero no significaban una locura. ¡La situación entera era una locura en realidad!

La suma tiene que dar 118 km para esta noche en que armamos la carpa en una placita, al lado del dique cuarto. Me tiré así nomás, con todas las botellas vacías alrededor, y palmé instantáneamente agradeciendo ese pedazo

de pasto. “Prohibido acampar” en ese parquecito de la entrada, obviamente, pero de verdad ya no quedaba otra posibilidad. Eran las 3am al momento de dormirnos. Un día que no podemos tildar de aburrido.

Miércoles 5 de Enero

Alrededor de las diez de esa mañana me despertó el calor del sol sobre la carpa. La micción amarilla intensa revelaba mi deshidratación. Dolor de cabeza al moverme y esa cosquilla anterior al calambre constantemente presente en las piernas confirmaban.

Se despertó Ezequiel, y entramos al dique a pedir agua. El gran ruido de las turbinas nos impedía anunciarnos a dos obreros que trabajaban del otro lado de la entrada. Entré en la cocina, había un dispenser de agua, de los de oficina. Entre lo que tomé en ese momento y las botellas que llené, lo vaciamos. Ezequiel se preocupaba un poco porque nadie sabía que habíamos entrado, pero yo me sentía mal, y no me incomodaba nuestro exceso de confianza. Tomé hasta saciarme, y ya me sentía mejor. Cansado físicamente, pero bien dormido.

Antes del mediodía partimos hacia el Nihüil, donde dormiríamos aquella noche. Entre 10 y 15 km no sonaban demasiado, pero unos caracoles en subida en ripio me terminaron de fulminar. Color verde por el cansancio, me puse verde claro cuando vi los caracoles desde arriba: ¡qué bien lucían! Nuestros primeros caracoles, ¡y de subida! Las familias subían y bajaban en auto, tomando mates y comiendo galletitas o facturas. A nosotros se nos caían las babas como a perro. No se imaginan cómo empecé a valorar el auto, las comidas, la limpieza... y el Viaje.

Llegar a El Nihüil fue al principio una liberación, después una mala sorpresa. ¡Era vacío el lugar! Una ciudad que comparo con Urquiza, pueblo aledaño a Pergamino de poca belleza, pero con un dique feo, y un lago con playas sin sombras donde descansar por detrás. Será que mi cansancio no me permitía disfrutar, porque diques los hay en todo el camino y siempre me cautivaron. Pero de éste, que era tan grande, recibía una pared de hormigón más que un logro de la Ingeniería. Es realmente importante estar bien anímicamente, de eso depende no sólo llegar sino también disfrutar el viaje. No podíamos perder tiempo durmiendo ahí, pero estaba moribundo. ¡Para colmo, los campamentos cobraban como una hostería barata en San Martín de los Andes! Y alojaban a gente grande en auto, no sentíamos afinidad.

Almorzamos muy bien, un sándwich de milanesa grande y completo, que para comer tuvimos que salir del restaurantito para que no nos cobren el “servicio”. No recuerdo que estuviéramos tan sucios pero es altamente

probable. Dormimos una reparadora siestita en una plaza, y decidimos que volveríamos en colectivo a San Rafael por mi cansancio, pero cuando el chofer se levantó de su siesta, me dijo que las bicis no entraban.

Averiguamos que el camino de vuelta era pavimentado, de 20 km hasta El Desvío, un cruce de rutas con parador; y 20 km desde allí hasta la Cuesta de los Terneros, donde empieza una bajada en curvas (de alrededor de 30 km) hasta San Rafael. 70 km totales. Conclusión: a pedalear para El Desvío, que estaba a mitad de camino de la Cuesta de los Terneros. Ruta desierta, recta y plana; ¡más cansadora que los caracoles de ripio y en subida!

Al llegar tomé poca chocolatada porque estaba asqueado, y comí una zanahoria; impensable al llegar a un lugarcito donde poder comprar dulces. ¡No se asusten que durante el pedaleo, las barras de cereales y el agua en botellas de 2 litros son moneda corriente! Nos contaron ahí que la noche anterior había granizado por la zona y en el dique ni nos enteramos, ¡qué buena suerte! Me quedé una hora sentado hasta recuperarme un poco, viendo las chatitas turísticas ir y venir. Era un lugar de paso, aburrido; y si bien quería armar la carpa al costado preferimos seguir hasta la Cuesta de los Terneros y ver menos turismo. Con un poco de esfuerzo llegaríamos, como lo hicimos hasta El Desvío.

Pero esta vez era una larga recta en subida suave que no se llega a notar, y uno avanza entonces frenado sin saber porqué. El paisaje permitía ver por kilómetros la extensión de ruta que faltaba. No había carteles, y los mojones no se acercaban por mucho que pedaleáramos. En un cruce de caminos había una garita para colectivos, la miré con cariño para pasar la noche, pero olía muy mal y no nos dejaba cómodos.

Ahora estaba verde militar no oscuro, y Eze me habrá querido matar, pero justo antes de la bajada caracoleada de los Terneros, anunciada por un bello cartel, dije: “¡Basta! Paremos acá porque muero sino”. A esos 20 km del Desvío estábamos en la cima de todo el recorrido, el punto más alto. 48 km en subidas este día en que me duraba aún el cansancio de ayer. Y seguimos subiendo unas dos cuerdas para llegar al monumento de San Francisco de Asís, donde ahora sí dormiríamos. Usamos unas 5 o 6 horas en completar este recorrido. De ahí se veía todo divino, pero no lo pude apreciar mucho esa tarde. Ezequiel sí, recorrió y sacó las fotos que yo no quise ni pude.

Armé la carpa sin estacas ni sobretecho, sobre un suelo duro e irregular, y dormí una siesta de una hora en el anochecer. Es bueno dormir, repara rápido la mala onda del cansancio físico. El cansancio persiste pero la mala onda no. Ezequiel terminó con el armado de carpa, y cenamos galletitas con paté, para no armar el fuego y por mi asqueo. Y caí dormido rápidamente.

Antes de la medianoche empezó a soplar un ventarrón que tumbaba la

carpa. Y nos dimos cuenta: ¿cómo armar la carpa en la punta de un cerro mendocino? El fuerte viento la movía golpeando mis pies, después de un corto sueño me desperté sobresaltado. Todavía nos reímos porque empecé:

— ¡Zequiél, zequiél! ¡Se rompió la carpa! Zequiél, ¡despertate!

Yo no entendía nada, me costaba moverme, y el muchacho no respondía. Al tocarlo me preguntó para qué lo molestaba; le expliqué, me reincorporé y seguí con la mano todo el perímetro que me rodeaba, ¡estaba impecable! Algo golpeteaba y entredormido pensé que se había roto una pared. Si no era por las estacas después puestas, en ese momento se desarmaba todo.

Seguíamos intentando dormir, y entonces los ruidos se magnificaban. A las 12, la concentración de adrenalina en sangre sobrepasaba a la sentida en el valle, al escuchar la sirena de aquel dique. ¡Qué días de descanso nos tocan! El sobretecho embolsaba el viento y aplastaba la carpa, hasta que se soltó un anclaje y empezó a flamear, golpeando las paredes con el gancho. El ruido nos cansó, y entonces lo quitamos y lo entramos para dejar pasar el viento a través de los mosquiteros de las paredes, y que ya no se volteen las paredes. Mientras intentaba volver a dormirme pensaba: “si viene tormenta y granizo, pongo la bolsa arriba mío y duermo”. Estaba loco, ¿cómo iba a quedarme quieto si llovía? ¡Eso me protegería de las piedras solamente! Pero de verdad no teníamos otra cosa que hacer. El frío no molestaba, estábamos bien con la bolsa, y por San Rafael no es el problema a combatir. Importante. Por fortuna no tuvimos que soportar lluvias.

Desde ese momento dormí anestesiado, pero Ezequiel no pegó un ojo hasta las 6 de la madrugada; no estaba tan cansado como para dormirse ahí. Para colmo, a las 8:30 empezaron a parar chatitas turísticas, así nos dimos cuenta de que se trataba de un mirador turístico. En general, a las personas les interesa hablar con nosotros, pero ese día nuestra apariencia no sería de lo más presentable porque no se acercó ni una persona. ¡Y les aseguro que había decenas disfrutando de la vista! Yo sentado en un banco de plaza, escuchando a los guías hablando de la era paleozoica y de que la Patagonia llega hasta el centro de Mendoza y no Neuquén. Y Ezequiel se levantó un rato más tarde con cara de pocos amigos. ¡Mala noche de descanso!

Jueves 6 de Enero

Reparadísimo gracias a mi buen sueño, pero todavía un poco cansadas las piernas, salimos al mediodía de vuelta a la ciudad. Nos separaban de San

Rafael 35 o 40 km de bajada intensa. Foto con la bici posando frente al cartel que la anunciaba, y a andar. El viento en contra no nos dejó exprimir a pleno el desnivel, ¡pero cómo descansamos! Chupados del viento uno atrás del otro, en bajada, no se pedalea. Y se divierte, jugando con la corta distancia entre rueda y rueda. Comimos duraznos como desaforados: 2 kg, 15 duraznitos pequeños, valían \$1. Dejaron mi cuerpito bailando. . .

En este frutado desayuno Ezequiel me confesó que al momento de despertarlo antes de esa medianoche, se hacía el dormido, ¡pero estaba más asustado que yo! Dice que vio luces de autos entrar y casi muere del susto, pero después los vio salir. Yo me acordé de ver luces de auto iluminando las paredes pero por ahí lo había soñado, estaba desmayado. Ahí arriba podían hacer lo que quisieran, nadie se enteraría. De toda esa noche charlamos en esta casita de los duraznos, bajo dos bajos y enormes (para esta zona) árboles, desayunando.



FRUTADO DESAYUNO CAMINO A SAN RAFAEL.

Llegamos a San Rafael, almorzamos muy bien, y decidimos salir para Mendoza en esa misma tarde porque no encontramos mucho por hacer allí. Teníamos altísimas expectativas, pero pocos fueron los kilómetros que las cubrieron (el cañón del Atuel, menos de la mitad del circuito). En realidad todo estará excelente pero no tanto como esperaba, y, además, no tenía ganas de disfrutar porque prefería siempre dormir. Pero contentos de terminar

esta primera etapa del viaje, y conocer lo que conocimos y hacer lo que hicimos, sin daños a la salud. Haber llegado.

En Mendoza nos cambió la cara. Culminada con éxito la primer etapa (sin quemar combustible para cumplirla) nos esperaba esta maravilla de ciudad. De nuevo sorpresa pero esta vez de la linda, está todo excelente por acá. Prolija y limpia, buena onda de la gente y mediana de tamaño, Mendoza capital está fabulosa. Dejamos los bolsos en un hostel, y recorrimos descansando ayer y hoy. Era divertido: no teníamos equipaje sobre la bici, ni subidas ni ripio bajo las ruedas, ¡y sin embargo no podíamos pedalear! ¡Nos costaba avanzar, aún en el cambio más liviano!

Al siguiente día fuimos a la pile de un club, descansamos toda la tarde. La ducha fue otra salvación, nunca me dio asco mi piel sucia pero esta vez... ¡mejor no entrar en detalles!

¡Así que con la frente de nuevo en alto, mañana encaramos el cruce de la Cordillera en bici! El primer plan era subir por Villavicencio hasta Uspallata, cruzar por la Ruta 7 a Chile, y volver a Mendoza en colectivo, pero decidimos subir todo por la 7, volver de Chile hasta Uspallata y... ¡bajar a Mendoza por los caracoles de Villavicencio! Así integramos ambos caminos. Nos lo sugirió un buen lugareño interesado por las bicis cargadas. Ningunos tontos: ¡así con bajadas cualquiera viaja!

Estamos ansiosos por entrar en las montañas.

2.2. ¡Empieza el Cruce!

Sábado 8 de Enero

Salimos de Mendoza a Potrerillos, casi descansados, por la mañana. ¡Cómo nos costó salir de la urbanidad de la capital! Hasta el cruce con la ruta 7 se hizo mucho más largo de lo pensado: 35 km. Luego tuvimos otros 40 km hasta Potrerillos, pero se veía de cortina de fondo la Cordillera de los Andes y nos acercábamos directamente, así que se sentían bien distinto. Unas horas pedaleando, y logramos meternos en la cortina.

Paramos en una quinta a pedir agua, y un hombre nos advirtió del gran calor, del gran frío, del gran viento... “¡Gracias!” ¿Pero qué íbamos a hacer? Muchas pálidas juntas acompañadas de pocas soluciones. Además, era lo aceptado al salir de viaje. Luego, en un parador de barro a la vera de la ruta, paramos a comer un saladísimos pan casero, riquísimo. El lugar divino, atendido por una familia que vive de esas muy baratas ventas, todos

simpáticos, y muy prolijito a pesar de las diferentes sillas y mesas. Bonito. Risas por una tonta caída al entrar, un breve descanso, y a seguir.

Llegamos a la bajada a Potrerillos, y en un kiosquito del pintoresco pueblo me hice “fana” de “Coca-Cola”. ¡Qué sabrosa se siente al necesitar líquidos y energía al mismo tiempo! La disfruté mucho. Llegamos cansados, por el atrasado y las subidas de la entrada a la Cordillera. El viento en contra empieza desde el mediodía. Aprendimos rápido este detalle, ¡pero nunca logramos levantarnos temprano para evitarlo!

Nos indicaron dos campamentos, quedaban bajando por esa calle del kiosco, que termina en curva cerrada a la izquierda y puente angosto. Los campamentos eran pasando este puente, a mano izquierda; a mano derecha y tras unos álamos está el dique. Comenzamos a bajar y tomamos rápidamente velocidad, ¡al describir la curva y pasar por el puente iba tan rápido que no la podía controlar! Estaba por entrar en sentido contrario una camioneta, que al vernos pasar hizo señas de luces. ¡No vi si con cara de bienvenida o de pocos amigos!

En el primer campamento no entraba ni una carpa más. No dormiríamos ahí. Y el segundo estaba tan vacío que despertaba sospechas. ¡Ni el dueño estaba! Pero en frente estaban los bomberos, y nos abrieron la tranquera, asegurando que el dueño volvería; la idea nos gustó. Los árboles estaban marcados con números romanos rojos, tenebroso en la soledad. Pero era perfecto para acampar: sombra en la mañana, colchoncito de pastos bajo la carpa, enchufes y luz, parrilla, baños, una linda mesa de madera. . . ¡Pero no había nadie! No entendíamos porqué la diferencia de gente entre los dos. Nos fuimos a bañar pero los calefones a leña estaban apagados, así que mientras uno se bañaba el otro avivaba el fuego. Cenamos frutas hervidas sobre la original mesa: un círculo de madera usado para transportar grandes cantidades de cable enrollado. Y, asustados, pasamos una linda noche. El hombre nunca apareció.

Domingo 9 de Enero

Desayunamos algo, y seguimos viaje. El dueño del campamento era de pocas palabras, así que aún pensamos en qué historia esconde este campamento. Cayó esa mañana y le pagamos los servicios.

Ya bien descansados, nos sentíamos como siempre, otra vez. Seguimos hasta Uspallata por la misma Ruta Nacional N°7. Bordeamos un poco el movido río Mendoza, pasaban raftings rápido y nos daban ganas de subirnos, debe ser muy divertido. Con montañas cada vez más altas, nieve apareciendo en pocos picos, el río siempre tronando al lado y túneles que atravesar (donde

se encajonan los ruidos de los autos y camiones subiendo, estridentes) el camino fue muy entretenido. Me acuerdo que le contaba a Ezequiel de cómo en los túneles el viento también se encajona y lo acelera a uno, una sensación emocionante y rara, pero esta vez no atravesamos ni un túnel con buen viento, ¡todo lo contrario! En alguno nos costó mucho avanzar.

Unos kilómetros antes de Uspallata vimos el cementerio, tendido en la caída de una montaña. Nos acercamos a las flores para ver cómo las mantenían en semejante clima y, claro, eran plásticas. Todas flores de colores, en todas las tumbas, le daban un toque alegre.

Después encontramos un barcito donde parar a almorzar, estaba lleno de camioneros, y todos sus vehículos estacionados alrededor. Son de los camiones más potentes e inmensos, para cruzar los Andes por Mendoza. Ahí comimos un gran sándwich (yo guardé la mitad en las alforjas porque ya estaba saciado) y nos quedamos viendo una película cómica. La pasamos de diez, los paradores encantan.

Llegamos después a la ciudad, y nos instalamos en el primer campamento que encontramos, pero estaba sucio y casi completamente lleno así que pedimos que nos devuelvan el dinero. Vuelta a poner el equipaje en las bicis, y seguimos hasta otro: cerrado al público por un festival folclórico. Pensábamos dormir en algún parquecito alquilado (“arrendado”) de una quinta, pero no encontrábamos con quién hablar.

Terminamos preguntando en una iglesia, donde después de una linda misa y de idas y venidas de señoras a dirigentes y a curas, nos dejaron dormir en la galería techada que tienen. ¡Ni la carpa teníamos que armar! El piso duro no molestó para el buen sueño, aunque mi compañero no pudo decir lo mismo. Los curas y viejas que dirigen divinos, nos despidieron de muy buena onda, ofreciéndose para lo que necesitáramos. Pensamos que era bueno, además, ahorrar los \$12; qué increíble como pasa a otra dimensión el uso de la plata al viajar así. Yo cené el medio sándwich que guardé al mediodía (la mayonesa todavía funcionaba bien), y Eze comió algo liviano. La noche se hizo para descansar, ¡nada de andar cocinando!

Nos entretuvimos con una mesa de pool a la que le faltaban algunas bolas (estaban medio escondidas en un huequito y no las encontramos). Era divertidísimo: uno metía una bola y se escuchaban golpes durante los siguientes seis minutos. ¡Despertaríamos a toda Uspallata si seguíamos! Tranquilos esta noche, un buenísimo descanso. Acá en Uspallata una curiosidad: había rico helado de bananita Dolca en una pequeña heladería.

Lunes 10 de Enero

Ya descansados, casi como nuevos, afrontamos la ruta a Polvaredas. ¡Cada vez más Cordillera! Se levantó a lo último un fuerte viento en contra, pero 40 km se recorrieron solos entre bajadas y ayudas de la turbulencia que arrastran los camiones.

En un momento nos pasó frenando un grandísimo camión chileno, que paró más adelante. Ezequiel se detuvo al lado de su ventanilla y después el camionero arrancó. Entonces mi amigo se volvió unos metros con una bolsa naranja grande, sonriendo, y celebró:

— “Son buenas para la sed”, me dijo. ¡Mirá todas las mandarinas que nos dejó!

La bolsa estaba un tercio llena, así que al sol de esas horas de la siesta disfrutamos varias, y dejamos otras tantas a la vera del camino. Tenía razón el conductor: son buenas para la sed. Era una zona donde el río cavó un gran cañón y pasa muy por debajo del nivel de la ruta, un lugar precioso y lleno de distintos colores. Un día de viaje espectacular, bajo un sol radiante.

Al llegar a Polvaredas era temprano, así que paramos a almorzar. Un gendarme, luego de explicaciones sobre la canalización de los vientos para que siempre desde el mediodía corra en ese sentido, nos indicó un paradorcito donde comer algo. Charlamos un rato con la dueña del lugar, también le interesaba escuchar nuestra historia.

A diferencia del sur acá hay poco y nada de mochileros, y llaman fácilmente la atención. Dicen que es más fácil ser ayudado al viajar en bici, porque los que salen a dedo son vistos como “hippies” o más vagos, y la gente no se solidariza tanto. Nos levanta mucho el ánimo el interés de la gente, nos llena de voluntad para seguir.

Luego del sándwich en este cálido parador seguimos a Punta de Vacas, donde unos gendarmes nos dieron un papel para salir del país, y para dormir nos ofrecían una edificación abandonada, muy oscura y sucia, que ahora usan de estacionamiento. La otra opción era que caminemos a la vera de un río perpendicular a la ruta, pero después de unos 20 minutos de empezar a hacerlo vimos un cartel que indicaba tres horas (!) de caminata hasta el primer campamento, y ya era el atardecer. O no tenían idea del camino (andar en bici por ahí era imposible) o no entendían nuestro viaje, pero volvimos a Punta de Vacas a tomar una gaseosa para poder seguir hasta Penitentes. El viento en contra ya nos estaba agotando, es lo que más cansa.

En Punta de Vacas caminamos por los pocos lugares que hay, hasta que

encontramos un contenedor abierto, con un cartel que indicaba que se trataba de un barcito. Era una preciosura. Al abrir la angosta puerta de doble hoja se entra a una sala tan larga, angosta y simple como un contenedor puede llegar a ser. Dos personas charlaban tras una barra y miraban televisión, solos. Cinco mesas (rectangulares, redondas y cuadradas, ni una similar a la otra) ocupaban el espacio restante, cada una con sillas de diferentes tipos. Eran en realidad cinco tipos de sillas, pero mezclados entre las diferentes mesas. ¡Una desprolijidad que parecía minuciosamente acomodada! Pedimos una Sprite de litro, y trajo además dos vasos de vidrio, cotidianos de casa de familia. Luego nos tomó la foto que le pedimos; es gracioso ver nuestra posición: tirados sobre las sillas, acostados como si fueran reposeras, inmóviles, forzando la difícil sonrisa mientras apuntábamos con la cara a la cámara. Tomamos la botella, nos quedamos un rato más con las piernas quietas mientras afuera el viento sonaba, y seguimos hasta Penitentes. Fortísimo viento, restaban pocos kilómetros pero nos llevaría mucho tiempo recorrerlos.

Paramos metros antes de Penitentes, en la casa de un vago divino que vivía al lado de la ruta, con la tranquilidad del peón de campo. Nos enseñó mucho de la zona, y nos señaló una hostería donde parar. Tenía además un museo de cosas naturales levantado por él mismo. Ahí vive todo el año, en medio de la montaña, y su única compañía es un guardián y obediente perro. Tiene electricidad generada por un grupo electrógeno que usa poco. Prefiere encender una lámpara a querosén antes que arrancar el motor en invierno. Muy simple. Nos contaba que de chico subía con su moto (una Puma), por el camino de Villavicencio hasta La Cruz, y se tiraba luego con el motor apagado a dibujar las curvas. ¡Se le iluminaban los ojos, y todavía no entendíamos lo divertido que puede llegar a ser! Nos volvió a asegurar, al preguntarle incrédulos, que son 365 curvas, “sí señor”.

Paramos en Hotel Ayelén, y nos indicaron la Hostería Ayelén, pues no nos encontraron el suficiente acento alemán como para recibirnos. Qué bueno compartir una cena con ellos, extranjeros de todas las edades preparándose para escalar el Aconcagua, o gente que ya estuvo intentando y tal vez llegaron, y estarían contando sus periplos.

No contentos con esto, en la Hostería nos mandaron a la Guardería, donde paraba una familia de pintores y albañiles por un trabajo provisorio. Así que por \$10 teníamos habitación compartida: la más alta de toda la hostería y con vista al río (no a las pistas de esquí). Nos duchamos –el remedio instantáneo contra el cansancio y frío que provocan la suciedad– y cenamos un lomo completo mirando (esta vez sí) a las ahora verdes pistas de esquí.

Descansamos muy bien.

Martes 11 de Enero

La mañana del 11 recorrimos poquito las pistas a pie, para salir a la siesta hacia el Puente del Inca; ya se veían sus construcciones desde la montaña. Nos distanciaban 8 km de viento en contra, fáciles a paso lento. Paramos en el cementerio del montañés, es emocionante. Gente de todo el mundo muerta en las montañas, con placas llenas de honores sobre tumbas decididamente rudimentarias.

Al llegar al Puente cruzamos para conocer, caminamos por el viejo hotel derruido y la capilla, muy interesante y bonito. Fue un día tranquilo para descansar piernas y traste, que venían sufriendo los kilómetros que, sino, continuaban acumulándose.

Paramos en un camping de por ahí, por \$0,50 la dueña de la casa (en su patio era el “campamento”) nos permitía usar la hornalla para cocinar polenta con leche. Le agregamos salsa, y comimos en nuestra mesa desde la ollita de aluminio. El fuerte viento la enfriaba tan rápido que nos apuramos a comer, ¡nos terminamos atorando! ¡Y para colmo no llegamos a saciarnos! Qué angurrientos, tuvimos que esperar un rato para poder acostarnos.

Ducha caliente, a secar el baño, y a dormir plácidamente hasta la siguiente madrugada.

Miércoles 12 de Enero

Nos levantamos a las 8 para visitar las termas del Puente, que sólo habíamos visto. Pasamos media hora relajados en las piletas, nos acostumbamos rápidamente al fuerte olor a minerales. No nos quedamos más porque empezaba a llegar turismo e incomodaba. Encontramos a un alemán en la misma que nosotros, y mientras nos vestíamos le elogiaba su país pero, sin aceptar mis palabras, no dejaba de halagar a la Argentina. “Estando aquí no hay mucho que añorar de Alemania”, explicaba en inglés. Qué lindo, viajar.

Teníamos planeado quedarnos a descansar otro día en la zona pero... ¡ya conocimos casi todo! Este día seguimos para Las Cuevas, pasando por uno de los puntos más atractivos del viaje: el cerro Aconcagua. Las nubes lo tapaban así que lo imaginamos graaande graaande. Ahora tengo otra excusa para volver a Mendoza: “¡no vi su cumbre!”

Tipo 11 el viento en contra nos empezó a frenar, alrededor del mediodía llegamos y paramos en Las Cuevas, donde ahora sí pasaríamos el día de descanso. Nos metimos y recorrimos, sorprendidos, toda la superficie de

una proveeduría antigua abandonada y derruida. Luego tomamos un gordo chocolate caliente en la proveeduría antigua de al lado, acompañado con galletitas dulces y de agua. Un estilo muy alemán me pareció el de estos lugares. Nos atendió una señora de unos setenta años, tenía un restaurant hermoso con decoraciones de montaña.

Ahora sí haríamos noche ahí, pero... ¡estábamos tan cerca del paso internacional! ¡Desde ahí se veía el inicio del túnel Cristo Redentor y todo! Nuestro error fue no subir a la imagen del Cristo por el camino viejo, pues a la 1 de la tarde ya estábamos esperando la chatita que nos atravesaría por el túnel (se prohíbe, acertadamente, hacerlo a ciclistas). Mientras esperábamos, un gendarme nos indicaba que nuestras banderitas argentinas no deben lavarse: cuando no dan más, se cambian. La ansiedad por conocer nos mata continuamente, no podemos estar quietos. Pasar al otro lado fue un trámite sorprendentemente rápido y fácil. Tanto, que olvidé declarar la cámara de fotos y las bicicletas.

El conductor de la camioneta chilena que nos cruzaba nos decía que tengamos cuidado al pedalear por Chile, pues “¡hay muchos conductores argentinos dando vueltas por ahí!” Entre risas se completó el largo túnel, nos despedimos agradecidos. Fue un alivio el cruce porque no estábamos seguros de poder hacerlo.



LUEGO DEL CRUCE, EMOCIÓN.

Bajamos los caracoles con un fuerte viento en contra, que no nos im-

pedía adelantar a los camiones. Recordaba de mi primer viaje el olor a frenos quemados que había aquí, pero esta vez el viento nos impidió sentirlo. Bajábamos lagrimeando, entre la emoción y velocidad.

Este fue el momento perfecto del viaje, no puedo describir lo que se siente; fue espeluznante. A 50 km/h en promedio (entre 70 y 30 km/h) teníamos que apretar firmemente los frenos para desacelerar la cargada bici, y poder así doblar las varias y regulares curvas de 180° que conforman este tramo. Constantemente frenando con dos dedos de cada mano, pedaleando, y zigzagueando. ¡Sin ese viento en contra no se si vivíamos para contarlo! Las alforjas empujan fuerte desde ahí arriba, se nota mucho. Durante las curvas la rueda de atrás se deslizaba un poco de costado, advirtiendo con un chillido que no podía frenar mucho más; eran inyecciones de adrenalina por todo el cuerpo. Cruzamos en un momento a una pareja en bicis que parecía extranjera, subiéndolos. ¡Tan cargados como nosotros! Los saludamos en el instante que duró el cruce. No sé dónde dormirían.

En un momento un camión subía por su mano contraria, por la línea que yo iba a usar en mi bajada, de modo de poder abrirse más y no tener que desacelerar tanto. Por la banquina no lo pasaba, así que pasé por mi izquierda, la parte interna y contraria de la curva, y el hombre pasó también por su izquierda, la parte externa. Un cruce *divertido*.

Y en otro momento de esta larga bajada a Los Andes, pero ya en recta, avanzábamos con diferencia de velocidad sobre un camión que más adelante aceleraba, después de curvas. Vi que venía otro camión en sentido contrario, no lo podría adelantar; pero quien venía de frente se abrió cuanto pudo hacia su derecha, y mediante señas con su mano indicaba que nos dejaba paso al medio. Levanté mi mano agradeciendo, y aceleramos pasando por el medio de los dos camiones: uno bajando, el otro subiendo, y nosotros por el medio. Emocionante, y peligroso.

La ruta tenía varios cortes por repavimentación, donde quedaba calzada única. Al llegar a uno, pasamos justito antes de que cerraran el paso para permitirles lugar a quienes venían en sentido contrario, previa autorización del operario, quien avisó por handy: “cruzan también dos bicicletas”. Avanzábamos rápido por la calzada en buenas condiciones; a nuestra izquierda teníamos una pequeña e irregular banquina, y a la derecha una continua montañita de piedras sueltas que usarían para asfaltar. Porque demorábamos, permitieron el paso de vehículos. ¡Ver a un camión subiendo por nuestra misma senda no era de lo más cómodo! Desaceleramos, cruzamos a la calzada que estaban arreglando, y dejamos paso a quienes subían. Qué fácil es en bicicleta.

Llegamos a Los Andes. Ahí nos sugirieron preguntar por Eric, un vete-

rinario holandés, que hizo brutos viajes en bicicleta, y aloja gratuitamente a sus “colegas”. En la plaza central de un hermoso boulevard muchos nos miraban sorprendidos y se acercaban a hacer preguntas, pero sólo dos de ellos supieron indicarnos la casa de este hombre. Como justo estaba de viaje tuvimos que buscar otro lugar donde dormir.

Nos mostraron un hotel “barato” pero era hotel, así que seguimos viaje para ver si encontrábamos campamentos. Todavía teníamos horas de luz. Pasamos San Felipe, luego dos campamentos que no aceptaban dólares y me enojaron mucho, pues quería parar. Más adelante nos indicó un hombre con ojos muy rojos un lugar donde parar, con gestos en el aire nos indicaba:

— Van a ver el cartel: manan-tiales. Sí: ¡manan-tiales!

Y como todos los chilenos que nos ayudaron, repetía las indicaciones a seguir. ¡Era muy gracioso!

Llegamos por fin al prolijo lugar cercano a Panqueue, atendido por una muy amable y humilde familia. Mientras esperábamos al padre, dos chiquitos nos llenaban de preguntas, estaban admirados. No lo podían creer: nunca habían visto personas viajando en bicicleta. Cuando el hombre llegó, no teníamos que actuar la cara de cansados, también la oscuridad hablaría por nosotros. Les contamos la historia de este día, que empezó temprano en la mañana en el ya lejano Puente del Inca, pero no conocían Argentina. “Es un lugar muy lindo. . .”, y parecíamos de otro planeta.

No sólo no tuvieron problemas en dejarnos pasar, sino que además nos hicieron sentir muy cómodos. Pedían sólo dos dólares por cada uno contando carpa. El hombre nos mostraba las instalaciones: la pileta de agua congelada de manantial que podríamos usar mañana, los baños (ya era hora de apagar los calefones, pero esperaron a que nos instaláramos y bañáramos), las parrillas, etc. Vimos que era un lugar muy familiar, estaba lleno de autos y tal vez por eso se sorprendieran los chicos por nuestras bicis.

Personas muy serviciales, ¿cómo no voy a enojarme cuando alguien generaliza diciendo “los chilenos son antipáticos”? Es claro que los primeros que encontráramos no nos iban a ayudar como necesitábamos, pero dependía de seguir buscando el encontrar buenas personas.

Este día completamos 125 km y pasamos por alto tres noches (en Puente del Inca, en Las Cuevas y en Los Andes). Nos costó encontrar un lugar pero llegó, asegurándonos un buen descanso y linda cena. Charlábamos de pasar el siguiente día en la pileta, descansando, pero al mediodía no podíamos estar parados en Chile, ¡había que seguir conociendo! Y de nuevo acertamos

días continuando viaje.

Jueves 13 de Enero

Bien descansados, la siguiente tarde nos recibió en la ruta, llena de curvas al principio, con prolijísimos montes frutales alrededor, gran sol y cielo azul. Pero luego el viaje se tornó monótono, con suaves sierras y una recta autopista que se veía a lo lejos seguir... Eso es malo porque parece que no se avanza, el paisaje parece nunca cambiar. Almorzamos panes caseros y bananas frente a un comercio del camino, atendido por una mujer que relataba todos sus problemas al justificar su precio del dólar. Me dio un poco de mal humor.

Ahí mismo arreglamos una pinchadura, y un joven nos indicó que más adelante hay un túnel prohibido para ciclistas, pero no teníamos otra ruta alternativa hacia el Pacífico. El problema era si el túnel tenía 1 km, 8 como nos decía el chico, o menos de 1 como otro nos dijo. Ni 8 ni menos de 1, pero se nos hizo muy corto por el miedo de que fuera verdaderamente largo. Los autos nos tocaban bocina con razón.

Parábamos en La Calera por el viento en contra que nos cansaba, pero era feo y ni campamento ni hostería había. Paramos a tomar un helado para seguir luego viaje, pero no nos aceptaban pagar en dólares. Una joven madre escuchó el problema y se ofreció a cambiarnos \$600 chilenos por un dólar. Linda actitud.

En ruta a Quillota y luego del helado, pinchamos una rueda trasera sobre un puente en curva. Una camioneta argentina nos vió arreglándola y frenó, bajó y se ofreció a llevarnos, pues compartíamos destino, Viña del Mar, a unos 60 km. Pero no cumpliríamos con la gran meta, así que decidimos (Ezequiel decidió, en honor a la verdad) agradecerle y seguir pedaleando después del arreglo. El buen hombre se subió sonriendo a la camioneta, y siguió luego de felicitarnos. Otra buena actitud.

Seguimos acumulando cansancio hasta Quillota, pero era igual, más desprolija y parecía menos segura, así que, luego de cambiar dólares, tipo 7 pm paramos a comer un gran sándwich. Preguntaba la cocinera: “¿Lechuga picada o de hojas completas?” ¡Atención de lo más personalizada luego de ganarnos su simpatía! Al principio se enojaba porque queríamos entrar las bicis, pero le contamos el viaje y que queríamos comida rápida, que necesitábamos cuidar todo lo que teníamos (literalmente, todo), y entonces cedió. Nos sirvió en platos distintos, el mío era amarillo y de niños, como de juguete. ¡Ezequiel se reía cuando saqué la cámara para recordarlo! Mis fotos no sirven para portarretratos ni para concursos, tendré que aceptarlo.

No nos quedó otra que seguir a Concón, donde empezaría la costa pacífica chilena. 90 km este segundo día, alto promedio en Chile. ¡En dos días cruzábamos la Cordillera desde Puente del Inca, y llegábamos al Pacífico! Tuvo su precio pero también su recompensa. El cansancio físico acumulado es similar al de San Rafael, pero la buena onda psíquica de por fin estar en los paisajes que esperábamos y de la meta (no circuito sino *viaje*) nos permitía seguir sin perder la sonrisa.

Llegamos a Concón ya de noche. Sobre un puente pedí foto a Ezequiel, pero no quería sacarla porque no mostraba ni el momento, ni el lugar; no “decía” nada. Pero el recuerdo es lo que para mi vale; por eso me cuesta entender que mis amigos o hermanos se aburran al mostrarles *todas* las fotos. Sólo yo puedo recrear la escena en mi cabeza partiendo del retrato, ya que lo viví.

La gran pregunta era ahora dónde pasar esa noche. Una chica de Santiago de Chile nos dijo que acampaba bajo ese puente, pero es ilegal y si los sorprendían los echaban. Queríamos comodidad, ¡era casi el fin de nuestro viaje! Tocábamos puertas para alquilar una habitación o un pedazo de pasto pero no nos hacían caso, ya estaba oscuro para pedir ese tipo de ayudas. Info turística cerrada y hoteles caros prometían jodernos la noche de merecido descanso. Preguntando llegamos a una hostería no muy cara, y excelente. Ducha, inodoro que necesitaba urgentemente (y que siete cadenas no podían terminar con su trabajo), tres camas (una grande y dos de plaza y media), más frazadas y TV, nos daban el descanso y respiro que necesitábamos. Los U\$S 14 más disfrutados del viaje. Un reconfortante baño y a comer algo, con un leve mareo por hambre y cansancio, que a la vez me hacían querer salir a festejar y quedarme a dormir.

Caimos en un lugar baratín, que por resultar ser de argentinos no jugaron con la moneda internacional que nos quedaba. La joven pareja nos preparó buenos sándwiches con un chimi-churri “lo más argentino posible”, y palta, muy buena. Después charlamos de lo lindo, nos enseñaron muchas cosas sobre cómo movernos en Chile. Nos felicitaron por el viaje, y quedamos en volver a almorzar mañana. Nos ofrecían su casa para dormir, nos ofrecieron internet. “¡Gracias!”

Viernes 14 de Enero

Hoy nos despertamos temprano para aprovechar el desayuno del hotel, nos tiramos otro rato a dormir, nos duchamos otra vez... ¡y eran las 12! ¿Cómo parar a almorzar en un lugar conocido, si no conocíamos la costa chilena?

Comimos unos poderosos alfajores de dulce de leche, y recorrimos toda la costanera hasta Valparaíso. “La foto” del viaje fue en una playa de Viña del Mar; salen también los protagonistas secundarios, esos alfajorzotes, y el océano, que no se nos ocurrió tocar para comprobar que es tan frío como dicen. La excusa es esta vez para volver a Chile.

Encontramos mucha belleza en esta costanera, donde el mar se ve hermoso con ese color turquesa, y esas piedrotas angulosas que lo decoran. Como balneario no deben ser buenos, pero sí para ver. Es una ruta común, mano-contramano, que bordea la serpenteante costa, separada del mar sólo por pocos metros de altura y un guarda riel. Se disfrutó muchísimo de estos descansados 25 km. Una familia vio nuestras banderas argentinas y nos gritaban saludando y alentando. Vi muchos Subaru, pero pocos del Turbo, los deben elegir por la nieve y su tracción integral. Un Porsche en un restaurant coqueto que daba al Pacífico adornaba el estacionamiento.

Helados de por medio, anduvimos hasta Valparaíso, donde preguntamos por la casa de Pablo Neruda. ¡Estábamos tan cerquita, pero para llegar hasta allá arriba teníamos que desviarnos tanto! Hasta esa avenida de arriba caminamos diez cuadras de subida muy empinada, con bicis cargadas. Antes tuvimos que llegar al inicio de esa subida, describiendo entonces una “V” corta. Las cuadras son figurativas para nuestro sistema, porque pasamos sólo dos o tres cruces de calle en esa distancia.

La casa es un sueño. Cinco pisos de poca superficie cada uno, habitaciones de tamaños raros, decenas de naturalezas muertas en cada habitación y pasillo, adornos de todo tipo, escaleras de diferentes formas y alturas, el mar se ve desde todas y cada una de las muchas ventanas (hasta desde los baños), y saber que Neruda ahí escribió y amó tantas cosas. . . El artista imitaba al barco desde su casa, porque si bien le apasionaba el mar, no se animaba a navegar. Menos mal que estaba esta casa tan divina, porque encontramos Valparaíso muy industrial y poco turístico, a diferencia de la belleza que muestra Viña del Mar¹.

La vuelta a abajo fue monumental, esas diez cuadras de ahora *intensa* bajada, pero de calle común, con esos saltitos de brea entre los bloques de cemento, fueron tremendas. ¡Con dos dedos en cada freno y con los otros agarrados del manubrio, necesitábamos más manos! No llegábamos ni a frenar bien ni a sostenernos firmemente, pero de hacer una cosa dejábamos totalmente la otra! La rueda de atrás pegaba un chillido en cada saltito, mostrando que venía agarrada del pavimento como podía. Las relativamente pocas bocacalles nos daban un mínimo de seguridad.

¹Recorrimos poco, luego conocí descripciones inversas.

Y ahora a comer más alfajores y a la terminal, para volver a Uspallata y bajar a Mendoza, pero por los caracoles de ripio de Villavicencio. Comprobaremos que las 365 curvas no son exageración.

Mail enviado desde Santiago de Chile, pocas horas después:

Así como llegamos a la terminal, nos subimos corriendo a un bus a Santiago, porque no hay lugar ni para las moscas en los colectivos, mucho menos directo a Uspallata desde Valparaíso. Llegamos a la estación y todos nos decían “no hay lugar”... ¿Cómo pudimos ir tan confiados, como si ya todo estuviera planeado? Plata para volver en bici no teníamos. Si nos decían “tienen que esperar cinco días” probablemente tuviéramos que comer una vez al día. Pero el hombre nos dio los pasajes, que después descubrimos que estaban mal, entonces volví desesperado a su oficina mientras Ezequiel cuidaba los vehículos.

- Bueno chicos, ¿pero ustedes se quieren ir ahora?
- ¡Sí, claro! ¡Ahora!
- ¿Ahora, pero ya en este preciso momento?
- ¡Sí, cuanto antes puedan mejor!
- Bueno, entonces *ya* vayan al colectivo de la plataforma 7 porque los está esperando, les digo que se demoren 5 minutos.
- ¡Pero tenemos las bicicletas! ¡Todavía no las desarmamos!
- No importa, las metemos en las bodegas como estén.

Corrimos al bus, nos ayudaron a meter las bicis, subimos y arrancamos. No sé como llamar a eso pero les aseguro que así estaba planificado, parecía que estaban esperando a estos dos viajeros para irse a Santiago y combinar hasta Uspallata.

En el viaje íbamos pensando: “¿Qué pasó?” Estábamos confundidos, no sabíamos si habíamos hecho bien en subirnos, mirábamos y revisábamos los pasajes, nos preguntábamos si nos habremos olvidado algo en las corridas... ¡Fue raro! Pero funcionó como esperábamos.

Al anochecer, al entrar en la Capital veíamos cómo son sus colectivos de línea, nada lindos. Todos viejos, todos iguales, todos amarillos con grandes y negros números cuadrados a los lados que indican la línea. Acostumbrado a los colectivos porteños, que muchos son un monumento artístico, se notaba el cambio. Y acá estamos, en la gran ciudad, esperando se hagan las 8 am para salir a Uspallata en un “Rápido”.

Comimos en plato y con cubiertos, ¡ni me acordaba como se usaban! Los del restaurant, divinos. Era sobre un boulevard muy lindo en construcción, lleno de conos y carteles naranjas. Una mujer cercana a los sesenta años, luego de felicitarnos fervorosamente nos sugirió cenar ahí, y no le erró: ¡hasta las bicis al lado de la mesa nos permitieron! Era demasiado. Era un lugar muy grande con muchas mesas, de las que quedaban dos libres. Todo el restaurant se daba vuelta para ver a los dos delirantes maniobrando las máquinas cargadas, para dejarlas cerquita pero sin que molestaran al pasillo. Al lograr sentarnos, transpirando de la vergüenza, nos sugirieron que cambiemos de mesa para estar más cómodos. “Así está bien...” Pero con ánimos de ayudarnos nos levantaron y llevaron a otro lugar, de verdad más cómodo. Escuchaban con atención sobre el viaje, todos se sorprenden y nosotros también porque ya pasamos los 700 km recorridos. ¡Es que hicimos 230 km en Chile, en dos días! Vamos a un promedio de más de 60 km por día desde que salimos, mi traste ansía un sillón donde apoyarse.

Nos vemos en pocos días, luego del festejo en Mendoza de haber *cruzado la Cordillera* a pedal. Nos morimos de risa por el tono con que decimos “*cruzar la Cordillera*”. ¡Suena gordo y lo exageramos a propósito!

Acá el argentino que atiende el cyber (que no para de decir “boludo”, necesita volver a su país) nos dice que no hay fernet por Chile, así que nos sacaremos las ganas en Argentina. Estamos totalmente libres de toxinas después de dos semanas transpirando y tomando agua de montaña. ¡Pero no será por mucho tiempo!

A medianoche salimos del cyber, y, paseando por una plaza central, nos encontraron dos chicas de unos 25 años, que caminaban junto a un peruano de similar edad, completamente ebrios. Empezaron a charlar, se reían, hacían chistes... ¡Hacían preguntas, y no dejaban tiempo suficiente para que respondiéramos! Ezequiel no puede recordar lo siguiente sin reírse: el hombre quería que dijéramos que ellos (Perú) eran los más grandes jugando al fútbol. Nosotros le fundamentábamos porqué no lo queríamos decir pero él insistía, todo lo que quería era escuchar eso. Sin mucho sentimiento le asentimos: “sí, ustedes son los más grandes”. ¡Después de todo era irrelevante! Al escucharlo dibujó sonrisa, se quedó tranquilo, y se fueron. ¡Simplemente lo quería escuchar! Un encuentro raro y divertido. Ezequiel nunca lo recuerda sin reírse.

Hablando de sin-sentidos, qué guachos somos varios argentinos, después “nos queremos llevar bien con ‘los chilenos’”. Un verdulero de Uspallata nos dijo, concluyendo entre otras cosas: “¡y lo bien que los tratamos, a los hijos de p@#&!” ¡No se dan cuenta? Y la mujer del restaurant de Concón, que “nos odian porque... ¡somos mejores!” Y sonrisa. Cara-rotas es poco decir.

Brutos.

¿Cuántos chilenos nos odian? ¿Sí?

¿Y quiénes, por ejemplo? ¿Sí?

¿Y porqué? Empezar por casa es más fácil que justificar el maltrato, me parece.

Del encuentro con los tres muchachos de fiesta seguimos paseando por el Centro. Pasamos por edificaciones hermosísimas, muy bien iluminadas, imponentes, tendrán una historia digna de conocerse.

Caminamos por una linda y prolija peatonal donde, tomábamos un helado parados con las bicis entre las piernas, para cuidarlas. Pasaron dos o tres hombres de unos 40 años que hablaban en inglés, no se notaba que habían tomado sino por cómo hablaban. O tal vez lo hacían por la libertad de saberse en la otra punta del mundo donde no todos hablan inglés. Pero empezaron en voz alta: “éstos son verdaderos ciclistas, nosotros somos gallinas”. Yo me di vuelta, sorprendido, con una sonrisa que les habrá mostrado que los escuchaba. “Eso es viajar en bicicleta: con los bolsos, la carpa, la bolsa de dormir... ¡Como nosotros cualquiera es ciclista!” Lo hacía de muy buen modo, con mucho humor, tenía ganas de contestarles para empezar a charlar, pero así como aparecieron a mirar las alforjas y banderita se volvieron a ir.

Nos decían lo mismo que los viajeros de San Rafael, pero ahora no podemos pensar que fuera por compromiso o para ayudarnos durante una áspera subida, empapados en transpiración como aquella vez. ¡Era su conversación! Es evidente que no se necesita privarse de comodidades por días para ser ciclistas. Pero aparentemente a ellos les interesaban los viajes largos y les gustaría hacer uno, tal vez no se animaran a decir “chau vieja, vengo en tres semanas”. Sino, ¿para qué decirlo? ¡Con decir “a estos dos les chifla el moño” bastaba! O simplemente dos tipos que tienen ganas de pedalear, ni locos ni Ciclistas con mayúsculas. No hay que quedarse, hay que salir, cada uno en la medida que pueda y quiera. Pero hacerlo cuando se puede.

Otro pensamiento para mí raro: una mujer en Quillota no dejaba de pensar que estamos locos. Le explicábamos que no, que era el modo que elegíamos para conocer. “¡Pero hay que tener ganas, ehh!”, concluía. Baldeaba su vereda mientras conversaba. Tomamos de su agua, y seguimos pedaleando después de saludar y agradecer. Tal vez sea este tipo de reacciones las que me llevaron a querer escribir los relatos. Mostrar la simpleza y humanidad (no super-heroísmo) que hay en nuestras ganas de viajar en bici.

Volvimos a la Terminal de Santiago por ese boulevard tan lindo en construcción. Tanto desorden provocado por las mejoras, la poca luz, y mi can-

sancio y sueño, hacían que empiece a enfocar dificultosamente. Sin embargo, me acuerdo como si una cinta lo estuviera proyectando sobre mi frente. Parecía de mentiras, parecía un jueguito de computadora. En la capital chilena, pedaleando en contramano (no había tránsito) a través de máquinas amarillas, conos rojos luminosos, carteles de diferentes colores, tipografías y modos de colgarlos, gente en la noche de ese Viernes y madrugada de Sábado... Esos momentos tan especiales hacen que vayamos muy rápido, ya que no hay grandes distancias por recorrer. Entonces yo lo seguía a mi amigo, que con sus alforjas y banderita flameando era como un señuelo, y me divertía viendo el paisaje moverse cercano y rápidamente. De esos momentos que se graban en la memoria.

Llegamos a la Terminal, y tuvimos que mostrarle los pasajes al guardia para que nos dejara pasar. La cierran, pero no para todos. Nuestra noche no se hizo muy larga: pudimos dormir bien en el piso porque estábamos cansados, aunque no mucho tiempo como necesitábamos. Nos despertaban para limpiar, y nos volvíamos a estirar en el suelo. Ni escuchábamos cuando querían levantarnos, entonces sentíamos que nos pateaban con poca tranquilidad en la planta de los pies. ¡Al despertarnos veíamos a la señora que trabaja en la limpieza con cara de pocos amigos, y a los demás viajeros mirándonos conteniendo la risa! La luz del lugar nos volvía a encandilar, hasta que encontrábamos otro lugar y posición donde seguir durmiendo. Lo hacíamos contra las puertas de las boleterías, para que al abrir nos despertasen y tomar entonces el colectivo de esa madrugada.

2.3. Las 365 curvas de Villavicencio

Sábado 15 de Enero

Subimos a nuestro bus después de embalar las bicis, llegamos a Uspallata después de ver toda la ruta que habíamos recorrido, ahora de vuelta y a través de la ventana. Podíamos ver en todo el viaje al río y las vías, que no podíamos apreciar desde nuestro lado al bajar contra la montaña. Y así, mirando la extensión recorrida, dije lo que nunca se me hubiera ocurrido pensar: “¡hay que tener ganas, ehh!”. ¡Pero nunca faltaron! (Casi.)

En Uspallata comimos bien y salimos para Villavicencio, que, a no mucha distancia de bajada y con poco viento por la zona, prometía ser una frutilla del postre, un fin de viaje relajado. ¡El broche de oro! Villavicencio estaba a 70 km al final (más 50 km a Mendoza capital) pero todo bajada y sin viento... Villavicencio estaba a 70 km con mitad subida, mitad bajada, y fuerte (el primer día, pues al final nos tomamos dos para completarlo) viento

en contra. ¡El clima de viajeros en bici volvería, nuestro viaje no terminaba! El broche de oro requería exigencia.

Demorábamos la salida. Tomamos helado, paramos en una arboleda. . . después nos esperaban aridez, sol y condiciones desfavorables para mantener una velocidad media. Subimos a un promedio de 6 km/h entre el cambio liviano y caminatas. El viento nos frenaba mientras los serruchos nos quitaban el equilibrio. En las subidas empinadas la rueda delantera se levantaba al mover los pedales, impidiendo a la trasera traccionar. Tomamos toda el agua que no usaríamos hasta Mendoza. ¡Y todavía no estábamos a medio camino de la Reserva! Peligroso, aunque de vez en cuando cruzábamos personas.

Cayó la noche, pero la luna estaba creciendo así que había luminosidad. Seguimos por unas eses en subida que recordaban a esa subida de San Rafael: mientras se piensa que no se puede estar más alto, se sigue subiendo y las eses se prolongan, y los cerros siguen cortando la visión del camino de subida. . . ¡Y charlábamos de qué hacer en caso de que se nos cruzara un puma! “Hay que hacerse el grande con los brazos, y quedarse quieto”. ¡Serenidad es lo que faltaba!

No encontrábamos ni donde tirar la carpa hasta una cruz que hay por ahí. (“La Cruz”, un mirador de la pared Norte del Aconcagua.) No entendíamos que fuera un mirador: ¡tanto tiempo vimos ese paisaje durante la lenta subida! Era el punto casi más alto antes de empezar la –mítica para nosotros– bajada de Villavicencio de unos 20 km y 365 curvas. Era de noche y estábamos de verdad cansados, con poca agua y hambrientos. Decidimos no sólo descansar sino además esperar a que saliera el sol, para deleitarnos de verdad con esa bajada tan deseada, que en planes ya deberíamos haber bajado pero todavía ni siquiera veíamos.

Mientras armábamos la carpa pasaron dos autos. Hicimos señas a cada uno para que frenara y por favor calmara nuestra sed. Uno pasó despacito mirando, pero no debe haberse animado. ¡Estaba oscuro! El segundo, una “Traffic” conducida por una joven pareja, frenó a preguntar algo y nos dejó dos litros de agua después de contarles un poco nuestro viaje. Impresionante. La chica así estaba, impresionada. Nos salvó esa noche y el siguiente desayuno, pero, más que nada, la salud y bienestar para el siguiente día. ¿Quién viaja en auto con una botella de dos litros atrás, llena de agua? Otra casualidad que necesitábamos y nos solucionó un importante problema. Eran dos chicos de Capital Federal, que subieron todo sin saber cómo era y. . . ¡se les hizo largo! No sabemos cómo se les puede hacer largo este camino. Los primeros eran amigos y siguieron viaje, pero ellos, cansados, pasaron la noche también cerca de La Cruz.

Comimos algo, y nos tiramos a dormir. En medio del silencio cordillerano,

Eze preguntó: “¿Qué estarán haciendo los muchachos ahora?” Y también empecé a pensar en aquello. Era un sábado a las 10:30 de la noche. “El abuelo” se estaría bañando para recibir a los demás en su casa. El “pelado Queen” estaría poniéndose desodorante para caminar al centro. El “Otto” estaría afeitándose con la canilla abierta. ¡Las cosas cotidianas que cada uno de nosotros hace un día como ese a una hora como esa, y que sin embargo nos eran tan lejanas y fuera de la realidad, que ni siquiera las añorábamos! Creo que esa noche mis viejos estaban de gala en el casamiento de un sobrino. Es rarísimo e interesantísimo pensar en esos mundos distintos pero paralelos. Nosotros estábamos echados como nos habíamos echado en una carpa, en una noche ventosa en el medio de un cerro, habiendo cenado un paquete de “Melbas” y un alfajor “Milka”. ¡Habiendo hablado de hacernos los grandes con los brazos ante la presencia de un puma!

Estos pensamientos no nos impidieron dormir profundamente.

Domingo 16 de Enero

Nos levantamos a la mañana siguiente, y desayunamos las sobras de la cena (galletitas “Melba”). Así que muy bien nutridos, a las 9:30am, levantamos campamento y salimos en las bicis.

¡Impresionante! El viento había rotado y ya podíamos pasar los 20 km/h. Después de un día a 6 km/h significaba un reconfortante alivio. No sólo eso: a 35 km/h los serruchos nos acalambraban los dedos, y llegamos hasta la verdadera última subida. Desde ahí empezaban *los caracoles*, de ripio, piedras y marcados serruchos.

Fue divino, ¡se demoró pero llegó el premio! Desde ahí arriba se veía el suelo de Mendoza, la lejana planicie tras las montañas. La ruta que tomaríamos desde el Hotel Villavicencio a la Capital parecía desde ahí una pista de aterrizaje. Los caracoles son incontables curvas (si uno las baja) de ripio que pasan por varios cerros, así que tienen variadas formas, pendientes, y peraltes, a diferencia de los regulares y asfaltados caracoles de bajada a Chile. ¡Una deliciosa prueba para los ciclistas! Era lindo ver cómo la bici iba de lado a lado de la senda, mientras uno no variaba la dirección, así de sinuoso era el camino. Otra vez, *espeluznante*. Nunca viví algo tan entretenido sobre la bici, por tiempo tan prolongado. Eso es lo que lo hizo único.



EL IMPREDECIBLE CAMINO.

La sensación de que un motor no nos deja de acelerar, de llegar a 45 km/h a frenar antes de las (cerradas) curvas –que no se ve cómo sigue el camino si son a la derecha–; la senda allá abajo, viéndose serpentear y esperando nuestro paso; el dedo índice en los frenos mientras los otros cuatro se aferran fuertemente del vibrante manubrio; las cubiertas escarbando la tierra intentando desacelerar. . . pocas veces (por suerte) la delantera queriendo seguir derecho mientras se intenta doblar, ¡adelantando apretadamente a un Honda azul (dos veces), que después encontramos en el Hotel! Fue algo verdaderamente emocionante.

Llegamos al hotel con sonrisas que no cabían en nuestra caras, y nos tomamos la foto junto a las bicis. En el baño, un hombre nos preguntó si hablamos inglés. Era californiano, él bajaba con su esposa y un chofer en el Honda, visita Argentina para recorrer viñedos. Estaba interesado en nuestro viaje: “¿a dónde van con tantos bolsos?” También se alegraba de que no tuviéramos los caracoles de subida. “Bueno, si no contamos todo el *largo* día de ayer, entonces no, ¡no tuvimos subidas!” Risas, y al restaurant a festejar.

El menú era con plato de entrada, principal y postre. Todo por \$20, como dos noches en un campamento caro. ¡Buenísimo! Nos sentamos, pero por nuestra apariencia de zaparrastrosos no combinábamos ni con el perro del lugar. ¡Cómo se disfrutaban las comidas de viaje! Se come porque de verdad

se llega a necesitar, y si además es rico. . . Primero empanadas y un “aderezo picante” para el pan; después chivito con “batatas a la miel”, y flan con dulce de leche de postre. ¡La pasamos mal estos últimos días! Comimos hasta las migas de las dos paneras, y después caminamos los 200m hasta el Hotel.

Hay muchísima vegetación en este punto, y hacía días que no veíamos ni un árbol. Subimos al mirador para ver al hotel con la misma perspectiva que en las etiquetas de cada botella, un cuento de hadas estar ahí. No sabía que existía. Desde entonces, cada vez que veo esa imagen, sea en una botella o en un camión por la ruta, se me imposibilita no recordar ese día de sol. Invariablemente, siempre, en cualquier momento y lugar. Conocimos finalmente la capilla, y volvimos al restaurant a la hora de la siesta, para dormir un poco sobre el pasto y bajo la sombra de un gran árbol. No queríamos llegar a Mendoza y dar por terminado el viaje.

Apareció un hombre de Esquel, de unos 55 años; recién empezaba su viaje en bici desde Mendoza. Planeaba cruzar por San Juan a la Serena (Chile), bajar bordeando el Pacífico hasta Viña del Mar, y volver a la capital mendocina atravesando el Cristo Redentor. Un *gran* viaje. Su bici era muy común, casi de paseo, y llevaba menos carga que Ezequiel o yo. Una simpleza infinita, no sólo por la imagen pero también por su modo de pensar y hablar. Charlamos un buen rato, nos dejó el teléfono para visitarlo si sale nuestro viaje del 2006. Le cambié mi botella grande de agua por una chiquita que él traía, así llega a La Cruz sin deshidratarse. Nos despedimos deseándole lo mejor, y seguimos viaje a Mendoza.

Una ruta aburrida y derecha luego de pocas emocionantes curvas ahora pavimentadas, pero todo de bajada. Un promedio cercano a 35 km/h la primer hora. Estamos acostumbrados a movernos a 15 km/h, pero llegamos a 63 km/h en este asfalto. Y era en una curva no muy abierta, y se escuchaban las cubiertas silbando; ¡piel de gallina y sentida sonrisa! A medida que la recta avanzaba, solita bajo nuestros quietos pies, el clima cambiaba perceptiblemente. Mayor temperatura, mayor humedad, y un sol más intenso y pesado. Cuando paramos a tomar el agua nos sorprendimos de su temperatura, estaba no tibia sino *caliente*. Tocábamos los metales, el manubrio, la cubierta; estaban *calientes*. ¡Impresionante! A volver a transpirar pesadamente.

Culminamos el viaje en Mendoza Capital, ¡de nuevo esta gran ciudad! Quisimos parar en la hostería amiga pero estaba llena. Había gente pero no nuestros conocidos, les dejamos saludos y las buenas noticias. Gastamos después el teléfono buscando hosterías, hasta que nos interrumpió un hombre: “¿necesitan hostería?” Las cosas siempre terminan bien por acá. Barata y con todo lo que necesitamos. El hombre nos ofrecía “pastelitos mendoci-

nos”, cuando vimos los tradicionales bizcochos nos morimos de la risa. Nos quedaremos hoy, mañana iremos a este club que ya fuimos, le daré un beso a la familia mendocina y tomaré el coche cama a Mar del Plata. Mejor no puede ser todo. ¡Imaginándolo no llegaría a tal gozo!

Contentísimos de terminar el viaje de 900 km aproximados, sin contratiempos ni momentos feos, conociendo mucho, y casi la totalidad de los kilómetros maravillados por alguna cosa de la región. Y de hacer estos últimos caracoles que de verdad me maravillaron, agradecido de por vida. Todo eso, sin golpes ni heridas. ¡Y bastante vivos!

Dormimos muy bien en camas cómodas, con sábanas. Nos bañamos, lavamos la ropa en el mismo lugar. Nos reímos sin parar. Cenamos pizza en un restaurant, donde no nos costó hacernos amigos del mozo, que nos trajo de postre dos mitades de durazno con crema con una muy sugestiva presentación.

Lunes 17 de Enero

Fuimos a un club para atenuar el choque con el calor húmedo. Nos duchamos cuanto pudimos, comimos helados, y recorrimos. Cené en un restaurant con mis tíos, previa pizza con Ezequiel que prefería recorrer la ciudad a pie. Compré el pasaje a Mar del Plata, que por suerte conseguí para el Martes porque de nuevo me confié: fue difícil conseguir lugar. ¡Me tuve que conformar con un coche cama sin paradas! De nuevo de lujo, como el de vuelta de Bariloche. Me gusta gastar los últimos ahorros en un lujo caprichoso.

Saldo para la bici: 3 cámaras pinchadas, una rueda torcida y por tanto freno gastado, mi porta paquetes desoldado en dos puntos (¡Villavicencio!), y cadena muy seca. Un rayo cortado. *Nada*.

Saldo para mí: una visión más simple de todas las cosas.

Capítulo 3

Europa

“Al viajar, uno aprende más de su propio país que del lugar que está visitando.”

Anónimo

3.1. Preparativos

Antes del viaje y luego del pedaleo por Mendoza, en el primer cuatrimestre del 2005, estaba cursando en Buenos Aires el Ciclo Básico para Ingeniería. Después de la generosa invitación de mi viejo a visitar Europa, descrita en la introducción, empecé a enviar mails a mis tíos españoles (viven en el centro y norte de España), a amigos (del sur español) y a un amigo de papá que vive en el centro de Alemania, en Göttingen, y se llama Gustavo. Iba a ir unas semanas, como a cualquier viaje, pero desde que empezaron los mails comenzaban las sorpresas.

Los españoles me recibían con gusto, mi tío se tomaba vacaciones ese verano (en Julio) para mostrarme *todo* lo que quería. Y Gustavo me contestó que si me quería quedar seis meses, que simplemente lo hiciera: su casa estaba abierta; y me describía un poco (*¡muy* poco, aunque pareciera tanto!) cómo sería mi vida en Alemania, queriendo ocuparse de que no me aburriera un minuto. Él no entendía: ¡yo curso acá! ¡Estudio! De todos modos reenvié ese mail a mis viejos, para que agradecieran ellos también la gran invitación. Los dos contestarían que era una locura, pero verían en Gustavo una hermosa actitud.

Llegué de la facultad al mediodía, y me esperaban mails de ambos. El de mamá me descarriló. Ella me iba a extrañar mucho, pues era una oportunidad que no podía perder. Que lo pensara. Queirme con el ciclo básico

terminado era una buena idea. Pero no cerraba ahí el mail porque ya me sugería en el mismísimo mensaje que llevara una raqueta porque a Gustavo le gusta jugar al tenis, que disfrute de los bosques de alrededor, y de lo amigable de la gente de su barrio. ¡Y yo esperaba recibir solamente un “qué lindo gesto el de Gustavo”! Emocionado y todavía incrédulo, leí el de papá. Avalaba lo que decía mamá, me autorizaba a tomarme medio año de vacaciones (¡con tanto estrés lo necesitaba!), y me daba libertad de volver cuando quisiera, sea a los 2, 3 ó 6 meses.

Imaginen por dónde volaría mi cabeza esos tiempos, que fui a rendir el último parcial con el dinero del pasaje en el pantalón. Le pedí compañía a un amigo que terminaba de rendir conmigo, él no podía creer que rindiera y caminar tranquilamente con eso... ¡En realidad yo tampoco lo podía creer!

El 5 de Julio, cena despedida en casa: familia nuclear, un amigo y yo. Las corridas de no olvidarme de nada, los documentos, la plata, llevarlo a mi hermano a la casa, a mi amigo, dormirme, despertarme, bañarme, vestirme. Los “¿Tenés la billetera? ¿Y dónde?” “¿Llevás los documentos en un lugar seguro? ¿Dónde?” Cerrar el bolso a último momento pero asegurándome de no dejar nada...

El 6 a la madrugada, foto en Ezeiza y despedida con mis viejos. Sólo los había visto emocionados por este viaje a través de internet, pero ahora en persona. “Chau”. Es tan simple que me molestaba sentirlo, pero de verdad que no es fácil decir ese “chau” por un tiempo. Pasé todo ese día sentadito, escuchando a las turbinas alejándome de a cientos y miles de kilómetros de todo continente conocido. Pensaba en lo impresionante que era todo. Hacía horas había rendido y ahora estaba viajando a España, donde me esperaba una rama familiar divina y que nunca conocí.

En la madrugada del 7 llegué a Madrid. Busqué la mochila, y a ver si me recibe la familia y nos reconocemos...

3.2. España y familia europea

Jueves, 7 de Julio

¡Hola Familia y amigos! ¿Cómo andan? ¡Por aquí todo bastante bien, a pesar de todo!

Me voy a olvidar del 90% si no escribo todo porque son *tantas* cosas juntas las que aprendo y veo y admiro, que seguramente se me pasa gran parte, y de no escribirlo se me pasaría casi todo. Sin estos españoles que me llevan de la oreja para cada lado no sabría que hacer. Conocen mucho de su historia, y pueden transmitirla con facilidad.

Empezando desde el vuelo, buen día al despegar y noche clara al aterrizar. Sólo nublado durante el vuelo. El poco tiempo que compartí con mi compañera de viaje me morí de risa. Era de tu edad, Ma, y tenía las mismísimas peleas con el hijo que vos y yo al viajar. Antes de hablar de eso me hacía chistes como si fuera un amigo cualquiera: veíamos el video de precauciones del avión y decía (entre otros) “¡oye Manolo, que ha llegado el cotillón!” cuando tiraban las mascarillas de gas. Estábamos tentados, ¡qué buena onda que hay de viaje! Después fue a otro asiento así dormíamos más cómodos.

Recién caía de lo lejos que voy al descender, viendo el mapa. Cruzamos Brasil hasta llegar al Atlántico, ¡y ahora estoy en el viejo mundo! Viejo literalmente, si hablamos de “civilización” como la entendemos.

Mi ritmo circadiano todavía no capta la hora de acá ni la de Argentina, los españoles se ríen porque de noche doy vueltas, y de día duermo profundamente y no me pueden despertar. Dicen que duermo “más que las sábanas”.

El primer día fuimos Víctor (tío madrileño), Daniel (primo asturiano) y Eugén (padre de Daniel, y responsable de mi nombre) a Segovia. Es una ciudad famosa por conservar un acueducto del siglo segundo, formado por piedras encastradas perfectamente. Lo sorprendente además es que se usó hasta hace pocos años, cuando la falta de eficiencia lo tornaba caro (evaporaciones fue lo único que me explicaron). Funcionó durante 1800 años.

De ahí vimos la muralla de estas ciudades de época; un “alcázar” (“castillo”, para mí) típico de dibujitos con agua al rededor, puente levadizo y grandes muros y torres; y muchas casitas y callejuelas antiguas. Todo pintoresco, no se les escapa la tortuga ni en pequeños detalles.

A la vuelta nos pasó por la autopista una Ferrari 360 descapotada *muy* rápido. ¡Sonó tan fuerte, pero tan poco tiempo a nuestro lado! Dicen que si te pescan a más de 180 km/h por las autopistas te quitan el carnet por tres meses, aparte de cobrar una jugosa multa. Un ejemplo a imitar. No ví autos viejos, tampoco “baratijas” de esas que ni ABS traen y llegan a 140 km/h.

Al llegar a Madrid conocimos su parte vieja. A mi me re-sorprenden, pero acá deben ser moneda corriente estas antiguas urbanizaciones. Vi calles de dos metros de ancho, es decir que para salir de la casa uno tiene que inclinarse antes sobre la puerta sin bajar un pie, para asegurarse de que no pasan vehículos y se puede bajar. Las estrechas callejuelas serpentean por donde los constructores quisieron, y hay tantas ondulaciones que un poco por perspectiva y otro por el ceder del terreno, se ven las casas inclinadas hacia la calle. Es decir que no se ven las paredes perpendiculares al piso, ¡por las dudas no pisaría las plantas más altas!

Vimos por TV las corridas típicas de Pamplona, esas que largan toros

por la ciudad hasta la plaza mayor, y la joda dura una semana seguida. ¡Hay mucho que aprender de estas culturas tan avanzadas!

La segunda mañana (siento que son más por todo lo que recorrimos) salí a correr temprano por “el Retiro”, el equivalente a Palermo de Madrid. Se diferencia por ser más “parque” y menos “salvaje”, y por estar no alejado sino en *medio* del centro de la ciudad. Corrí poco y sufrido, entre el verano y poco entrenamiento.

Luego del desayuno, fuimos con Eugenio a Toledo. Conocí la catedral, es *inmensa* y llena de capillas adentro; no podría juzgar cuál es más impresionante. Son tantas cosas por metro cuadrado que no tengo dudas de que me perdí la mitad, y me llevé la otra mitad. De todos modos si quería ver todo seguro terminaba cansado y sin ganas de ver un sólo Cristo más. Es, muy resumidamente, una enormidad que emana arte por donde miren. Por dar un ejemplo, los coros se sientan en sillas tipo teatro: al levantarse, sube donde apoyan las sentaderas. Pero es de madera vieja, oscura y fuerte, y tiene trabajos tallados abajo del asiento para que cuando no están ocupadas se vean. Y son muchas, pero no hay dos motivos repetidos. No hay simetría de imágenes. Demasiado lujoso con trabajos en todos los rincones. Desde la primera piedra al último detalle corrieron 300 años de desarrollo. Deberían ver las cerraduras de la época. En medio de las pesadas puertas de madera, impresionan por el tamaño. Las argollas son de 8cm de diámetro y guardan a esas llavezotas del tamaño de un martillo.

Volvimos, profunda siesta, profundo almuerzo (almorzamos siempre buena comida, gracias al cocinero de lujo que es Víctor), y salimos para el Palacio real.

Son cientos de habitaciones, y en cada una hay que ver paredes, techo y suelo para empezar; para luego observar todas las sillas, muebles, pinturas, figuras, vajillas, etc. Paredes cubiertas con tapices tejidos a mano de diferentes colores y estilos (todo de lo más perfecto y de cualquier lugar del mundo), techos con frescos y adornos en oro que hacían de marco, además de ornamentales arañas por todos lados (que, dicho sea de paso, tenían las bombitas de luz trabajadas); pisos con diversos tipos de mármoles, cortados perfectamente para que al encastrarlos formen figuras; mesa para 144 comensales donde cada silla debe valer como... un viaje a Disney. ¡Pasillos revestidos de invaluable arte, y no son más que pasillos! Un empaque de lujo. Luego, a la armería, donde había maniqués de caballeros medievales, con sus caballos protegidos por armaduras también. Varios modelos de este elegantísimo deporte (creo que se llamaban “juntas”), me encantaron. Las espadas están todas buenas y curiosamente no pasan los €70. Trabajadas,

grandes, pesadas... ¡Verán que perdí la tabla de conversión al peso! Sino no puedo juzgar qué es caro o barato, porque todo es caro, o carísimo.

Mañana me castigarán con el Escorial y el Valle de los Caídos. Estar acá, con *toda* esa historia que cuentan, y así entender el porqué de cada detalle (no solo el hecho de ver las faraónicas construcciones), conmueve. Esa tarde llegaré a Gijón, Asturias, para luego recorrer toda la zona Norte que promete ser interesante, además de más verde. Y conoceré a Carmen y Jorge, esposa e hijo menor de Eugén. Hoy despedí a Daniel que se va de viaje, le agradecí la compañía y buena onda.

Les cuento que María, mujer de Víctor, me cagó a pedos por usar los dos días la misma remera, y me la exigió para lavar. ¡No se qué problema se hacía, si al llegar de vuelta a Pergamino la iba a lavar yo!

PD1: Acá son “rarísimos” los enchufes planos de patas oblicuas, menos mal que consiguieron un buen adaptador por ahí.

PD2: Saqué la billetera sólo para comprar ese adaptador... ¿atentos estos españoles?

Sábado 9 de Julio

¡Hola! Muchas gracias por sus mails, si bien parecen frías las PCs deben ser otra causa que “aiuda” a que no extrañe un “coño”.

El sábado Uge me levantó (dos veces, como siempre) para desayunar y salir. Dormí como nutria, así que estuve bastante despierto. Despedí a Víctor y familia, por ahí los vuelva a ver por Candás. Visitarán a la madre de Eugenio luego de una operación. ¡Es increíble esa mujer! Ya llegaré.

Salimos en el auto y, como siempre, no tenía idea a donde me llevaban pero el paisaje me encantaba. Dicen que hay muchos accidentes de tránsito a pesar del gran orden. Cuando comenté mi sorpresa por el orden, respondió Víctor: “Vas a ver lo que es el orden cuando conozcas Alemania”, y todos concordaron. ¡Qué diferente será, para que estos españoles declaren su tránsito desordenado!

Paramos en un lugar por fuera bastante simple (en relación a España, porque si lo veo en Pergamino me siento al lado para mirarlo como a glaciares), después supe: El Escorial. La visita fue interesantísima. El rey Felipe II era humilde (también en relación a otros reyes, porque esta enormidad era su casa de veraneo) y construyó de granito (piedra común) todo su castillo. Pinturas por todos lados, solo me impresionó de verdad algunas aberturas (trabajos de minuciosa marquetería: miles de maderitas de distinto tipo pegadas unas junto a otras, que forman imágenes y dan sensación de profun-

didad). También me llenó la vista desde las ventanas, a un precioso jardín todo ornamental, a la enormidad de un muro del palacio –que la perspectiva acusaba su tamaño–, a las verdes sierras; y, más al fondo, al lejano y bajo suelo, amarillo por el trigo. Luego bajamos al panteón de la realeza.

Felipe quiso simpleza e hizo todo de granito, pero los hijos dijeron: “*¡puez coño, que ezte hombre mereze máz imponenzia!*” (aunque no es descabellado que fuera para ellos), y cubrieron de mármoles azules y rojizos *toda* la larga escalera que baja y el panteón; y lo iluminaron con arañas de oro. En el recinto, si no se ve mármol es por los adornos de oro que los tapan. Nos explicaron el orden en que los van enterrando, y qué harían cuando se acaben los lugares (quedan tres).

Subimos al panteón de los infantes, con capacidad para más de cien. El impresionante lujo de este panteón quedó opacado por el anterior. Lo que más me movió fue la cantidad de niños enterrados, no sólo por la no muy avanzada medicina de la época, sino también por los problemas con que nacen los hijos de familiares cercanos; y aquí arreglaban así los casamientos.

Como los cajones son pequeños para un cuerpo, los difuntos esperan 30 años en el “pudridero”, para poder ser luego reducidos y alojados en sus respectivos cajones. Los “pudrideros” (nombre muy figurativo, ya lo dijo la guía) están a los costados de la escalera entre-panteones.

Era clara la importancia de la iglesia en la época: es lo más lujoso de todo el castillo. En esta casa de retiro espiritual para Felipe también funcionaría un monasterio. Iglesia enorme, con miles de detalles de los que cualquier conocedor de arte se maravillaría, y con los dormitorios a los costados del gran altar. Así, Felipe, (que vivió mucho para su época, y pasaba gran parte de sus últimos tiempos en cama) podía seguir la celebración.

Visitamos luego la increíble biblioteca, también más lujosa que el propio palacio, con varias particularidades. Cientos de libros guardados al revés (las hojas hacia afuera) para que la humedad no los arruine. Los títulos son escritos sobre las hojas, previamente bañadas en oro. Algunos son inmensos, con oro en cada hoja y un trabajo que por cada letra yo invertiría horas. Las mesas de mármol sostenían antiguos globos terráqueos, es interesante pensar en cómo diagramarían el mundo con herramientas tan precarias y viajes tan largos. Había un globo con la tierra en el centro y varios anillos circulares al rededor, que ilustraban el movimiento de estrellas, satélites y planetas, mostrando a la Tierra como centro del Universo. Ví la foto de esta biblioteca en algún libro de la secundaria, lástima que no estudiamos suficiente (obvio, ¡porque no estoy ahí en el pupitre lo pienso!)

De ahí, a un largo pasillo con imágenes de guerra y batallas en las paredes, y ventanas intercaladas. Si ven las guerras de la época salen corriendo

antes de que disparen la primera lanza. Es sorprendente, me dieron ganas de ver pelis de la época. ¡Y hasta de leer! A la salida nos esperaba un pasillo donde mostraban cómo fue construido todo, mediante maquetas e imágenes. Las grúas, poleas, diagramas... es *indescribable*. Linda civilización.

Salimos al pueblo, y conocí una sinagoga, sorprendente por su bella simpleza; varios comercios de cosas típicas, imágenes de Don Quijote (soldado por excelencia, según me cuentan) y otras yerbas. Buena vista, entre el palacio sobre una sierra y la planicie madrileña.

Después visitaríamos el Valle de los Caídos, la humilde tumba de Francisco Franco cavada dentro de una cueva de piedra, construida por cientos de presos políticos. De esto esperaba *tanto*, que recibí lo que esperaba. Ya conocía por fotos y descripciones. No pude dejar de pensar en la actualidad de las ideas (actuales, de hecho), y de cómo fue construido, así que esto me impresionó desde el lado histórico, humano. ¿Bello? Obvio, pero al esperarlo lo disfruté sin impresionarme como con todo. Sólo capturé a esas esculturas de un lúgubre monje que escoltan los húmedos pasillos, escalofriante. Cercaron la tumba de Franco con una bonita sogá para que no la pisen, la miraba atento mientras Uge insistía en que levante la vista para poder ver un mosaico en el techo que mostraba, como en todos los lugares que visitamos, imágenes religiosas, casi siempre católicas. Antes de entrar le preguntaba a Uge si a los españoles les perturba visitar un monumento a la tiranía (de modo más suave y menos “Lisa Simpson”), y me contestó que le “importa un cojón”. Todavía me estoy riendo y memorizando la frase.

No pude apreciar la inmensidad de la cruz de arriba por no poder acercarme, pero se supone por lo grande que se ve si bien está tan alta, y al alejarse se sigue distinguiendo fácilmente. Al llegar a Gijón, Jorge (su hijo) me daba más argumentos por los que toda guerra es irracional y fundada en odios que ni siquiera existen en el momento: su bisabuelo ni sabía si era republicano o del otro bando, y sin embargo, en su ignorancia de simple pescador, quedó encerrado en una vieja iglesia. El ir a la iglesia o no era razón suficiente para pertenecer a uno u otro bando. División binaria por excelencia.

¡Veó las fotos para no olvidarme, y entiendo lo movido que estuvo el día! En viaje a Gijón paramos en Ávila, que mostraba un muro y torres pero de lo más típico que podamos imaginar, y de las más antiguas. Oscuras, largos muros interrumpidos por altas torres con almenas. Excelentísima vista desde allá arriba. Almorzamos en un restaurant de lujo con un poco de sueño. Luego, la vista de la ruta a Gijón no me permitiría dormir.

En viaje vi parques eólicos y pequeñas pantallas solares. Hay puentes tapados por madera que cruzan la autopista de campo abierto a campo abierto (no une caminos) para que los animales salvajes sigan su curso, y que la nueva autopista no rompa el equilibrio de la región. Esto es demasiado. Cuentan que una obra se retrasó varios días para esperar a que nacieran unos halcones en peligro de extinción. ¡A cada minuto corresponde un comentario! Hay cigüeñas en cada lugar alto, hacen unos nidos enormes.

Cruzamos el túnel a Asturias. Lo bueno, además del camino sinuoso y serpenteante entre verde y boscoso, con subidas y bajadas, es que a Uge le gusta manejar, y lo hace bien. Nunca pasó los 140 km/h con control de velocidad crucero (o casi). ¡Pero en curvas tampoco los bajó! No conocía la marca Honda, si es para viajar en rutas es un placer.

Llegamos al atardecer del viaje de Madrid. Me acomodé, cené, y salí hasta las 3 am (muy buena onda los amigos de Jorge). Hoy a la mañana salimos a correr por la costanera, al sol y en remera. ¡En Julio! Por este camino hay varias obras de arte moderno y abstracto, desentonan con el clasicismo al que vengo acostumbrado. (En mi vida creí que hablaría de arte.)

Hoy almorcé en lo de la madre de Uge, Josefa, en Candás; cocinó la sobrina Lily y es también cocinera de lujo. No paro de comer, pero no entiendo porqué acá lo hago lento si en mis 19 años nunca lo hice. Vimos la F1, acá se mean por Alonso como allá por todos los corredores del TC juntos. Va bien en el campeonato. Visita turística a este pueblo mañana, pues hoy internaban a Josefa. Esta mujer no se puede creer: es la delicadeza de una abuela con el humor más... ¡o menos de abuela!, que se puedan imaginar. Me reí más que con Uge. Jorge se había olvidado unas pastillas en la casa, y entonces le dijo: “Pero queriido, ¿ninguna de las mías le va?” Sonriendo pícara. Increíble, qué hermosa actitud hacia la vida.

Me interrumpieron la escritura (no es raro si estoy acá hace tiempo) para presentarme a dos tías de Jorge. Divinas, una es Ingeniero Química apasionada, capa en energía atómica (me explica que toda casa que se edifique en España debe tener paneles solares, de manera de no depender 100 % de un único sistema energético). Charlamos un montón, interesante. Y así termina el Domingo, ahora a dormir “más que las sábanas” para mañana visitar Candás.

PD1: ¿Vieron qué palabra, “pupitre”?

PD2: ¡Coño, que ze me eztán pegando algunaz palabraz ezpañolaz!

PD3: Existió un sólo “gallego” como los conocemos o prejuizamos, y fue quien inventó el bidet. ¡Todavía no sé usarlos!

Lunes 11 de Julio

¡Me olvidé de describir el Parlamento donde sesionan en Madrid! Fue increíble: pasamos tres filtros hasta lograr entrar (no cerraron el auto, por ejemplo, por los sensores de infrarrojos que hay al rededor). Están en obras y dirige Víctor, por eso pudimos pasar. Aparte de la cantidad de sillas bonitas, tanto arte, lujo, y la silla del rey, lo que más me impresionó fue 4 agujeros de bala que dejaron en 1981 durante un intento de golpe de estado. Estuvieron unas horas con tanques en la calle, pero las fuerzas armadas en general no les dieron bolilla según me cuentan.

Caminamos todo Candás, para ver las cosas que ya esperaba; si bien *todo* es bello, nada me sorprendió. Vi desde un camino alto la casa de nuestros bisabuelos, conocí el “Cristo con falda”, desolador, en una increíble capilla; dimos una vuelta por una península alta, donde además de toda la vista al Mar Cantábrico encontramos una capilla al santo de los novios creo, hermosísima, simple y chiquita, y armada así nomás en lo alto del monte. Bajamos al puerto y vimos el faro a leña, la peña furada (una gran piedra en la playa agujereada al medio, a veces tapada por el agua y a veces sobre la seca arena debido a las contundentes mareas diarias), y tomé agua de una fuente que hace a quien la bebe “despierto, atento”. Esperan desde ahora no trabajar tanto al despertarme. ¡Me parece, ahora que lo pienso, que me trajeron a Candás sólo para esto! Muchos detalles en este bonito e histórico pueblo.

Después, lo mismo por Gijón. Recorrí bastante, conocí mucho, caminamos por su parte antigua, tomamos sidra tirada (desde la botella, vertiendo desde el brazo estirado por sobre la cabeza, hasta el vaso, que espera el líquido a la altura de la cintura), que estaba bastante buena pero no es de mi devoción (tiene buen gusto a jugo de manzana). ¡Y me empecé a reír con las puteadas del gallego! ¡Había tanto viento que enchastraba todo menos el vaso! ¡Se daba vuelta como mirando al viento para putearlo! Muy gracioso.

Al otro día salimos de Gijón para conocer la Universidad Laboral. Imponente, pregunté la “época” en que fue construída, y tiene sólo alrededor de 60 años. Franco mandó a construirla como orfanato minero, pero nunca se llegó a usar para eso, y ahora funciona como escuela y universidad. Es del estilo de los alcázares, no la describiré en detalle pero daba esa imagen. Mil cosas increíbles (que la alumna de secundaria, voluntaria en vacaciones, nos relataba al guiarnos) y una que me interesó más que todas: al sacar los andamios de la capilla con forma ovalada el techo cedió 30 cm, y por eso la cruz que está grabada en la punta ya no proyecta la luz del sol camino al altar. La universidad está bastante alta, y subimos a su torre de 17 pisos

para apreciar Gijón. Una maqueta.

De ahí a un hermosísimo gran parque en la otra península Este de Gijón, no la que ya recorrimos. Había una edificación chica tipo trinchera que se usó durante la guerra civil. No se el nombre: típico ver dos soldaditos metralando ahí encerrados, y un enemigo que les mete una granada adentro, eso era (“búnker”). Muy impresionante verlo ahora, todo libre y desmilitarizado. Se cerró su entrada, no por las granadas sino por las bombitas de olor que dejaban algunos borrachines. Un pesquero y dos yates nos indicaban dónde estaba el mar, que se confundía con el cielo.



MIRADOR ESTE DE GIJÓN.

Bajando un poco por la costanera una escultura: “la madre del emigrante”. Es la primer escultura que me conmueve, lo llena a uno de esa desolación que el artista habrá querido imprimir. Ver de este lado lo que estudiamos allá como “inmigración” es simplemente esa imagen.

Esa tarde me metí en el mar. Terriblemente frío al entrar, muy relajador al salir. Y estar, un placer, desde que uno se acostumbra a las algas. Azul, con pocas y suaves olas, y sin bancos de arena ni pozos, no tiraba ni para el costado. Lo más destacable es que en la escalera 7 (hay varias y bastante unidas) estaba prohibido bañarse, y yo estaba en la 5. Las mareas y corrientas cambian en pocos metros. El estar recién llegado todavía me hacía sentir el placer de meterme al mar en “invierno”.



LA MADRE DEL EMIGRANTE.

En la tarde, la frutilla del postre: Covadonga. Un camino a los lagos que Uge no recorría desde hacía 30 años. Es *perfecta* esa ruta, me dieron ganas de comprarme una bici y recorrerla toda, y volver a Gijón por caminos de tierra. De esos paisajes que se ven en postales suizas o austríacas se trata. Los terrenos, muy chicos, están divididos por arbustos. Lo típico de las postales de aquí: una gran catedral con la imagen de la Virgen de Covadonga, y un excelentísimo sagrario (en realidad lo repelo bastante, muy turístico y comercial me pareció). Lo lindo de la catedral era verla inmersa ahí, en ese bosque tan divino. Arriba de una sierra hay una imagen de Pelayo y la cruz, donde según la leyenda “casi” se cae, y un camino que la unía a donde estábamos. ¡Me dieron buenas ganas de subir! Pero era largo dice Uge. Después, la cueva donde apareció la Virgen, hermosa la imagen y la vista. Pero de nuevo lo mismo, yo estaba mala onda me parece por la cantidad de cosas que se vendía, y de gente curiosa como yo. Y de ahí, al paraíso.

Una ruta casi de una mano subiendo sin parar, escoltada por mucha vegetación *verde*, a veces tipo túnel; algunos ciclistas subiendo (en pocas horas serían los más felices del mundo con la cantidad de curvas que hay), vaquitas en medio de la ruta con cencerros, y algunas ovejas de pelaje largo.

Primer mirador: desde muy alto a los valles verdes, a la ahora lejana catedral, y atrás, los picos nevados. ¡Nieve! La ruta se veía por cualquier ventanilla del auto serpenteando a través del bosque. Seguimos hasta encontrar un auto parado: el conductor intentaba espantar a las vacas sueltas. Miles que están buscando sombra caminan por estas montañas, parte de los “Picos de Europa”. Salimos temprano para no encontrar demasiada gente, y dio resultado.

Primer lago, y tras un cerro el segundo lago. Paramos, caminamos hasta el cerro y se podía ver los dos lagos, además de diversos caminos para seguir a pie. Paradisiaco.

Bajamos y cruzamos los tradicionales horrios, construcciones de madera levantadas del suelo para guarecer a las vacas del sol, y guardar granos alejado de las ratas. Conocí el puente de Covadonga, lo conozco de memoria por fotos y, a diferencia de lo que creía, está en una ciudad; pero verlo “en serio” fue maravilloso. Es como todos los castillos, uno sabe que son así, pero estar se siente diferente. Esta zona me enamoró.

Volvimos por la ruta “vieja” para parar en un museo de sidra (interesante, lo más: las prensas que usaban hace doscientos años, de madera y con palancas, a más larga mejor); y para disfrutar de las incontables curvas, que si uno se cerraba demasiado choca con la sierra, y si se abre, contra el guarda riel. Y Uge maneja muy bien así que no se nos dificultó disfrutar de esto último. Vimos Gijón desde el décimo mirador (a cuál más hermoso), y vuelta a casa.

Me preguntan qué como, y como como como en casa (¡qué trabalenguas!) Sólo que usan otras especias, pero todo muy producido y rico. Nunca de más ni tampoco de menos, bien medido. Si estaba rico y somos glotones, ¡sólo entonces nos quedamos cortos! Pero relativamente. Buena costumbre a la que no acostumbramos.

Y ahora veré si el calor me permite correr como espero. Sino, al mar. ¡Hay tantos problemas por los que preocuparse, en esta zona! Lo comparaba con el viaje de 5º año en ese sentido. Fuera de broma, hoy es tapa del diario la sombra de un tiburón que apareció en las playas, pero dicen que no hace nada. Ya les contaré. O tal vez no... En fin, ¡de cualquier modo, saldré a conocer!

Miércoles 13 de Julio

Es impresionante cómo escribo pensando que pasaron varios días, pero son a lo sumo dos.

La tarde después de Covadonga salí a correr por la costanera hasta el

mirador del Este, que me había encantado. Había ido en auto y me engañó: la costanera está *llena* de subidas y bajadas. Pensaba ir y volver sin parar pero, fulminado, me tiré en el mirador a contemplar las maravillas de este infierno. Estaba ventoso. Volví trotando, me tiré en el mar vestido como estaba, y, ya en casa, me dí una *gran* ducha. Luego una siesta de 20 a 22hs antes de cenar (fulminado, en serio), ¡y a la Semana Negra!

La Semana Negra es una gran feria anual en Gijón, que tiene cosas tan variadas e inconexas que da risa el sólo mirar. Los puestos son tipo la Rural de Pergamino, pero el tema, nada que ver. Empezó como un encuentro sobre libros y pelis de novela negra, pero terminó siendo una semana de fiesta, sin otra excusa que las ganas de juntarse a tomar algo. El olor a frito mata. Hoy me contaron que ayer estuvo Sabina y me quise cortar las venas. El miércoles escuché ahí a una banda húngara (cientos de instrumentos de viento y un ritmo muy movido) que me hizo recordar a Goran Bregovic. Todos puteaban porque ni hablar se podía, pero al recordar el teatro y ser algo tan particular me encantó. También escuchamos rockabilly, es para mi jazz, pero, para el que sabe del tema, mezclado con Rock & Roll.

Muy bueno y divertido.

Jueves 14 de Julio

Esta mañana visitamos Cudillero. Otro pueblo antiguo y netamente pesquero, pero colgado de la montaña, que cae abruptamente al mar. No hay calles, subir hasta el mirador no es tarea sencilla. Cuando encontramos una, subimos lo que serían dos cuadras para una ciudad planificada (pero sin bocacalles), y una curva nos hizo hacer una “V” corta, como en los montes de Valparaíso. Un hombre nos indicó que el mirador estaba “después de la casa verde”. Sin cruces de calle: había que seguir el camino hasta encontrarla. Un laberinto de casas antiguas, que se asientan como en gradas mirando al mar. Habíamos caminado un montón por ser “una cuadra” pero *nada* para estar *tan* altos. Es que todo es subida por calles estrechas, y mirando el camino uno no nota cuánto avanza. ¿Cómo harán los que viven arriba para moverse, al envejecer? Varios gatitos de por medio, un poco amigable pequinés, y dos viejitas charlando, nos indicaban que, más que caminos, éstos son los patios de las casas.

Cuando llegamos se veía la grandeza del paisaje, sin interrupciones de tejados o cables. ¡Y ni siquiera desde ahí arriba se veían caminitos por la ciudad! ¡Son muchas las casas para que no estén claramente unidas! Pocas para vivir en un lugar alejado, sólo alimentado gracias al inmenso mar. Se veían barquitos pescando y un poco de trigo salvaje, las piedras bajo el

mar... calculo que las fotos parecerán de fotógrafo, aunque el clima un poco nuboso y húmedo no era el propicio.

Bajamos del mirador caminando por otro sendero. Circulábamos casi a la misma altura que un techo cuando vi sobre su chimenea a una gaviota del tamaño de un pavo real. ¡Hermosa! El plumaje suave me hacía acordar al gato, el cuerpo grande al de los gansos, la carita a águilas creo, con el pico curvado hacia abajo y los ojos también grandes. Perdón si me pongo técnico, es que la anatomía animal es mi fuerte. Distinguí entre las tejas a un bicharraco todo gris y desplumado, camuflado entre los colores de barro de las tejas del techo; el hijo de la gaviota según Uge. Se ve que esta gaviota engañó a su gavioto porque tenía poco de este animal el bicho, por ahí al crecer se le aclara el plumaje. Le tomaba una foto cuando el pavo real se hechó a volar y nos empezó a atacar. Sí, sería el hijo este ave gris, y la madre lo estaría protegiendo sino saludándonos a modo “gaviota”. El tamaño era, como ya dije, de dos pavos reales juntos. Hermosos bichos.

Pasado el peligro continuamos camino abajo, siguiendo una escalera antigua y de piedra que tenía escalones para un costado, para el otro, con pocitos y pasto, para adelante, para atrás... Nada de horizontales. Hay que bajar paso por paso, examinando cómo será el escalón que sigue, para llegar hasta abajo sano y salvo.

Llegamos a una galería llena de sombrillas, donde se puede comer mariscos en los numerosos restaurants. Sobre el turismo, no entiendo cómo había tantos autos en el estacionamiento, pero tan pocos turistas husmeando por el pueblo.

Al ver que era temprano (¡cómo madrugo!), en lugar de volver a casa Uge me llevó al barrio antiguo de Oviedo, la ciudad donde estudia Jorge. Hermosísimas calles y edificios, peatonales y plazas, variedad de esculturas en lugares públicos. Muy lindo, muy artístico. Breve recorrida, y volvimos.

Esa tarde para todo argentino almorzamos pescados, tipo sardinas pero más grandecitos. *Muy* rico. Otro día comimos “bonito”, excelente también. Qué lástima que en Argentina no se coma pescado, entre lo sano y rico que es. ¡Sí, entiendo lo del olor en la cocina!

Después del almuerzo, olvídense de sentarse a estar de ocio: visitamos el museo del minero. La guía nos explicaba cómo era la mina desde un hotel cinco estrellas: “la verdadera mina es como lo ven aquí, pero diez veces peor”. Todo el camino se trató de eso. *Increíble*. Increíble porque de ese hotel cinco estrellas dos mujeres pidieron que las volvieran a subir, y nosotros no estábamos nada cómodos en ese subsuelo (lejano de los 640 m de profundidad en que trabajan). Las condiciones en la mina siempre fueron y ahora son (no tantísimo, solo tan) malas. Sólo contaré un detalle, lo demás es verlo para

impresionarse. Bajando un pasillito desde donde escarban la montaña para extraer carbón (en vez de usar la escalera, usando el camino que usarían los mineros, pero pavimentado y sin barro) nada estaba horizontal o vertical; y mientras veía a mi lado que por la escalera bajaban los “grandes”, parecían recostados sobre la nada y no verticales al piso. ¡Me marea pensarlo! Si me daban un vaso de agua seguro volcaba al sostenerlo. Había perdido el sentido de lo que era vertical, y al bajar a las vías no entendía nada. Todo interesantísimo, creía que las minas eran otro lugar de trabajo, como los dibujitos mostraban. Las relaciones minero/empresario, se imaginan, fueron de lo más tirantes.

Cuando subí al museo de máquinas antiguas (¡lo mejor!), Uge me apuraba en cada punto: “ve esto, Tute; ve aquello”. ¡Encima di dos vueltas porque, cegado por alguna, siempre se me pasaba la que estaba a mis espaldas! Una reproducción de la máquina a vapor hecha muy grande permitía entender claramente su funcionamiento y usos en la mina. El vapor se generaba desde el carbón de la misma montaña. También había mucho sobre pólvora, importante para cavar los túneles.

Completaban la gran muestra maquetas de accidentes en la mina, cómo eran los hospitales, y textos que explicaban la evolución a través del tiempo. Sobre anestésicos, fue tristemente gracioso leer sobre un médico que, inyectándose cocaína en los nervios a modo de prueba, se volvió adicto. El pobre terminó dedicando su vida a tratar la adicción más que a descubrir novedades sobre anestesias. Mientras leía sobre adrenalina, Uge y Jorge comparaban riendo mi expresión con la que tendría ese médico; ¡la pasamos de diez ahí adentro!

Sigo: ¿Saben lo que es el “Grisú”? Además del bolichazo de Bariloche (que simula una mina), es el gas metano mezclado con el aire de la mina, se forma al desprender el carbón y causó muchas muertes. Morboso para mi el cambio de sentido de la palabra.

Mañana viajo a Málaga, al sur de España. Qué bueno volver a volar; no lo esperaba pero cruzar las montañas de Asturias en tren o colectivo demora tanto que se hace la hora de ir a Alemania. Y cruzando España el paisaje, si bien lindo, es más monótono.

En Alemania volveré a escribir, seguramente bastante los primeros días. Si Gustavo me lleva a todos los lugares que planea, entonces *todos* los días. Da igual, tengo ansiedad de sólo llegar.

Miércoles 20 de Julio

¡Hola familia, y feliz día a los amigos!

Estuve más desconectado acá en Málaga. Llegué el Domingo a la noche después de un excelente vuelo de casi una hora. Era un avioncito de dos turbinas, chiquito, ¡pero tan (in)cómodo como el grande que me llevó al otro lado del océano! Hasta que nos taparon las bajas nubes asturianas pude ver la costa cantábrica, con sierras, quebradas y esas pequeñas finquitas; todo muy lindo. Después de una densa capa de nubes oscuras, el encandilante sol. Después, la sombra del avión proyectada sobre el algodón, más que blanco. ¡Hacía días no veía sol!

Llegué, y me recibieron los amigos: Mangacha, Richard y su hijo de mi edad: Gussy. Mucho lujo por aquí, dicen que es la provincia más pobre pero es la más ostentosa de lo que conozco. Alrededor de los grandes yates del puerto Banús se estacionan Ferraris, cuando no son las “típicas” 360 son las más grandes. Porsche Cayenne y Boxster, moneda corriente; 911 como Volkswagen Boras allá, no tanto pero están. Todos los autos son caritos, a diferencia de Argentina, acá un Audi A6 no llama la atención. Y tanto como en el Norte, lleno de A8s. ¡Hasta vi un S8! Cuando me bajé del avión y no sabía esto creí que había una muestra o algo porque vi una Lamborghini, una Ferrari y una Cayenne juntas en un lugar. Pregunté, y me dijeron que así es.

Menos verde y más árido, me dediqué a un tenis de una hora con Gussy y padre, y a bicicletear por las sierras, que poco tiempo pero con los desniveles y este *sol* era suficiente para querer incendiar remera y gorra al llegar. Vi un montón de construcciones.

Comimos mejillones y demás cosas ricas y autóctonas. Las paellas tienen otro sabor. ¿Me estaré desquitando por los tallarines caseros de “la abuela” que describen? Mangacha y flia divinos, sin ellos me pegaba el embole del siglo. No paramos de pasarla bien. Leí bastante también.

Mañana viajo a Madrid, noche en lo de Víctor y María, ¡y pasado a Frankfurt! Donde tomo un tren a Göttingen.

Me voy de España con algunas enseñanzas:

1. Groucho *no* es Karl Marx. Ya vi dos pelis y hoy veo la tercera, ¡es un ídolo!
2. ¡El agua acá gira para el otro lado en inodoros y piletas! Los Simpsons no mienten, el Ing. Civil Richard me explicó porqué. De todos modos lo voy a filmar para “creérmela”. Estos no me engañan.
3. La manzana en las ensaladas queda bien.

Y otras cosas igual de brutas/interesantes.

Que pasen un buen día del amigo;
Tute.

Jueves 21 de Julio

En Málaga no recorrí mucho pero tampoco estuve mucho tiempo. Para lo que estuve hice lo justo: andar en bici por sierras, meterme en una linda playa (llena de algas que me atrapaban y desesperaban) y conocer un poco la ciudad.

Llegué a Madrid, y tomé el metro (subte) a lo de Víctor y María para pasar la noche. Acá los subtes describen círculos por toda la ciudad, hay 13 líneas interconectadas y siguen construyendo. No transpiré tanto como el verano urbano ameritaba, porque los vagones tienen aire acondicionado. Desarrollo.

Divinos como siempre los anfitriones. Descansé y me bañé, luego Víctor cocinó una buena tortilla. Mientras la comíamos me contaba que ellos no cenaban hoy, pero cocinó y cena para acompañarme. Charlamos de buenos vinos, buenos jamones, buenos puros, buena carne... ¡Qué lindo cuando la gente es fanática y disfruta de las cosas! Si ven los jamones que hay acá se desmayan. Los cortan directamente de la pata, secada en sal. Sabrosísimos.

Me despertó Víctor, hizo el desayuno y me llevó al aeropuerto; no me dejó ir en Metro. Malcrianza total. Me senté al lado de la pista de aterrizaje para esperar, y se veía todo el movimiento. Uno por minuto calculé. La de despegue sería del otro lado. ¡No lo podía creer, tan seguidos! Verlos bajar me recordaba a los avioncitos de telgopor que venden en las playas marplatenses: uno más arriba y atrás que el otro. ¿Se acuerdan, todos atados? Acá similar, pero sin hilos y con turbinas que despiertan la curiosidad. Se veía hilera de a tres: el que tocaba pista, el de atrás, y el de más atrás.

No veo la hora de conocer Alemania.

3.3. País nuevo, vida nueva. Alemania.

Viernes, 22 de Julio

En este día un poco nublado, me tocó un avión cómodo a Frankfurt. ¡Qué emoción, por fin llegar a Alemania! Iríamos a Suiza para después virar al Norte y meternos en Alemania, es decir que no fuimos en diagonal, y que vi cadenas montañosas varias. Me sorprendí volando a Málaga de ver un avión a lo lejos mientras nosotros íbamos en la misma dirección, en comparación esta ruta parecía una autopista: ¡conté 7 aviones cercanos a nuestro vuelo!

En uno me asusté bastante: iba mirando algún lago distraído, y pasó *ja fondo!* otro avión en sentido contrario, poquito más abajo que nosotros. Se veía grande y evidenciaba lo rápido que van estas máquinas, al pasar tan cercano. Uno ni se imagina la velocidad, porque son más suaves que sentarse en un puf estos monstruos. Otro se acercaba de costado y descendía para pasarnos por abajo. ¡Son *tan* grandes! Es muy tonto (mejor tildarlo de curioso) preguntarse esto, pero me parece increíble el funcionamiento de los aviones. Es magia. Pasamos montañas, ciudades y lagos hermosos, un sueño, y vi un pico nevado sobre las nubes bajas. También se notaban varias pistas de aterrizaje desde el aire.

Bajando en Alemania se veía todo perfectito. Los arbolitos, miles, todos en fila india; las casas con techos a dos aguas, todas similares y de colores ocres, marrones y amarillos; puentes y autopistas, trenes por todos lados, barcos de carga en un gran río, este avión bajando, en fila con otros a este gran aeropuerto. Todos BMWs (muchos “rurales”, que allá casi no hay), Audis, VW, Mercedes, no muchos Porsches; todo prolijo, todo bien hecho, todo lindo. No hay cosas que desentonen. Maquetas.

Toda Alemania es verde, tupida. Voy a correr a un bosque cercano a la casa, el camino es un túnel de vegetación por el que se filtran rayos de sol. Lleno de subidas y bajadas que lo hacen más especial. Olvídense de un camino de 2 km sin curvas, eso no existe. Sólo en autopistas. Tengo bici para recorrer las sendas, donde hay turbinas eólicas. Parecen comentarios desprendidos, pero sigue todo una misma línea: belleza y prolijidad por donde se mire y ande. ¡Hasta el asfalto es más lindo! Yo no se porqué pero me gusta más oscuro, y en España era más claro. ¡Aunque si era al revés seguro me gustaba el claro!

Al aterrizar tomé primero un colectivo que me lleve a la parte 1 del aeropuerto de Frankfurt, que es enorme. Compré un boleto de tren en esta zona 1, ¡pero ni idea tenía dónde tomarlo! Preguntando por aquí y por allá y caminando, llegué a un andén 1, pero subterráneo. Subí al tren equivocado, obvio; lo tomé antes por ansioso. ¡Pero le mostré mi boleto a un alemán puto y a las apuradas me dijo que era ese! Cuando no veía nunca la luz del día y veía que el nivel no se condecía con lo pagado –y que paraba cada 100m– me di cuenta de que no sería. . . pregunté, y la señora que se sentaba a mi lado me dijo que tome el subte (¡en un subte, no tren, estaba!) de vuelta, 4 paradas, y en “Frankfurt Main” mire cuál era mi tren; es decir que lo tomaba más adelante del aeropuerto y este subte sólo me llevaba a la estación principal, *Hauptbahnhof*. Menos mal que pequé por temprano y no por tarde.

Llegué a la estación y era más grande que el aeropuerto. Tenia *seis*

minutos para la salida de mi tren desde allí. Información estaba dos niveles arriba. Subí corriendo por las escaleras con mochila y bolso, todavía me pregunto cómo llegué sin dejar las rodillas por el camino. Si tomaba las escaleras mecánicas la gente me demoraba, ¿y a quién se le va a ocurrir usar las fijas? Al preguntar en Información, colándome con permiso y cara de “llego tarde, *jenschuldigung!*”, me quedaban 4 minutos pero era cerca: andén 7.

Pregunté a una joven pareja ahí mismo para confirmar, y contestaron que sale del andén 6.

- ¡Pero en información me dijeron 7!
- Pero lo cambiaron a última hora.

Y les creí, porque ellos tomaban el mismo tren: pasaban Göttingen. Si nos equivocábamos, nos equivocábamos juntos, y más vale eso que no estar seguro solo. Una hora de viaje por valles, sierras, campos y fincas, parado en un tren más suave que el avión; y después de saludar a la pareja ángel-de-la-guarda cariñosamente, bajé en mi nueva ciudad.

Taxi a la joyería de Gustavo, y *here I am*, por fin. De taxi un Skoda, del nivel del Passat o mayor. Todos TDis. Yo no lo puedo creer.

Me instalé, bien recibido por toda la familia (Gustavo e Ina, y sus hijos, Pablo y Felipe). A cenar y descansar.

Sábado, 23 de Julio

Hoy conocí a un amigo de Gustavo, “Folka”, de unos 65 años. “Folka” es una parte de su nombre, que empieza con “*Volks*”; significa hombre del pueblo (y no, no existe el femenino de ese nombre). Sabe 5 idiomas perfectamente, y me dejó picando la posibilidad de visitar Turquía en Agosto, en un “viaje de cultura”. Simpático el tipo, además. Profesor de universidad de idiomas y geografía. Conduce un New Beetle negro descapotable. Viajó por todo el mundo, a Gustavo y a mi nos enseña castellano y sobre cosas que hay en Argentina, Chile, Perú. . . Y lo hace con buena onda, sin arrogancia. Juega al tenis y lo lleva loco a Gustavo: “todas a los pies”.

Al abuelo de Ina lo mataron en la II Guerra Mundial. No lo llevaron al frente de batalla porque con su auto –uno de los pocos– traía víveres a la ciudad. Pero algún nazi o cobarde denunció algo y lo llevaron a fusilar. Claro que es la historia que ellos me cuentan no la del denunciante, pero es perfectamente posible. Estoy leyendo “Stalingrad”. Cada día que pasa

veo lo irracional que son las guerras. Y cada página del libro también me lo muestra.

Vi partes de la división Alemania comunista/federal. Me atosigaron con charlas políticas al verlo. Debe haber sido interesante, pero al no estar bien instruido y leído no pude aprovechar la discusión.

Ayer a las 5pm estábamos asando en la parrilla nueva de Gustavo. No sabíamos si almorzar o cenar (acá se almuerza tipo 3). Creímos que merendaríamos pero la sobremesa hasta las 8 nos indicó que se trataba de una cena. Les enseñé a hacer matambre al limón. Como no existe el matambre Gustavo fue a la carnicería y le indicó al comerciante que sacara una vaca para mostrarle qué cortar.

Hoy comimos en un pueblo afuera de Göttingen, un restaurant “típicamente alemán” según Ina; delicioso todo. La cerveza acá me gustó. No es helada. No es tan amarga.

Volvimos por una ruta que pasaba cerquita de las turbinas eólicas, ¡su enormidad espanta! Después vimos decenas de ovejitas, dos perros, y un pastor. Era un encuentro de pastores, todos vestidos muy de época me pareció. Había cientos de autos, cientos de personas, y dos chiringuitos vendiendo helados y cervezas. Me pareció un poco americana la idea porque estaban todos en las mesas charlando y riendo, sin dar ni bolilla al pobre pastor arreando las muchas ovejas. Eran la excusa para juntarse a tomar en un prado. Los dos ovejeros alemanes corrían y ladraban, y el pastor con su bastón llevaba a todas las ovejas por donde quería. Otro pastor tenía un bastón muy raro. Al preguntarle de qué se trataba, desplegó dos palitos formando una silla de cuero, y enterrando una punta se sentó cómodamente y cruzado de brazos ante nosotros. ¡Pago en dólares esa sillita para mis viajes! Cómodo y divertido artilugio.

El BMW serie 5 de Gustavo pierde parte del encanto al enterarse uno de como lo adquirió. Una mujer se lo cambió junto a muchos euros por un anillo y un reloj. Es decir que esa *máquina* vale lo que para una mujer dos joyas. Que las personas somos diferentes no hay dudas. ¡Sólo Dios nos puede llegar a ver iguales!

Aquí *todas* las bicis llevan luces a dínamo, que se dejan en las calles porque no existe el robo, al menos en Göttingen. Y cada bebé de cada edad usa la sillita correspondiente para el auto, por seguridad ante posibles accidentes. Aunque a veces, con tantos cuidados, se pasan del equilibrio me parece (no es este el ejemplo).

Todos me decían que es un lugar muy diferente Alemania, y no se equivocaban. Me encanta.

Domingo, 24 de Julio

Conocí hoy a tres parejas amigas de Gustavo: dos alemanas que no hablaban otro idioma, y otra alemana que hablaba inglés, y el hombre es un fanático de todos los deportes. Practicó casi todos en serio, hasta esos saltos atléticos de todo tipo que no conozco el nombre. Tiene una hija pre-adolescente más vergonzosa que una paloma pergaminense, que quiere que aprenda castellano. Porque ya habla alemán e inglés (con 13 años) pero quiere que aprenda español para cumplir con facilidad los dos idiomas extranjeros obligatorios que le exige la escuela secundaria. Ya hizo un viaje de intercambio estudiantil a Estados Unidos que le gustó. La otra opción era francés pero concluyeron que no lo usarían tanto como al español. Me compraría, por ejemplo, boletos en tren a *Hannover* para conocer el zoológico y todo lo que tengo que hacer es lograr que mantenga conversaciones en este idioma. Un poco ya sabe, no será imposible como creía. Me pidió dos meses, todos los días. Al terminar, si todo anduvo bien, pagaría además un viaje a Egipto para bucear en el mar rojo (antes de Octubre).

¡Viajaría a Egipto a bucear! Todavía Gustavo dice “hay que arreglar para que conozcas las pirámides, todo”. Hay tiburones y “*all kind of color fishes*”. Me enseñarán buceo, mientras, en una pileta de Göttingen. Ellos saben que yo vine a conocer cosas nuevas. Lo grande es que no me dicen cómo, ¡sino que además me invitan!

Me contaba este hombre, Axel Becker, que viaja a Austria 2 semanas. Entonces me deja su buena bicicleta todo terreno para andar por los bosques Göttingeanos, mucho mas cómoda y divertida que la de paseo que me presta Gustavo. Al final no creo que la use mucho porque... ¡me invitó a pasar con su familia y otra amiga a Austria! ¿Qué haríamos en Austria dos familias alemanas y un argentino? ¿Cuál es el interés que los une en un viaje? “*Wild Life europea*”. 8 km de un camino de piedras, cerrado por una tranquera austríaca, hasta una casa sin electricidad ni comodidades típicas. Hay que buscar agua de vertiente, y bajar todos los días a un pueblo en bici a comprar el pan. Buena onda la familia, Gustavo asegura. 7 horas en una “*Touran*” (la van de camping de Volkswagen) hasta Austria. Hay nieve, osos pardos (no los veremos según dicen, espero Dios no los oiga), ciervos (bambis), 2 vaquitas cerca de la casa, y otros bichos que ya no me acuerdo. La casa es de un conde que tiene un palacio y grandes terrenos. Los primeros tres días los pasamos en el palacio como para compensar la falta de comodidades de las otras dos semanas, que pretendían ellos asustarme pero son las que me llaman a ir. Todos estos son proyectos, se llega a concretar alguno y soy el hombre más feliz del mundo. Todo verde dicen, hay caballos, bicis y

cada uno se lleva sus piernas para recorrer. Espero que también algo para protegernos, porque otro de los bichos eran “*wild pigs*”, jabalíes. Dicen que no son peligrosos, pero de eso no me fío tanto. ¡Ya les contaré! Dicen que la sidra preparada por estos campesinos es riquísima. Sino, la tendré que tomar igual porque hay pocas opciones, pero todo será casero.

En este encuentro salió un viaje a Egipto, otro a Austria, y curso de buceo; sin mencionar que el asado argentino se celebró en Alemania. Turquía, como ya dije, era muy loco y voy “invitado”, no invitado. Entonces no me alcanza el dinero, o sí pero para nada más. Esto es “*all inclusive*”. ¡De todos modos mucho no voy a gastar en Austria porque no hay donde usar plata! Mañana voy a trabajar a la agencia de viajes del loco (solo de viajes de buceo, vean qué especificidad) para terminar un sitio web de Argentina antes de desenchufarme del mundo. Las compus de Gustavo son malas excepto la mejor del mundo, que está en la vidriera de la joyería por poco y no la puedo usar. Desenchufarme en Europa me suena contradictorio.

Cuando Gustavo me lo presentó, dijo: “se llama Axel, como Blumberg”. Sigue las noticias argentinas el loco.

Una de las primeras cosas que le conté fueron mis viajes y proyectos de viaje en bici (qué ironía, con proyectos acá). Esto ya parece medio loco también, pero me dijo que podría trabajar en su agencia para integrar cicloturismo (y no trabajar solo buceo). Con contarles mis viajes, enseñarles cosas, armar un posible viaje de los que ya hice estaría adentro. Dios quiera que salga, ¿se imaginan qué placer más grande ganar €1 por contar mis viajes o proyectar? ¡Si fuera lucrativo viviría de eso en Argentina! Además necesito actividades en esta vida acá. Aunque si salen todas, de verdad no me alcanzará el tiempo. Una de las parejas alemanas eran capas en la universidad y verán la posibilidad de ir a estudiar el idioma, 4 horas todas las mañanas. Muy bueno, interesante.

Lunes, 25 de Julio

Hoy a la mañana paseé en bici por Göttingen. Me dieron ganas de sacarle una foto aérea al cruce principal. Hay bici sendas por muchos lugares, y este cruce es una obra de arte. Líneas blancas por todo el asfalto, veredas con colores en el piso para separar peatones de ciclistas, y dos semáforos de cada lado: peatones y bicis, y autos. Acá se usa mucho la bicicleta, y es hermosísimo verlo. Si vieran qué nudo mas complejo parece, y cómo organiza rápida y casi mágicamente a este enjambre de vehículos entenderían lo perfectito que se ve todo. Es como las imágenes de ciudades que repartía el “Billiken”, todo perfectito. ¿O será que estoy de vacaciones? No se ven esas

cosas comunmente allá, porque no hay bicis, de las que hay no son respetadas como medio de transporte alternativo. Y éstas tampoco respetan al no ser vistas de noche, o por no tener patentes que identifiquen. ¿El huevo o la gallina?

Después dormí una pequeña siesta porque llovía, y al despertar estaba soleado. Salí a correr al bosque, antes de que se vuelva a largar (a la noche lo hizo). Corrí bien creo, pero las subidas y bajadas no me permiten comparar con lo que hago en Argentina. Bajando trabajan las rodillas, y subiendo el corazón, que me pide más aire que el que hay en todos los bosques. Pero justamente estos accidentes geográficos hacen que quiera llegar “hasta la otra curva y nada más”, para ver qué hay del otro lado y se repite en cada curva. Y siempre encuentro lo que esperaba: belleza natural. Después de la lluvia había un olor a tierra mojada que parecía energía para correr. Aire fresco. Los caminos son anchos, pero se puede tomar los internos que se meten entre los árboles y tienen el ancho de una bici.

Recién comimos un terrible asado. Les gustó la idea del limón en el *killhungry* (“matambre”, acá la traducción se hace directa). Ensaladas de todo tipo, tienen tantas cosas raras que no puedo creer que sean ricas. La mesa era un desorden: tres idiomas hablaba Gustavo y yo trataba de seguir mi inglés. No sé como las otras dos parejas alemanas no se enojaron: casi nunca se integró en ese idioma. Simpáticos todos.

Axel me contaba (sobre el tema que siempre llamará mi atención) que después de la Segunda Guerra Mundial sigue el NPD y grupos neonazi. No los pueden censurar por la Constitución, pero a diferencia de lo que yo pensaba son menos del 5% del país. Le dije que me parecía una locura de gente, pero contestó que siempre hay locos para todo, y que “mientras sean poquitos los podemos contener”. Todos los alemanes (decían él y Gustavo), son demócratas, o republicanos, o lo que sea el SPD que es el que ahora gobierna.

Martes, 26 de Julio

En estos barrios el mundo parece perfectito en serio, y chocan los mails del diario por eso. Claro, es que *este* mundo se acerca a lo que llamo “perfectito”.

A la mañana fui a las oficinas a hacer unas cositas. Axel me invitó a almorzar y después unas guías turísticas de la agencia me mostraron un poco Göttingen. Me mostraron una edificación del año 1412. Y varias casas tan vencidas que dan ganas de quedarse haciendo fuerza para evitar el derrumbe. Pasamos por un restaurante “español”. Todo lo que tenía de español era el

menú, porque la imagen era claramente norteamericana, con algunos indios mejicanos.

Y a la tarde, ¡por fin cacé la bici nueva! Es una máquina, más cómoda que la mía (el cuadro más grande la hace mas cómoda, aunque menos “canchera”), y con cambios más rápidos y precisos (¡aún!). Me emocioné, y al llegar a casa cambié los pantalones y salí al bosque. Para conocer más, en vez de doblar y volver a casa, seguí el camino derecho. Después de cruzar todo el bosque llegué a las turbinas eólicas. Me asustaba un poquito primero por el túnel del bosque, que hace que no se vea a un metro de distancia, estando solo en un camino poco transitado. Después, no se porqué (como algunos a los payasos, sin razón aparente) pero de cerquita ver esas turbinas girando tan despacito y tan inmensas, me daban un poco de respeto también. No podía pasarlas como por al lado de un poste, las vigilaba como un perro al caballo. Es raro. Es lo mismo que siento cuando pasa un avión de esos de publicidad mientras estoy dentro del mar en Mar del Plata, hay algo en eso que me desespera.

Agrego para la ing. química de España que las turbinas eólicas son *muy* silenciosas. Sólo se escuchaba mi respiración y los cultivos mecidos por el viento. ¡A no andar usando razones inverosímiles para apoyar la energía atómica!

Llegué a un pueblito, donde tomé un camino de campo. Las subidas y bajadas y curvas entre trigo y girasol, y cómo se ven los tejados a dos aguas de pueblos lejanos entre las sierras, son de fábula. Llegué a otro pueblo, y ya quería volver. En 6 km crucé tres pueblos, ¡igual que en los caminos de Pergamino! Volvería por el mismo camino (imposible volver a encontrarlo después de tantas bifurcaciones, además ya lo conocía) o describiendo un circuito. No anduve mucho, unas 2 horas, pero a la hora ya me empieza a interesar saber donde estoy. Di una vuelta enorme, y describiendo una “V” corta volví a las mismas turbinas eólicas, pero ahora veía la ruta con carteles a Göttingen. ¡Y los techos que vi en todo el camino eran los de la ciudad que buscaba, que creí estaba del otro lado de los bosques! Es decir que el camino por bosques está lleno de curvas que no conté, y hace parecer mucho más largo un mismo recorrido. Ahora, a conocer siempre que pueda, aprovechando los pocos días de buena bici.

La bici tiene 8 piñones, 24 cambios. En algunas bajadas los tiraba a todos y iba realmente *rápido*. Al tocar los frenos se sentían tan suaves aunque potentes, como una moto que pesa 10 kg. Ese es el placer de las bicis. En las curvas cerradas en pavimento en bajada se escuchan los tacos de las cubiertas todo terreno. ¡Y la vegetación de los costados magnifica la sensación de velocidad! Gracias, Axel.

La próxima espero volver a perderme, porque acá todo es cerca. Y saber que estás perdido, que parece que estás lejos, pero que en media hora podés estar de vuelta en casa se siente bien. Para dar una idea, lo que hice hoy es como llegar a Arroyo Dulce desde Perga (sin la vuelta), pero cruzando 4 pueblos. Y tres turbinas eólicas: una grande y lenta, y dos más pequeñas y rápidas. Si estoy perdido alguien me va a ubicar entre tantas pequeñas poblaciones. Todo el mundo habla inglés, y todos se excusan de que lo hablan “*a little bit*”.

Mañana me espera un día similar, y con confirmación de Austria. ¡Qué aburrido, un día similar!

Miércoles, 27 de Julio

El no parar de mover las piernas y el clima pesado me llevaron a quedarme en casa, así que leí, dormí, y anduve poco en bici por la ciudad. Les cuento que en Austria “el palacio tiene solo dos habitaciones armadas”, así que no puedo ir. Triste, pero igual no era planeado. Axel me preguntó si quería “cambiarlo” por Egipto. “¡Pero era un regalo!”, contesté. Así que tengo dos semanas de bici sin parar. Después saldré a correr, mientras la aprovecharé.

Hoy visitaré algún bar Göttingense para ver qué onda. Aunque quienes me llevan son aficionadas al hip-hop, calculo que en el bar un Miércoles será más tranqui la onda. Son quienes trabajan en la agencia de viajes, la semana que viene hacen el mismo viaje a Egipto. Tienen que viajar por trabajo, para conocer el producto que venden. ¡Muy buen trabajo! Veremos qué cuentan cuando vuelvan, la siguiente semana.

Jueves, 28 de Julio

Hoy me levantaron no muy tarde para ir a Kassel, a un complejo turístico muy grande de termas y cosas de relajación. Menos mal que fuimos, porque sino, con el estrés que vengo acumulando muero. Fuimos la familia menos Ina, que trabajó en la joyería. Todo muy bueno: jacuzzis, todas las piles climatizadas y con sales; me metí en un sauna y todo. Está bueno porque hace transpirar todo el cuerpo. Uno juega al tenis y transpira casi todo, pero en el sauna se transpira el 100% de la piel. Con “aromaterapia” que recordaba al living de casa. El cartel decía “80 a 90 grados”. Parece que quemara al entrar pero no. O debo ser *rebruto* y lo deben medir en otro lado. Seguro. Solo al salir queman los pies, que sino descansaban sobre la toalla. ¡Es divertido ver a la gente salir corriendo!

El nudismo no es cosa del otro mundo. Entonces no se para qué se sacan todo, seguro encuentran alguna razón que desconozco. Cuando es tan natural uno ni se da cuenta, es casi lo mismo sólo que se ven partes más blancas del cuerpo. ¡Cuando me vaya de Alemania seguro el Gobierno me vuelve a invitar para volver a embellecer Kassel!

En la pile de afuera se veían aviones cada dos por tres, y los caminitos de nube que van dejando, cruzados o paralelos. Se nota que Alemania es transitada allá arriba, un piloto acá debe tener poco tiempo para tomar mates.

Seguimos paseando por Kassel después de las termas, y llegamos a un palacio. Los chicos estaban muertos en el auto pero querían bajar porque veían a “los grandes” hacerlo. Se veía un camino todo verde que era pasto importado de Inglaterra para mí, que subía un gran cerro (lleno de gente) hasta llegar a un antiguo y gran castillo, lejaano lejano. Bajaban dos bicis de descenso (esas que parecen moto-cross por forma, precio y velocidad), calculo que la sonrisa no les entraría en el casco a los ciclistas. ¡Qué diversión! Andar así, por un lugar sin camino. Pero no lo visitamos hoy, porque los chicos estaban inquietos.

En vez de volver por la autopista, lo hicimos por la ruta vieja. Paramos en un pueblo muy antiguo, *Hann-Münden*. Todas las casas son del siglo XV o XVI, y la mayoría están vencidas; hay una capilla grande hecha con piedras de todo tamaño, otra iglesia más grandota con un techo altísimo y un campanario original, un puente que cruzaba un río muy bonito lleno de patos y “una garza gris con pico rojo” (el patito feo entre todos los patos). Sobre este río se proyecta toda la vegetación, y un palacete relativamente moderno. Las mesas en la calle invitaban a un chocolate caliente. Gustavo sacó una foto a una fecha pintada en una casa: “1657”, y no era la más vieja. Le pregunté para qué, y era para comparar la historia de una antigua civilización, con la de Argentina, en una peli que está haciendo.

¡Hasta las grúas de la construcción son menos feas por aquí! No son en forma de “T” sino de “L” invertida, más bonitas, con tensores diagonales. Los pesos van abajo, no arriba.

Seguimos viaje, y la ruta se tornó tan angosta que creí que era de un sentido. ¡No se cómo se animaron unos ciclistas que adelantamos a tomarla! El camino lleno de curvas no nos llevaba a Göttingen porque el desvío estaba cerrado por reparaciones. Preguntando llegamos a un ferry que nos cruzaría por el río hacia otro desvío. No se veía motor: cruzaba con la energía de la correntada, sostenido por dos sogas a un cable transversal, simpleza total. Ese debe estar bueno para que lo conduzcan las mujeres: ¡solo puede chocar con dos riberas de pasto!

El “be-eme” serie 5 parece ser una máquina placentera en las rutas, pero despacio no se nota, y fuerte no me animaba a disfrutarlo. Es un 6 cilindros y ruge como un motor grande. Gustavo se quiere comprar un Laguna, ¡pero comprar un importado en Alemania es una paradoja! Comprar importados allá en Argentina es comprar todos, pero entre lo “grande” es comprar alemanes creo. Dice que dentro de Alemania la de más prestigio es Audi. Pero la verdad es que los rurales BMW son más bellos. Lástima que no hay con tracción integral.

Ahora tengo planeado irme con bici (se suben en el tren) a Kassel, separado por unos 50 km, para recorrer bien todo lo que quedó. La vista hacia abajo desde allá debe ser indescriptible.

Siguiendo con “proyectos raros”, Gustavo está viendo la posibilidad de dar una vuelta en globo aerostático. ¡Tiene cada amigo que me hace morir de risa!

Es impresionante cómo cambia el clima en un día. Anoche hubo lluvia y tantos rayos (sin sonido: “que van de nube en nube”) que me daba cagazo dormir. Duermo bajo un ventanal. Hoy, sol pleno. Y esta noche, ¡tormenta más ventosa y ruidosa que la de ayer! Así se mantienen los bosques verdes, y el sol en la tarde para disfrutarlos. Sincronización perfecta hasta ahora.

Viernes, 29 de Julio

Hoy fue increíble. Me levanté temprano con tormenta. Toda la mañana y almuerzo: sol, las chicas en la agencia de turismo me preguntaban qué hacia de pantalón largo. Me acosté media hora después de almorzar, para salir luego a andar en bici, pero ahora llovía. Una hora después paró, y no lo dudé, las nubes no amenazaban demasiado. Salí, esta vez con cámara de fotos. Me invitaron a una pile pero preferí pedalear por lugares nuevos, ¡hice bien!

Tomé otro camino, como estaba tan mojado no pude acelerar mucho en las bajadas. En pocos minutos estaba en un cruce conocido, que creía lejano. Es fácil de perderse en caminos boscosos. En media hora estaba en las mismas turbinas eólicas que antes de ayer había visto a la hora de pedalear. Y el mismo pueblo, *Diemarden*, poco más abajo. Estuvo bueno porque pedaleaba por ese túnel todo oscuro de vegetación, que no se ve por donde sigue el camino, y “redepenste” llegué a un claro, un cultivo de trigo. A mi derecha por el camino acompañaban los bosques, y al terminar la cortina verde aparecieron de golpe y cerquita las turbinas eólicas y casi me da un espasmo. Por suerte a la vuelta me amigué y me puse al lado para apreciar su tamaño (estaban paradas). Por los pueblos hice un montón de fotos que

parecen postales, pero no por mérito del fotógrafo sino de la Naturaleza que rodea.

No me gustaba la idea de seguir por los mismos caminos pero había llegado sin querer, así que tomé otro desvío, de esos que por acá abundan: un camino que se abría, todo poceado y viejo, oscuro por la vegetación. Parecía que llevaba a lo que llamamos allá un casco (acá no existen las “estancias” calculo) pero un cartel indicaba que a escasos 2 km había un pueblito. ¡20 cuadras y otro poblado! Los 2 km fueron de subida, y arriba de la colina esperaban dos grandes techos: eran establos y de eso se trata *Bettenrode*, solo equitación. Hermosísimo. Cuando llegué les mostré las fotos a Gustavo e Ina porque no lo conocen, ¡las ventajas de la bici! En Argentina viajamos en bici para ver cada detalle, pero acá para ser tan detallistas habría que caminar.

Después de mirar un poco esto, seguí el cartel de bici senda que indicaba un camino que parecía privado pero que era “público”, entre comillas porque parece muy poco usado. Lo seguí para ver qué había, y después de una curva la encontré: la bajada de la colina. En todo el viaje se oía la tierra mojada; se tienen tantas sensaciones juntas, durante tanto tiempo. El tema de la bajada es que también estaba cubierta por árboles y arbustos y por tanto muy barrosa, llegué a abajo todo sucio. De nuevo me sorprendió el final de este camino: bajando por aquí y por allá, rápido, oscuro en la vegetación, apareció un techito de esos típicos alemanes, antiguos. Yo, creyendo que estaba llegando a una casa súper antigua que no conocía ni el dueño, aceleré. Al llegar se acabó todo el bosque y sentía de nuevo el sol. Era un pueblo que estaba a... ¡10 km de Göttingen! ¡Y yo pensaba estar el doble de lejos! Ahí estaba la ruta, ¡es que uno no se puede alejar, acá! Y sin embargo *siempre* hay cosas nuevas. El camino desembocaba en una capilla del 1730, alta sobre una gran roca.

Seguí por la bici senda a otro pueblo que estaba a 1,6 km para el otro lado. Pensar que en Pergamino hago 50 km para ver Fontezuela, la Olla y si tengo suerte unos búhos, y por aquí cada 20 cuadras aparecen pueblos, bajadas, subidas... Este pueblo era puramente campesino. Lleno de establos, vacas, señores que usan jardineritos, tractores, y una capilla con un pequeño monumento a los caídos en las guerras mundiales. Para mi los libros para niños se escriben acá.

Al volver al pueblo de la capilla alta en la roca, el cartel de bici senda indicaba Göttingen a 21 km, aunque por la ruta se acertaba a 11 km. Obvio quise tomar la bici senda, pero a los 5 km desembocó de nuevo en la ruta y no la pude seguir. No sé porque la perdí. Es difícil querer volver a casa porque siempre se quiere seguir “un poquito” más hasta el “último” próximo

pueblo, que es siempre penúltimo. Al volver se abrían caminos desde la ruta que llevaban a las turbinas eólicas, paradas seguramente por poco viento. Había autos abajo y pude comparar el tamaño: inmensamente grande. Y eso que éstas eran las “chicas”, la “grande” era inmensa de verdad. Se usan camiones completos para transportar sólo las aspas (imaginen: el radio es del largo de un camión con acoplado).

Llegué y comí todo, como siempre. Chocho de haber encontrado esto. Seguiré conociendo estas semanas de bici buena. Cuando la devuelva empezaré a viajar en tren seguramente. ¡Podría visitar varias terminales automotrices! Y conocer la Selva Negra.

Mañana voy a jugar tenis, dobles con Gustavo; contra Folka, y un tipo al que le salvó la vida Gustavo. Lo vio tendido en la calle con un paro cardíaco y le empezó a empujar fuerte en el pecho, luego le hizo respiración, y ahora vive. ¡Estaba muerto! Me dieron ganas de aprender eso, se debe dictar en la Facultad de Medicina. Es reanimación, en la escuela me lo enseñaron pero se imaginarán cómo me acuerdo. Cada vez reniego más de la bastante precaria educación en mi escuela. ¡Pero cómo la agradecí, de estudiante!

Lunes, 1 de Agosto

El sábado fuimos a jugar al tenis. Nos alegró que Pergamino no viera a sus representantes en este mini torneo porque nos limpiaron rápido. ¡Qué lindo tenis tengo! (No traje abuela, che.) Lástima que juego tan poco. La misma excusa se le ocurrió a Gustavo. Pero estuvo muy lindo, un gran día de sol fue. Mi revés es para encuadrarlo y colgarlo en el living. Pero no entraría porque se van largas todas las bolas. . .

Cenamos un asado de tira bien salado, en la parrilla que Gustavo hizo con piedras tomando la nuestra de modelo. Tangos de fondo y todo. Cenamos con una pareja de argentinos de padres alemanes. El hombre, Cristian, también tiene como ultimo sueño al jubilarse volver a Argentina, “a donde sea en la Cordillera”. Veía más los puntos negativos de Alemania. Al menos vino con familia.

Vino el “capo” de la Facultad. Me dejó una tarjeta que me habilita como estudiante a comer por €2 en los comedores universitarios. No puedo empezar clases porque está cerrado por vacaciones. Una lástima, pero si quiero disfrutar del verano. . . ¡“Sprechen Sie English?” es todo lo que necesitaré! Que lástima no pueda charlar con este tipo de la universidad, parece tan simpático y se nota que intenta ayudarme. Además debe ser interesante su ocupación. Siempre le agradezco, aunque nunca se muy bien porqué.

Ayer Domingo fuimos en bici con Gustavo a una pileta a 13 km de casa, aunque de ida hicimos 20 km porque al hacerlo investigar, nos perdimos. No había mucho interesante durante el camino porque se veía siempre lo mismo, es terreno plano. Pero llegar a cada pueblo era una gloria, ¡todos son lindos! Y mientras más en la colina estén, mejor. Gustavo llegó muerto, acalambrada hasta la nariz. Apenas llegamos empezaba una llovizna, así que, luego de un rico helado, pegamos la vuelta. Hice una bajada a fondo, y lo esperarí abajo. Era larga, creí que le había sacado un buen trecho. Cuando yo no daba más empecé a desacelerar... ¡y el guacho me empezó a tocar su bocinita desde cerca! Desde ahí, ¡13 km de carrera hasta casa! ¡No venía tan acalambrado entonces! Muy bueno el viaje, volvimos rápido de verdad entre la bajada, y el viento antes en contra ahora a favor. Estábamos muy cansados pero en esas condiciones cualquier cambio se tiraba solo, divertido. Sacamos varias fotos, sobre todo en un laguito de Göttingen que “en invierno se congela y se tiran en trineo”, y ahora en verano tiene patos navegando.

Llegamos, y a estirar un poco los músculos... nunca lo hice luego de la bici, pero juntos hicimos fuerza todo el camino.

Y hoy, día de descanso, con lectura y algún paseo por la ciudad. Mañana a las 6am empieza una jornada de entrenamiento con Gustavo de bicicleta por el bosque, que en teoría tiene que durar un mes, a 3 o 4 veces por semana. Llueva o no, porque si sólo lo hacemos en días de sol nos queda la mitad del entrenamiento. Así llega a Kassel a pedal. 30 km los hizo de un saque, en un mes podrá yo creo. El tema es la vuelta, pero al estar obligado, aunque no podamos, podemos; sea caminando o pedaleando. ¡Nos esperará Ina con dos asados juntos! Espero que dure esto, yo tengo ganas.

¡Un fin de semana tranquilo!

Jueves, 4 de Agosto

Como ya saben ayer iba a ser día de entrenamiento con Gustavo, pero en la cena anterior no se qué bicho me picó y quise ir a Kassel en bici. Lo decidí el día del descanso, claro. Me mostraron un mapa con todos los caminitos que pueda haber para bicis y autos, y me levanté temprano para ducharme, *desayunar*, y salir tipo 8:30 am. Llegué de vuelta a casa a la misma hora pero de la tarde, entre bici y paseo. ¡Doce horas! Queda a 48 km por ruta 3, para autos y más directa. Por eso creo que pasé los 100 km.

Saqué fotos a todos los carteles de pueblos que cruzaba, para contarlos y acordarme. La primer perdida respecto al mapa fue en un cruce entre un camino de tierra, y cuatro pavimentados. Perderme consistió en llegar a otro

pueblo y no al que quería, pero de todos modos me acercaba a Kassel.

Anduve bastante hasta encontrar el río que empezaría a bordear al llegar a *Hann-Münden*, y un rato después, tipo 12, vi un buen restaurante en la ribera. Del otro lado del río había otro pueblo con un campanario de iglesia hermoso. Lo dudé un poco porque era temprano pero era el lugar más lindo, así que paré a almorzar. La mujer no hablaba inglés, le indiqué que por favor trajera lo que estaban comiendo en una mesa cercana. ¡De todos modos decir “milanesa” o “bife” en inglés también me hubiese complicado! A la salida quería agradecerles la elección, era riquísimo. Primero una ensalada de esas alemanas con porotos, verduras y crema de leche muy sabrosa. Después, milanesa con papas fritas. Comí en una galería donde las moscas no molestaban porque iban al plato de entrada, y donde un gorrioncito pasaba a fondo cada dos por tres al lado de mi cabeza. También lleno de mariposas blancas, que iban a una maceta con flores amarillas cercana. En el río se veía un patito nadando y durante un rato un cisne; una poesía de lugar.

Mientras tanto pasaban por el camino cientos de bicicletas. Se ve que es un camino que se usa mucho por lo hermosísimo que es, y por la cercanía a una ciudad grande como Kassel, que a 10 km estaría. Después de llenarme con tamaño plato... ¡no podía seguir ni empujando la bici! Pero no me costó mucho esfuerzo digerirlo, me sorprendía lo grande del cuerpo humano. Miren la estupidez que pensaba, pero, ¿se imaginan tener que trabajar conscientemente para digerir? ¡Qué buenos pensamientos surgen luego de horas de ejercicio físico!

El camino a Kassel fue divino. Una senda techada por árboles, el gran río con frondosa vegetación en las riberas, la ruta tras una pared de árboles y arbustos a la derecha, y al otro lado del río, y también tras una pared de vegetación, las vías del tren que se escuchaba y no se veía. Estos 10 km tuve sobre mi cabeza a dos aviones caza, esos de a lo sumo dos plazas, *muy* rápidos, haciendo piruetas y persiguiéndose. 4 horas después, a mi vuelta, seguían, seguro un entrenamiento. Eran “avionetas” potentes, no sonaban ni a motor convencional ni a turbina, por ahí sea “turbohélice”. También pasaban aviones de pasajeros cada dos por tres y un helicóptero; parece una enciclopedia de transportes.

Cuando vi por primera vez, allá lejos y arriba de una colina, al Hércules, casi muero. Faltaba, pero ya casi estaba. Pregunté muchas veces cómo llegar, y nadie escondió su sorpresa al verme querer hacerlo en bici: todos me indicaban los tranvías 1 ó 3. Alimentaban mis ganas de llegar, igual no era tan cansador como lo pintaban. Pedí agua (aprendí la frase en alemán, ¡si no responden con una pregunta ando de diez!), hasta ahí había tomado poco andando regular y con refrescante viento. Pero en subida y sin aire

transpiré todo lo que pude, las botellas parecían evaporarse.

El parque donde está el palacio y el Hércules más arriba es un sueño, con mucho pastito verde y perfecto, lleno de caminos y laguitos, muchos árboles, todo prolijo; patos, cisnes, mucha limpieza. Empecé a subir todo lo que pude en la bici, haciendo eses por ese pastito y por caminos paralelos. Al llegar me saqué una foto en la base de las escaleras del Hércules (¡todavía escaleras!), y las empecé a subir trotando con bici al hombro, porque me pidió Axel “*take care of it*”. Si me pidió cuidarla de robos, cumplí; si es no ensuciarla y usarla poco... ¡con sonrisa digo que no!

Dejé la máquina a mitad de camino, en una galería donde la pudiera cuidar, y seguí subiendo pisos y disfrutando miradores. Es impactante la vista desde allá. En una galería creemos estar viendo tanto y tenemos vértigo, ¡y al subir a la siguiente se ve tan bajita la primera! Impresiona. Subir, subir y subir hasta esa cosquilla que dice “¡basta!” en glúteos y pantorrillas. Subí hasta donde más se podía, pagando €2 para entrar a la construcción, que ya sí me asustaba por lo alto. Vieja, sostenida por metales ahora. Aquí me daba tanto vértigo asomarme por las terrazas (aparte de toda la colina, la verticalidad de la construcción) que no me acerqué demasiado. Recorrer adentro y ver la vista a través de las ventanas, fue muy interesante. Pensaba en quienes subieron la cabeza a la estatua del Hércules y me temblaban las piernas.

Y ahora, la bajada. Al bajar las escaleras de este edificio vi, del otro lado, la ruta por donde suben los colectivos turísticos, tan distinto al boscoso camino que acababa de conocer. ¡Lindo choque creaba este zaparrastroso tan transpirado entre los turistas tan pitucos! Transpirar así hace sentir bien. Bajar las escaleras tampoco fue tarea fácil, ahora la cosquilla se presentaba en la parte delantera de las piernas. Lo debo haber hecho rápido y emocionado por llegar al camino para bicis, porque no recuerdo cómo hice con la bici, que tanto molestó en las escaleras de subida.



AL FINAL DE LA COLINA, LAS ESCALERAS AL HÉRCULES.

Cuando llegué a la ruta entendí porqué es mejor llevar bien infladas las ruedas. ¡Iba muy rápido, y las curvas se cerraban antes de que las pudiera doblar! Las intentaba cerrar pero la bici se abría solita, tenía que frenar para poder entrar. Como en algunas curvas con bici cargada, es muy raro sentir eso porque uno en bici siente que puede doblar lo que aparezca. Éstas están con no mucha presión, y no las cambié para devolver la bici como la encontré. Yo creía que si seguía otra línea que la deseada me caía inevitablemente (el sonido de las cubiertas no da mucha seguridad), pero descubrí que no. La transpiración envuelta en viento fresco no se sintió de lo mejor, en todo el viaje esto, porque a la vuelta tuve viento de frente.

Volví en vez de por bici sendas (donde hay peatones) por la avenida, donde iba a la misma velocidad que los autos, en semáforos más rápido para no demorar y divertirme. Fue increíble ver en instantes tan lejos al Hércules, siendo que para llegar lo estuve viendo a lo lejos durante casi una hora. En la ida había medido la fuerza para poder volver a Göttingen sin morir en el intento (uno se da cuenta cuando se está cansando o cuando va bien por esa cosquilla en los músculos, que debe tener un nombre) pero la adrenalina de la bajada mezclada con la emoción de haber llegado hacían que no la sintiera Usé mucha fuerza que se sintió bien, pero luego me daría cuenta de que el tema no era llegar, sino volver. Es obvio, ya lo sabía, pero en estos momentos no lo pensaba.

En libros sobre montañismo encontré interesantes sensaciones respecto de la llegada a una cumbre. Sebastián Letemendía, en “Cita en la Cumbre”, relata que allí arriba no hay un gran alivio ni una fiesta, sino piedras, y el inicio del descenso. Julio Godoy, en “Anécdotas de montañas”, cuenta que al llegar a la cumbre del Aconcagua sintió humildad. La meta es el viaje; la cumbre, una bella consecuencia.

Había llegado a las 12 a almorzar, y a la 1:30 al Hércules; tendría que salir a las 4 de vuelta a Göttingen si usaba poco más que las 3:30hs de la ida, para llegar alrededor de las 8 a la cena. Quise tomar otro camino para conocer otros pueblos, pero los cruces no eran fáciles, y para no perderme volví de nuevo por Hann Münden.

Comí unas frutas, y paré luego en una estación para pedir agua y tomar un helado “Cornetto”. Los guachos dejan todo el chocolate en el último bocado, ¡se convierte rápidamente en vicio! Salí a Göttingen después de enfriarme. La primer subida (*larga*) y el viento se empezaron a hacer notar. En el camino me detuve de nuevo para ver los aviones. ¡Los quería ver mientras pedaleaba y casi caigo al río! Después de mucho pedalear (¡cómo se siente ahora! Fueron 20 km) llegué a “Münden”. Comí otro gran helado, y le agregué un chocolate caliente, tentado por un vecino de mesa. Estuve un rato sentado, paseé poco por la misma zona que la última vez con Gustavo y seguí viaje.

Restaban 30 km, ahora sufridos. Sin saber si llegaba, muerto del cansancio, sucio, con transpiración fría por el viento en contra, cambiando siempre velocidades cortas y livianas, dos caminatas... Nunca llegaba la bajada, todas eran subidas. Llegó a importarme todo un rábano, y si llegaba a las 10pm me daba igual.

Pedí agua de nuevo a 15 km, y poco después, luego de unas interesantes curvas por un bosque, por fin la bajada. ¡Estaba tan contento! ¡Ya se veía Göttingen! Si el desafío era volver, ¡casi lo tenía! Los kilómetros se empezaron a pasar solos, no pedaleé mas. Ni siquiera me mantenía sentado, porque muy buena bici esta, pero el asiento es incomodísimo. Así que parado, inmóvil hice 5 km yo creo, invalorable ahora. Nunca hice tantos km juntos en un mismo día, sólo en la gran bajada chilena, que era casi fácil.

Llegué a zona urbana y hasta que encontré la casa de Gustavo, otra eternidad. ¡Qué profundo cansancio! Se me cerraban los ojos, me dolía hasta el cuello por la posición de la bici. Lo bajaba para estirarlo pero era peligroso para seguir la línea. En un momento mis piernas no estaban cómodas ni moviéndose, ni quietas; malestar general.

Al llegar, la euforia. ¡Pude! Quise elongar y se me imposibilitó porque me acalabraba de sólo intentarlo. Me felicitaron, Gustavo me retó suave

por no llamar (¡Ina debe haber sido primera, porque fue quien no quiso que vaya!), y me ofrecieron un baño de inmersión arriba. Es una tina de las largas, en que uno entra entero, con agua hirviendo. Hirviendo literalmente, porque en cuanto metí el primer pie (sucio y congelado por el viento frío) me salió humo por las orejas. La enfrié un poco, y al meterme sentí una inyección de relajación. ¡Por fin podía dejar no-tensas las piernas! Y sumergidos en agua caliente, después del frío y la suciedad. Un placer enorme. Decidido: mi casa tendrá una tina de baño larga como yo (como 2,20m).

Me llamaron para cenar. Sólo sopa había, ¡y parecía tan poca! Pero ya habían comido estos tempraneros (con razón la inquietud de si llego o no llego) así que para mí solo, ahora, era mucha. Comí un montón... comí mucha gelatina después. Al llegar, comí bastante pan. Y en vez de tomar agua tomé un jugo hecho por Ina más dulce que la granadina. ¡A reponer energías y nutrientes! Sólo en viajes largos me sobrepasaba tanto. Que no se me hayan vuelto a acalambrear las piernas, y que hoy no me duelan, será (creo) por ese relajante baño. Hizo un cambio instantáneo en cómo las sentía. Me acosté a las diez, y a las 10:01 me dormí. Si lo escribía ayer lo escribía más sentido todavía yo creo. ¡O más exagerado, siendo sincero!

Otros comentarios que quiero recordar, más allá de este viaje:

Ina prepara el jugo. Es de un fruto más ácido que la granada, que se saca de arbustos. Rojo y del tamaño de granos de granada. Se comen sí o sí con azúcar, y el jugo es tan dulce como la ya mencionada granadina. ¡Rico y poderoso!

En las bici sendas, por la ciudad, parece no haber bocacalles. Los autos miran si está por pasar algún ciclista, y frena en caso afirmativo. Uno toma la bici en la casa, y no da vuelta la cabeza ni frena hasta llegar a donde quiera. Me acuerdo de ir con Ina en su auto por una avenida, y frenó bruscamente antes de una rotonda, sin que haya peatones. Por la vereda nos acompañaba una bici, que al final cruzó sin mirar porque así es como está supuesto.

Se ven menos fumadores que en España (casi ninguno), y muy pocos celulares. Para ser sinceros sólo vi 4 "celus", de gente rondando los 20 años. ¡Casi nada! Yo creí que sería al revés con los celus, como está explotando allá. A diferencia de España también, se ven algunas camionetas.

Los colectivos, al abrir las puertas, bajan las suspensiones de la derecha para acercar a la persona al suelo. Al cerrarlas, vuelve a subir. La idea es simple con suspensiones neumáticas, pero verlo es de ciencia ficción.

Al entrar en los bosques se percibe notoriamente el cambio de temperatura. Se siente el aire un poquito más frío.

Creo que no olvido nada interesante. Hoy seguiré descansando, y mañana

recorreré alguna cosa nueva. Ya estoy mirando con cariño el mapa, mirando otros pueblos cercanos a Göttingen. ¡Hasta se ve Bettenrode, que son dos establos para equitación!

Domingo, 7 de Agosto

Hoy me levanté temprano, desayuné mucho como siempre, y salí en bici para el Noroeste, pues siempre para el Sudeste u Oeste salía Göttingeano. Como notarán ahora llevo mapa, de esos para bici que no importa si se mojan. No me ayuda mucho a seguir los pueblos que quiero porque en general me pierdo en cruces, pero está bueno para saber si estoy muy lejos o no, y calcular el tiempo de vuelta. Perderse significa llegar a un cercano pueblo de diferente nombre, con quince caminos que lo unen a otros. No es la gran cosa “perderse”. Hoy salí a las 9:30 y a las 13:30 tenía que estar de vuelta para el asadazo de Gustavo. ¡No se extraña eso!

Se veía siempre lejana pero amenazadora una gran nube negra, y estaba todo muy oscuro. Tuve varias lluvias pasajeras intercalándose con el sol. ¡Parecía el pato Donald con la nube de lluvia solamente sobre mi cabeza! Pero no me mojé mucho, y saqué fotos no tan interesantes por el paisaje, sino por cómo se ve el cielo con tanto cambio de clima. Para este lado los pueblos son muy pintorescos. Antiquísimos, bien conservados, siempre el mismo lindo estilo, siempre la gran capilla en el centro de las casitas, que desde lejos destaca el campanario. Bonito.

Quería llegar al lago Seeburg See, en Eichsfeld. A la izquierda de mi camino me sorprendió lo oscuro de un gran bosque: era increíble ver un sol radiante en la entrada, y no poder ver más de tres filas de árboles adentro por la total oscuridad. Por sobre la senda entraba la poca luz de ese día.

Está bueno entrar en bosques porque uno no piensa cuánto tiempo o distancia avanzó, uno se limita a avanzar mirando a los costados, adelante, y un poquito hacia atrás. Es como un teletransporte entre entrada y salida: uno no piensa cuánto tiempo pasó/pasará hasta llegar a donde quiere. En cambio en las colinas uno ve cambiar el paisaje y acercarse otros pueblos, y piensa cuantos kilómetros habrá recorrido. ¡Todo tiene su belleza! Agrego que al acercarse a los bosques en bici uno puede escuchar la lluvia, aunque no llueva. Las gotas que quedaron en ramas y hojas siguen cayendo luego con el viento, el sonido continúa. Qué paz, la Naturaleza.

Después de subir bastante por el bosque –sin darme cuenta por supuesto– llegué a una recta en bajada. Entre la falta de sol para secar el camino y las nubes de lluvia pasajeras, estaba tan mojado que no veía nada mientras bajaba. Además el viento de la velocidad me hacía llorar. Sólo miraba

bien cerquita de la rueda, para saltar algunas canaletas que cruzaban. De repente se empezó a ver luz al final del camino, sería el final del túnel de vegetación, pero cuando vi con más atención encontré además una valla que evita el pase de autos. ¡Y no podía frenar! Iba muy rápido, la rueda de atrás entre patinando y levantada, y la de adelante no “a tope” con la presión. ¡Malabares hice para no chocar!

Cuando la sorteé después de frenar al más puro estilo “McGyver”, me encontré, todavía, arriba de una sierra; desde donde se veía Eichsfeld. De fondo se veía el tormentón; era el fin del mundo, de eso estoy seguro. Por suerte el camino volvía en sentido contrario al de la tormenta.

Recorrí las calles, siempre los mismos comentarios sobre caminos, irregularidades por no urbanizar planificadamente, y edificaciones. Siempre lo mismo pero siempre sorprende. Conocí el lago, que nada tiene que envidiarle al de Göttingen, y tiene el turismo más aglomerado en un punto. Y emprendí la vuelta.

Me iba a alejar un poco, pero preferí llegar temprano para bañarme antes de almorzar. No pasé por muchos pueblos en esta vuelta, pocos y poco interesantes; pero me metí en un bosque de esos que teletransportan. Ni siquiera sabía si estaba en el camino correcto y la verdad es que no me importaba. Cuando salí, esas nubes pasajeras ya no estaban, y la gran tormenta estaba cerca. Como tenía viento en contra supuse que se alejaría, pero a los pocos kilómetros empecé a verla cada vez más cerca. ¡Pero cerca en serio! No más de diez cuadras. Se veía el agua caer así, en forma de nube: una pared negra a menos de mil metros míos que avanzaba. Por una senda perpendicular se veía tragar a dos peatones y su perro. Y es que no era agua, porque en unos minutos un granizo *muy* finito me empezó a picar todo el cuerpo. Paré al lado de un pino para resguardarme y al poco tiempo me empecé a mojar igual. Miré mi buzo y estaba lleno de esos granitos de granizo, toqué mi cabeza y lo mismo. Me los quise sacar, y entre los derretidos y la lluvia... ¡me *congelé!* ¡Vieron lo que se siente al congelarse el cerebro con helado, después de la cena? (Sólo angurrientos.) Eso mismo. Era divertido, aunque no se sentía nada bien.

Como me mojaba igual pensé en seguir, pero el granizo picaba tanto que paré bajo un techo. Llovía torrencialmente, estaba oscuro el mediodía. Cuando dejó de caer piedras a los pocos minutos, seguí andando en bici. Por suerte todo de bajada seguía el camino, había elegido el que sube por los bosques y ahora llegaba la recompensa. Iba rapidísimo por una ruta en buen estado con buen lugar para bicis y el agua saltaba a la cara casi picando, mientras el viento congelaba toda la piel que encontrara. Pensaba en el baño al llegar y me relamía. La ruta tan linda se transformó en una “normal”,

menos ancha y llena de piedritas por mi línea externa, patinaba de lo lindo y no se veían los pozos que me daban un eventual baile. Senda para bicis no había por ahí. Si no me caí, no fue por otra causa que la suerte.

Es impresionante cómo el frío hace perder sensibilidad y fuerza. Tenía las manos duras del frío, y se me complicaba hacer los cambios. ¡Al llegar no podía abrir con una sola mano (desde la llave) una puerta! Al menos, después de andar tanto bajo la lluvia, la bici se limpió del barro que tenía. Las cubiertas parecen salidas de fábrica. No voy a tener palabras para agradecerle a quien me la prestó. ¡Espero no oxidarla!

Al llegar me di un baño hirviendo, los pies y manos ardían. Cuando las manos dejaron de arder, ¡sentían el agua fría! La tocaba con el cuerpo y estaba caliente, ponía las manos y se volvía a sentir fría. Estos días fueron fríos en esta zona, el viento sobre mojado lo multiplicó. Pobre cuerpo, cómo lo pongo a prueba. Y funciona bien: después de unos minutos de sauna me normalicé, y almorzamos el asado de la vida.

A seguir leyendo pasivamente hoy, que las lluvias se intercalan con el sol.

Lunes, 8 de Agosto

Hoy no me moví mucho de casa. Igual escribo varias cositas para no olvidar.

A la mañana a las oficinas, después del grande desayuno. Cada vez me gusta más, ¡hasta me dan ganas de desayunar a la tarde! Un pan con semillas, gris pero rico, con manteca y mermeladas caseras. Y un “buen té argentino” (¡se lo traje y lo acabo antes de irme, sin dudas!) con leche.

Al mediodía, y en un intento de regalarle la Gran Selva Amazónica a la Virgen, llevaría a Pablo (Felipe anda medio enfermo) a la *Kinderstadt*: un lugar para que quemen toda la energía que acumulan durante los minutos del desayuno. ¡Qué intolerante me veo al escribir sobre ellos! No se preocupen que no los trato tan así. Pero es verdad: la ciudad de los chicos tiene juegos típicos como saltos en trampolines, y no se qué más porque por suerte no conocí. Es que mientras almorzábamos lo invitó un amigo a la casa, y prefirió jugar con él. Pero la verdad, divino Pablo, cuando salgo me dice, sosteniéndome las manos: “Esto no puede ser, ¡venís a Alemania y no te vemos nunca!” Tierno le queda muy corto.

Así es que después del almuerzo fuimos con Ina a comprar mapas alemanes para este otro nene, el que escribe. Se me cae la baba, ¡son *inmensos*! Son del “ACA” alemán (*ADAC*), varios gratis, y los grandotes pagos.

De ahí a una juguetería para que Pablo compre un regalo a un amigo que cumple años. Cuando Ina, para irse por fin, encontró a Pablo... ¡no

me encontraba a mí! Y menos mal que Felipe dormía en el auto. Yo estaba hipnotizado por la cantidad de “Playmobil” que había. Después de años me agarró la nostalgia y compré dos hombrecitos vestidos de caballeros para que adornen mi escritorio a la vuelta. De paso me recuerda a los castillos conocidos y por conocer. ¡Están buenísimos! Son dos muñequitos simples pero muy valiosos: juguetes de niño, y caballeros europeos.

De ahí a pasear haciendo otros mandados y a casa, donde armé los muñequitos, terminé de mirar el catálogo 2005 Playmobil, e intenté armar un castillo “play” con los chicos, de estilo alemán.

Después me quedé cuidando a los chicos, y se portaron muy bien. No saben qué nervioso me ponía porque tienen cajas y cajas de juguetes, pero querían jugar con mis dos humildes muñequitos. ¡Y esto después de hacerles entender que no era un regalo para ellos, mientras los armaba! Se me perdía una espada de plástico y moría, así que los guardé en mi bolsillo y me pincharon todo el día. ¡El pago por mi egoísmo! Cuando logré dejarlos con *sus* juguetes, me puse a mirar los mapas en la mesa, después de cenar comida “típica de la selva negra”. Nada del otro mundo, sólo forma diferente.

Té de por medio, abría la inmensidad de los papeles junto con los mails de mis tíos y me deleitaba... ¡Qué lindo es abrir mapas! ¡Mientras más grandes, mejor! Cuando vaya a El Calafate me voy a comprar uno de toda América. Y una mesa de 5m de largo para caminar alrededor. Organicé a grandes rasgos un viaje por la Selva Negra, sudoeste alemán, pero entre cada pueblo hay *tantos* otros pequeñitos que no sé por qué camino unirlos. Mando detalle a los organizadores de confianza. Otros me dirán que me quede en la *Oktoberfest* de Munich. Es medio loco pero seguramente interesante. Dicen que lo “malo” es para las mujeres no para los hombres. ¡Por ahí viaje en bici! El tema es cuál. Ver la escala de los mapas es alentador, ¡las distancias son tan cortas entre pueblo y pueblo! Aunque me informan de lo montañoso del relieve. Otra cosa: me imaginaba que entre Alemania e Italia se interponía *toda* Europa, ¡pero están ahí nomás! Tengo países al rededor para tirar para arriba. Voy a volver hablando checo me parece.

Ayer Domingo, con el frío total, encendimos el hogar, que está en el centro del living. ¡Un poco para usar los 3m³ de leñas que compró el dueño de casa, otro poco por frío! No saben lo que fue ordenarlas, ya tengo cayos de gaucho. En mi casa voy a tener, exactamente, esa ubicación central del hogar. Aunque no se vea la cara de quien se sienta en frente ni el televisor. Uno apoya los pies sobre el hogar y dan ganas de mover la cola como a un perro. Y acá andamos descalzos, una gloria. Ya jeteé pantuflas a los padres postizos porque se me engangrenan los pies.

Empecé a rasguñar palabras en alemán, como para hacerme entender,

aunque sea a lo indio. Nada de nivel, pero ese pequeño arañazo seguro me va a salvar en varias situaciones. Gustavo me indicaba que el alemán es un idioma muy rico y específico, que hace complicado el aprendizaje pero placentero su uso. Me llamaba más la atención para aprenderlo, pero no las ganas de estudiarlo.

¡Terminé “El Alquimista”! Me gustó muchísimo, tienen razón quienes comparan el estilo con El Principito: simple “para niños”, con un gran contenido de fondo. Lindos libros, realmente para todo el mundo.

Mis muñequitos me están mirando, siempre sonriendo porque no existe playmobil sin sonrisa. ¡A pesar de amenazarme con sus armas y armaduras parecen amigables! Y a pesar de tener escudos y colores diferentes. Este nene con chiche nuevo se va a dormir.

Miércoles, 10 de Agosto

Por días lluviosos no tan cambiantes como siempre, estuve bastante adentro.

Terminé de leer “Stalingrad”, libro crudo como pocos. En realidad sólo narra esas batallas durante la máxima expansión del imperio Nazi y sus consecuencias, pero como bien dice una crítica “es sólo lectura de noche para quien no sueña”. Es el odio entre personas hecho cosa, tangible. ¡Querer el mal! Masoquismo. Bruto. El que lideraba todo el ejército 6° (alemán) en la Unión Soviética, general Paulus, fue traído en el año 1.955 a Alemania, muy avejentado después de tanto estrés. Lo enterraron junto a la mujer en *Baden-Baden*. ¡Qué casualidad! Me dirán: “es que estás en Alemania”, pero en breve, si todo sigue como viene, visitaré *Baden-Baden*.

Empecé un libro de Gabriel García Márquez que me encantó: “12 cuentos peregrinos”. Es un buen estilo de escritura. Por si encuentran en internet, 4 hojas ocupa “El avión de la bella durmiente” y es muy entretenido y gracioso. Y mañana salgo para la librería en inglés así clavo algún otro, tengo varios títulos en mente, veré por cual me decido.

Hoy, la familia menos Gustav, fuimos a pileta techada. Los 20 km en auto fueron por caminos ya conocidos. La pile con sales tenía más sal que el mar, me sumergí y al abrir los ojos arriba me ardieron por 40mins. ¡Pero por fin no se hundían las piernas al hacer la plancha! Quise llegar a tocar el piso de la pile de natación, 3,40m, mientras Ina me indicaba. A los 2 metros me molestaban los oídos y tenía que subir. Ver la superficie desde abajo mientras se sube es como estar volando, uno va a donde quiere en las tres dimensiones. En una pile era divertido, no imagino en mar abierto. Estaba un poco nervioso y por eso (y por resfrío, según ella) no me salía

un ejercicio para compensar las presiones en los oídos. No creo que un buzo resfriado no se sumerja, aunque ella dijo que sí. ¿Cómo se sentirán los “escasos” 20 metros, por ser buzo “amateur”? No veo la hora de empezar los entrenamientos.

Mañana por fin salimos en bici en la madrugada con Gustavo. Para hacerlo, en vez de “despertarnos mutuamente” (que se trataba de esperar al otro mutuamente para dormir “otros cinco minutos”), esta vez tomo las riendas y lo levanto yo. Me llega a decir que no, y lo tiro por la ventana con frazadas y todo. Al empezar será un embole pero después, seguro, va a ser divino. Si no llueve. Si lloviera también sería divino pero ya es otra excusa más para no hacerlo. Para correr no importa la lluvia, pero en la bici uno se congela. ¡No prueben en casa que ya experimenté!

Hoy me volví a quejar del pelo largo e impusieron mano dura: Ina tomó las tijeras y me lo achuró. Debe haber sido placentero para ella. Para mí también. Está bastante prolijo (¡ahora se peina para atrás!).

Gustavo me tiene cansado con su indecisión para cambiar el auto. En vez de comprarse un “barato” (y alemán) Passat, busca en Nissan, Renault, Peugeot (buena idea con el 407). Pero como acá el Passat es auto de policía y taxi (“joya-nunca-taxi” no se aplica ni en Mercedes Benz en Alemania) no se ve como *la máquina* que es. Los Audi A4 Avant a veces son bomberos, a veces ambulancias. No la vi pero sí en foto: una Porsche Cayenne “trabaja” para los bomberos de una ciudad. ¡No se conformaban con un todo terreno “común”! Es que en Alemania creo que no se producen.

Jueves, 11 de Agosto

A la mañana, a las oficinas. A charlar un rato en inglés, se siente bien. Una colega no odia pero tampoco gusta de Alemania. Cuando me habló (¡juro que ni mencioné el tema!) de autos nombraba italianos. Dios le da pan a quien no tiene dientes. En su no-amor por la patria, no puede creer que vaya a recorrer por semanas la Selva Negra. ¡No sabe que yo tampoco lo puedo creer!

A la tarde fui en bici al centro. Iba por una calle cuando un policía de civil me hizo señas de que aminorara. ¡Hasta las bicis son controladas en este gran país! Gustavo me indicó que si me pillan por la vereda debo pagar multa. Ayer estábamos mal estacionados y un Passat, para colmo, se mandó en contramano. Creímos que estaba re-perdido, pero era otro policía de civil, controlando. Sacó la medallita que lo acreditaba, y nos urgía a movernos o a pagar una multa.

Recorrí librerías que no me atrajeron, y fuimos a un pueblo que creía

lejos pero cercano al fin. Viajamos Gustavo, hijos y yo en el BMW. Ellos se quedaron a hacer un trámite, y yo salí a caminar. Unas turbinas eólicas me indicaron que ya había recorrido por ahí, volviendo a Göttingen desde *Seeburg See*. Sin embargo seguí caminando y confirmé que en Alemania no hay que viajar en bici sino a pie. En la bici observaba las turbinas, a pie *todo* lo demás. Conocí un molino de viento “a la antigua”, de esos holandeses, y dos molinos hidráulicos. Muy antiguos e interesantes. Cómo se las ingenian antes con esos materiales es admirable.

Al atardecer tenía pensado salir a correr por los bosques, pero entre tantas vueltas para volver (entre otras a ver un Honda Accord, otro no-alemán que me gusta bastante) me olvidé y comí todo al llegar. El frío me indicó el camino a la ducha cuando Gustavo me interrumpió: “¿salimos o no?” Mi piel de gallina le habrá contestado. ¡Y la cara también!

Luego de leer un montón de buenas noticias argentinas, le dije a un amigo: “disfrutá por mí”, y me contestó: “disfrutá vos por todos nosotros, ¡huevón!”. ¡Qué alegría! *Todas* buenas noticias.

Viernes, 12 de Agosto

La vieja hoy se emocionó al teléfono por escuchar mi “hola”, me demostró lo poco que llamo. . . ¡Menos mal que existe internet al menos!

Ayer a la mañana, como me prometí, salí a correr al bosque. Me acompañó Pablo en su bici, creí que tendría que seguirlo como el burro a la zañahoria pero fue al revés, así que a la vuelta no anduve todo lo que quería, y trabajé un poco (¡algún día!) arriba de la cintura. ¡Todavía me duelen los músculos por la falta de costumbre!

A la tarde fui a la joyería para almorzar con Gustavo y una amiga que me presentaba, Lissy, quien quería almorzar en no-se-qué lugar. Yo me había olvidado, y ya había almorzado en casa, y bastante luego de la mañana deportiva. Cuando llegamos era un lugar medio vegetariano aunque no del todo, de alimentos livianos y saludables. Para tomar: jugo de naranja exprimido. “A Dios gracias”, se le escapó en voz alta a mi pancita satisfecha; empezamos el almuerzo riendo. Divina la chica, muy simpática. Será quien me enseñe alemán. Ella me va a ayudar porque me tiene como chico pa’la escuela.

Hablando de aprendizaje, Ina me regaló hoy unos cursos que creo van a servir mucho. Ahora se juntar un verbo con una persona. En inglés uno dice I-you-we-they (alguno) + verbo. Pero acá para cada persona hay conjugación distinta, como en castellano. ¡Qué bueno si llego a mantener un diálogo de cinco líneas con alguien! Seguro si lo quiero.

Esta mañana Gustavo se puso firme consigo mismo y me levantó a las 6:30 am. Como estaba el piso mojado y un poco frío le sugerí que dejemos las bicis y salgamos a correr. Iríamos al lago. Cuando lo vi cinco minutos después estaba disfrazado de astronauta, no pude evitar sacarle una foto y se reía en vez de putearme. Corrí *muy* bien, se nota que el clima fresco ayuda porque hacía tiempo no corría así. O será porque en el lago no existen las pendientes que pueblan los bosques. Una madrugada corriendo en el lago, si bien hacía frío (y con sueño) fue de lo mejor. Al lado del camino 5 cisnes se acicalaban retorciendo el cuello por todo su cuerpo. Me desvié unos metros para correr un poco por entre bosques, donde de nuevo se escuchaba lluvia almacenada, sobre piso blando lleno de hojas y ramas caídas.

Dormí una tremenda siesta (hoy no me duermo más) y comimos un asado de lujo. Gustavo hace el pollo tan rico (pero con su sabor particular) como “Las Brasas”. Siempre se acuerda de aquella esquina, y tiene un imán en la heladera. Le dije que pidiera por teléfono, pero ya intentó según dice.

Dejé un libro de historias cortas en inglés que me embolaba, porque me atrapó instantáneamente “Fahrenheit 451”, de Ray Bradbury. Dice Gustavo que es un clásico y así parece, pero no lo conocía. Las palabras “451°F es la temperatura a la que los libros arden” abren la obra. Cada hoja es increíble, imperdible. Recién lo empiezo. ¡Y con mi insomnio por siesta hoy lo termino!

Ando con problemas para conseguir bici para mi viaje. Dice Ina que la última es comprar una, usarla y revenderla: sería más barato que alquilar. Y bueno, si lo tengo que hacer lo hago porque sé que no va a tener precio ese viaje. Y la bici no tiene por qué valer €1000. ¡Si con €980 me alcanza!

Sábado, 13 de Agosto

El súper-despertador controlado por radio frecuencia me levantó tipo 7:30 con un piripipí suave, que después se transforma en el enfermizo y conocido sonido de todo despertador. Quienes trabajan lo conocerán, ¡yo lo conozco porque me contaron! Desayuné no mucho porque iba a la pileta, esta vez a nadar y no a divertirme un rato.

Como no sé otro estilo, nadé como madre: rana. Lissy le llama estilo “house-wife”, el mismo machismo de voz femenina. A las 8:30 la encontré en un día lluvioso. Fuimos a piles techadas excepto una, todas climatizadas. La de afuera largaba humo bajo una fina y fría lluvia. Y el precio muy barato. Ya adopté la relación euro (menos mal que lo tengo a Gustavo porque sino hoy me compraba una bici, después cuento). La guacha me decía que mejor aún es cuando nieva para nadar afuera.

Abren las piles tipo nueve, y llegamos nueve menos cuarto. Entre el “*check-in*” y preparaciones se hicieron las 8:55, y nos tuvieron exactamente 5 minutos junto a otras *house-wife* para que se hicieran las 9:00 (cero-cero), y poder hacer uso de las instalaciones. “Típicamente alemán”, decía Lissy entre dientes. Yo disfrutaba de la perfección, hecha obsesión. La tarjeta duraba hasta las 10:00 (cero-cero).

Como esperaba, a los diez minutos estaba bastante cansado. Se usa mucho la espalda. Diez minutos más, y salimos. Pensé en no volver: no es un deporte que me encante, pero ella propuso como objetivo llegar a los 40 minutos “*non-stop*”, como podía hacer antes. Mi orgullo va unido a los desafíos con plasticola, así que iré durante la semana con Ina (Lissy trabaja mucho), para llegar a hacerlo. ¡Qué divina! No se hace un problema: hoy la invité y contestó un decidido “¡claro!”

Dormí una pequeñita siesta y me levantaron los chillidos de los chicos. Y con el atontamiento del sueño no era precisamente un ángel al bajar. Después de comer unos panes con manteca fuimos a un restaurante chino. Día lluvioso, el último detalle.

Este fue el punto de inflexión: el restaurante chino, interesante y además hermoso. El almuerzo, riquísimo; los chicos, angelitos totales durante el almuerzo. Cuando terminaron jugaron con unos muñecos nuevos. Charla divertida con Gustavo medio copetinado decoró la sobremesa, en la que tomamos té de jazmín, que está bueno. ¡Me contó que cambiaron el nombre de calle “guardavieja” de Buenos Aires, por “cuidado, mamá”! Y tomé una cerveza Warsteiner que me gustó.

A la salida recorrimos varios pueblos. Me mostraron una ruta para visitar en bici que no conocía, con varios poblados tan pero tan lindos, y caminos *tan* pintorescos, que no dudo voy a volver. Me contaban que los rusos en su guerra no destrozaban las ciudades, peleaban más cuerpo a cuerpo. Los ingleses y americanos bombardeaban y listo, cosa que hizo perder mucho encanto a los pueblos occidentales.

Visitamos un castillo, y la frutilla del postre fue a la vuelta, en una parada en lo que sería algo así como una estancia alemana. Por tamaño no se le puede llamar así. Es un paraíso. Una familia poderosa alojaba a todos los trabajadores (siglo XVIII) en un gran campo de ahí. Es antigua, bella, típicamente alemana, y sostenida porque la gravedad es buena (techos como paredes, inclinados). Paramos porque les hinché hasta el cansancio con que quería tomar un chocolate caliente en un lugar antiguo. No por el sabor (decían que era malo) pero por el lugar. Tomar un chocolate en

esas casas multiplica su calidad. Tenía un lago, decenas de gansos, varias construcciones *Fachwerkhaus*, un café a la antigua, los baños cerca de los establos. Moza y madre cajera que parecían caricaturas de alemanes típicos. Por los baños había una escalera bonita que subía. Subí y llegué a un ático vacío tan antiguo que desentonaba con la escalera. Las telas de arañas en los escalones eran blancas y densas; tenían madre araña y todo. Iluminada lúgubrementemente por pequeñas claraboyas que tienen los techos a dos aguas, con olor a tierra y humedad, llena de goteras que se escuchaban y sentían. Una silla por ahí y el piso de madera chirriando a cada paso. ¡De novela! Haré ese camino largo seguro, y lo repetiré corto siempre que pueda, como cuando voy a la olla. ¡Y si me alcanza el tiempo que se esfuma!

Cuando volvíamos pasamos por una bicicletería. Paró Gustavo para solucionar mi único problema para mi viaje en bici por el sur. La bici en cuestión era casi igual a la segunda y mejor que tuve, robada al poco tiempo, a €600. Gustavo la quiere comprar en un instinto paternal al ver mi emoción, justificado porque él la va a usar: “ya me van a robar la que tengo y quiero una todo terreno”. Llega a andar en una bici sin luz ni guardabarros y se espasma; la va a revender seguro, pues es más barato que alquilar. Pero quiere, porque le empecé a explicar los palos que me pegué con esa bici por no conocer por ser nueva (gracias a Dios en invierno, con campera, mochila y guantes), cómo me volvía de la escuela, cómo frenaba en las esquinas bajando cambios con la rueda trasera girando loca. . . me puse eufórico e insoportablemente inquieto. La pobre Ina nos llamó del auto porque se ahogaba (trabas para niños, ¡viajo adelante!) y en el viaje le seguí contando de la bajada de los caracoles chilenos, y de las carreras por la avenida con Eze los domingos en la tarde, con todo dominguero que existía dando vueltas a 15 y nosotros a 40. Y hablamos entonces de las casualidades que se juntaron para que yo siga vivo después de tantas locuras de joven inmortal (siempre hablamos de casua-causalidades y de religión) y yo me ponía cada vez más inquieto. Estaba tan molesto con estar quieto (eufórico en realidad, de nuevo) que mientras los limpiaparabrisas andaban decidí salir a correr. Gustavo me mostraba como ejemplo para Pablo: “¿Ven? Tute está inquieto, se da cuenta, y sale a hacer deportes.” Llegamos, tomé agua y comí media pera jugosa, me cambié, ¡y a los bosques!

Troté como caballo por suave y por tiempo. No me quería matar tanto (me desgasté como en Gijón). Pero haber llegado a casa luego de casi dos horas, y de la subidita del camino sin parar fue perfecto. Hice paradas para ver paisajes al ver luz en la salida de los bosques, y serenidad en el trote. ¡Y me quejaba de cómo “perdí” el estado!

A la media hora de salir por caminos desconocidos, y pensando que me alejaba, volví al punto inicial de los bosques, a diez cuadras de bajada a casa. Pero la “inquietez” no se había ido, así que me metí de nuevo por otros lugares. Mientras iba por un camino angosto y muy patinoso escuché a varios metros un movimiento rápido entre la vegetación, di vuelta la cabeza nervioso, y encontré un ciervito salvaje, más asustado que yo. Naturaleza.

Esta vez me alejé en serio, y salí, para mi sorpresa, por el otro lado de los bosques. Pensar que Pablo al verme ir me dijo: “no te vayas...”, y yo le respondí: “¿Me acompañas al bosque?” ¡Menos mal que me miró con cara de traste, porque encima de esperarlo, perderme con él hubiese sido terrible! Pregunté luego de pasar establos a un colectivero el camino a Göttingen, y contestó: “línea 1”. Con no pequeña sonrisa le hice entender que quería volver corriendo, y cuando dijo un tranquilizador “derecho” me alejé, suaveciito suaveciito. Entré a Göttingen por la otra punta, la avenida *NicolaiStrasse*. Rodeada por palacetes hermosísimos, de tres o cuatro pisos, bien alemanes y tan viejos como conservados. Tipo el Barrio Parque de Buenos Aires, pero con casas aún más viejas y grandes.

Por el centro de Göttingen era un atorrante, con todos elegantes saliendo a pasear, y yo embarrado, sudando, con cara rojiza y pidiendo aire, medio en bolas y mojado por la lluvia. Corría sobre los charcos como un niño para limpiar el barro de las zapatillas. La remera de “Orgal” que usé hasta de repasador en Mendoza no ayudaba, y, si la quieren completa, salí con la única malla que me traje, color marrón. Ma, ¡se te escapó la tortuga ahí con el control del equipaje!

Todo esto fue bajo lluvias pasajeras, sea por los árboles del bosque que la almacenan o por nubes. El agua saltaba bajo mis pies, si no patinaban, en cada paso. Me embarré atrás como si hubiese ido en bici. Vivir cerca de un bosque no debe tener desperdicio. Los caminos nuevos nunca se deben acabar, así de numerosos son los cruces.

Llegué más tranquilo que en el auto pero igualmente contento. Más, porque me siento mejor corriendo, y habiendo llegado a hacer algo que creía no poder. ¡El “no puedo” es odioso! El corazón ya no se dispara en las subidas. La respiración se mantiene. Elongué mejor también, moverme tanto ayuda a la elasticidad. Y vine a escribir, para que no se me olvide nada.

Bueno, los dejo casi alegremente. Casi porque mañana llega Axel, el dueño de “mi” bici. Sabía que mañana me desentendía de la bici pero hoy me acordé, después de correr y de bañarme, que la tengo que dejar *impecable* como me la dio. Me sorprendió lluvia, barro, piedras del asfalto... va a estar difícil pero no puedo hacerlo de otro modo. Así que ahora o mañana en la mañana a limpiar. Y a averiguar otros precios de bici por Göttingen para

asegurar el buen precio de aquella de hoy.

Este Jueves llegan Mangui y Richard de Málaga, y vamos a comer a un lugar ambientado en la edad medieval. Para que se den una idea no hay saleros, no se cómo cortan los pedazos de sal y los usan. ¡Interesante!

Lunes, 15 de Agosto

Como saben, ayer corrí como garza sobre brasas. ¡Justo ayer vengo a hacerlo, que a los Piaggio se les ocurre que no tienen hambre y no van a cocinar! Picoteé todo lo que encontré, panes grises con manteca, mermeladas y Leberburst fueron y vinieron. Un poco de queso y salame. Y ese jugo de Ina que es una bomba atómica de energía. Unas peras y algún dulce. Al terminar tenía un frío tembloroso, a pesar del baño de las 7. Y me volví a dar el lujo: un baño de inmersión que aparte del frío y la piel de gallina me quitó un dolorcito en los tendones de Aquiles. Dormí como babosa alemana. (Las alemanas son más peludas, mas ásperas que las argentinas. No por eso dormí como babosa alemana.)

Releyendo el mail de ayer vi que no describí el camino por el bosque. “El”, como si fuera único. Son miles de caminitos unidos por varios cruces y bifurcaciones, del ancho de una persona la mayoría (a veces menos y se choca con la vegetación al pasar). Siempre en túnel verde, miles de árboles al rededor, troncos y troncos y hojas, iluminadas arriba por el sol. Cualquier tonalidad de colores, de cualquier intensidad, entre los diferentes árboles y los juegos de sombra-luz que se forman. Todo húmedo y mojado, barro en algunas partes. Fresco. Natural. ¡Paraíso, o cercano al menos!

Hoy me levanté a desayunar, esta vez cereales en vez de té con leche, para alimentar al ternero. Lavé la bici de Axel, quedó nueva. La llevé a las oficinas para devolverla. Pregunté a Axel cómo estuvo Austria, y me mostró fotos. Le sacó a un arco iris como los conocemos de los dibujitos, bien definido. Cada foto era una postal. Fotos al cielo (de colores irreales), con sólo un arbolito para decorar esa grandeza. Fotos entre los cerros y pinos. Austria es perfecto. Al entregarle las llaves (del candado) le dije que no tenía palabras para agradecerle, le conté todo lo que conocí gracias a la sorpresa de la bici, y le hablaba de mi proyecto de viaje a la Selva Negra cuando interrumpió: “*Well, then keep the bike!*” Que me la quede para hacer el viaje. A todo esto estaba por ir a la joyería para comprar una bici, o ver. Quedé mudo. Me miró un rato como para seguir la conversación y me preguntó si estaba todo bien. ¡Es que no podía repetirle que no tenía cómo agradecerle, en otras palabras! ¡Vine a Alemania y estoy haciendo cosas que no tenía ni soñadas! ¡Y más! Le conté que estaba por comprar una bici, me

dijo que sería demasiado caro; que él no la usaría por un esguince (o algo así que no entendí), en el tobillo. Así que ya tengo bici para viajar, ¡no falta nada prácticamente! Sólo orden en mi proyecto, nada de fondo.

Fui contentísimo a la joyería a contarle la buena nueva a Gustavo, estuvimos viendo cómo cambiar el porta paquetes de su bici a la mía. Como la mía no tiene enganches no podemos (incomodidad total para viajes), así que fui a una bicicletería. El tipo hablaba “*a little bit*” inglés, le conté el problema.

— *Which is your native language?* – preguntó al notar mi contracturada pronunciación.

— *Spanish.*

— Bueno, ¡entonces hablemos español!

Por €10 enganchó un porta-paquetes directamente al asiento, sin soportes a la rueda. No aguanta mucho, pero no voy a llevar calentador ni marmita. Tampoco carpa. Los bolsos de Gustavo van bien ahí. ¡Y la bici está nueva de verdad, después de mi limpieza! Tema solucionado. No me voy el Jueves al sur porque llega Mangui, pero esta semana entrante seguro me fugo. Empiezo en Heidelberg, mañana con Ina vamos a pulir bien todos los detalles. ¡Tengo que vaciar la camarita de fotos!

Dormí una siesta después del almuerzo, no necesité esas horas para ver bicis. Me despertó Ina un buen rato después para ir a un lago a nadar. Pregunté si era limpio, y contestó que no. Para convencerme de ir igualmente le pregunté si era lindo conociendo el “sí” de la respuesta, y entonces fuimos. El lugar era hermoso, un lago no muy grande, con muelle de madera rodeado de árboles. Varios patitos. Me hizo acordar a uno de los tantos lagos “escondido” que hay alrededor de Bariloche. Fui con mi única malla; como no tuve tiempo de lavarla, embarrada y transpirada. ¡Se limpiaría, al menos, del barro!

El agua estaba congelada. Para colmo no se veía medio metro hacia abajo, me daba miedito. Bajé la escalera del muelle para nadar hasta una playita, les juro que llegué a nadar sin parar... ¡3 (tres) minutos! Cómo me canso la espalda y antebrazos. 40 minutos es un límite demasiado alto descubrí. Dice Ina que no sea huevón y cambie de estilo sobre la marcha. La excusa del cansancio era buena, en realidad, para salir por el frío y la “cosita” de andar sin ver por dónde. Un día soleado volvemos “en serio”, a nadar más y pasar el día. Hoy estaba, si bien no lluvioso como estos últimos días, nublado.

En casa estuve por terminar el libro “Fahrenheit 451” cuando me llevaron al cumpleaños de Martin. Es un alemán casado con una brasilera, divinos los dos, amigos de Gustavo e Ina. Viven a dos cuadras de casa. Ahí un alemán me dijo que aunque haya decidido no ir a las fábricas automotrices (no quiero interrumpir ni un día de bosques), no me pierda Wolfsfurg y el museo del automóvil de VW, a no más de 100 km de acá. “Para pasar el día”, me indicaba. ¡Enorme! Iré seguro, por cercanía e interés. Después hablé con Claus, un fanático de las bicis. Todavía no se si sabía poco inglés y lo mezclaba con alemán, si hablaba rapidísimo, o si estaba copetineado, pero no le entendía nada. Después de charlar bastante (como todo alemán, desprestigió a la Selva Negra, y me importó “un cojón”) me pasa a buscar el Miércoles para mostrarme otros bosques donde pedalear. ¡Ahora tengo bici! Mientras, Gustavo me comentaba sobre la hospitalidad de los alemanes. “Sí, obvio” pensé. Y siguió: “allá hay que contarlos”, y como soy mal llevado con las comparaciones, no le di bolilla, pero me quedé pensando. Es que viene un alemán a Argentina, y entonces creo que él se tiene que pensar que soy buen tipo sólo porque le deseo que disfrute después de una pequeña charla. Y que no tiene que pensar nada de los que no le dan bolilla. Pero en cambio acá se acercan y me preguntan si hablo inglés, para poder entonces invitarme a conocer y preguntarme si fui a tal o cual lugar. Es de no creer, de verdad son *todos* (los que conocí al menos) muy hospitalarios. Además me invitó a hacer una caminata cerca de Göttingen, en el primer fin de semana de Septiembre, de 100 km. Para marcar una senda para no-se-qué contingente. Me encantaría ir, pero, como todo proyecto desde ahora, no lo voy a estar esperando hasta que salga.

Cuando me iba saludé al cumpleañosero. Divino el tipo, pasa los 50 años creo (con hijos pequeños, como todas las parejas que vi) y tiene más barba que pelo en la cabeza. Al saludarlo me dijo en “portuniol” “¿Porqué no te quedás un rato más? Deberías, ¡mirá la hora!” Miré la mesa, y pensé: “¿me uno a la charla en portugués, o a la alemana?” Le agradecí mucho, ¡y me vine a escribir un rato!

Como ven, despertarse en Alemania significa esperar a ver qué nos depara el día. Seguramente algo divertido e interesante, aunque uno no haya planeado siquiera algo por hacer. Mi día empezó sabiendo que le entregaría la bici a Axel y vería otras con Gustavo si tenía tiempo y dinero. A la tarde leería para descansar. Pero vean cómo siguió, ¡sorpresivo como todos! Esto es apasionante. “¡Para vivir así, más vale no morirse nunca!” dice el tío sobretodo cuando viaja.

Martes, 16 de Agosto

Hoy me levanté no tan temprano, después de desayunar corté el pasto. Para ayudarme, Gustavo cortó una rama del manzano que llegaba hasta el piso. Guardé las manzanas en una caja de verduras, y quedó llena. Increíble la cantidad de frutos que da cada rama de cada árbol.

Pasé quieto este tarde nubosa en un intento de descanso, terminé de leer el “Fahrenheit 451” (recomendado como cultura general, de esas que no deben faltar), empecé de nuevo el de historias inglés, y me volvió a desinteresar un poco. Espero encontrar otro libro, sino compraré alguno de los que tenía en cola.

Después, desplegué todos los mapas en toda la mesa del living (la grande) y empecé a mirar los pueblos y una ruta a seguir. Ya la tengo. La semana que viene saldré. Le decía a Gustavo que no sabía si planear todo al milímetro, o salir a lo bruto como por Göttingen, a perderme y andar lo que pueda y quiera. Sensatamente contestó que primero organice y planifique, y después, conociendo un plan general, que haga lo que quiera. Me falta organizar dónde dormir, y cuántos kilómetros hacer por día en promedio, y estamos. ¡De Freiburg a Triberg me meto por un gran bosque lleno de casitas pedidas según mi detallado mapa! Luego mandaré el detalle.

Mostré a Ina las fotos de mi viaje por Mendoza con Eze, y se asustó como buena madre que es. Creo que casi le agarra un soponsio cuando vio la linternita azul encintada a mi manubrio, por San Rafael, de noche cerrada y sin luna. Mañana sale a comprarme luces para la bici. Lógico: ¡un mínimo de planificación para el nene! También es lógico lo mío: ¡simpleza hasta lo molesto! (Y tal vez peligroso.)

Empecé anotando cada pueblo por el que pasaría, mirando los posibles caminos. Me di cuenta de que sería imposible por la cantidad, así que me limité a dibujar líneas por el mapa de escala pequeña, viendo en el detallado paisajes, hosteles y bosques de interés para diagramarla.

Me harté de que me digan que la Selva Negra no es la gran cosa, y de que la comparen con el norte alemán. La pucha, si ellos van a Fontezuela les contaría de lo buena que esta la estación abandonada para no tirarles mala onda, ¡y yo me quiero ir en bici a la Selva Negra! Además, con esa lógica no disfrutemos de nada, porque seguro que desde la Luna la Tierra se ve mejor. En fin, vamos a ver cómo es.

Me falta definir algo *muy* importante para el viaje, que son los lugares de descanso. También el qué hacer en las grandes ciudades, que seguramente merecen ser vistas pero en las que este paisano no sabe para dónde disparar. ¡Pero el esqueleto del viaje, el mío y el medio de transporte están!

Miércoles, 17 de Agosto

Me llegaron 15 mails con sugerencias y felicitaciones por el viaje al sur, ¡gracias! Mañana los miro en detalle junto con mis mapas de 5m², porque hoy es el cumple de Ina y la casa es medio lío.

A la mañana me pasó a buscar Claus en bici. Medio tarde, así que me reí un rato con chistes de Inodoro Pereyra. Tiene una muy buena bici, doble suspensión, y aparenta más –todavía– de lo que es. Me llevó a la casa para inflar la mía (ahora soy un tigre doblando y frenando) y para darme un casco que me dejó (espero lo deje también para el viaje por la Selva). Definí que habla poco inglés, y lo mezcla con alemán, por eso no le entendía un freso la noche del cumpleaños. Prometió que me sorprendería con el camino, pero no le creí porque apuntó hacia los bosques. Como siempre, tomamos un camino nuevo, mientras me contaba que hasta hacía diez años todo éste era terreno militar y restringido. ¡Lo que se perdían los civiles!

Anduvimos casi una hora hasta llegar a un bonito y no muy agresivo precipicio, desde donde se veía la luz solar. Claus quería llegar a Seeburg See, pero le dije que en una hora tendría que estar de vuelta en Göttingen para almorzar con Lissy. Entonces preguntó si quería volver por el lugar “sucio” o el “fácil”, y elegí el “sucio” porque se veía más angosto. ¡Creía que también era “fácil”, pero resultó difícil como insinuó! Estaba todo embarrado y mojado, surcado por muchas ramas y árboles caídos. En varios momentos se circulaba paralelo al precipicio, que no se notaba tanto si no parábamos para mirarlo, porque los altísimos árboles que crecen desde abajo nos pasaban tapando el vacío.

Fue excelentísimo. Las dos ruedas siempre patinaban de costado al pisar ramas y raíces. Se trataba, más que de pedalear, de tener buen equilibrio, porque íbamos despacito sorteando obstáculos y sin bajar un pie. Después de una curva, gritó emocionado desde atrás: “¡eso se ve bien!”, y al separar mis ojos de la rueda delantera vi sobre el sendero tres ollitas llenas de agua, divididas por raíces de árbol viejo. ¡Sí, se veía bien! Luego de una bajada pronunciada con curva al final, se veía un buen escalón. El árbol que hacia de escalón tenía en un costado piedras o barro, por ahí se podría avanzar sin bajar de la bici. ¡Como para aburrirse! Llegamos a un mirador de madera, subimos sus cuatro pisos pero desde arriba no se veía nada más que árboles. “Es que es verano”, explicó, y luego describió la montaña que deberíamos ver si no estuviera *tan* alta la vegetación.

Llegamos a la joyería momentos antes de que llegara Lissy de su trabajo, vestida como para un baile en el Titanic. Yo, con mi buzo polar amarillo (pero *amarillo*), el viejo short sin elástico y gris, las piernas embarradas, y

las zapas con color barro y verde del pasto cortado en la mañana. ¡“*Always ‘sporty’!*”, decía con sonrisa! Vergonzoso. Con chistes zafaba un poco, y con el pantalón que me prestó Gustavo zafé del todo: abajo tenía una remera polo y la preferí a mi viejo buzo. Si no era por las zapatillas estaba hecho un señorito argentino. Ya me había preguntado Claus, riendo en aquel cruce, lo mismo pero en otras palabras: “¿belleza o diversión?” ¡Y ya lo había elegido!

Almorzamos lindo, Lissy volvió a su trabajo y yo a casa. El sol no me permitió quedarme, así que me fui por los pueblos del sudeste, pasando Bettenrode entre otros. Casi muero del susto cuando los árboles no me permitían ver qué era lo que hacía *tanto* ruido a viento. Cuando pasó a una terrible velocidad vi que se trataba de un avión caza a baja altura. Seguro iba regulando pero por la cercanía parecía ir a fondo. No volvió a pasar, me quedé con las ganas de verlo en detalle. ¿Qué andaría haciendo? ¡Y tan bajito!

Volví, y acá estoy, leyendo sus muchos mails. Le mostré la bici a Axel, ¡justo hoy cuando la vengo a embarrar! Lo acompaña un Golden Retriever chiquito austriaco, qué linda raza. Y ahora me voy a acompañar al asador, a ver qué cuenta y si convida algo.

Viernes, 19 de Agosto

Hoy volví a dedicar el soleado día a la bici, y ya estoy fusil/fascinado. Por unos días la voy a tener que dejar para prevenir calambres durante el viaje. ¡Mañana voy a la pileta! Bueno, pero empezemos por el principio.

Main guten tag empezó a la mañana con el acostumbrado desayuno. Leí un poco un buen libro nuevo (“*Notes from a big country*”, crítica humorística a la vida estadounidense, de Bill Bryson) mientras esperaba a que me pase a buscar la ahijada de Gustavo para ir al sur de Göttingen. Parece ser una máquina sobre dos ruedas y tiene una buena bici, que habla de su fanatismo. Pero como me dejó plantado, salí un rato después.

Como era medio tarde fui por la ruta menos divertida, esta vez no tenía tiempo para perderme. Una era por los bosques; la asfaltada los bordeaba y es también *muy* bella, para mi sorpresa. Fuerte viento en contra. Le saqué una foto a un auto de los que había en la Alemania Comunista, recuerdan al viejo Peugeot, similar al SIAM, aunque más chiquitito. Pasé por hermosísimos pueblos, cada esquina invitaba a sentarse a escribir una enciclopedia de Historia.

Llegué al pueblo que quería conocer, Bornhagen, el del castillo de Hanstein. Hanstein fue una familia que participó en las últimas tres grandes guerras de Alemania, según entendí de una placa en alemán. Desde abajo

en la ruta se veía la torre principal, y cual Hércules tuve que subir no solo hasta arriba de la colina (la base del derruido castillo), sino además hasta el final de esa torre. A los pies de la construcción se levanta una vieja iglesia, con altos, angostos e imponentes campanarios de tejas azules. El castillo está casi todo en ruinas, excepto los primeros pisos que están en uso. Dos maquetas mostraban la vida diaria en el reino, y una tercera, una fiesta real; qué vida la de reyes.

Empecé a subir la lúgubre escalera de piedras en caracol. Encandilado por el radiante día, aquí sólo veía una perfecta y cerrada oscuridad. Los altísimos escalones complicarían la bajada más que la subida, y las paredes angostas y frías indicaban el camino a arriba. Al llegar a un descanso con pequeñísima ventana creí estar arriba de todo, pero escuchaba personas hablando como dentro de una pared. ¡No podía ser otro que un fantasma! Para colmo estaba bien solo, como perro malo; ni siquiera sabía si estaba permitido subir. Por suerte no eran cucos sino una pareja alemana, que salió por una puerta ínfima y oscura que estaba detrás mío; si no los cruzaba creo que nunca la hubiese visto. Pasé, y seguí subiendo. El camino se tornó tan angosto que chocaba mis hombros contra las paredes. En realidad chocaba por el ancho de mi espalda, claro. El tipo que bajaba era alto, tenía que bajar agachando la cabeza para no golpearla con los escalones del siguiente piso. ¡Se deberían tratar claustrofóbicos acá! Fresco como en una heladera, si bien el día era casi caluroso; no me imagino los fríos de esa construcción en los crudos inviernos alemanes.

Llegué a cielo abierto, y estaba más arriba que todas las ondulaciones. Las cadenas de colinas se suceden hasta perderse en una fina neblina. Ahí arriba es fácil sentirse rey.

Luego bajé, primero las escaleras, y luego por el camino al pueblo, de muy pronunciada pendiente. De vuelta en la ruta, me ayudó el viento en popa, así que traté de seguir el buen paso. En instantes llegué a un pueblo posterior del que quería parar, ¡me había pasado 2 km! ¡Y ahora tendría que volver, con ese viento en contra! Volví a esa estancia que no es estancia (Besenhausen) y me senté, 20 min después. Quería tomar otro chocolate caliente, la garganta acusaba las horas de sol y transpiración, ¡pero habían cerrado hacía solamente 20 min! Saqué las doscientas fotos que quise en la primera visita (no había llevado la cámara). Saqué fotos al lúgubre altillo, deberían ver cómo entra esa tenue luz en diagonal. Y volví a casa, ya con ganas de comer y descansar.

La mentira tiene patas cortas. Gustavo lo debe saber, cuando lea esto conocerá mi mentira. Lo primero que hago *apenas* llego a casa; antes de sa-

carme el casco casi; antes de comer todo lo que encuentre; antes de, siquiera, mirar a la heladera; es abrir el garaje para guardar la bici ajena, de la que soy responsable. Cuando lo abrí esta vez me encandilé. Parecía que habían encerrado al sol ahí adentro. Una bici doble suspensión muy buena, amarilla. Mirando más de cerca podía ver que la suspensión no era a elastómeros y tampoco a aceite, sino a aire comprimido, superliviana (“RockShox SID”). Miré en detalle: la suspensión trasera también era SID. Lo único que no era Shimano XT (lo mejor para mí) era XTR (igual que XT pero más liviano, para competición). ¡Una bici de sueños! Entré y pregunté a Ina qué hacía eso ahí, encerrado.

- ¿Qué bici? – Preguntó. Y mientras se la describía detalladamente me empezaba inquietar. Entonces interrumpió – Gustavo me dejó responsable de que *no la veas*. Cuando llegue le decís que no la viste.
- ¡Pero si apenas llego, siempre guardo mi bici!
- Yo la saco y vos le decís eso.

Insistí pero no hubo caso, se nota que era importante que dijera eso. Me bañé, y mientras me vestía Gustavo llegaba, y gritó a arriba: “vestite y bajá así te muestro una cosa”. Me iba a poner jeans, pero me vestí como para correr el Maratón de Buenos Aires. Bajé, y hice todo el circo de la novedad. “Santos cielos, ¡pero si tiene suspensiones a aire!” ¡Gracias Gustavo! Es usada y cuesta (“nada más”) que €1000. Le gatillé todos los cambios en la cuadro, y la colgaba en la puerta de casa o en las esquinas. Un as del manubrio parecía, hasta que casi me doy vuelta y marco todos mis dientes en el asfalto. La bici es de un ciclista, y Gustavo la “tomó” diciendo que la va a comprar. Pero él se va a comprar una más simple, así que la emoción de haberla manejado fue por ese buen momento. Cuando entraba en la casa miré la calle, ¡estaba toda marcada por los cauchos! Impresionante los frenos.

Ayer a la noche (después de comer ricos pretzels) quise robar un avioncito de metal a los chicos. Es una pequeñísima y pesada maqueta del Airbus 340, está buenísima. Está bien hecho, y al tocarlo hace pensar en lo increíble que son los aviones. Hoy se los mostré para legitimar el robo, pero me dijeron que “*ni loco*”, que no era de ellos sino de un amigo. Así que ahora “papá” me va a llevar a cuanto aeropuerto y juguetería exista para comprar *ese* avioncito. ¡Se invirtió lo de los playmobil!

Una completa cena, y a escribir antes de ir a buscar a Mangui y Richard, que deben andar por su aeropuerto Malaguense en estos momentos.

Sábado, 20 de Agosto

Aquí ya estoy en condiciones de enseñar y mostrar cosas de Alemania, y pensar que hasta hace poquitos días me era tan desconocido y distinto. Es placentero. Además de eso, la amabilidad de todo el mundo me hace sentir como en casa; lo pienso y no lo creo. Llegaron Mangui y Richard, y mañana les serviré de guía.

Ayer a medianoche los fuimos a buscar. No me imaginaba que el BMW andaba *tanto*. No se nota en aceleración, pero los 240 km/h que marca le quedan cortos, debe tener el límite de velocidad en 250 km/h. Tiene sobremarcha: a 230 km/h y 6000rpm hizo otro cambio, y pasó a girar a 3500rpm. Ahí seguro se “dormiría”. Después fuimos tranquilos, ¡no se asusten! Tranquilos es 180-200 km/h, Alemania no se puede creer. Tranquilos porque no hay posibilidad de que se cruce un Citroen 3CV a 60 km/h ni un Pony sin luces; tampoco una piedra de un puente o un caballo suelto. Tranquilos porque somos inconscientes, es verdad, pero hay muchas variables que hacen que uno pueda sentirse menos inseguro. Un reventón implicará la casi no solución (qué elegancia para nombrar a la muerte), pero hay diferencias. Allá, “tranquilos” es a 140 km/h.

Busqué mi avioncito por todo el aeropuerto, y no lo encontré. Voy a rastrear al dueño de este modelo y se lo voy a cambiar por otros cinco que vi. Quiero *ese*. ¡Qué nene caprichoso soy!

La autopista era hermosa, a un costado se levantaban varias turbinas eólicas, altas y cercanas, con luces rojas sobre cada una que se encendían y apagaban sincronizadamente. Las notamos turbinas al ver que periódicamente esas luces iban apareciendo y desapareciendo según el girar de las aspas. Después de perdernos varias veces (para que Mangui pudiera contemplar la frondosa vegetación de la que goza Alemania) llegamos, y dormimos como roedores.

Hoy arranqué con mis clases de castellano a la hija de Axel, Amira. Estoy contento porque sabe más de lo que piensa, sólo tiene miedo de largarse a hablar. Pero hay bastante contenido, no tengo que explicar porqué el “soy” es distinto del “estoy”. Eso es estresante. Aparte tiene muy buena onda, yo creí que tendría mala cara porque la obligan. La conversación es en inglés así que tanto me ayuda a mí. Más vale que en un mes y algo Amira mantenga una conversación con Ina o Gustavo en castellano, ¡mi pasaporte a Egipto! Periodicidad voy a tener.

Llegué, y me puse a leer y escribir. Fue de nuevo un buen día soleado hoy,

pero me la pasé descansando porque ayer y antes de ayer me maté con la bici. Pablo, al llegar con la familia y los españoles de la recorrida a Hanstein me interrumpió la escritura, y me llevó de la mano a abajo: “Tute, ¿vamos a la pileta?” No tenía nada que hacer, y no podía quedarme. ¡Pero en tres horas volvería a nadar, con Lissy y en serio!

Así que fui, total con Pablo estuvimos sólo una hora jugando y tirándonos por toboganes y trampolines. Por fin me salió lo de compensar las presiones en los oídos al sumergirme. ¡Al final creo lo del impedimento por resfrío! El tema es que se me acaba el aire antes de que pueda aprovecharlo siguiendo bajando. Cuestión de práctica, seguro. ¡Esta semana llega el profe de buceo, y yo me voy la otra a pedalear!

Volví tipo 8 pm a picotear todo lo que encontrara. Empezaban a cenar cuando me fui de nuevo a la pile con Lissy. ¡Media hora, casi, sin parar! El tema es hacerlo más relajado, como una “house wife” lo haría; no haciendo fuerza. De todos modos los brazos ya no me responden hoy. Pero bien.

Y llegué a casa cuando Mangui y Richard se iban a dormir a la piecita de juegos, cerca de la cocina. Gustavo se quedaba leyendo un libro, y yo empezaba mi cena. Alguno de los dos “despiertos” liberó un respetable “gas” preguntando, suavemente y al oído:

— Vos qué decís: ¿pensarán que fuiste vos o yo?

Las carcajadas de los dos no acusaron al responsable. Se cuenta que Mangui se escapó por la ventana de su pieza para poder respirar. Y que Richard se fue a un hotel no soportando la falta de respeto.

Y así termina el día, de nuevo con sorpresitas. En vez de “tag” voy a llamar a cada día “Kinder”: siempre con una sorpresa nueva adentro. Si el Domingo hay sol me voy al “*Bismark Turm*”, una torre sobre el cerro en medio de los bosques, punto panorámico de Göttingen y alrededores. Y mañana, ¡a caminar por la ciudad con los españoles! Seguro conoceré con ellos cosas nuevas.

Lunes, 22 de Agosto

Empecé este lluvioso día desayunando, como no podía ser de otro modo. Luego recorrimos los españoles, Pablo y yo un poquito del centro de Göttingen. Entramos a una para mí catedral, pero que todavía tengo en dudas, siquiera, si es católica. ¡Justo estaba tocando un trío música clásica! Piano, flauta y violonchelo. Hermoso. Mostré todo lo viejísimo que me acordaba.

Y mientras Pablo y Mangu iban a un museo, Richard y yo nos quedamos tomando una buena cerveza “de grifo” en un bar antiquísimo. Desde afuera no se ve nada, son vidrios curvos de color verde. Creímos que sería lúgubre, ¡pero de adentro hacia afuera se veía toda la luz del día! Tecnología antiguamente alemana. Con Richard no me paré de reír. Comimos unas papas con huevo frito sentados en la barra, mientras veíamos que sin hablar ningún idioma homogéneamente nos podíamos entender con todos, otra que el Esperanto. Cuentos graciosos, y a volver a casa.

Gustavo iba a hacer un asado, pero si nos poníamos a hacerlo usaríamos la tarde entera entre preparativos y sobremesa. Los españoles seguían órdenes, así que propuse almorzar cualquier picotazo y salir para Hann Münden. Estuvieron de acuerdo y usamos el Peugeot 807 de Axel (en cualquier momento le pedimos prestada la casa), una van sueño de cualquier padre de familia. Por supuesto tres conversaciones, de las cuales uno “solamente” quiere participar de dos. Mangu encantada con la vegetación.

Llegamos al histórico pueblo y caminamos bastante. Conocí muchas callecitas nuevas, y saqué más fotos. ¡Vi edificios antiguos, en relación a los que ya había conocido! Paramos a comer una salchicha en un lugar “campeón” en hacerlas: ostentaban premios, medallas, trofeos y notas de diarios; las mejores de Europa. Volvimos por una ruta que no pude tomar en bici porque me perdí, ¿se acuerdan? Divina, llena de curvas, con grandes pendientes y en medio de un bosque. Ya la volveré a tomar para disfrutar, esta vez, en dos ruedas. Gustavo me decía: “¡no seas huevón y disfrútala ahora!”. También Gustavo, ¡también! Cruzamos por el ferry. Hermoso día.

Llegué, dormí una horita, y me levanté mientras Gustavo preparaba el asado. Vino Axel y mujer, hablamos mucho de buceo y del viaje al sur. Tomé vino tinto por primera vez, y me gustó. Lo comenté sorprendido, y contestó Axel: “Y... ¡a medida que uno se pone viejo disfruta de estas cosas!” ¡Todavía estoy pensando cuán feliz es la noticia! El asado más completo que en “Siga la Vaca”, con mollejas y cordero. Y con las charlas de Mangacha y Ricardo las risas estuvieron aseguradas.

Me trajeron los folletos de la gran caminata. Son 87 km, €100, pero el 3 y 4 de Septiembre, que estoy en la Selva Negra. Así que no voy a poder ir. Axel me contaba que son muy interesantes los caminos. Lástima, ¡voy a andar por el sur en bici por esos días!

Axel ya me dio el primer trabajín: conseguir hoteles que conozca por Mendoza (soy el único que habla castellano) para organizar un viaje para ciclistas alemanes. No creo que sirva de mucho comercialmente hablando, pero va a ser interesante.

Miércoles, 24 de Agosto

Les cuento que no se qué bicho me picó hoy pero salgo mañana al viaje en bici, desde Göttingen. Ayer fui a la agencia de viajes, enseñé español a Amira, y leí un poco de alemán. Sé estructuras, pero no vocabulario, así que no las puedo usar.

Hoy me espera un día similar. Pero con muchos preparativos porque al final voy a hacer un circuito cerrado. En vez de unir Heidelberg con Würzburg, directamente salgo de casa y... ¡llego de vuelta a casa pedaleando! Con lo que ahorro en pasajes me pagaré los hostales y comidas de más, pero la idea no es económica sino conocer. Si alrededor de Göttingen es un paraíso, ¿porqué no también el camino hasta la Selva Negra?

¡Esto es un modo de despedirme! Por ahí llame a Pergamino de vez en cuando. ¡Al menos a Göttingen, si me pica el cocodrilo que tengo en el bolsillo! No me tengo que olvidar cargador para la cámara... ¡Ya hago el bolso!

¡Un *gran* abrazo a todos! ¡¡Mañana salgo!! Ojalá me pudiera quedar en casa para verme alejar.

¡Beso grande!

Tute.

Miércoles, 24 de Agosto

¡Hola gente! Aquí va la (casi) confirmación. Voy a aprender a preguntar dónde hay hostales en alemán. Voy con cuaderno, y esta hojita de viajes. Y *todos* mis mapas, que voy a extender en los campos porque en la ciudad hago un eclipse de sol sino. Va un esquema general del viaje:

Partida y paseo. A Heidelberg. 6 noches y 330 km, por Kassel y Marburg.
55 km/día en promedio.

“*Schwarzwald*” (a que no pronuncian “Selva Negra” en alemán). A Füssen.
Por Baden-Baden, Strassbourg y Lindau. Son 12 noches, 590 km.
49 km/día en promedio.

Der Romantische Strasse. A Würzburg. Por Dachau y Rothenburg. Son 7
noches, 370 km. 53 km/día en promedio.

¡Vuelta a casa! A *Tannenweg Strasse* 10, 1° piso, tina de baño, Göttingen.
Son 4 noches (5 días), 300 km. 60 km/día en promedio.

En total son (todo aproximado) 1590 km, 29 noches (¡un mes!) y 55km/día de promedio. ¡Qué alegría y emoción me invaden! Y yo que creía que sólo viajaría en Enero, qué hermoso error.

Jueves, 25 de Agosto

Les escribo para confirmar lo que deben sospechar: la ansiedad y ganas me carcomen. Hoy estuve organizando todo, yendo de acá para allá... compré luces para la bici, las puse. Viene con cargador y pilas recargables. Enseñé español a Amira por última vez, y me despedí por eso del gratuito viaje a Egipto.

Desarmé los pedales de mi bici: tenían esa jaulita traba-pies. Me jodieron siempre, pero como la devolvería no los quitaba. Me costó una caída no hacerlo, y no me dolió tanto la rodilla como el orgullo. ¿Saben lo que se siente frenar en una bicicleta, y caerse para el costado por no poder separar los pies de los pedales? ¡Las pocas vacas que lo presenciaron sonreían! Me acuerdo, en una de las pocas carreras en que participé, de cómo a uno "grande" le pasaba esto. ¡Le pasaba, porque no se termina nunca esa caída! Y el guacho del organizador repetía por el megáfono que se necesitaban rueditas estabilizadoras para el de la bici trescientos diez. De lo peor, no hay dudas.

¡Me entró *todo* en la mochila! En la chiquita que uso para ir a estudiar. Conserva todavía la visible sal del transpirado viaje a Kassel. Tengo hasta impermeable (prestado), y llevo este libro en inglés que ocupa la mitad del bolso. Cuando lo termine lo voy a cambiar por otro más chico, como enseña el pastor del Alquimista.

¿Saben qué voy a hacer con el buzo polar? Lo voy a llevar atado del manubrio, porque me lo pondré y sacaré cada media hora, y porque ocupa más lugar en la mochila que el mismo libro. Estuve viendo hoy el relieve por "Google Earth", se ve *tanto* verde que no veo la hora de salir.

¡Escribo porque se que un mes solo va a ser medio duro! Hacía un mes que no escuchaba música y hoy no paré. Estoy inquieto como en el auto, aquel Lunes lluvioso con Gustavo y familia. ¡No me lo hagan repetir porque salgo después de cenar! Mala idea no es. Para colmo tengo que despertarme a las 8 para recibir un libro de frases en alemán y español de Lissy. A las 8:01 estaré en camino a Kassel, y claro que con recorrido. Espero que esto que siento no me impida controlarme y frenar donde tengo previsto. En Mendoza me pasó, quería siempre seguir, pero iba con otro que me hacía creer que no era una locura. O fue mutuo.

¡No dejen de mandar mails, que aunque se junten 30 alguna noche no dor-

miré para leerlos! O será la excusa para descansar de día. Ya veo a mamá escribiéndome libros. ¡Gracias por preocuparte, vieja! Hacés bien, mi cuerpo ya mira con miedo a mi mente. Pero no se preocupen demasiado.

Acabo de cenar bastante. Se mandó una cocina de alta calidad el asador. Estaba pensando en cómo comería en el desayuno mañana, y dije a Gustavo, exagerando y risueño: “huevos fritos con tocino”, a lo que contestó: “No, ¡más!” Viene haciendo alarde de un chocolate que sabe hacer, pero nunca se hace el tiempo; mañana me despide con eso. ¡Todo un gesto, el del buen hombre!

Beso GRANDE a todos;

Tute.

3.4. Alemania en bici

Jueves 25 de Agosto – Kassel – 80 km

Comentario al pie pero arriba: ¿dónde se ha visto un cyber que no venda chocolates? ¿Pueden creer que no existen los alfajores? ¡De las cosas que se ocupa el pensamiento (estomacal) mientras escribo!

Gustavo me despertó después de preparar un buen chocolate caliente, riquísima malcrianza. Preparé el equipaje, y salí. Mientras miro las fotos de la camarita recuerdo cómo en esos momentos pensaba “¿cómo será?”, y al ver las siguientes fotos veo lo excelente que fue y es.

Empezó este primer día no tan bueno, con clima muy nublado, lluvias pasajeras que me hacían morir de frío, y viento en contra. Alargué mucho el viaje a Kassel: ¡80 km! Fui por el camino que hicimos con Gustavo (esta vez no me perdí) y me hizo pensar en lo bueno de perderme la primera vez, que volví moribundo del cansancio a Göttingen. Llegué bien, bien cansado por el viento en contra pero temprano y con alimentos para reponerme.

Bajé a Kassel bordeando el río, es la única parte del viaje que era nueva para mí en bici. Desde arriba en los bosques (donde se cayó la mochila de la bici, que llevo ahora en la espalda) hasta el río tuve interesantes curvas en bajada, aunque mojadas. Paré en un gran árbol que reparaba de la lluvia mirando andar al ferry, y abrí la mochila para aspirar algo. ¡Encontré todo cubierto por chocolate rayado! Gustavo envolvió las sobras del desayuno, y se rompió el papel de aluminio que lo guardaba. Lo primero que comí, claro está. ¡Cada vez que uso la toalla quedo con un perfecto aroma a chocolate! Mejor que el que traigo seguro: a diferencia de los 7 lagos o Mendoza (¿de qué dependerá?) acá apesto.

Compré panes con semillas en una *Bäckerei*. ¡Qué ricos son! La encontré por cambiar de camino, casi llegando a Kassel. Se veía a lo lejos el Hércules Me atendió una mujer joven divina, a diferencia de todo el mundo no hablaba “a little bit” inglés, porque lo hablaba, decididamente. También comí barritas energéticas, regalo de Ina, riquisísimas. Le pregunté a esta mujer por Hostales. Me indicó uno a 6 km que hacen descuentos a “cyclers” pero... ¡volviendo! Me preguntó si quería que buscara ella en la guía y le dije que no, menos mal que insistió. ¡Vaya uno a saber qué se me cruzó por la cabeza al negarle este salvataje urbano! Consiguió una dirección, y desplegó un mapa de Kassel en una mesa mientras me comentaba que algo que las mujeres no saben hacer, es abrir mapas; y no paraba de hablar. ¡Yo moría de risa! Pero no le conté sobre mis dilemas abriendo mapas. Me enseñó cómo llegar. No contenta con eso escribió la dirección y nombre, a Dios gracias también. Como acá no existen las manzanas y urbanización planificada como la conocemos, fue un lío llegar. Preguntando lo encontré. Casi todos muy amables.

El lugar es de una organización de alojamiento juvenil de Alemania que más bueno no puede estar. Y en relación euro, barato. ¡Lástima que traje un numero de euros también en relación euro! Muy buena onda, me guardaban la bici, buenas duchas (croto es el que quiere, no el que viaja en bici acá), sábanas, teléfono y desayuno. Piezas compartidas, duchas compartidas entre piezas... todo el lujo que a un joven viajero no le debe faltar. En realidad al teléfono podría sacarlo de la lista de facilidades: en un hall que retumbaba, y escupía todas las monedas... ¡Para colmo me las quería sacar de encima! Me llevé una buena impresión, aunque parar durante un mes, por baratos que sean, es un presupuesto, tal vez necesario. ¡Mi traste decidirá!

Me preguntó la joven recepcionista (de mi edad, o por ahí) si prefería hablar en español. Le dije, todavía en inglés (cambiar se me complica más que pensar), que me daba igual, pues: “*I’m from Argentina*”. “¡Me estás jodiendo!” contestó sonriente, en argentinísimo. Agregó que vivió 5 años en Argentina, con su familia supongo de Alemania. ¡Como ven, cada vez me sentía mas incómodo! Todo arreglado y sobre ruedas: me dejó una lista con todos los hosteles de Alemania, preguntando si quería los de Europa también.

Llegué a mi pieza. Comí casi todo lo que quedaba en la mochila, menos el buzo polar amarillo que estaba muy sucio. La ducha pegaba fuerte masajeando, y quemaba. El paraíso: en vez de dejar abierta la caliente y la fría hasta donde este pollo de incubadora permita, regulaba presión y temperatura. ¡Por única vez en mi vida, qué vivencias y lujos que uno tiene de viaje!

El tema es que la panadera y sin saberlo me organizó para todo el viaje un tema no menor: dónde dormir. Espero mañana haya sol para darle con más ganas.

Kassel es una ciudad muy oscura de noche, le da el romanticismo de “Lisa Simpson” para el turista que puede ver el cielo, aunque no es de lo más cómodo para caminar. Sin embargo en la noche está oscuro de verdad, no como en Buenos Aires que entra luminosidad por las ventanas, y no se ven las estrellas.

Viernes 26 – Casi Marburg (casi, ¡por 45 km!) – 80 km

Dormí hasta las 6 am, hora en que abren la cafetería para el desayuno. Como mis intervalos son de media hora al despertarme, reposé de nuevo tranquilo, levantándome nada menos que a las... ¡7:42 am! ¡Pero esto es *doce* minutos después de que cierre! (Uno se contagia de las culturas en las que vive, che). Menos mal que fue todo un gran susto, porque cuando bajé verifiqué que seguía abierta. Y suerte que en el apuro olvidé las medias, pero no el pantalón. Qué desesperado por un desayuno, es que es por lo que justifico pagar alojamiento. Viajando en bici no es un tema menor el buen alimentaje.

Cuando vi que era *self-service* me convertí en ardilla que copiaba rápidamente todo lo que hacía quien estaba delante mío, también despertada vergonzosamente tarde. ¡Como no sabía lo que hacía terminé comiendo cereales con yogur y con leche! No está nada mal, verán.

Mientras devoraba entraba una familia disfrazada de ciclistas. A padre, madre e hijo les faltaba entrar con el casco puesto para completar la imagen. Me levanté para preguntarles qué hacían, y esperaba que me contestara “viajamos en bici”, pero pacientemente me dijeron que iban de no-se-qué-pueblo a no-se-qué-otro-pueblo. Más concretamente para mí, de la Selva Negra a los lagos del norte; este tipo sí que se eligió bien esposa e hijo. Me dijo que me esperaba un buen viaje siendo que voy al lugar desde donde ellos salieron. “Gracias, *Guten fahren!*” en mi alemán indio. Lo dije al recordar lo que me dijeron otros ciclistas al irme del árbol del ferry: “*Guten fahr*”. Buena onda, aunque no divinos como esperaba. Al visitar otros hosteles vi que está lleno de viajantes en bici, no es cosa de andar charlando con todos al levantarse a desayunar.

Ahora a armarme las valijas y tomarme la próxima bicicleta dirección Sudoeste. ¡Viva el sol!

Empecé puteando, porque no sabía cómo salir de Kassel. Mucho menos hacia dónde, exactamente. ¡Son tantos los caminos, pero también tantos pueblos! ¡Y dónde cornos está la salida de esta gran ciudad! Cuando crucé esa avenida que sube al Hércules se veía, dos cuabras arriba, lío de policías y gente. Sin interesarme seguí camino por donde uno de los tantos transeúntes me había indicado. Era en subida, y al poco tiempo los policías y un Mercedes clase A con calcos se acercaban, lentamente. Yo iba más lento, pedaleando dubitativo. Le pregunté a un policía en moto BMW cómo salir a tal pueblo, y aunque quiso no pudo ayudarme; venía atento mirando a atrás, y cuando lo acompañé mirando, la sorpresa: ¡numerosos ciclistas –más de 200 seguro, pero no quiero aproximar números grandes– en caravana! Bicis y gente de todo tipo pero un color: ¡las que no hablarán otro idioma que no sea el alemán! Las calcos del Mercedes indicaban un circuito en bici. Salían justo hoy desde Kassel, para andar el fin de semana en los alrededores. No sabía que hacer. . . estaba cerca del Hércules, de perderme, de seguir mi camino y también de seguirlos a ellos. No sabía a dónde iban, pero unidos sería mejor que hacer mi trayecto (aunque bien) solo.

Así que ya en el malón, me acercaba a cada deportista para preguntar si hablaba inglés, y entonces a donde íbamos; pero el único joven que me contestó a la primer pregunta con un “sí”, remató luego con un “no sé”. ¡Estoy nervioso! Pero me auto-convencía de que si me tranquilizaba sería más divertido que andar solo, así que eso hice. De todos modos con mi instinto “indio de las pampas” supe que iban al sur, porque bordeaban el río, en sentido contrario al de la corriente, y me acercaría a Heidelberg. Sólo lamenté que no pararan en un cementerio de la II Guerra Mundial, hecho monumento.

A los 30 km, cerca de Felsberg, paramos y por fin esta buena señora hablaba inglés. Tenía una de las mejores bicis sino la mejor, estilo todo terreno pero “agresivo”, no bici de montaña típica. Frenos a disco, todo XTR, doble suspensión. . . ¡“*This is my baby*”, la presentó! La sorpresa porque esta jugadora de tenis que supo nombrar a Sabattini ronda los 80 años, cuentas que cierran al calcular que hace 60 años terminó la escuela. Pedalea 6.000 km anuales por Alemania. Una buena onda terrible. Y juventud. Mostrándome en un mapa dónde queda Felsberg (y notificándome que efectivamente ahí estábamos, o cercanos) confirmó mis rudimentarias orientaciones. Era camino directo al sur, y yo me hubiese desviado al este para conocer un lago. Creía estar más cerca de Marburg y me costó un gran cansancio el intentar llegar. Luego me explicó el camino del circuito y para mi sorpresa me uní a la única etapa que me acerca a mis destinos. Luego van en dirección Oeste, Norte y Este. ¡Se supone si es circuito!

Dejamos las bicis y subimos unas cuadras a buscar almuerzo. ¡Yo seguía tanto a todos lados a mi angelito de la guarda que casi entro al baño de mujeres! Usé el baño de al lado, luego sería fácil rastrear a esta mujer: pelo blanco y corto, y remera de *Specialized* de tantos colores que no los recuerdo, pero todos chillones.

Por el pueblo había bailes y vestimenta típica de Alemania, dos caballeros medievales caminando forzosamente... ¡cuando los llamaban para una foto y se daban vuelta, movían todo el torso primero, para acompañarlo luego por piernas y caderas, incomodidad absoluta esas armaduras. Mesas organizadas tipo las colectividades de la Rural, con muchos lugares donde comprar alimentos tipo las colectividades, pero con un solo pueblo típico representado: el alemán. Compramos unos fideos a la bolognesa con ensalada alemana, todo buenísimo para andar mucho en bici. ¿El precio? €4,5. ¡Sin saber cómo salir de Kassel, un malón me llevó de la oreja por mi camino, ahora comía barato alimentos especiales para ciclistas, y luego conocía un castillo que no estaba en mis planes! Y a una mujer que de anciana sólo tenía la edad, y contagiaba ganas de hacer deportes. Ni en sueños todo esto.

Bien nutrido conocí el castillo, donde un guía charleta en alemán me aburrió así que me dediqué a mirar vistas y esas cosas, que en este “simple” castillo era lo que más gustaba. La flecha de la veleta en lo alto de una torre indicaba exactamente a donde yo iba. De allí venía el viento, que dentro del pelotón no había sentido por 30 kilómetros. Despedí a la señora, y me preparé para seguir viaje.

Entré en un baño para cargar agua. Un alemán mediante señas no me dejó, indicándome la “*wasser station*” a la entrada del pueblo, donde dejamos todas las bicis. Llegué y se trataba de un camión lleno de bebidas energéticas. Así que además ahora tenía agua con minerales y mejor sabor que el de mi botellita plástica.

¡Ya era un día completo! Pero faltaba rebalsarse.

Camino a Marburg el viento me terminó parando en seco, por suerte. ¡Cómo me enoja el viento! Cambia en 20 km/h la velocidad promedio, y en buena medida el cansancio y tiempo sentado en sillín. Maldito cambio de clima: nublado con una pequeña llovizna. Tomé medio mal un camino de 5 km (en este viento significaba más tiempo que distancia) y llegué a una antigua granja. El joven granjero de muy buena onda me indicó en mi mapa el camino, pero al ver que no era lo suficientemente detallado fue a la camioneta a buscar el suyo. Me mostró que la ruta que había escogido no era tan buena para bicis, y que subía y bajaba muchas colinas, así que debería volver a tomar la otra ruta. Su insistencia se notaba por querer ayudarme,

así que logró que volviera. Me tragué los 5 km a 40 km/h por el viento ahora a favor, y luego de costado/en-contra me hizo frenar en un cartel de camping.

En este pueblo los mismos carteles se contradecían, y nadie me supo explicar dónde era el lugar donde podría usar mi bolsa de dormir. Hotel caro para mí, y feo. Decidí parar totalmente media hora, y comer barritas en un banco de plaza para luego seguir. Un muchacho con auto nuevo iba y venía a fondo, el primer y único “nervioso” manejando que vi en todo este viaje. Pensé en pedir alojamiento en cualquier galpón, pero también pensé en que si salía 4:30 pm, en 4 horas, podría completar los 55 km a Marburg; triste sueño, me dolía hasta la espalda.

Volví a frenar a los casi 15 km, en Schwalmstadt (parte de la *Fachwerkstraße* alemana). ¡Es tan hermoso, que me alegré de parar y todo! Un hombre me supo indicar una *Gasthaus*, al llegar vi que abría en media hora. Llegué acompañado de unas muchachas, porque me había pasado, y como se les complicaba explicarme en inglés, me hicieron señas de que las siguiera. Ayudar parece ser un deber. Una mujer que andaba por ahí me indicó un teléfono a 500 m, así que dejé la bici esperando en la *Gasthaus*, y caminé a buscarlo.

¡Qué lindo pueblo! Todas casas *Fachwerk*, todo antiguo y bien mantenido, todo bello y todo típico. Dos planeadores me sobrevolaban en silencio. ¡Cuando estaban cerca me daban la misma impresión que las turbinas eólicas! Pasé de largo el teléfono, por supuesto.

Entré en un parque central, y había casas aún más bellas, la iglesia principal y un comercio. Entré a preguntar por el teléfono. La mujer salió, y me acompañó hasta poder señalarlo.

- ¿De dónde sos? – Preguntó mientras.
- De Argentina.
- ¿Y cuánto tiempo te quedarás por aquí?

Y otras preguntas por el estilo me hicieron notar que no se trataba de un comercio, sino de Información Turística. Antes de llamar decidí aceptar su ayuda (noten que debía aceptarla, no pedirla), porque no conocía a las *Gasthaus*. Eran caras pero no importaba, estaba cansadísimo. Para confirmar que hubiera lugar, me mandó a otra 4 km hacia el sur. Usó mucho el teléfono y al confirmar esta pensión empezó a preguntar: “¿Café o té? ¿Qué comés con el desayuno? ¿Y a qué hora?” Y es que no era algo públi-

co: eran habitaciones privadas, y me di cuenta al entrar más tarde en la hermosísima casa. Firmé un agradecimiento castellano en el libro de visitas, llevé algunos folletos turísticos, busqué mi bici, y volví al teléfono público.

Llamé a Gustavo fascinado de tantas coincidencias buenas. Me recordó la frase del Alquimista: “Cuando uno se propone realmente algo todo el universo se torna para ayudarlo”. No me suena convincente, pero se está cumpliendo. Mi hermano agregó una elogiosa y menos metafísica frase: “Nunca hay viento a favor para quien no sabe a donde va”. ¡Nada de andar tomándolo literalmente, claro! Había cena en casa de Gustavo, y no me olvido de su emoción al escuchar tantas buenas noticias juntas. En realidad, como siempre, me puse eufórico mientras hablaba; ¡seguro exageré todo!

Antes me dolía cada pedaleada, y ahora que sabía dónde iba a dormir y estaba contento de conocer algo que no estaba en planes, no sentía el viento si es que todavía quedaban vestigios después del derroche. El sol volvía a salir y dejaba ver la cantidad de rutas que dejan los aviones, uno disfruta tanto de ver el claro cielo al viajar pedaleando. La mujer de info turística lo anunció para mañana (no le erró). ¡Y al ver mi sonrisa lo aseguró también para toda la semana!

Llegué mal a la “*Privat Pension*” (¡obvio!) y esta dueña de casa me acompañó hasta donde era. Yo no podía creer que no tuviera carteles, pero claro, no es *Gasthaus*. Lo dudé un poco, y entre los timbres encontré “*Albrecht*”. Al menos estaba.

Me atendió un flaco de barba, muy flaco al menos de cara. Al entrar me recibió también un gran afiche: un mapa de Alemania cruzado por una diagonal de Nordeste a Sudoeste, con 12 puntos similarmente espaciados; al lado, una nota del diario con foto de este mismo hombrecito corriendo: “¡1.200 km en 12 días!” 5 de descanso parece que tiene, en promedio 80 km/día tiene que dar. ¡Era él! Lo miré incrédulo, y se reía. El guacho habla sólo alemán, pero tenía tanto interés como yo por comunicarse así que en inglés-alemán y muchas señas charlábamos. El poco tiempo que estuvo su amigo sirvió de intérprete.

La casa es hermosa. El tipo hace masajes y alquila habitaciones, tiene 5 camas pero en mi gran habitación había sólo una. Es a la antigua: tengo cama, espejo, todo madera, mesa circular central, silla al lado de la cama, mesita contra la ventana con máquina de escribir, cuadros y retratos... a la antigua belleza. Una de sus pocas preguntas:

- ¿Fumás?
— No.
— Perféct. – respondió, señalando dos carteles que invitaban a no fumar, pero no el clásico pucho tachado sino otros más bonitos.

La puerta de atrás da a una galería de madera, cálida y bonita, que a pesar de la ciudad solo tiene vista a árboles. Muchos adornos, y creativos, por ejemplo: un sillón colgado de dos cadenas es en realidad un yugo. Sólo desentonaba una hermosa lámpara de cristal; no combinaba con el estilo rústico. Trofeos y afiches sobre pedestrismo por doquier. Sobre una mesita rodeada de dos bancos largos comunes y tres sillas con ornamentos en madera, una botella redonda de vino tinto francés, y copas de barro adornando sus costados. Parece una descripción de una novela medieval, pero se trata de la casa donde pasé la noche. Recordar las casualidades que se unieron para que termine en esta casa me emociona. Justo la de un hospitalario mega-maratonista.



GALERÍA DE LA CASA DEL MARATONISTA.

Me di un baño, ordené, y pensé en escribir en aquella mesita de afuera pero tenía hambre. Justo salían a la galería, así que pregunté por una panadería. En 500m me perdía cuatro veces según su explicación, así que desistí de comprar pan terminando con las sabrosas barritas energéticas. Me

invitaron a un vino, y charlamos sobre correr y el deporte. Contaban que la galería era nueva, para festejar su cumpleaños en 12 días.

- Cuarenta. – dijo el amigo.
- Gran fiesta – contesté sin saber por qué, y se reían.
- Sesenta y cinco – corrigió el deportista.

¡Sesenta-y-cinco años! Lo miraba sorprendido.

Me explicó el significado de algunos adornos: una cuna con interior de metal servía para enfriar las cervezas en la fiesta, y también para mecer a alguno de sus tres nietos en la vida cotidiana. Un balde de lata atornillado a un largo palo servía, me hizo entender, para orinar, ¡y tirar los desechos de un garrotazo hacia afuera! “¡Esta noche lo usaré!”, y risas.

El amigo salió al atardecer, se nos complicaba la comunicación pero no terminaba. Desde abajo llamó, el hombre. No se qué le dijo en alemán al dueño de casa, y le tiró una bolsa con suficientes sobras de ese pan con semillas. Me lo dejaba para que comiera antes de dormir, ¡así de hambriento me habrá visto! Ahora me mostraba trofeos, y al ver mi interés trajo álbumes con fotos y recortes de diarios. Como le dije que me gustaba tal foto y tal remera, me las regaló. La foto se hizo postal y tenía copias; la remera era de una competencia de la que le habrán quedado varias, no tan lindas pero útiles. ¡Si me vieran vestido me entenderían! Entre las notas que me impresionaron: varios recortes para los diferentes “6 días de Francia” mostrando cómo escalaba posiciones en cada año hasta llegar a correr (corriendo/durmiendo, de eso se trata esta competencia) 550 km. En 3 días, 325 km. En 24 horas *non-stop*, 225 km. Es decir que exactamente en 24 horas llegaría a Buenos Aires trotando, no más, como un caballo. Récords para Alemania y casi para el mundo. Claro, de quienes se les ocurre hacer esto, ¿cuántos llegan? Un día salió de su pueblo del centro alemán, y llegó a la costa atlántica de Francia, un pueblo precioso. Sus fotos tan barbudo me recordaron a “Forrest Gump”. Anduvo una semana por el Sahara. ¿Ahora ven cómo no es tan loco viajar en bici? ¡Siempre hay uno que está peor! O con más agallas.

Ahora a acostarme en la calentita cama (por fin, después de otros 80 km). Mañana me despierta con el desayuno, y sigo viaje. ¡Otro día “kinder”! No parece, como tantos otros, un solo día. ¡Esta mañana salí desde Kassel!

¡Beso grande a todos!

Tute.

Sábado 27 – Marburg (esta vez sí)

Me levanté a las 8 con las campanadas de una iglesia en Treysa, a 4 km de Schwalmstadt. Ducha y lectura, Bernd me llamó luego a desayunar en otra sala. Aquí era (como en el resto de la casa, pero acentuado) todo de madera o barro, muy natural, un toque oriental. Este hombre, descubrí después, hace acupuntura y masajes en los pies. ¡El enfermo corre descalzo! “*The best*”, dice. Increíble. Y otro comentario que me olvidé: las carreras de larga duración eran en círculos de 400 m. ¡Qué aburrido! Hasta se cansarían más los músculos de un costado, los que doblan.

Hizo una ensalada en un pote de barro decorado; tenía manzanas, duraznos, bananas, frutos secos, algunas pasas, y ese queso blanco. Riquísima y muy nutritiva. Había también, entre las cosas típicas de un desayuno, salame y bastante pan y queso. Una frutera con 4 o 5 manzanas que estaría de adorno. ¡Y el té, sin leche! Mirando afuera a la copa de los árboles terminé mi desayuno, entonces envolvió todas las sobras y me las regaló para el viaje. No creo que haya visto en mi cuaderno que estuve aprendiendo cómo decir en alemán “dónde compro frutas” para antes de salir; le pegó en el clavo con el buen regalo.

Me mostró luego notas de diarios sobre el cruce de Alemania corriendo, y luego se ofreció a hacer de guía por la ciudad, antes de mi viaje. Acepté y salimos a caminar. Recorrimos el casco antiguo, tomé un gran café con leche en una plaza, escuché hasta donde el entendimiento nos permitió sobre la historia de los lugares, y me impacienté de estar sentado con el café, tan quietos, así que volvimos a casa a buscar la bici.

Tuve un lindo viaje, entre buen sol y viento. En menos tiempo del calculado llegué a la hermosísima Marburg, los mapas no mentían al destacarlo. Reservé dos noches en el hostel, pero me arrepentí y ahora escribo desde Frankfurt. Hasta llegar al hostel hice diez kilómetros de más, soy especialista en alargar caminos aunque no quiera. Saliendo de Treysa hice también 5 km tomando una ciclo vía que me escupió, exactamente, al punto de salida, ¡a la casa del maratonista! ¡Un rato andando y volví al mismo lugar! Qué despiste.

Marburg es un pueblo colgado de las sierras, todas las casas son anti-quísimas hechas con el mayor esmero y amor al detalle; y tiene una gran catedral y castillo arriba. Llegué a la hora de la siesta, y esa tarde no me moví; descansé y ordené la mochila (imposible no se porqué). Al entrar en mi habitación me di cuenta de que un compañero dormía, después de hacer un lío... ¡lo desperté, pobre! Es que los horarios de esta gente son raros. No salen pero salen, duermen hasta las 7am y de nuevo desde las 11am...

Me bañé, y leí un poco. Conocí la *Fachwerkstraße*, ya recorrí algunos pueblos sin saberlo. Me fui a un cyber, donde casi tres horas al terminar de escribir me sorprendieron. De todos modos no me molesté porque quería estar quieto, y lo lograría leyendo o escribiendo. Llamé a Gustav saludando para el cumpleaños, y llegué a mi casa temporal con ganas de bajar el salame y los panes de Bernd. ¡Se me iba a complicar porque comer solo era de mala persona, pero para invitar no me alcanzaba! Pensando en cómo tratar el dilema entré y vi a un solo joven: el que desperté al llegar. Saqué los panes, el salame y , gracias Ina por exigirme, la navajita suiza.

Empecé a cortar sobre una silla pero marcaba la madera, así que apoyé sobre el cuaderno, que no se deshilachó mucho. Le ofrecí al chico, y moqueando aceptó sólo media rodaja con tres salames. Estaba medio triste, vaya uno a saber porqué. Fui a buscar agua, y empezó a charlar; me costó poco seguirle. Japonés, estudiante que habla poco alemán, y el Lunes le dan una “*student Zimmer*” para que se aloje. Imagínenlo hablando con un argentino, que también habla poco alemán, y el Lunes (pero Domingo, al final) sigue viaje pedaleando. En estos hostales, en la mismísima habitación y momento, se encuentran mundos tan incongruentes que hacen pensar en que no existe sólo uno.

Nos comunicamos con señas y algunas palabras. Increíble hablar así, pero si no queda otra entonces se puede. ¡No saben lo argentino que me sentía cortando salame sobre un cuaderno sobre una silla, aunque con navajita suiza! Agradeciendo el ofrecimiento (qué bueno que no aceptó más) siguió viaje, y yo me eché a dormir.

Domingo 28 – Frankfurt (ni más ni menos) – 120 km en 5,5 hs.

Durante la noche en Marburg, varias hormigas subieron por la pata de la cama, y se instalaron en mi trasero. Bajé temprano (me despertó un reloj prestado por el hostal), y llamé al bar de Mati, amigo mío, para saludar en la fiesta de cumpleaños de él y de Ezequiel (impresionante de nuevo, el choque de mundos distintos: allá eran las 4am y estaban de buena joda). Desayuné como ballenato luego de la migración, con vista a un campo de deportes universitario bajo las verdes (y hoy soleadas) colinas.

Cuando abrió recepción les comenté que me arrepentí de reservar dos noches, y les pregunté si podían devolverme el dinero para seguir viaje. Lo hicieron sin problemas, y a las 9:30am estaba pedaleando.

¡Por fin gocé de un suave viento a favor! Y entendí qué es lo que me mata: el parar y arrancar. Lo había aprendido en el malón que me llevó de las pestañas de Kassel, y hoy, un tipo que iba por mi senda, más adelante

y a mi velocidad, sirvió de zanahoria para este burro. Había tantas curvas que parecía que me acercaba, pero después manteníamos la misma misma distancia. Me entretenía, y entonces no bajé las velocidades en las curvas (¡jamo escuchar la rueda delantera!) y empecé a andar un poquín mas fuerte, se puede. Una vez leía sobre maratonistas: quien controla a la cabeza no es controlado por el cuerpo, o algo así. Si este loco no estaba ahí, seguro iba a 5 o 10 km/h menos porque “es mi velocidad”. Después de un rato lo alcancé, pero paré entonces a tomar agua: ¡era divertido! Pero el ciclista me venía viendo y pensaría: “qué hace este, que me adelanta sin adelantarme”; bajó la velocidad y me quedé sin zanahoria. Así cubrí 30 km en 90 minutos casi, muy bien para mí. ¡De velocidad sólo tengo los pelos desordenados, como ven!

Llegué a Giessen, pueblo que deja bastante que desear tratándose de Alemania. Es hermoso, pero uno viene con los humos altos para encontrarse con algo “simple”. Paré media hora y comí una bomba atómica envuelta en masa de pan. Al darme agua, las panaderas no se sorprendían tanto del viaje en bici como del hecho de ser... ¿argentino? Cada loco con su tema. Y hablando de locos, así me trae la falta de verdulerías.

Seguí a Friedberg, camino a Frankfurt. No se porqué tenia marcado este pueblo. Me sentí tonto: ¡me perdí tantas veces! En uno de los pueblos que crucé había una banda típica tocando instrumentos de viento, interesante y bello. Aprendí que me tengo que comprar mapas detallados para *todos* los lugares, y no sólo los que me interesan particularmente. Recorrí 15 km de más por lo menos. Después de un enojado viaje y sin cosas interesantes (o que no supe apreciar) llegué al buscado Friedberg. El cartel que lo anunciaba era para mí todo un éxito. No se si estaba marcado por esto en mi hojita de viajes, pero tiene hermosas construcciones, la más vistosa es la belleza de gran torre que lo gobierna. Faltaban 40 km para llegar a Frankfurt según una vieja poco informada de por ahí, demasiado por el cansancio, aunque no tanto por la hora. Ahí el hostel tiene nombre y apellido, mientras que antes no se dónde parar. Cuando llegué arriba de la torre se veían altos edificios a lo lejos al Sur, y una placa indicaba que eran de Frankfurt, distante por “escasos” 24 km. ¡Y se veían construcciones!

¡Entonces llegaría de un saque a Frankfurt! Fue bueno ver sus torres, levantó los ánimos para seguirle dando sin pensar en la moribundez que traía. Sí, controlar la mente es lo más importante. Descansé tomando un helado en un banco de plaza. Estos descansos me encantan, ¡soy tan croto, y todos se dan vuelta! ¡Algunos se creen que hay que ser lindo para que lo miren, yo les mostraría este contraejemplo! Me faltaba manchas de chocolate en la cara (por ahí tenía) para estar completo.

A 15 km de Frankfurt vi carteles a la vera de la ruta indicando que en los alrededores de este pueblo que cruzaba no hay “monstruosas” turbinas eólicas, diagramadas y tachadas como si fueran un pucho arrugado y humeante. Se ve que no soy el único loco, pero de todos modos me parece muy extremista. ¡Lo que no voy a negar es que tuve un pacífico y libre de enemigos viaje!

La ruta se tornó autopista, y subí a la bisisenda. ¡Ya cumplía 110 km, y estaba bien! Supongo que durante el mismo viaje uno se va entrenando y acostumbrando. Luego la confianza me jugaría en contra, pero ya llegaremos.

Frankfurt es inmensa, ni se por dónde entré. Algún lugar del norte. ¡Para colmo ya encontraba un cartel que indicaba que salía de la ciudad! “¡Qué rápido la atravesé!”, pensaba. Volví a una estación de colectivos que tenía mapa, justo llegaba la señora con el nene en bici que acababa de adelantarse. ¡Y hablaban español! De Perú la señora, vivía hace unos años por acá, y al menos me supo señalar en el mapa dónde estábamos, en el Noroeste de la ciudad. Todavía faltaba encontrar el hostel, ¡teniendo solo la dirección, había tantas calles por leer en este detallado mapa! En minutos llegó otro hombre, acompañado también por el colectivo. La mujer y el nene subieron. Empecé, un poco nervioso:

— *Sprechen Sie English?*

— No, pero hablo español. – Contestó en tono alemán. Antes de que subiera al bus le mostré la dirección. – Sube al colectivo conmigo. – Respondió.

Subí tan rápido que no se cómo entró la bici. ¡Me caía, y el nene moría de risa! Tenía la mochila de un hombro, el agua en una mano, el casco colgado de la bici sostenida por la otra mano. . . Era un payaso. ¡Y no sabía a dónde iba ni con quién!

El hombre era alemán, casado con una mujer de República Dominicana. Nos bajamos en una parada cercana a una estación de trenes, subimos a un tren. Mientras me salvaba las papas (al menos eso quería creer en el momento, y resultó ser verdad) me contaba que asistía a una gran fiesta latina en el río Main, a *dos* cuadras de mi hostel. ¡Qué buena casualidad! Música centro americana, y miles de personas. Yo lo miraba extasiado pensando en cómo cornos encontré al hombre que no conocía pero que estaba buscando, y a la vez moría por mirar por la ventana del tren y conocer en vez de escuchar la historia de cómo aprendió español en forma autodidacta, y porqué iba a esta fiesta tan cercana a mi destino. De todos modos la ciudad no parecía intere-

santísima en esta zona, y decidí escucharlo; no tendría mucho más tiempo para eso.

Bajamos del tren bajo tierra. Subí dos pisos por escaleras con la bici. ¡Peor, de cansador, que el mismo viaje! Y vi catedrales de lo más hermosas. Llegamos a lo que parece una plaza central rodeada de viejas *Fackwerkhau-*ses, y una detallada iglesia.

— ¡Qué hermoso!

— Sí, ¡y no es viejo como parece! En la II Guerra Mundial, el 80 % de Frankfurt era escombros y cenizas, se reconstruyó siguiendo la antigua línea. Esas casas bien pueden tener tu edad.

Putra guerra. Hay monumentos en todos lados, contrario al preconcepto de tabú que traía de allá. Increíble todo esto nuevo, entonces lo clásico y el amor al detalle no se olvidó, como también prejuiciaba.

Bajamos por una peatonal repleta de gente esperando. Era la cola para entrar al puente peatonal colgante que cruza el río. La fiesta es grande en serio. Ahí los peatones conservan su derecha. Hice malabares para poder subir y bajar la bici. Cuando vi el río desde arriba era una fiesta, y no sólo por lo latino. Numerosas lanchas y barcos turísticos surcando de aquí para allá lo tornaban alegre. Es hermosísimo, mientras escribo lo estoy viendo porque la mesa está bajo la ventana que da al río. Me separan una calle (que sentado y desde el segundo piso no veo) y el terraplén. ¡Ni en un cinco estrellas! Sólo por pagar €15 por una habitación compartida. Hay un olor a vino que mata: mis compañeros duermen.

El río tiene 50m de ancho, árboles por las riberas, los que están frente mío color anaranjado otoñal; decenas de personas recorriendo los terraplenes, y cientos en la fiesta, más a la izquierda. Sol radiante, cielo sólo interrumpido por la cantidad de rutas de aviones, que se multiplican acá, en la ciudad. Los aviones, que siempre se vieron en lo alto, ahora descienden. Los edificios también decoran. ¡Si no caí en lo más lindo de Frankfurt es de las ciudades más hermosas, sin dudas! Me recordó mucho a Chile todo. La ruta por estar viajando entre colinas con autos “raros” por un país desconocido, y Frankfurt porque, siendo también bella, es desordenada (aunque no tanto) como Santiago.

Al bajar del puente despedí a mi ángel de la guarda (se llama *Gunther*). Él fue para el lado de la fiesta, yo las dos cuadras para el otro. Cinco en realidad, por un policía que en vez de contestar “no sé” me mandó para

otro lado. Me hartan. ¡Tras que tengo la brújula ahí donde me pican las hormigas!

Feliz de la vida de completar tan bien del cuerpo semejante etapa. Al llegar cené buenos alimentos en el hostel, me sorprendió de nuevo lo barato. Una ensalada de arvejas, choclos y zanahorias hervidas, aunque les suene raro, fue un manjar. ¿Saben qué? Esos caramelos de oficina que ofrecen en los mostradores son una gloria. ¡Por fin estoy viajando con hambre irracional! Es parte del viaje.

¡Y ahora estoy archivando mi mapa del centro de Alemania para sacar el del Sur! Estoy a 90 km de Heidelberg pero por más hormigueros que me ataquen mañana no lo voy a hacer. Si el cagacín me lo permite (“plata y pasaporte siempre con vos”, indicó el de recepción) mañana pasearé por esta gran ciudad alemana. Si no lo hago, de todos modos tengo varios hostales antes de Heidelberg.

¡Gracias por todos sus mails!

Tute.

PD: Acaba de entrar una señora en una bici pequeña; de una patada mandó la rueda trasera (chica como la delantera) bajo el asiento. Casi no ocupa lugar. Estoy conociendo buenos artilugios ciclísticos.

Lunes 29 – Heidelberg – 30 km en bici, otro poco en tren

¡Hola a todos! Muchas gracias por sus mails, leo todos y agradezco. ¡Pero sepan que no contesto a todos por rata! Vean, hoy me siento estafado por cada máquina que toqué. Llegué al hostel de Karlsruhe y una compu que funciona a monedas (¡cara encima!) me tragó €1. Fue el más llorado de todos mis gastos. Puse otro, se terminó rápido. Llamé a lo de Gustavo y me comió 10 centavos, además de no aceptar tres monedas de 20. Me atendió el contestador. . . El cyber es por cuenta regresiva, estoy a las apuradas. Así que así se vive: ¡hoy me levanté con la pata izquierda para la computación! Pero al cenar, o me confundieron con un contingente de viajeros o era incluido. Crédito para las comunicaciones.

Empiezo desde la mañana Frankfurteana. Me despertó un “compa” japonés, le pedí que lo hiciera para llegar al desayuno. Me levanté mientras el muchacho hablaba con el otro hospedado, un norteamericano que venía de Kuwait. Estuvo al servicio de una compañía de Ingenieros como mecánico. Interesantísimo. El que me despertó miraba con los ojos grandes; ¡no parecía japonés! Aunque por ahí era porque no entendía un pomo: se le complica con el inglés y sin embargo charlaba, hasta se sacó una foto conmigo al irnos.

Desayuné demasiado, ¡primera vez que me siento “gordo” a las 8 am!

Seguí viaje después de una corta caminata por Frankfurt. Ya veo lo que me perdí al leer sus mails, en la ansiedad y poco de cagazo del momento preferí seguir. Como las noches en Chile, no se porqué me pongo inquieto y ya no disfruto mirando las cosas. Algo que quiero cambiar. La falta de información fue letal para este paseo urbano, veo que es ley visitar información turística. La pequeña caminata bonita, recorriendo los lugares que no pude ver por la presencia de incontables personas el día anterior.

Salí hacia el sur, las piernas ayer no molestaron pero se guardaron todas las quejas para hoy. Aunque lo que más molestaba era el traste; ya compré elásticos que sujetan la mochila a la bici. La gota que rebalsó el vaso: 20 km en dirección equivocada, ¡nunca más en bici sin mapas detallados! Así que festejen: mi orgullo cedió ante el enojo. Tomé tren a Heidelberg, distante por 90 km. (En los 20 km equivocados pasé por un estadio en remodelación para el mundial 2006.) Traspaso estresante (se iba el tren mientras bajaba con equipaje y bici por escaleras mecánicas) llegué a la estación de Heidelberg en el siguiente. Combiné con un trencito desde el estadio hasta el aeropuerto de Frankfurt, ¡es inmenso! Con la bici de acá para allá por todo el aeropuerto comprando pasajes, preguntando si es pasaje con bici, qué hago si perdí el primer tren... Combinación en “Frankfurt Main”, la estación principal, ¡y a Heidelberg!

No muy hospitalarios en información turística, me informaron el camino que necesitaba, y llegué a mi hostel atendido por un no hospitalario joven. Hablábamos en tono normal, pero con tanta ironía que la adrenalina se hacía sentir; nos juntamos dos con los cables pelados. La zona del hostel no es linda, así que este día no pintaba fascinante, pero dejé bolsos y bici y encaré para la zona antigua y castillo.

- ¿Queda lejos para ir a pie?
- Sí, para ir a pie es bastante lejos.

¡No se para qué pregunté, si igual no me subiría a la bici por nada!

Empieza justito aquí el viaje turístico, y no viaje “viaje”. Paisaje más tupido, construcciones más mantenidas, vasos ornamentales de 1l alemanes por todos lados (cómo me gustan), mucha gente, dos músicos con flauta dulce y bandoneón tocando alegres valsecitos en la peatonal, un cantor con guitarra haciendo música divertida tipo folk en la cuadra siguiente, callecitas angostas, enormes iglesias, una heladería por cuadra. Se empieza a nombrar la Selva Negra. Entré en un cyber a leer mails, y terminé de levantar la

cabeza. Conocí el viejo y gran castillo, desde donde se tiene una gran vista a Heidelberg y su río. Caminé mucho la verdad, y creía que por ahí el día de descanso no lo era tanto. Pero la caminata no molestó para el pedaleo. Dicen que había 9 km hasta el castillo.

¡Escuché de nuevo el avión caza! Me alejé de edificios y levanté la vista. En 5 segundos pasaba por sobre nosotros y lo veía doblando rápido como doblan esos aviones, color oscuro era. En otros 5 segundos desaparecía. Claro, al no ir tan alto uno ve la tremenda velocidad a la que avanzan. Me sorprendió un montón, esos bichos son tan increíbles como los aviones grandes. Mucho más, por cómo se mueven.

Volví caminando por el río, por el lado de un verde parque lleno de gente al sol. Bien alimentado (hoy no me privé de ningún gusto), descansé bien.

Lunes 30 de Agosto – Karlsruhe – 80 km

(Casi pierdo el mail que acabo de escribir y prendo fuego el cyber.)

Hoy me levanté y desayuné bien. ¡Qué bueno no extrañarlo! Eso sí, no mencionar lo que extraño unas “Melbas” en la tarde porque me tomo un avión. Pregunté a cuanta persona se me cruzó por el camino de salida de Heidelberg y entonces no me perdí gravemente, sólo una vez. ¡Ya voy a llegar a Strassbourg, desde donde empieza mi detallado mapa de la Selva Negra! Marca hasta las bocas de tormenta de las calles.

En el largo camino, los diferentes pueblitos fueron la estrella, todavía no empiezan cosas muy diferentes a los alrededores de Göttingen. Incluso no tan bello como en esas tierras, por menos *fachwerkhauses* y mayor tamaño. Llegué a Karlsruhe, una ciudad grande y bonita en donde paré obligado a descansar, en un intento por implementar el no andar hasta matarme.

Mañana al mediodía llego a Baden-Baden, donde, luego de recorrer, dormiré. De Francia me distancian alrededor de 105 km, que completaré en dos días.

¡Por fin encontré una verdulería! El alemán hablaba español, me indicó que el nombre de las zanahorias es “*carroten*”. Compré varias *carrotens*, y otras tantas *bananens*, que comí rápido porque no sabía cómo amarrarlas a la bici sin hacerlas puré. Me regaló una manzana: “¿Necesitas combustible?” La comí tres horas después, y estaba tan sabrosa que me arrepentí de no haber llevado otras más.

Vengo del castillo de Karlsruhe, es muy lindo, grande aunque no alto, color amarillo y bastante nuevo parece. Tiene un parque grande, prolijo y con lagos; es una belleza.

Gracias por sus mails, por aquí todo más que bien. Ahora a dormir, y

mañana a desayunar para seguir viaje. ¡Qué vida rutinaria me toca! Beso grande a todos;

Tute.

Martes 31 – Baden-Baden – 60 km

¡Hola hola, familia y amigos! ¿Cómo andan, todos? Yo aquí muy bien y contento. Hoy tuve un día relativamente tranquilo, y conocí mucho.

Me levanté temprano, desayuné bien. Cómo me gustan los cereales con leche, coca-cola y helados... ya estoy empezando a tener esa mentalidad hermosa de viajar en bici, de desear locamente cosas cotidianas.

Empecé viaje cruzando hacia el sur Karlsruhe, y, entre idas y venidas, me pasó un loco en bici. Paramos en un cruce, y le pregunté por Ettlingen. Me indicó y preguntó a dónde iba, o qué hacía en esa ciudad. Le dije que sigo hacia Baden-Baden y expliqué a grandes rasgos el viaje. “Bueno, vamos juntos porque yo voy para allá”. El tipo rozaba los 30, charlamos un buen rato e hizo que se me esfumaran 15 km del camino. Entre lo interesante, hablando sobre los soldados franceses que dejaron hace poco Baden-Baden, y una confusión mía sobre aliados y enemigos, dijo:

— Francia no estaba aliada con Alemania, como todo el mundo. Y tenían razones para no estarlo.

Algo claro como que uno se quema con el fuego, pero al escucharlo de un alemán se recibe con más peso. Además, por cómo lo dijo parecía estar arrepentido de su propio pasado; es todo tan duro. Como dice Gustavo, que los jóvenes pagan el pato por lo que hicieron generaciones anteriores.

A 10 km de Baden-Baden volví a Karlsruhe porque el día anterior había hecho no se que raid. Me metí en bosques, y me perdí. Es que estaba en la Selva Negra y los caminos eran aburridos, ¡prefiero perderme por bosques! Muchas construcciones. Al llegar a Baden-Baden comí sanguchines, tienen unas verduras raras para mí, muy ricas. Es una ciudad alargada y al final está “lo bueno”, así que al principio me pasó lo mismo que en Heidelberg.

Llegué a mi hostel (al lado de un club con pileta, el caluroso día me hacía dudar) y dejé todo porque todavía no estaba el recepcionista. Fui a pie al centro, caminé un montón conociendo. ¿Saben cómo lo comparo, para que se den una idea? Con todo el sabor de estar en otro continente, pero es como si seleccionaran todos los edificios más lindos y viejos de nuestra Capital, y los instalaran acá. Porque no denotan extrema antigüedad, o estilo puramente alemán. Son con balconcitos con rejas, no son de estilo *fachwerk*.

Me contaba mi “compa” ciclista que acá está la clase más alta, y se nota en autos, comercios, y el estilo del centro. Cruza este pueblo un cursito de agua rodeado de vegetación. Un lindo lugar, pero no me meé como esperaba. Justamente por eso: esperaba demasiado.

Caminé a los castillos. Saqué mil fotos, porque me separaba del castillo viejo una caminata de 4 km, en subida en curvas y por los densos bosques. Las mosquitas se me metían hasta en las orejas. En los ojos no molestaban porque ya me traen de hijo las moscas de la ruta, y si bien grito de furia ya me acostumbraron. El castillo viejo parece ser de los años 1400, interesantísimo y altísimo. La visibilidad no era 100 % hoy a pesar del gran sol, pero lo que más me gusta de visitar estas antigüedades es, después de la cantidad de pasadizos y enormidad de lugares que contienen, la gran vista hacia abajo, a cualquier punto de los 360°. Ahí sí que los reyes se sienten reyes.

La mujer de info turística me dijo que Baden-Baden es famosa, entre otras cosas, por su casino. 19 años y pinta de bicicletero (con manchas de aceite en pantorrillas atestiguando) hicieron que ni dudara de querer pasar. Las termas deben ser increíbles, debe ser un lugar para meterse un día y quedarse una semana quieto (por eso mismo es que no voy). Entré en un lugar muy lindo, *festspielhaus*. Cuando lo relea sabiendo más, o cuando lo lean quienes saben, se quejarán de esta descripción, pero por cantidad de detalles y hermosura en cada rincón lo comparo con el Teatro Colón.

Saboreé un helado sentado en un banco de plaza en una peatonal, bajo estos edificios que en cada ventana tienen flores. Mientras, miraba mi remera, no se si llevarla a la fiesta del color o usarla para el carnaval carioca del casamiento de mi hermano en Pergamino. ¡Pensar que hubo un tiempo que tenía sólo tres colores, contando el logo! Hoy la decoré con un poco de rosa también, por un fruto que parecía rico de un árbol, pero que era más agrio que un limón. ¡Es cómodo mi repasador! Uso todos los días la misma, y para dormir también pero otra. Traje 4 remeras y no se para qué. Las lavo en la ducha y las seco durante la noche.

Compré un libro, terminé el anterior. No me queda otra que leer en los verdaderos descansos en el hostel. Lo que sí: no sé que cornos hacer con el anterior, porque no me interesa tanto como para llevarlo por todo el viaje, y la mochila está abultada como para encajarla en el portaequipajes. Ya encontraré solución, esta biblioteca lo revendía si parecía nuevo. Pero parece sacado de un tesoro pirata hundido.

Ya se ven montañas que prometen cansarme pero también entretenerme. Ahora saboreo otro helado y al hostel, a dormir para mañana seguir. Estoy a 60 km de Estrasburgo, así que si no me pierdo más de tres veces llego en el día a Francia. Aunque con mi mapa detallado ahora las probabilidades de

perderme decrecen. ¡Era hora!

¡Gracias por todo, no saben lo cerca que me hacen sentirlos a pesar de lo lejos que estamos! Estoy oliendo paté y es la primera vez que deseo uno desde el primer viaje al Sur. ¡Beso grande a todos!

Tute.

Jueves 1 de Septiembre – Straßbourg – 104 km en 5:40 hs.

¡Hola hola, familia y amigos! Qué rompe quinoto estos franceses, metieron su teclado en una licuadora y salió todo mezclado. ¡Vean que me crucé hasta la lejana Alemania para poder escribir! La necesidad de comunicarme en realidad.

El gran día empezó en Baden-Baden. Si bien no había quien me despertara (¡habitación para mi solo! Como acá en Francia) me levanté a las 7:32, casi como reloj cucú. Casi, porque hacía ya como dos minutos que había abierto la cafetería. No puedo dormir más de ocho horas, siendo que el deporte regula todo lo atribuyo a eso. Me dormí ayer leyendo “The Zahir”, de Coelho, me gusta como escribe.

Luego de desayunar me agarró la locura repentina, y saqué cosas irrelevantes de mi mochila; se caían del portaequipajes. Volaron una remera “linda”, el libro leído, vasos alemanes prometidos para los amigos, y otras chucherías que vi que no usaría. Encaré para el “trocen”, y dejé todo en la oficina postal para Gustav. Qué comodidad, ahora.

Una mujer me indicó el camino que quería, pero creí que en sentido contrario. Volví a info turística a comprobar y era correcto lo que ella decía. He aquí los eternos 10 km adicionales. En info me querían indicar una ruta directa a Francia, pero por la parte amarilla del mapa. Yo quería la que se ve sin un milímetro recto.

- ¡Pero es todo de subida! – Informaron.
- ¿Pero por bosques?
- Sí, por los bosques.
- Bueno, ¡eso es lo que quiero!

Después comprobé que no mentía. Cuando rechacé su carretera pusieron cara de “éste se cree Hércules” (me captaron tal como soy) así que pensé que dormiría a mitad de camino: Achern. Pasé por una panadería para comprar energía compactada en masa de pan (juro que le hice elegir lo más succulento al buen muchacho) y empecé de mañana mi sereno viaje.

Salí de Baden-Baden por el otro lado del que entré. Salí por la senda que bordea al pequeño curso de agua, que suena serenamente al bajar los escaloncitos. Alrededor, pasto perfecto, y cruzan puentes de colores, de hierro trabajado o madera, llenos de esas florcitas que abundan decorando Alemania. Viendo un descampado noté que ni siquiera se escuchan los autos. Tangible paz. Todo rodeado de suaves cerros cubiertos por árboles.

Llegué a la “famosa” ruta 500, “*Schwarzwald Hochstraße*”, y, en la velocidad en que se avanza poco más que caminando, empecé a subir, tranquilo y observando. Me iba separando de la ciudad para ver que se convertía en un lejano valle, con casas perdidas y el pasto salpicado de dientes de león. Esto cuando los árboles permitían a mi vista alejarse, de otro modo todo lo que se ve es un túnel de cerrada vegetación. De a poquito me fui metiendo entre sierras y montañas bajas, y por fin lo sentí y creí: estoy en la Selva Negra. Lo que describí es eso, la primera vez que lo siento. Me acordé también de que lo que más me importa en los viajes es que el camino sea lindo, no el lugar a donde llegar. Si no, empiezo a calcular cuánto faltará y me canso irremediamente. Pero así me importa un rábano siquiera a donde voy, si estar en ese camino es el mismísimo placer que busco.

Si bien el mapa indicaba bicisenda, la ruta estaba rodeada por acantilado o montañas de densos bosques; no quedaba espacio para un camino paralelo. Entonces, cuando vi un cartel para bicis me metí de repente, siempre es mejor que con autos. El camino era de ripio y seguía en bajada.

Bajaba frenando por miedo, no pasé los 40 km/h creo. ¡La bajada en curvas tenía interesante pendiente! La suspensión dura repetía las piedras en mis manos, me asustaba un poco perder el control. Se veía en un valle un pueblo y casas típicas perdidas, de esas con techo “a tres aguas”. Era raro el pueblo, con calles en pendiente, largas y sin bocacalles, que al doblar giran 180°, y con casas entre medio que sospecho tendrán escaleras para comunicarse entre sí. Tienen un modo particular de nombrar las calles y lugares, obvio diferente a nuestros perpendiculares carteles numerados. Bajando y bajando un poco más llegué a Bühlertal. Me fijé en mi súper-mapa (justo ahí empieza) y vi que (por supuesto) me había desviado, pero de la idea y no del camino a Francia. Corroboré la forma de la ciudad en el mapa, tiene calles realmente intrincadas. Pueblo entre los cerros que cuando no tienen selva tienen cultivos frutales (tan prolijitos como en Chile), tantas casitas bonitas, tranquilidad y belleza natural. Saqué varias fotos. Tenía miedo de tener que volver a subir a “la 500”, pero bajó por otros lugares supongo. Comí el segundo pan (el primero fue en el camino porque los elásticos rasgaban la bolsa, el tercero mientras escribo y engraso la lapicera) y seguí viaje a Achern, donde dormiría.

Llegué a las 14hs, con 50 km recorridos y fresco como una lechuga. Claro, la subida fue con toda mi paz, y en la bajada no pedaleaba. En el fondo empezaba a amenazar la tormenta prevista para hoy, aunque me levanté con sol radiante que me acompañó hasta aquí.

Frené para ver mapas mientras pensaba si seguir, era temprano. No sabía por dónde exactamente, así que le pregunté a una italiana que andaba por ahí: “*Sprechen Sie English?*” Murmuró algo acompañado de “*parlo*”, supuse que no hablaba ni alemán ni inglés. Pasaba otra señora y me echó la mirada de “¿Necesitas ayuda?” Yo le di la mirada de “Sí, señora, necesito urgentemente su ayuda”, así que se sentó a mi lado. Me dijo que Estrasburgo estaría a 30 km (mucho menos de lo que pensaba, aunque sería un poquito más), marcó el mejor camino a seguir ya que no hay rutas directas, y me indicó que llegaría antes de la tormenta, que se largaba en dos o tres horas. Con gestos me indicaba que se venía con rayos:

- *Raining?*
- *No.*
- *Lightning?*
- *Yes, lightning!*

Fue como una palmada en el traste, seguí con todo. Como nuevo y bien comido, completé 20 o 30 km a buen promedio, mientras las nubes iban tragando las montañas que dejaba atrás. Pasé por frutales y comí ciruelas y manzanas, no solo de pan vive el hombre. Le pregunté a un hombre que descansaba en su auto si podía seguir por la ruta (creyendo que se convertiría en autopista) y me dijo que sí, que “el puente del Rin es para todo tráfico”. Interesado y de buena gana me hizo algunas preguntas y me dejó seguir.

Fue el hombre que más puteé. Sí, se transformaba en autopista. Me estreso en las autopistas más que en un tornado, además de la inseguridad sé que es ilegal para bicicletas. A los 400 metros, cuando me aseguré de que no habría salida, volví a pie entre el guardariel y un alambrado. Los arbustos de la banquinita me iban arrinconando, hasta que me llenaron de bichos y telas de araña. Lo que me puso loco metros antes de llegar a un puente donde subiría: esas ortigas que pican y arden tocándome las piernas. Furioso me acerqué por el asfalto hasta el puente, escuché un justificado y no cercano bocinazo, y crucé de nuevo el guardariel. Tiré la bici por arriba del alambrado, después yo. Subí el puente (me patinaba hacia abajo) y aún restaba un metro de cemento en vertical para llegar al camino que cruzaba. No había otra salida por los densos bosques. Trepé, y arrastré hasta

arriba la bici, tomada del manubrio. Transpiraba caudalosamente, y ya no me quedaba agua; comía ciruelas, almacenadas como buena ardilla.

El cuento tiene final feliz, porque encontré una ciclo vía internacional, así que estaba marcada como para tontos, ¡exactamente como necesito! Hice una excepción y tomé un helado antes de la llegada (a calmarme un poco), donde además cargué agua fresca. En todo el lío me olvidé de la tormenta, que se ve no se animó a seguirme hasta Francia, así que recorrí los últimos 10 km de nuevo tranquilo. Pasé por aquí a una pareja con unas alforjas que son mi envidia: la misma forma que las mías argentinas (la mejor) pero dividida en tres bolsos de tapa dura para usarlas en cualquier momento de modo cómodo.

La última ciudad alemana, Kehl, me recordaba, aunque en la urbanización e infraestructura alemana, a la paz, tranquilidad y orden de las calles de Punta del Este (fuera del verano). Al menos el barrio cercano al río, es ciudad grande y seguro no la conozco toda. Llegué al Rin (no se porqué me descolocó que corriera hacia el Norte) y lo crucé por un puente peatonal colgante admirable para Ingenieros como para diseñadores. No tiene nada recto. Las dos columnas están “chanfles” sosteniendo con tirantes diagonales a dos tramos curvos (pedestre y para ciclistas). Entre medio de los dos caminos había vigas que los unían. Invita a estudiar estática.

Llegué tipo 4 pm, y fui según un mapa a información turística, donde encontré un desprolijo descampado. Pregunté a un hombre, y en alemán me explicaba pero no podía entenderle. A lo último:

— ¿Pero vas al hostel juvenil vos? ¡Si esta ahí!

Lo señalaba con la mano. Increíble. No me metí en la ciudad: a orillas del Rin dormiría. Saqué dos noches para descansar y conocer tranqui. Llamé por teléfono por el dilema de los teclados. (¡No puedo ni tipear mi nombre para entrar a leer mails, casi!) ¡Y tienen hasta lavandería! Probablemente la use. (Al final continué con mi costumbre, ¡y no lo hice!) Contento, luego de muchos kilómetros y bien recorridos.

No saben qué bueno es escuchar un idioma al que no le cazo ni el “hola”. Hace sentir el viaje a lo nuevo más lejano e interesante. Es increíble lo diferente que uno siente las mismas cosas pero en otro país. Me senté en el parque del Rin mirando hacia Alemania, y sentía que estaba haciendo algo increíble, aunque solo respiraba mirando; ni siquiera abrí el libro con esa sensación de “increíble...”. En Alemania me siento más como en casa, con familia y casa donde vivir y conociendo cada vez más; pero salir del país es

hermoso. Aunque en los minimísimos detalles, todo es diferente.

Al atardecer salí a caminar. Primero a la plaza cerca del puente, hay dos monumentos dedicados a la recuperación de Alsacia. Luego encaré al centro y parte antigua, llegué a los 45-50 minutos de caminar por lugares no solo no bellos sino además desprolijos y sucios. Ahora ya aprendí (por fin) que estoy justamente conociendo todo, y que no todo es antiguo, bello y perfecto. ¡Pero casi, de aquel lado del puente!

No encontré un restauran acorde a mis necesidades (todos las sobrepasaban), así que compré un sanguchito ('ito'figurativo, porque era inmenso) con papas en un barsucho, frente a un lindo curso de agua. Pagué con €10, me devolvieron €6. Todavía estoy verificando que no se hayan equivocado, o que les haya dado €20 en vez de €10. ¡Eso valía lo mismo que lo que valen, solamente, dos helados! En relación calorías-tamaño/precio es el mejor negocio de todo el viaje. Sin embargo observé que Estrasburgo es un poquín más cara que Alemania para las cosas cotidianas.

Bajé al curso de agua, apoyé mis sentaderas en la orilla, y dejé colgar patitas a pocos centímetros del agua. Comodidad absoluta y vista perfecta. Rodeado por construcciones antiguas y hermosísimas, cisnes y las cúpulas de las enormes iglesias. Todo en el anochecer/noche. Sólo dejaban que desear las salchichas que había adentro de esa maraña de alimentos, pero cuando hay hambre no hay pan duro dicen, y es verdad. La catedral es algo de no creer. Tan enorme y tan bella. Mañana la conoceré.

Volví en taxi, contesté algunos mails, y a leer y dormir.

Beso grandote a todos;

Tute.

Viernes 2 de Agosto – Estrasburgo

Hoy, luego de desayunar (ya volverán los succulentos desayunos alemanes) salí a recorrer el centro en bici. ¡6 km me separaban! Caminé mucho, conocí la increíble catedral, su reloj y órgano. Aunque no me dejó de impresionar, más que nada, cómo es por fuera (estilo gótico). Cientos de callecitas y construcciones divinas, siempre adornadas con flores. Los techos tienen tantas ventanas como la fachada, todas chiquititas, quedan hermosísimas. Me recordaba a la imagen de estrés que muestran las películas de guerra en estos paisajes.

El tránsito es más desordenado y nervioso, y, ¡sorpresa! Ahora veo autos con choques. En Alemania no sólo todo es tranquilo, sino además nuevo. Recuerden que conozco 10 km de todo Francia, y eso es lo que describo.

Almorcé en la plaza de la Catedral. Paz, con silencio interrumpido por

una soprano acompañada de acordeón. Y luego fui a leer al Rin, y crucé hasta este otro país solo para escribir. Me sentí de nuevo como en casa. Bajaré al Sur por el Rin, aunque no se si del lado alemán o el francés.

Los franceses, contrario a lo que me previnieron, me hablaron en inglés. Tal vez ellos pensaban lo mismo de nosotros, argentinos: “Estos turistas ‘solo’ hablan español, y quieren que les entienda”. No conocí muchos, pero todos me ayudaron de buena gana.

Sábado! 3 de Septiembre – Breisach – 90 km en 4 horas.

Ayer a la noche, y a diferencia de la anterior, me dejaron cenar en el hostel. Es que solo preparan cena para quienes trabajan ahí. Los comensales eran: el argentino que escribe, una modelo de Rusia, un amigable “nerd” canadiense, una risueña senegalesa, y una simpática francesa. *Interesting, uh?* Todos hablando el mismo inglés. Durante la cena se reían porque yo creía que era Miércoles, pero era ya la noche del Viernes. Se sorprendían de que viajara solo a los 19 años, y hablábamos de lo importante de hacerlo acompañado. Me invitaron a tomar unas cervezas en el bar del hostel, acepté a pesar del sueño. ¿Cuándo más voy a tomar una cerveza con una francesa, una rusa, un canadiense y una senegalesa en Francia? Pasamos una divertida noche, con metegol y pool incluidos. Me acosté a la 1, nada de *hard partying*. Se unió un chico de una isla colonia francesa, cercana a Canadá. Sus 16 años no se condecían con su tamaño. ¡30 horas de viaje en avión hasta su “madre patria”!

A las 7 me despertaron (servicio del que gocé sólo en Francia), a las 8 me desperté. Bajé y desayuné mirando a las desafiantes nubes, y pensando en qué haría cuando lloviera. Iba al sur, Colmar, pero bajé por Alemania, porque estoy más familiarizado y tengo mejores mapas. En un momento la senda que bordea al Rin terminó en una industria, por lo que me desvié 4km del río para bajar paralelo, por una ruta entre pueblos. Por la mala visibilidad del día (que al final no estuvo lluvioso) fue más divertida aquella ruta. Era ancha como pelo de cabra, y con poco tráfico por suerte.

En un pueblo compré panes con semillas, una vieja se acercó muy interesada a preguntarme cosas. Cuando vio que no hablo alemán y que soy de... “¿Argentina?!” se interesó más todavía, ¡qué feo no poder hablar su idioma! Cuando me cansé de contestarle lo que cazaba y de hacer caras de “no entiendo”, le dije que me iba, pero me tomó del brazo y cruzamos la calle, entró en su casa indicándome que esperara, y salió con dos libros de bolsillo en alemán, que me regalaba.

- ¡Pero hablo “*etwas*” alemán!
- No importa, Jesucristo es internacional.

Los dos libros hablan de Dios. Le agradecí un montón sonriendo (devolvía su gran sonrisa) y seguí viaje por la ruta pintoresca, tan angosta y entre cultivos (los maizales invitan a hacer una “chocleada”).

A 20 km del segundo cruce a Francia estaba tan moribundo que paré, “media hora sí o sí”. A los 7 minutos (y luego de mirar el reloj más de 7 veces) ya conocía de memoria los frutales de enfrente, así que seguí viaje. ¡Qué inquieto! En realidad estaba a 10 km de la frontera, llegue rápido a Breisach (“*Braisaj*”). Completaba así 90 km en 4 horas, ¡bien! Los primeros 50 fueron más rápido, a lo último desaceleré obligado.

Controlando con los mojones del río (ahí los marcan cada cien metros) comprobé lo que sospechaba: mi cuenta kilómetros adelanta. No solo eso, calculé casi exactamente cuanto: poco más del 7%. +70m cada 1000m indicó. ¿Vieron qué interesante en lo que pienso durante las horas de pedaleo? No corrijo las distancias que envío.

Menos mal que Breisach es tan hermosa. Sobre el Rin, entre Colmar (Francia) y Freiburg (Alemania). Me separaban 25 km a cualquiera de las dos ciudades pero mi traste no quería saber más nada ya. Gran helado de festejo (la tercera vez que aparecí a tomar uno el tipo se reía, por poco me regala uno por “cliente frecuente”), llamadas a casa y a Gustavo (y oficina en Pergamino, ¡no caía aún que era Sábado!) y a buscar hostel.

Me indicaron lo fácil que era llegar, pero lo pasé como parado. Volví, desarmé y até la bici, y empezaba a planear qué dejar y qué llevar para ir a conocer a pie la ciudad. “Estamos llenos por hoy”. Pensé en esperar un día a que se des-llene pero desistí, armé todo de vuelta, mochila al hombro esta vez, y al hotel que habían indicado. ¡Está justo en la zona que quería conocer! Y a poquito más de plata me daban habitación simple con mesita, baños compartidos y una cama blanda como la de la abuela. El desayuno (¡alemán!) resultó buenísimo. De todos modos prefiero habitaciones compartidas.

Fui a caminar luego de instalarme. Hay información histórica con fotos en todos lados, muchos edificios –incluyendo la hermosa catedral– fueron reconstruidos tras los bombardeos del 1945. En esta catedral me recibieron carteles de “silencio”, así que me molesté ante la cantidad de turistas y un guía que hablaba como en una plaza. Empecé a pasear y mirar todo, y la gente se daba vuelta ante mis pasos, “qué guía aburrido debe ser” pensé. ¡Cuando llegué atrás de todo y miré al altar, el “guía” era un sacerdote celebrando un casamiento! ¡Con razón estaba el BMW serie 7 con moños en la puerta! Me senté un rato para disipar miradas, y cuando lo lograba

(nunca lo logré) me fui. ¡Qué vergüenza!

Seguí paseando, me senté cerca del hoy concurrido río, subí a miradores; luego fui a leer un rato. Preparé un poco el viaje que me espera, las rutas tienen incontables curvas, y me advierten que suben y bajan cerros. Justamente eso es lo que más disfruto, así que recibo las noticias sonriente y no lo pueden creer.

Mañana a Freiburg, dejo Colmar de lado porque implica dos días de viaje repitiendo ruta llana. Sacrifico un poco de belleza francesa por mi ansiedad por la paradisíaca Selva Negra.

Domingo 4 – Freiburg – 30 km

Hoy me desperté temprano, dormí bien. Al acostumbrado buen desayuno le agregaron fiambres que no pude rechazar. Ahora que estoy en hotel y dan jaboncitos pude enjabonar todo mi cuerpo al ducharme, mis poros están agradecidísimos de este breve respiro. Y no tuve que despertarme a tal hora para desayunar, qué lujo. . .

Después de un tranquilo viaje bordeando arbolados cerros, llegué a Freiburg, donde me alojé en el hostel más barato del viaje, ¡tenía once camas en la misma pieza! Queda cerca del centro turístico, así que al dejar todo, y luego de comer varios dulces de recepción, salí a caminar.

Todo hermosísimo, destaca (de todos los ornamentados y floreados edificios) la gran catedral que recuerda a la de Estrasburgo. Solo recuerda: es impresionante, enorme, altísima y hermosa, pero a otro nivel de detalle. No tiene detalles en *toda* su superficie sino “sólo” en los portones y columnas, por ejemplo. Sorprenden canales por donde pasa agua por toda la ciudad, como pequeñas acequias. Los perros aprovechan para refrescarse en estos días de verano, se ven patitas marcadas por todos lados. Todo el centro turístico es peatonal, no circulan autos.

Subí a un mirador de siete pisos por escaleras caracol, construido en lo alto del cerro. Se veía toda la ciudad, rodeada de bosques con colores ya otoñales. Bajé del bosque (bajé es una generalización, porque bajé sólo una vez más de todas las que subí) buscando el *Schlossberg*. Creo que así se llamaba el camino y no el castillo que esperaba, porque caminé por todo el bosque siguiendo los carteles, ¡y terminé en el centro de la ciudad!

Y acá estoy, escribiendo. Contentísimo de este viaje que me va a llevar un buen tiempo asimilar y entender todo lo que conocí. Encontré el cyber de casualidad (no es tarea sencilla) luego de intentar escribir sentado en una ribera linda pero incómoda. ¡Qué quemado estoy! Y la panza sigue blanca como clara de huevo frito.

Tenía ganas de comer esas ensaladas alemanas con “queso blanco” que me gusta, así que me senté en una pacífica terracita, de esas que por aquí abundan. Durante la espera le dediqué un momento a cada una de las numerosas figuras humanas del negocio de al lado. Me encantan, pero no compré porque era Domingo y estaba cerrado; me gustaron especialmente un granjero y un viajero.

Llegó el gran plato con todo lo que se le puede pedir a una ensalada, más trozos de pescado. Cuando la bonita chica cobraba la módica suma (aunque no en pesos) le pregunté cómo se llama ese queso “alemán” que me encanta, que no sabía cómo pedirselo y sin embargo entendió. “Salsa”. Como si no supiera si se trata de un mate cocido o de una costilla de cerdo. “Claro, ¿pero cómo le llaman, aunque sea en alemán?” “¡Salsa!”. Así que desde ahora no me equivoco: “*Quiero una salát, bitte, mit salsa!*” ¡Me preguntan de qué tipo y cambio por una salchicha!

Llegué al hostel luego de fallidas llamadas (¡cómo cambia la tarifa un Domingo! Lástima lo fallido...) En la sala de estar músicos tocaban buen jazz con piano y bombos, que creía que serían sólo de adorno. Buenísimo, iba a leer pero me quedé escuchándolos el rato que tocaron. El de los bombos es de España y también la tiene clara en el ping-pong; Rodolfo es el pianista alemán que habla “portuniol” y es talentoso en el piano. Le gusta mucho Vinicius y Jobim.

Así que luego de hablar un rato con ellos, me eché a dormir en una de las catorce camas. ¡Noche bastante tranquila!

Lunes 5 – Triberg – 70 km en 4:12 hs

Hoy me desperté temprano, esta vez con sueño. Desayuné una gran torta en un café (hostal básico) y tomé la ruta larga y llena de curvas a Triberg. ¡Cómo subí hoy! ¡Y en qué instante bajé esas horas de trabajo!

Viaje en plena Selva Negra, mitad ruta común con sonido de agua cayendo y mitad “la 500”. Almorcé una rica ensalada “*mit salsa*”, en un restaurantito en medio del camino. Hoy me cayó la ficha (que irónico) de que me quedo sin efectivo, así que aprendí que por 69 centavos puedo tener zanahorias para todo un día. Antes con €1,40 compraba un placentero (pero efímero) helado. El pan también es baratísimo. Esas bombas que compro traen hasta caviar y cuestan €1. Até de un elástico las verduras, y al bajar el primer cordón se rompió la bolsa; zanahorias y manzanas decoraban toda la avenida. Las junté en la vereda con cara poco amigable y parecía un vendedor ilegal. Comí una manzana reventada, apreté las otras en los bolsillos, y las zanahorias entraban entre la bolsa de dormir y la mochila a

la fuerza. Me pasó un ciclista que había encontrado antes, y me saludó sin sonrisa para la ocasión. ¡Hizo bien!

Pasé por Sankt Peter, donde mi mapa indicaba una bella iglesia. Por fuera no decía nada, entré dada la cercanía del camino. Era increíble, me recordaba a las catedrales españolas por los frescos, ornamentos, órgano. . . gran belleza. Son más lindas me parece cuando son blancas y muy luminosas, en lugar de lúgubres como tantas otras. Aquí vi por primera vez en mi vida una imagen de Dios Padre: un anciano gordo sentado en un trono y con el triángulo sobre su cabeza. ¡Raro!

Kilómetros después, un cartel indicaba el punto más alto del cerro, donde intercambié fotos con tres viejitos divinos. No se cómo habrán llegado, porque el sol no invitaba a caminar y no se veían vehículos. Casas cerca tampoco vi.

Y después, La Bajada. Había cortes por trabajos en la ruta que obligaban a frenar. Se siente bien frenar con el equipaje, porque no sólo no se levanta la trasera sino que además tampoco se traba. Sin peso, frenar fuerte en pocos metros es llevar la trasera como se pueda, y regular el único freno útil para no darse vuelta, lo que también tiene su encanto. Me pasó un BMW serie 3 en una de las paradas por construcción, y luego íbamos a 50 km/h juntitos de aquí para allá. ¡En las curvas de la “*Schwarzwald*” es una actividad más que emocionante! Él frenaba antes de las curvas; yo, durante para cargar la delantera, único momento en que nos acercábamos. Cuando entré en el estacionamiento de las cascadas fue cuando el BMW siguió cuesta abajo hacia Triberg. Fue en una curva muy cerrada, luego de eses, de la que se salía en sentido contrario. Yo hice 90° y seguí derecho hasta la entrada a las caídas de agua. ¡Divertido!

Dejé la bici con el ya poco dinero en la entrada, y caminé los casi doscientos metros hasta donde cobran la entrada (me enteré ahí). Un puestito con una mujer que pedía sólo €3,5; y por ser estudiante –aunque no certificado– lo rebajaba hasta cincuenta centavos. “¡Pero dejé la plata en la bici!” Volver por el mismo camino nunca. “Entonces no podés entrar.” Claro como el agua. Me quedé pensando: “¿Sigo a Triberg? No, porque vine a conocer. ¿Vuelvo a buscar la plata, o espero a que venga una pareja y les jeteo la moneda? Es re de rata pero. . .”. Y me interrumpió, la pobre mujer: “Tá bien, ¡pasá!” Claro, no me moví de su ventanilla y no debe haber sido de lo más cómodo. ¡Y todavía no se me había ocurrido esa solución! Las reglas son las reglas, después de todo.

Entré, y recorrí. Lindas las cascadas, y las dos ardillas que se me cruzaron y siempre me sorprenden por su velocidad y belleza. Pero dentro de la Selva es una decoración más, algo original, un adorno, porque todo es paradisíaco.

Una caminata diferente, no la sentí como una atracción especial. Menos mal que los alemanes la desprestigiaban al describirla, así siento la Selva Negra mejor todavía.

¿Vieron las postales? En las montañas, donde no hay árboles, hay pastito que parece cortado para jugar al golf. Hoy descubrí que lo mantienen así con tractores que constantemente lo cortan. Increíble, lo usarán para los campos seguro después, y además embellecen.

Salí de las cascadas en conjunto con un Mercedes, demasiado cerca entrando en la ciudad, así que me frenaba. Es interesante ver lo poco que se mueven en las curvas estos bichos, a diferencia de los autos “chicos” que se balancean. Varias curvas nos separaban todavía de información turística, donde frené. Con vales de Strauss de fondo la mujer me indicó dónde quedaba el hostel, y me dijo que no había locutorios para llamar por teléfono en Triberg, sino solo cabinas telefónicas. Necesitaba pedir por teléfono el código de la tarjeta y sacar efectivo. También quería conectarme a internet.

Exactamente tenía €14,94; no llegaba a pagar el hostel así que paré en una cabina telefónica. ¡Qué caro es llamar a Argentina un Lunes! Entre saludos y pedido, acabé toda la plata menos los 14 centavos, y con un número de teléfono para llamar por cobrar a la tarjeta. El que me cambiaba billetes por monedas fue un santo, un comerciante que me daba todo su cambio. Y menos mal que la mujer de las cascadas me perdonó los 50 centavos, además, ¡15 segundos de charla casi! Parece que dejé a mis viejos estresados con mi despedida, un concluyente “ésta era mi última moneda”.

Probé de todo para llamar por cobrar, y no podía. Nadie sabe un número para operadora internacional. Realmente no sabía qué hacer, solo en Triberg sin un peso para volver a Göttingen. Volví a info turística, “probá en el correo” me indicó. Me dieron ahí un “0800” que no servía. Probé todos los “0800” de las calcomanías de la cabina mientras me asaba al sol del verano, hasta lograr hablar con un ser humano que me dijo no tener ningún número, sin mencionar su sorpresa al pedirle que por favor me hable en inglés. No era su trabajo, pero le pedí el número de “información”. No existe según ella. ¡Increíble! Desesperado volví al correo, le conté todo. Esperaba que me preste un teléfono, me den el código, buscar plata y pagar después el llamado, pero se le ocurrían mil modos de ayudarme que no me servían. Salí de la oficina postal con cierto nerviosismo, mirando un hotel en la mano de en frente.

¡Claro! Usaría una habitación, su teléfono, y pagaría todo con la tarjeta, que para eso no piden códigos. Y así fue, ¡problema solucionado!

Ahora un ejemplo de cómo la oferta crea la demanda. Si mi habitación

tenía baños compartidos o ni tenía me importaba una calabaza. Pero el hombre preguntó: “¿Ducha o bañera?” ¡No lo puedo creer! Me habrá visto la cara de croto que traía. Instintivamente respondí un “¡Bañera!”, y dejó las llaves sobre el mostrador, pero vino una mujer a explicarle algo y las cambió. Entré en mi pieza y era un lujo europeo. Cama con las sábanas ya puestas, pasillo de entrada con espejo y cuelga-tapados (donde después puse a secar la remera blanca), TV, teléfono, luces que podía encender o apagar cuando quisiera. . . y baño propio pero con ducha. ¡Y a quién le importa! A mí: bajé y le pedí la tina, me dio de nuevo la “6” y era doble, ese era el error parece. Así que cama grande, además de tina. ¡Como para relajarme, después del lío del efectivo!

En el agua de la tina llenándose enjuagué la remera que sobrevivía ya uno o dos días sin lavar. El agua quedó turbia. Toda la transpiración del cuerpo más –en hombros y parte baja– la transpiración de cara que en general va de la mano con la tierra. Sin mencionar que los deportistas tienen permitido usarla de pañuelo. . . Así es que lavé más ropa, y me sumergí en agua ya sucia, pero no tanto como mi cuerpo. Un auténtico baño de sales minerales (propias). Me limpié luego con una ducha y quedé hecho una pinturita, ¡podía hacer creer a la gente que soy agradable y todo! Los jabones de hotel hacen lo suyo.

Esa tarde me fui por la panadería del hotel. Compré un riquísimo pan para el camino que dejé a cuenta, porque les expliqué que iba a buscar plata. Parecía un mafioso con tantos movimientos raros. Fui al cajero y me dio la mitad en cambio, comodidad.

Los edificios de Triberg no brillan por una increíble belleza. Al menos en relación al lugar en que está asentada la ciudad. Destaca el curso de agua y la cantidad de relojes cucú de todo tipo. Imagínense el arte, que vi uno por €3.500. ¡Y no me lo querían dejar a €0,14! Claro, Triberg es parte de la “*Uhren Straße*” o ruta de los relojes, según aprendí por carteles. Me babeo con los vasos cervecedores, pero aparte de aparatosos son caros.

Respuestas a preguntas que enviaron por mail:

Como durante todo el día aparte del desayuno: verduras, ensaladas, panes comunes y panes dulzotes y gordos que hay acá. A veces una porción de torta o lo que sería para nosotros un gran brownie. ¡Las “*Bäckerei*” son las mejores amigas del viajero en bici! Identificadas por el pretzel de metal que generalmente sobresale de la puerta de entrada. Mesas altas como para comer apoyado, con grandes ventanales a la callecita alemana, ¡son un placer!

Todos los kilómetros en la bici son con mis pies en los pedales (¡sí, Lus!), y con la remera de Orgal puesta. No se porqué me encariño tanto con las

prendas. Es cómoda, sucia, gastada... ¡un objeto histórico! ¡Las veces que fue a la olla! Mendoza. Además, para ver que se puede viajar, literalmente, con casi nada (más una buena tarjeta en realidad, el comentario no vale tanto para la Unión Europea).

Dormir en hotel será cómodo, pero me siento más solo que en hostal. Compré un nuevo libro sobre Waris Dirie, ya me tragué la mitad porque es increíble. Esta primer mitad es desgarradora. La segunda será la esperanzadora. Una nómada africana, que ahora lucha contra la circuncisión femenina en la ONU. Gran historia. Describe con lujo de detalles su “operación”, me dejó flojín.

¡Qué día corto el de hoy! Como para aburrirse.

Martes 6 – Donaueschingen – 53 km en 2:45 hs

Al salir de Triberg le pedí a la mujer del hotel que me cobrara. Le recordé del pan. “Sí, sí”. ¡Pero no estaban las llamadas! Al recordarle me arrepentí: si gasté casi €15 en una cabina y ahora hablaba sin parar de la alegría por la solución desde el hotel... Charlaba con mamá, con papá (no transmitía información, charlaba) más la ineficiencia de los 0800. La mujer iba de aquí para allá y miraba teléfonos, pero evidentemente no sabía qué cobrarme. Agregó €2 simbólicos a la cuenta, cuando le llegue la factura del teléfono me va a odiar. ¡Y ya no daba para hacerle entender mediante señas que creía tener una deuda mayor! El atento “buen viaje”, y su correspondiente “muchas gracias”.

Luego de subir y bajar la última colina, para luego bordearlas en un descansado viaje entre bosques, llegué casi al mediodía a Donaueschingen. Paisajes de lo más relajantes, y un cielo diseñado por Él. En el camino crucé muchos Porsches, se ve que todos los alemanes se vienen a la selva negra a conducirlos. ¡Y qué mejor lugar, si parecen diseñados para estos caminos! De hecho Stuttgart queda muy cerquita de esta zona.

Por no haber hostales y llegar temprano pensé en seguir viaje luego de recorrer, pero en el mapa no encontraba nada interesantísimo al corto plazo, y sabiendo el día que me esperaba mañana, decidí parar igual. En información me indicaron una no muy lejana *Gasthaus*, con flores en todas sus ventanas a falta de maderas estilo “*fachwerk*”. De vista desde mi pieza: colinas, árboles, campos y un galpón alemán con techo de tejas de todas las tonalidades anaranjadas y rojas, y paredes de barro o algo de color similar.

Escribí en el cuaderno y después caminé por Donaueschingen que es, en su calle turística, un placer. Nada que impresione fuerte, pero todo bello y

prolijo, galerías con gente tomando refrescos, todo pacífico; me gustan estos lugares. Viejos, adornados edificios al final, una linda y particular fuente (usa el agua para generar movimientos) y al volver, la iglesia. Me encantó, similar a la de *Sankt Peter* para describirla de forma simple. Sólo que por fuera sugiere más, si bien era más chica.

Siempre caminando volví a la *Gasthaus* con parada en un parque que por estilo (pero no por prolija belleza) recuerda a los parques de Palermo. ¡No se imaginan lo hermosos que son esos parques en Buenos Aires! Patos nadando en frente mío mientras descansaba el traste sobre el colchón de pasto. Un joven tiraba panes a los patos, y una pareja de viejos sentada en un banco de plaza mirando. ¡Qué lindo ver a la gente así, quieta, disfrutando, tranquila!

Baño en la tina, y a descansar. ¡Planeando el viaje de mañana que se viene movido! Y a leer el nuevo libro.

Miércoles 7 – Überlingen – 90 km en 4:20 hs

¡Hoy empezó el movimiento! Qué ironía, me refiero al mayor cansancio físico.

Me desperté tempranísimo, y bajé a desayunar. El hombre justo preparaba todo, lo comí como siempre. ¡Cuando vio que se acababa empezó a traer de nuevo todo! “Está bien, gracias”, lo detuve sonriendo pero riéndome por dentro. Gustoso me ayudó a armar la bici, y partí.

Tomé el camino de bicicletas que lleva al lago Constanza –Bodensee para alemanes– hasta Tangen donde viré al Este para llegar más directo y por carretera turística, aunque sin “*radweg*” (ciclovía). Un viaje hermoso, por un camino angosto y desparramado por todo el bosque. La foto es preciosa: las serpenteantes líneas blancas atravesando el paisaje, que no voy a volver a describir aunque en realidad no cansa: la Selva Negra. Cielo despejado y día soleado, aunque visibilidad no muy generosa por una bruma que cubría a los lejanos cerros. Temprano estaba fresquín y después en los bosques también, así que no transpiré mucho. ¡Casi que la remera no necesita lavado! Compré panes; la panadera me decía que el lago estaba ahí no más y se me iluminaban los ojos. Pero no le creía, ya estaba muy cansado y en auto no es igual que en bici.

Pero cuando lo vi. . . ¡Increíble! Cuando uno hace un viaje largo y ve algo así tan significativo, que le indica hasta donde llegó, es emocionante. En los 7 lagos cumplió esa función el Nahuel Huapi, Bariloche del otro lado; en Mendoza, el límite internacional con Chile. . . eso que a uno le dice “¡Estás viajando en serio, no se trata de un paseo largo en bici!” Veo el salir de casa con mochilas como un recorrido de todos los días, un paseo largo en bici, y

por eso me sorprende la sorpresa de la gente cuando pregunta: “¿A dónde vas? ... ¡Y desde Göttingen!” Al ver el lago veo que era verdad: es todo un buen viaje.

Hermosísimo el lugar. Me tiré en un parque bajo un árbol, con el casco de almohada para poder mirar. A mi izquierda una mujer contaba un cuento a sus tres niñitas; atrás, montón de patos picoteaban el prolijo pasto; a mi derecha, dos ciclistas amigos y una mujer lugareña tomando sol; adelante eso: agua hasta el lejano cerro, cisnes, veleros, barcos, lanchas, cielo radiante con eventuales aviones que también tendrían un buen panorama. 10 km más adelante estaba el primer pueblo con hostel, completé los 90 km un poco cansado pero bien, contento. Se nota que me voy acomodando a medida que viajo. Esta vez bajé más de lo que subí, con cortas y fuertes subidas pero largas bajadas, cuyo viento me arrancaba más de una lágrima.

Después de una nutritiva cena de hostel vine al centro a recorrer. Callecitas angostas y viejas, edificios hermosos y adornados uno de cada color, costanera con galerías llenas de gente, el sol cayendo, y patos acicalándose 5 escalones más abajo de donde escribo. Los patos que ya se limpiaron esperan al sol, con la cabecita apoyada sobre el cuerpo como si no tuvieran cuello. Los que están por hacerlo sumergen la cabeza y después el cuerpo para volver a la superficie en un instante, con toda el agua escurriéndosele rápidamente por entre las plumas. Un pato enfrente mío hace equilibrio en una pata mientras estira el ala del otro lado. Y se acaban de unir las gaviotas y un cisne, que se aprovecha de su tamaño para pasar por donde quiere.

Música de fondo tranquila, tocada por un hombre disfrazado de algo así como duende, el lago pintado de naranja por la luz del sol casi atrás de las colinas, barcos turísticos con la bandera de su país flameando yendo de aquí para allá, una regata que avanza rápido con un joven a los remos... una poesía todo, siempre me recuerda a los dibujitos de Disney pero es la realidad, una buena sorpresa. Para los aviones es todavía de día: su estela y alas es lo único que brilla por la luz solar.

Entré en una iglesia comunacha porque la puerta estaba abierta, y me sorprendió el interior. El mismo estilo, de nuevo, que Sankt Peter. Hermosísima, franciscana decía un cartel y no se lo que significa.

Y encontré este cyber en medio de la nada, en un lugar oscuro, barato y con buen teclado. El último regalo antes de ir a dormir. Muchas gracias por todos sus mails. No se preocupen que llamo a Gustavo seguido, para decirle cómo ando y para dejarle algún gas que siempre me visita en las cabinas. Hoy estaba con altavoz el guacho, cuando me lo dijo pasé vergüenza a distancia y las risas no nos dejaban hablar. ¿Vieron qué relación más seria?

Un beso grande a todos.

Jueves 8 – Lindau

Hoy me levanté temprano (¡qué repetitivo! No me acostumbro a la nueva costumbre) y bajé a desayunar. ¡Qué buenos son los cereales alemanes!

Pedaleé un rato y a los 10 km llegué a Meersburg, donde me senté a mirar el lago, subí las callecitas, y recorrí. La bruma no deja a los cerros en paz; no llego a ver montañas suizas. Entré al castillo antiguo, el estilo es el que me gusta: todo conservado como estaba durante su uso (exceptuando el café). Los cueros de adorno se caían a pedazos, adornos de caballeros por todos lados, ventanas al lago. . . sólo me quedé con ganas de subir a la torre, creo que no se podía. Caminé por las angostas calles adoquinadas. Vuelvo a ver muchas “fachwerkhaus”, pintadas a nuevo y con flores de adorno. La vista al lago, además, nunca tiene precio.

En el camino paré a ver a una señora dando pan a las gaviotas. ¡Quería ponerme alas para también pedirle! Varias gaviotas hacían cola una atrás de la otra, se peleaban. ¡Y la que se armó cuando vinieron los patos! Son más sinvergüenzas y menos miedosos, y le sacaban el pan de la mano a la mujer; las gaviotas los miraban con el ceño fruncido. Divertido descanso, sólo se escuchaban risitas murmuradas desde los bancos de plaza enfrentados al lago. Imperdible.



ALIMENTANDO GAVIOTAS Y PATOS EN EL LAGO CONSTANZA.

Avancé 5 km y volví a parar, mis piernas no quieren saber nada hoy.

Da la casualidad que era una playita, así que –acordándome de que no me acuerdo como es el Pacífico– me metí al lago, casi a la fuerza. Un poco sucio, las piedras no dejan caminar (pero sí nadar), pero uno está en Alemania mirando a Austria en aguas de un gran lago sobrevolado tanto por aviones como por dirigibles. ¿Vieron? De nuevo es la importancia de las fronteras políticas: cómo uno siente diferente al acercárseles. Es raro.

Pasando el mediodía (¡sólo 15 km en toda la mañana!) seguí viaje muy tranquilo, destino a Lindau si no pasaba nada. Y no pasó: la “Bodensee radweg” está muy bien marcada. Además está llena de turistas en bici, cosa que me encanta ver. Familias, parejas viejas y jóvenes, amigos, todo el mundo viajando con las mochilas atrás y a pedal. Ayer dormí con un sueco que estaba haciendo un flor de viaje. Ahora venía de Yugoslavia, Duvrovnik. Hoy seguía por donde yo vengo, y se babeaba en “alemanglish” con la “Romantische Straße”.

Llegué un poco temprano a esta maravilla de ciudad histórica, las calles son una preciosura; los edificios, una obra de arte. Ahora los miro desde el faro al que acabo de subir, nunca ví uno tan lindo y adornado. Está en la punta de una escollera, que enfrenta a otra gobernada por un león; recuerdan a los lobos marinos marplatenses. Día claro, un barco turístico que cada media hora entra y sale tocando sus bocinas, pocos turistas dandome vueltas alrededor del faro, y dos regatas que salen del muelle. ¡Me encanta verlas! Se mueven rápido.

Comí banana bañada en chocolate y una especie de caramelo pero que no es caramelo. Delicia. ¡Qué cambio de rumbo el mío, ehh! Por fin los helados son un “lujo”, ahora busco una buena relación nutrición/precio.

¡Saludos alemanes hacia todo argentino que se les cruce!

Tute.

PD: Gustavo me espera (no sabe cuándo, como yo) con chivito al asador. ¡Otra que el hijo pródigo! ¡Ya lo veo a Felipe quejándose! ¡Gracias, Gustav! Si va todo como lo planeo en dos semanas llego a pedal a tu casa. Si me canso y tomo un tren, antes. Además, tengo que pensar en el Salón de Frankfurt. ¡Gracias de nuevo!

Viernes 9 – Immenstadt – 60 km en 6:13 hs

Aquí se acaba de largar a llover, menos mal que ya estoy instalado. ¡Lástima que dejé toda el abrigo en donde me instalé!

Lindau estaba invadida de arañas. ¡Llena de grandes telas ocupadas por numerosas arañas, en todos lados de la ciudad! Juro que ni pude usar cabinas telefónicas, ¡increíble! Nunca vi nada igual.

Hoy empecé con el bendito desayuno, acompañado de una pareja alemana que viajaba en bici por el lago. Lo sorprendente eran sus dos hijos, ¡una de seis años! Charlamos un rato y me indicaron lo montañoso de mi ruta para el día de la fecha. Como siempre, recibía las noticias sonriente.

El clima amenazaba desde atrás, pero adelante el sol brillaba. La ruta, 508 creo, era con curvas según el mapa. Subí a pedal unos 8 km (en vertical, por poco necesito grampas y picos) por bosques. La cantidad de curvas era imposible de dibujar en mi ahora poco detallado mapa. Desde arriba tenía una vista fenomenal, tomé muchas fotos. Cerros más altos, mucho bosque, casitas perdidas (buscaba caminos que las unieran pero nada, se levantaban en medio del césped), y abajo, el valle. Bajadas del 10 % según carteles (que bajan 10 metros cada 100 recorridos) equivalían a 50 km/h sin pedalear. Luego, suaves pero largas subidas; me desgastan más que las de mayor pendiente, porque intento hacer fuerza en lugar de entregarme a una baja velocidad.

Paré en un banco de plaza mirando al valle. En algunos hosteles ofrecen bidones de té frío, rojo y sin azúcar; tomé el que tenía en la botellita grande. Había aviones por todo el cielo. Me sorprendió el ver a lo lejos mi misma ruta, que hacía *varios* minutos había transitado. Desde ahora haría siempre eso: V cortas en círculo, apuntando a un mismo caserío (imaginen una pizza, lo cortado es el camino y el centro el caserío). La sensación de no avanzar me cansaba, si bien el paisaje era inmejorable. Menos mal pensé parar en Immenstadt porque estaba más lejos de lo pensado, aunque Füssen (destino inicial) estuviera a su vez más cerca de lo pensado: 60 km para el primero, 35 más hasta Füssen. Imposibles en el día de hoy.

Las altas y nerviosas montañas suizas (antes lejanas) ahora servían de fondo a las suaves, y ahora más altas, sierras alemanas. ¡En una bajada en recta llegué a 74 km/h! En bici se siente más la velocidad que en cualquier vehículo motorizado. Se la ve.

Luego de bordear un lago llegué a Immenstadt a las 13:05. ¡Lo noté porque de 13 a 14 cierran hasta los buzones en Alemania! ¡No había ni una *Bäckerei* abierta! Un super y una frutería calmaron el hambrín. Esperé en una linda plaza central a que abriera información turística, y me indicaron una *Gasthaus* donde parar. ¡Cercana según los mapas, pero alta subiendo a la montaña! Se nota la falta de aire en ese punto de la aún ciudad. ¡Y se ve tan cerca!

Es la casa de una señora de unos 70 años, más simpática que un perro labrador; lástima que hablo poco alemán. Me di una ansiada ducha: en subidas uno transpira densamente, y ni mis cejas de gallego podían contenerla. Después salí a recorrer la ciudad, momento en que empezó una lluvia

acompañada de truenos. Así es que en una galería de una plaza escribo mientras miro cómo la gente camina con paraguas (qué envidia), cómo se riegan las flores de los balcones, y escuchando las gotas (que hacía tiempo no escuchaba, ¡espero no tener que hacerlo por mucho tiempo!) sobre mi sombrilla.

Austria debe ser divino, en fotos desde Alemania con buena visibilidad se ven sus picos nevados. Vi un cartel que indicaba una ciudad austriaca con marquita “A”, a sólo 2 km. Lo seguí para pisar otro país pero un cartel de la Unión Europea indicó, a la misma vez que cruzaba, que empezaba una autopista. Volví por mi camino con ganas de haber conocido.

Me espera ahora un panote de esos alemanes con semillas de cena, por sólo €1. ¡Parezco el vendedor de la panadería! Voy a ensanguchar una banana, y mañana o pasado les contaré cómo estaba.

A partir del 10 de Septiembre – El viaje desde Immenstadt

Pasé varios días sin escribir mails, pero los leía. Continuaba, eso sí, escribiendo en mi maltrecho cuaderno. Antes de transcribirlo envié este resumen a un hermano, en que contaba cómo continuó el viaje, y cómo regresé a Göttingen.

¡Hola Rami! Gracias por tu mail. Te escribo en breves líneas lo que sigue al diez: llegué a Füssen y conocí los grandes castillos, un buen lago, montañas altas, divinura. Hice la mitad del viaje tras un ciclista alemán más bueno que el pan lactal. Después seguí viaje por la *Romantische Straße*, ¡100km! Cuando llegué a Landsberg y tuve problemas con hoteles llenos (sí, un poco por falta de plata, pero fue más bien una excusa) tomé un tren a Dachau (*Dajau*), ya que no sabía como unirlo en bici del mejor modo, un desvío de 50 km, “*not big deal*” para el proyecto de circuito a pedal.

Dormí allá y conocí el campo de concentración nazi, que luego de ver libros lo único nuevo fue la piel de gallina de estar pisando el mismo suelo y respirando el mismo aire (al oler la madera de las literas me inquieté mucho, pero son reconstruidas) y pasando a través de la misma puerta “*arbeit macht frei*” (“el trabajo los hará libres”), que para los creyentes fue verdad: hijos de puta. Lo que sí me movió diferente de lo que ya conocía fueron los crematorios, “*dead chambers*” (almacén previo al crematorio) y cámaras de gas (me sorprendí en una sin saberlo y el chorro de adrenalina fue suficiente como para necesitar acercarme a una persona y sentirme un poco a salvo de la historia). Y me dejó pensando en cómo un nazi, por más fanatismo que tenga, puede creer que está haciendo bien, puede quererse creando tanto

mal, y suponiendo que sólo fuera una persona. Justamente tal vez por la cantidad y falta de personalidad uno puede creer, como el nazismo pretendía, que ésas no son personas.

Un folleto de la historia de la ciudad, que empieza desde el 800dC, dice que tristemente ahora el nombre Dachau no se asocia a la ciudad de artistas y comercio en la ruta Augsburg-München que era antes. Es verdad: lo dijo la expresión de la de información turística al yo preguntarle; lo dice el folleto; lo dijo un judío sobreviviente (frase en la entrada del campo); lo mostré yo al preguntar por eso antes que por el castillo.

En el tren a Dachau pensaba “qué lindo que me lleve a Göttingen” y así me di cuenta de que extrañaba por lo que, luego de conocer allá: ¡tren a casa! Y acá escribo, desde mi PC y sin Romantische Straße, y sorprendentemente para mí (a pesar de no haber completado el viaje planeado) CONTENTO.

Me cansé de estar solo, es la razón principal y verdadera. Traste y piernas son un violín, seguiré saliendo a correr seguramente. Me esperan todavía el salón del automóvil, el museo en Wolfsburg, y demás cositas “kinder” que se irán presentando.

Ese es el resumen, ¡ya mandaré el detalle! ¡No se librarán de mí!

¡Gracias por *todos* sus mails! No saben qué alegre los leo y cómo me sirvieron durante el feliz pedaleo.

PD: La noche de ayer que estaba de fiesta por volver a casa después del *Viaje* tomé mi primer cerveza sin que me ofrezcan. Hace tres meses que no tomo nada, y tomar vacío mientras esperaba el plato bastó para que mis pasos (más 100 km recorridos, y esta debe ser la verdadera razón) ya no sean tan precisos.

Sábado 10 – Immenstadt – 0 km

Hoy me levanté y llovía, desde ayer sin parar. Encontré poco por hacer, casi que dependo de la bici. Claro, estar al pedo solo no es lo mismo que acompañado. Luego del suficiente desayuno salí a caminar bajo la lluvia. Recorrí, mandé cosas a casa por correo, compré “El amor en tiempos de cólera” (increíble como escribe Gabriel García Márquez: hace una prosa poetizada, con tantas palabras que más de una vez necesito diccionario), y también un sándwich para almorzar.

Una ducha por el frío; leí hasta que el ruido de la lluvia, tan romántico ayer a la tarde, me desesperó. Salí de nuevo a caminar, Immenstadt es una bonita ciudad. Me senté en una galería de la plaza central, y se veían los cerros al fondo siendo tragados por las nubes. Caminé hasta la entrada del

pueblo, se veía ahora la niebla levantándose. ¡Se iban las nubes! Lo gris se movía, entraba luz y dejaba de llover.

Pasé la *Gasthaus* y subí hasta la mínima capilla que se ve desde mi ventana, divina vista tiene. Simpleza total. Donde iría el altar hay imágenes que recrean a la crucifixión. Cinco bancos de iglesia a cada lado, y el vía crucis externo, que parece una sucesión de lápidas rodeando la capilla. Un fresco en el alto techo era el último detalle. ¡Simple y hermosa!

Subí a mi habitación y miré por la ventana, vi al cielo ya no homogéneamente gris, sino con las infinitas tonalidades de las numerosas nubes tocadas por el sol, que se esconde.

Bajé a cenar luego de lecturas a las “*halb acht*” (7:30 no 8:30, menos mal que tengo apuntes). Ahí, siete amigos que promediaban los cincuenta tomaban, comían y reían. Ninguno hablaba otro idioma además del alemán, así que les devolví agradecido el “*Guten Appetit*”. Por señas (muy fáciles de imaginar) les pregunté si eran ellos los que anoche guitarreaban. Se escuchaba música típica alemana, pero creí que venía de la casa de al lado. Sí, eran ellos, así que me invité a unirme esa noche. “*Sehr Gut!*”, contestaron. Apenas empecé a cenar me dejaron su Leberwurst, riquísimo. Cuando terminé el pan fui a buscar más y notaron que no encontraba, así que me dejaron el de ellos. No contentos con eso me dejaron una salchicha ahumada, riquísima. También me ofrecieron Brandy (única bebida alcohólica aparte de la cantidad de vino y cerveza) que a pesar de mi curiosidad por conocer negué.

Subí hasta que empezaran a guitarrear. Y vi el cielo libre de nubes, me alegró. Cuando bajé (con el diccionario alemán-español) me ofrecían cerveza pero ya me daba vergüenza, así que negué hasta que insistieran. Claro que no lo hicieron, ¡Murphy la tenía clara al dictar sus leyes! Estuvo buenísimo: una o dos horas de siete amigos alemanes ebrios, cantando a coro y con dos guitarras su música tradicional. Me preguntaron (con ademán de prestarme) si tocaba la guitarra. ¡Me quedé con buenas ganas de cantarles “El corralero”, única que se y por noches similares! Me animo a cantar por descarado, ¡pero de la guitarra más vale mantenerme alejado! Me contaban que esa tarde caminaron hasta la cima de no-se-qué-cerro, que no era gran cosa sino era por la lluvia, el barro y la niebla. Son gente de un pueblo a 100 km de Karlsruhe, turistas por el fin de semana, y cantan por hobby. La que más me gustó fue “*Kapitano*”. Me sorprendió su interés en que nos entenderíamos. ¡Igual creo que me perdí diecisiete chistes!

¡Como a las 10 pm nos dio sueño! La guitarreada empezó a las 8 pm, gran diferencia en las costumbres con nuestras pampas. Nos acostamos luego de mirar el claro cielo con poco de niebla. Cama cómoda como pocas veces,

la disfrutaría hasta las 8 am, hora en que nos despertarían. ¡A disfrutar de la mañana en Alemania! Y cómo lo haría esta.

Domingo 11 – Füssen – 50 km en 2:15 hs

Hoy me levanté a las 8 am, no se veía un chosno. La niebla ni siquiera dejaba ver el color del cielo, y estaba un poco fresco. Salí igual a pedalear luego del desayuno: los pronósticos indicaban lluvia para la tarde y no le erran. Suelo húmedo pero no mojado; en la noche no hubo chaparrones.

Apenas salí de los límites de Immenstadt... ¡desapareció la bruma! Miré atrás y la ciudad estaba inundada por densas nubes, muy sorprendente. Veía niebla arriba en los cerros o en mi ex-ciudad, pero no en mi camino, cosa que me alegró por poder ver los siempre enormes paisajes. Los caracoles de subida que anunciaban mi mapa no fueron tan interesantes (o me equivoqué de ruta), pero todo el camino presumía de belleza en cada kilómetro.

Me pasó un ciclista rutero, y creo que me preguntó si iba a Füssen. Le dije que sí: si preguntaba si ese era el camino la respuesta era igual. Nos cruzamos otra vez, otra y después otra. En las bajadas yo pedaleaba así que me acercaba, ¡pero él subía como si viajara en bici! Entonces desaparecía. En la tercera vez que lo encontré, parado sacándose abrigos de las piernas, frené y empezamos a charlar. No sé por qué me dijo que casi no hablaba inglés: vivió un año en Orlando Florida trabajando para “*Universal Studios*”, donde veía a diario la réplica del gran castillo que estaba yo por visitar: *Neuschwanstein*. De Essen el hombre, se sorprendió de que la mochila fuera todo mi equipaje. Yo me enorgullecí de eso, y le conté mi viaje. Nos sacamos foto en un lago (parezco el turista japonés) y seguimos viaje. Me llevó como lechón pal’pueblo, pero como cortaba el viento se sintió poco. Así que llegué al mediodía y con traste nuevo, después del descanso de ayer y pocas horas de hoy. Al entrar al pueblo lo despedí pero lo crucé dos veces más: al salir de las oficinas (él entraba), y al subir a los castillos más tarde (él bajaba).

Qué diferencia: ¡hoy no me alcanzó el tiempo! Dejé bolsos y salí en la bici al centro turístico. Calles estrechas y zigzagueantes, casitas antiguas con carteles de metal sobresaliendo, galerías con no demasiada gente... en una cuadra había varias casitas muy similares, pero de colores tan distintos que parecía un dibujo de primaria. Almorcé una bomba de panadería incómoda (tenía forma de bomba, literalmente) sentado en una fuente, y mirando y escuchando a un trompetista. Al encarar hacia los castillos escuché una gran banda. Me acerqué y era estilo militar, con muchos instrumentos de viento y director al frente. Las bandas numerosas me emocionan, la observé hasta

que me picaron las hormigas (que no desperté a propósito).

Me separaban 5 km hasta los castillos. Me sorprendió la ciclovía, por su cartel de “*Romantische Straße*”, ruta que seguiría con único desvío hacia Dachau. ¡Los folletos muestran 20 pueblos con detalles interesantes por conocer en esas decenas de kilómetros de calle romántica!

Cuando divisé el castillo grande y más nuevo sentí lo mismo que al encontrar el lago Constanza: un punto de referencia grande en los planes del viaje. Emocionadísimo subí hasta encontrar el “*Ticket center*”. No se rían del viajero, pero juro que se parecía a un aeropuerto. Lleno de gente, una cola larga hasta las 4 ventanillas de venta, y monitores indicando las “próximas salidas”. “Salgo a la hora que quiero” pensaba yo, hasta que el vendedor me preguntó:

— ¿Guía en inglés?

— No, gracias. Voy por mi cuenta.

Pero resulta que no está permitido, así que me citaron a las 13:15 en *Hogenschwangau* –menos mal que fue el primero– y a las 15:25 en *Newschwainstein* –menos mal que fue el segundo.

Lo primero que encontré camino al primero fue un hermosísimo lago rodeado de montañas bajas y boscosas. Las montañas más altas todavía tienen nubes atascadas, ¡que no se pinchen y se largue a llover!

Encontré todo increíblemente lujoso (como es de esperarse en un castillo, creo), además de lindo. Lleno de condecoraciones, le pregunté al guía si la familia real iba a la guerra. “Algunos mostraban su valentía”, fue toda su explicación. Diseño a la antigua, con almenas (esos ladrillos cuadrados en los que uno imagina escondido detrás a un arquero); y color a la vanguardia: anaranjado y amarillo. Vista que asombra. Tras una ventana había algo similar a un telescopio, pero en vez de apuntando al cielo, apuntaba a lo que eran entonces las construcciones del nuevo castillo de Ludwig II: *Newschwainstein*. Luchito para los amigos –o luchín, porque me quedé con dudas sobre su preferencia sexual según charlas de la guía– seguía las construcciones de su nueva casa desde su casita anterior. ¡Locura Real! Para visitar al “vecino” se baja una montaña y se sube a la otra.

Bajé a “*ticket center*” para subir al otro castillo por donde lo hacen los colectivos, que es más largo y en curvas que el camino peatonal. Es una “V” corta que sube a la montaña, de sentido único y no mucho lugar para maniobrar, con semáforos en la salida y la llegada. Esperé bastante al verde del semáforo abajo, hasta que me pasó un colectivo (usan controles remotos

para cambiar las luces) y pedaleé tranquilamente pero sin parar, viendo cada vez más el lago Alpsee. Al llegar a la curva empezaba a caer una fina lluvia, que el bosque mantuvo en sus hojas hasta que llegué al techo de la parada de colectivos, cercana al “*Marienbrücke*”. “¡Pararse en ese puente justifica un viaje a Europa, Tu!”, ya había advertido mi tío. Dejé la bici ahí y subí al puente para corroborarlo.

Se siente hermoso tan solo describirlo. Lo construyó primero un rey para disfrutar de la vista al valle. Abajo corre un curso de agua, y justito abajo en vertical hay una olla donde desemboca una cascadita, que si no fuera por los 34 metros de altura dan ganas de tirarse. Luego Ludwig embelleció el puente para ver, aparte del paisajazo y lagos *ForggenSee* y *BunnwaldSee*, a su nuevo ejemplo de excelentísima arquitectura, el castillo que ahora visitaría. El mal clima permitió una particular vista. Sin taparme las montañas y lagos (los hacía parecer más lejanos), las nubes se apoyaban sobre los picos más altos. Bellísimo. ¡Con sol se debe ver hasta el Mar del Norte!

Luego esperé 20 minutos en la entrada del castillo bajo la lluvia, rodeado por los blancos muros, las montañas y la caída de agua. Ya en la visita, me impresioné con las dos millones de partes que componen el brillante mosaico del suelo de una sala, con la apertura al público por parte del estado sólo seis semanas luego de la muerte del sin herederos Ludwig II, y con su habitación que merece párrafo aparte. Y todo esto, sin contar que no lograron terminar la obra antes de su muerte, y de hecho actualmente hay habitaciones vacías.

Su habitación da a la cascada, así que siempre hay ruido a la fuente de vida (el libro de la nómada del desierto africano me conmovió, como notarán). Hubiese descrito el estilo como similar a la catedral de Estrasburgo pero gracias a que me enchufaron guía ahora sé que es “gótico”. La cama parece en sí misma una catedral, con el techo inundado de ornamentos en madera. No me salen las palabras para describirlo, y cuando estudié Gótico seguro las memoricé. Las paredes y columnas (todo de madera oscura) tienen un trabajo de precisión increíble: ¡4 años de trabajo llevó esta sala! La puerta se camufla entre los adornos del estilo y me encantó la gran cerradura y picaporte. Su sillón de lectura lo talló un duende, no un humano porque sus manos serían demasiado grandes y menos precisas. Me sorprendió su capilla propia, de 2×2 m, con lugar para el Santísimo y todo. Los reyes tenían línea directa parece.

En las pinturas de guerra (cientos de guerreros a pie o caballo clavándose lanzazos) no se ve sangre por ser considerada “anti-estética”. ¿Y desde qué aspecto la guerra lo es? Sólo, al menos y mirándola con demasiado cariño, el espíritu de entrega absoluta por una causa que algunos creen justa. Pero es eso justamente lo que evitaron mostrar en las grandes pinturas del

enorme comedor. Sobre tamaño de cocinas, ésta aproximadamente ocupa una hectárea. Había una mucho más chica para la servidumbre seguro, aunque me sorprendió no usaran la misma.

En los mapas de la zona no se ven cercanos los lagos al castillo, por eso no entendía las postales con todo juntito. Es que los castillos están altos en la montaña; desde allí se ve el lago perfectamente, y la ruta romántica saliendo hacia el Norte. Aunque en realidad no están en la punta de un cerro, como en las suaves colinas del centro de Alemania: el precipicio y las rocas de aquí imposibilitarían la construcción.

A la salida caminé hasta mi bici y me abrigué para evitar mojar mi ropa en la bajada, había dejado de llover. Guardé el cuaderno en una bolsa junto con un vaso alemán nuevo (¡por fin uno que me encanta!), y até el candado atrás porque se caería si lo dejaba sujeto al cuadro. Luego de pedirle a un chofer que me diera luz verde, me tiré. Mientras, quienes esperaban al siguiente colectivo me miraban, ¿no se si envidiosos, o como a un loco!

No anduve muy rápido, era peligroso en bajada y con agua, entre el humilde ancho del camino y el precipicio. Hasta donde los nervios me permitían. Usaba los dos frenos pero, acostumbrado al peso de las mochilas, usé demasiado el trasero y en una curva di una derrapada, que no por exagerada como por la velocidad y condiciones del camino, es que me dio El Susto. Siempre me siento controlado en dos ruedas, pero sobre agua nunca: me di varios y sorpresivos golpes por no medir bien los límites. Siempre recuerdo con cariño uno yendo a la escuela, porque era invierno y estaba todo abrigado, así que sólo se escuchó la campera, la mochila y los pedales raspando contra la calle. Cuando no pasa nada malo es divertido pero acá no podía asegurar la misma suerte. Por suerte (seamos sinceros, ¡por perfecto dominio!) la cola de la bici volvió a su lugar y continué la bajada, hasta el primer techo que encontré en el punto comercial.

Foto a la cara de felicidad después de la adrenalina, ¡y a la caliente ducha del hostel, sin paradas! Si mañana llueve, envuelvo el equipaje en bolsas y sigo vestido como hoy, seco y calentito.

Volví por una gran plaza y de nuevo las encontré sorprendido: bolsitas de basura en un dispenser para recoger los restos de los cachorrines, y mantener así el pasto y caminos limpios. Otro comentario: vi varias veces caballos de equitación y niños entrenando, no saben lo bellos que son. A los caballos no les cortan los crines ni la cola, son de color chocolate, musculosos y de todos los tamaños. El niño, o niña más generalmente, con botas largas de cuero, pantalón blanco o negro, camisita blanca y casquito negro, sentados derechos sobre el animal que camina con buena presencia. Me encantan. También crucé dos personas en bici con demasiados bolsos y entonces me

fijé en su banderita: “la vuelta al mundo”. ¡Que lástima íbamos en sentido contrario y no pude charlar! El sueño del pibe.

Llegado a la ducha, mi cara cambió... ¡y no para bien! Esta ducha es como otra que ya tuve: una increíble presión, y el agua tan pulverizada que de verdad arde. Panza y cabezas, resguarecidas. ¿Pueden creer que una ducha haga mal? ¡Es como comer un poco de pan de salvado y caiga pesado! Y uno entra con esperanzas de salir renovado, relajado, descansado; y sale todo maltrecho como si viniera de un viaje en bici bajo lluvia. ¡Increíble! Y ya lo mencioné, ¡las nuevas experiencias que tengo en Alemania son difíciles de olvidar!

Lunes 12 – Dachau con trampita – 100 km en 5:32 hs.

Hoy fue un buen día largo. Empezó temprano con un desayuno en una luminosa galería, con buena vista a un parque. Después de pasear un poco por las cercanías de Füssen hasta por fin encontrar la Romantische Straße para bicis, la seguí. Es comodísima, bien señalizada y lejos de los autos. Paisajes increíbles, una niebla levantándose, y el gran castillo de fondo por largo tiempo acompañando, rodeado de cerros y de bosques. Clima bastante fresco y cielo de todos los colores: podía salir el sol como venir un tornado. Se decidió por lo que los pronósticos predecían: nublado sin siquiera llovizna.

Conocí *Wieskirche*, una iglesia con más fama que Chatrán. Entré pensando “porqué tanto espanto” y entonces entendí. En vez de ser con forma de cruz y techo de la misma altura, en el medio se levanta una bóveda como joroba, que del lado interno presenta frescos; todo bello, lujoso, y viejo pero preservado perfectamente. Saqué la foto a una firma grabada en uno de los ornamentales bancos de madera del año 1800, mi tío informa que las hay mucho más viejas. Me impresionan siempre los órganos y el lugarcito desde donde el sacerdote daría la homilía, un piso más arriba sobre un costado de la nave central. Siempre con incontables adornos.

No me cansé de sacarle fotos al paisaje y también al cielo, siempre cambiante. Este cielo les haría creer que soy buen fotógrafo y todo. ¿Vieron los cielos que uno ve pintado en acuarelas, o que se ve en un campo e inspira ganas de pintarlo? Bueno, acá está todos los días, uno lo puede ver mal por falta de sol o bello por los infinitos colores que lo decoran. Las formas de las nubes, las avionetas apareciendo y desapareciendo... ¡Interesante mientras no llueve!

Al salir de *Wieskirche* hay una capillita de las que a mi me gustan, de 5m², con figuras de la crucifixión y un fresco de Jesús atado durante los azotes, todo ensangrentado, que no dejó de impresionarme. Encorvado

y sufriente. Para colgar cerca de los cuadros de guerra de *Newschwanstein* estaba. Creí que esas imágenes sólo se veían en la película “La Pasión” pero vean, en esta capilla que ni siquiera a ello llega, hay un cuadro vaya uno a saber de qué año. Hace pensar, por la crudeza, en lo que uno piensa luego de ver esa película.

Esta ciclovía romántica pasa por lo lindo de las ciudades lindas, con lo cual los 100 km no se permitieron un segundo de aburrimiento o gran cansancio. En un pueblucho cualquiera, en una fuente cualquiera de una plaza cualquiera, hay una estatua de bronce de un gordito pelado, sonriente, con los pies bajo el agua y la mano tocando la superficie, como probando la temperatura. Sus chancletas esperan al lado de la fuente. ¡Todo está adornado! Vi lo que la vieja me describía antes de mi viaje, pero cerca de Göttingen en realidad: las dobles ventanas con adornos en el medio, cortinas desde la mitad para abajo, detalles que hacen de una casa un hogar pero que no las ve sólo la familia sino cada transeúnte. Entré en una iglesia de otro de estos pueblos y justo ensayaban con el órgano. Otro aderezo más, esta vez para oír.

Luego, y cuando prometí no parar más para poder llegar a Landsberg, paré para ver a un avión que subía y bajaba, y subía y bajaba, todo el tiempo, y cambiaba de altura bastante rápido. Tiraba paracaidistas descubrí luego, siempre de a tres que se dejaban en caída libre por un rato y luego los abrían. El avión se perdía constantemente entre las nubes bajas, a los aventureros les debe haber hecho más picante la experiencia. Entonces prometí no parar más, y a la vuelta de la curva había, armada con leños que por acá abundan, la forma de la fachada de una casa. En vez de mantenerlos embolsados para guardarlos les dieron una forma más particular y, claro, bella. Paré para sacar foto mientras la molestia de no cumplir con el plan se mezclaba con la alegría de no poder dejar de sorprenderme.

Luego seguí los 30 km hasta Landsberg, pensando en cómo unir Dachau, y cuantas noches usar en “desviarme” hacia el Este de lo conocido (al menos por mis folletos). Me interrumpió los pensamientos un avión grande, parecía los que usan los bomberos para los fuegos en bosques pero de colores militares. Enorme y a muy baja altura, seguía el curso del río que yo bordeaba.

Llegué a la ciudad y me fasciné con su centro turístico. En información me indicaron que todo estaba lleno, me mandaron a la estación de trenes que quedaba cerca, pero ahí me dijeron que no hay habitaciones. Un hombre vio que necesitaba ayuda, y muy amablemente me acompañó media cuadra hasta una pensión que ofrecía números telefónicos a falta de recepcionista. Al mostrarle mi falta de teléfono fue a buscar el de su casa, pero no atendían.

Lo vi tan hospitalario que le pedí indirectamente un suelo para echar mi bolsa de dormir, pero me contestó evasivamente, aunque de buen modo, que no sabía quien podía prestarme un suelo.

Sólo quedaba un hotel a €55, la temporada alta se hace sentir. A regañadientes acepté, pero cuando subí y vi que la habitación era fea y oscura, hice unos llamados para solucionar unas cositas todavía de la tarjeta y pedí el checkout. €30 de llamadas (¡terrible!) y verificaron que no me haya bañado. Todo estaba bien: limpié el inodoro que venía necesitando desde hacía kilómetros. No me importaba si tenía que no dormir, o dormir sentado en el centro turístico, pero no dejaría la plata de dos o hasta tres noches en un lugar que no me gustara. Mientras empacaba la bici pensé en tomarme un tren a Dachau: solucionaba el “problema” de cómo unirlo, dormiría bien (rápida y astutamente descarté la opción de prescindir de cama) y al otro día seguiría la ruta planeada.

Y así fue, para completar los 50 km que restaban a Dachau tuve que tomar tres trenes (me estoy poniendo canchero con el manejo en tren por Alemania) pero fue barato y no muy incómodo. El problema es que al subir corriendo al próximo tren empezaba a pensar: “¿no me habré olvidado algo en el anterior?” ¡Ninguna respuesta serviría en este nuevo tren! De todos modos y por suerte siempre eran respuestas negativas.

En el tren pensaba: “qué hermoso que este tren me lleve a Göttingen”. Y entendí entonces que estaba extrañando, y tal vez por eso quería hacer 100 km y no parar en ciudades lindas como Landsberg, tal vez por eso estaba gruñón. También me tenía incómodo que ya me quedaba de nuevo sin plata, pero esa era la excusa. Decidí conocer Dachau y al día siguiente tomarme un tren a casa; los 15 minutos de viaje que todavía faltaban fueron eufóricos. ¡Qué alegría! ¿Porqué, si no hago lo que quería? Porque hice *mucho más* de lo que quería, y mañana voy a volver a estar cómodo y sin extrañar. Como en casa, después agradecí a Gustavo que pudiera sentir esto en Alemania. Así, cada vez más contento, llegué a Dachau.

Bajé del tren y seguí al malón, que se iba rápido como si vivieran en Buenos Aires. Era para el otro lado del centro y me di cuenta por la falta de luces, sin embargo me sorprendió, pues supuse que la mayoría encararía para allá, donde necesito. Le pregunté a un chico que jugaba al basket y me mandó al lejano hostel, que no fue difícil de encontrar.

¡Hostal canchero y moderno como pocos! Y con el precio de hostel juvenil. Lástima que no tenían lugar. Puta suerte, ya eran las 21 y estaba estrenando las luces de la bici, quería llegar a algún lugar e instalarme. El recepcionista, un no-joven muy servicial, me indicó una *Gasthaus*.

— Un minuto, llamemos antes para ver si también está llena – contesté.

— Bueno, ¡ahí tenés un público!

No esperaba esa respuesta, pero tenía la tarjeta telefónica con que llamaba a Gustavo. La nueva casa tenía lugar, y lo reservé con gusto.

También fue fácil llegar, todo por avenidas, siempre tomando la bifurcación izquierda. Estaba al lado de Información Turística y del castillo, pleno centro y baratísimo por ser *Gasthaus*. Cuando me dieron las llaves de la habitación número 1 sentí endorfinas por todo el cuerpo, ¡por fin! Más de 12 horas de viaje de puerta a puerta. Guardé la bici lo más relajado que pude, y al entrar pensaba que por el doble de ese precio estaría durmiendo ahora en un lugar feo y planeando cómo llegar a Dachau, al otro día, en bici. Imposible de pedalearlo, además, luego de los 100 km de hoy. Fue una buena decisión.

Así que me relajé, comí una gran ensalada con pollo (¡tuve que gastar de todos modos aquel no malgastado dinero!) y tomé la primer cerveza de mi vida sin que me ofrezcan. Mitad mientras esperaba el plato, mitad durante la sabrosísima cena, así que, y luego de pedalear 5 horas (la verdadera razón), ya los pasos no serían tan precisos. El lugar era precioso, todo de madera, con doble ventana a falta de doble vidrio, vasos alemanes sobre las alacenas, pinturas con imágenes típicas del lugar, diez grifos rodeando la barra para cada tipo de cerveza... un sueño típico. Lo bueno es que mientras cenaba sonreía solo, estaba empezando a asimilar y pensar en todo lo que hice, en vez de planear qué me esperaba mañana, por primera vez en semanas. Ya estaba, ¡gracias por acompañarme, piernas! Y todos esos pensamientos estúpidos luego de cumplir eufórico con algo propuesto. Moría por contarle a alguien pero no tenía el teléfono habilitado en mi habitación, menos mal porque me terminaba de secar, sino. Y salir de mi hogar por fin encontrado por un teléfono, ni ebrio.

Quise pagar con monedas pero no llegaba, así que pagué con el último gran billete. Los guachos notaron mis intenciones y el vuelto fue todo en monedas, la mochila pesó un 20% más desde esa cena. Baño de inmersión (con ese ocioso chorro, media hora esperando a que se llene la tina) y me puse la tercer muda de ropa que no había usado en todo el viaje, y su único olor era el del chocolate derramado cerca de Hann Münden, el primer día de viaje. Vida nueva, una gran alegría. La mochila tuvo nuevo lugar porque usé también el jean poco engrasado y el buzo polar amarillo por el frío, que ocupa más lugar que una almohada.

Así que dormí perfectamente en una cómoda cama. Y mañana al castillo,

info turística, y el campo de concentración de la II Guerra Mundial para terminar en la estación de tren. Todavía no me imagino cómo será pero de todos modos pienso poco, ya lo veré.

¡Qué Lunes tuve! Otra que rutinario. Siempre me gusta pensar: “hoy me levanté en Füssen”, y no puedo creer que todo haya sido en un solito día. Pensar que el tiempo siempre se nos escapa como arena de las manos, estando de viaje cambia todo. Ni les cuento en bici, que ver un ganso es una actividad interesante. En la entrada de Wieskirche vi dos cruzando la calle, tuve que frenar como en los dibujitos. No aceleraron el paso, iban graznando al cultivo de al lado para picotear el suelo. Uno atrás del otro y moviendo la colita para caminar, como las palomas mueven la cabeza. Hasta eso es interesante.

¡Eso es *todo* para este Lunes!

Martes 13 – Dachau

(¡Menos mal que escribo porque contándole a Gustavo me doy cuenta que ya me olvido de cosas, importantes como nombres! O cómo era *x* lugar donde dormí.)

Desayuné abajo, en otra sala igualmente decorada en alemán. Me encantan los cereales alemanes. Fui a información turística y abrió en los diez minutos que me llevó ver los folletos de la entrada, ninguno interesante para mí. Mucho sobre arte. Entré, y para ser discreto pregunté qué cosas interesantes hay para conocer en Dachau. Me contó mucho del arte, galerías de fotos, folletos con historia, el castillo que había a una cuadra de distancia. Le pregunté sobre el campo de concentración y lo indicó en un mapa, con una expresión no tan sonriente que tal vez fue sólo mi sensación. “Por ahí los llaman diferente, acá” pensé al ver los folletos en alemán, pero no creo porque en inglés también decían eso: “*concentration camps*”.

Fui primero al castillo y el gris homogéneo cielo empezó a regalar no-bienvenidas gotas de agua. Los parques del castillo hermosísimos, mientras que el castillo no es tan imponente. Desde allí arriba se veían edificios de München, que no sé porqué no muero por conocer. 18 km solamente. Escapo a las grandes ciudades viajando en bici parece.

Apurado por la lluvia, busqué mi bici y llegué hasta el lejano campo sin mojarme demasiado, los árboles cubren. En la entrada recibe la frase de un sobreviviente: “Dachau ya no es más el nombre de una ciudad, ahora es el triste nombre de todos los campos construidos en esta zona”, o algo así daba a entender. “Pobres pobladores” pensé, y pensé en la mujer de información

turística. El folleto que ella me dejó de historia indica eso: antes del 1.933 Dachau era la ciudad de artistas y comercial en la ruta Augsburg-München. Ahora es el recuerdo de la triste y cercana historia del gran país que ahora es. Barátísimo entrar, había dos grupos recorriendo, uno de turistas y uno escolar, los dos en alemán.

Mucha información, varias fotos, no demasiada dura crudeza (sólo la realidad, y opacada porque está reconstruido y no como realmente fue). Siempre me imagino a esa época en blanco y negro, se que porque las imágenes lo son pero lo imagino así de todos modos: los largos tapados de los que llegaban, los grises y gastados uniformes “cebra” que les impusieron, los uniformes nazis, el clima gris y lluvioso que justo me tocó... las paredes sin pintura, las literas de madera. Por eso me cuesta entender que el verdísimo pasto que estoy viendo también existía. O la blanquísima nieve. Es increíble. Leí mucha información que es parte de la historia, para el que leyó del tema nada nuevo bajo el sol. Cómo llegó esa tiranía al poder, cómo llegó ese poder a ese imperio, cómo ese imperio logró una discriminación tan bruta y casi legitimada por la población, al menos ignorada. Sólo cambia el estar ahí, no lo estás leyendo en casa, en un puf argentino, sino ahí donde 50 años antes se paraban en atención durante 3 horas por no haber hecho prolijamente las camas¹. ¡Donde estaban encerrados por ser! Ahí mismo.

Del museo informativo caminé a las barracas, solo dos hay. Las literas de tres pisos, los baños, del otro lado las nuevas literas de cuando empezaron a traer no sólo presos políticos sino, directa y simplemente, judíos y otros “indeseables”. Son también de tres pisos pero sin divisiones laterales, así era más fácil llevar la superpoblación. Antes del viaje había visto una película sobre un periodista que hizo una ferviente propaganda anti-nazi, hasta que le llevaron sus anteojos sucios a la esposa como documento no oficial de su muerte. Lo enviaron acá, Dachau; fue el primer campo y al principio era para ellos, todavía no era con fines raciales de exterminio.

Luego, caminata por la calle central, al medio de lo que alguna vez fueron las 30 barracas (en su perímetro hay ahora piedras) hasta los nuevos monumentos y crematorios. Ahí sí se sintió diferente. Bueno, qué se yo... descripciones hay en cualquier libro sobre la época, pero a mí me hizo pen-

¹En su libro “El hombre en busca de sentido”, el psiquiatra sobreviviente Viktor Frankl relata que luego de su viaje de casi tres días desde Auschwitz hasta aquí, parado en un tren hacinado, debió pasar la noche junto a sus compañeros cumpliendo esta condena. Pasó “gozoso” esas horas de frío, pues el nuevo campo no tenía “hornos” ni “chimeneas”. Frankl relata de modo concreto los sentimientos de los reclusos y guardias en su “vida cotidiana”, centrándose en las razones por las que algunos se dejaban morir, mientras que otros continuaban pensando en su futuro.

sar en cómo un soldado nazi –y por más ideales que tenga– pueda querer hacerlo, o quererse haciéndolo. Si ellos creen que no eran humanos bueno, supongamos que nosotros lo hacemos con nuestras vacas o perros, que ya me parece una falta de respeto por el sufrimiento de las personas. Inclusive así es imposible. Tan terrible, tétrico, oscuro, oloroso, sucio. Nido de enfermedades. No existe razón ni pasión, no se entiende. Será la inocencia que espero nunca perder la que me deja sin palabras. ¿Saben la adrenalina que da el solamente caminar por esos lugares? Estaba tan así que hasta me molestaba que sacaran fotos, que hablaran, cosa totalmente natural en un museo a la memoria, un museo de Historia para concretar ese “nunca más”.

Conocido esto que me despertaba tanta curiosidad y ahora despertó nuevas cuestiones y afirmaciones, pedaleé hasta la estación de tren. 11 horas de viaje tendría, ¡qué molesto! No había otro modo con la bici, 4 cambios de tren creo que fueron. Pero lindo, en lo único que pensaba era en el viaje tan fresquito, en los valles que surcaba el tren hasta que la oscuridad no me permitió ver, y en la casa que me esperaba, en casa. Pensaba en “qué grande el hombre”, inventando los medios de transporte. Así de fuera de toda posibilidad tenía el no viajar en bicicleta. Ya lo había aceptado como único medio, hasta que viajé de Landsberg a Dachau.

A las 11 horas bajé del tren y empecé a andar por Göttingen rapidísimo hasta casa. Un peligro porque la verdad es que entre el sueño y la miopía acentuada por el cansancio no veía una ardilla. ¡Por suerte iban pocos ciclistas, y más despiertos que yo!

Y llegué, de vuelta. Me encontró un niño de mi edad muy simpático, y preguntó: “¿vos quien sos?” ¡El muchacho cuidando la casa, y yo entré hecho un croto, sin avisar, y empecé a comer todo lo que encontrara en la heladera! Cuando le expliqué siguió su pregunta: “y... ¿hay alguien más o solo vos te hospedás?” ¡No entendía nada el pobre! Charlamos un buen rato, hasta que saqué el hambre y me fui a dar un buen baño. Me puse desodorante y perfume, primera vez en tres semanas que huelo bien, se siente bien. Me cepillé los dientes después de dos o tres días: me olvidé el equipo en Immenstadt y no me pude volver a entender con cajeras de supermercado para conseguir. ¡Me corté las uñas! Con la tijera que me dio la mujer de Immenstadt me cortaba un dedo, así que preferí aguantarlas. Sólo me falta una buena afeitada con una buena loción, y estoy para usar un jaquette e ir a un casamiento (¡qué bueno!)².

Contento, bien. Dormí, me levanté, desayuné... ya estoy calmando la lombriz solitaria y adecuándome a una vida más social. Ordenando todo,

²Se avecinaba el casamiento de mi hermano en Pergamino.

contestando viejos mails, releyendo.

Bueno, eso será todo por este viaje en bici. ¡El próximo es corriendo y a los bosques de aquí arriba, llueva o truene!

¡Beso *enorme* a todos! ¡Disculpen las demoras que varios notaron y me hicieron notar! Gracias por todos sus mails;

Tute.

3.5. De vuelta en casa: Göttingen y alrededores

Jueves 15 de Septiembre

¡Hola, familia y amigos! ¿Cómo andan? Yo les cuento que muy bien (no me gusta andar con novedades sobre estos temas).

Ayer andaba paseando por la joyería, y una española observó mi remera de Asturias, no tanto por española como por ser ella asturiana.

— ¿De qué parte?

— De Gijón.

Cuando le conté que un mes antes visité ahí familiares concluyó: “es que el mundo es un pañuelo”. Y hablando de remeras, ¡me tengo que llevar una alemana! No compré nada por acá, aparte de doscientos panes por el sur. También conocí a una maratonista de 29 años tan linda y simpática que me interesaba más eso que el hecho de que corra maratones. Fingía interés mientras le mostraba las fotos. Cuando llegué a la parte de Bernd Albrecht concluyó: “¡pero ese tipo está loco!” No lo niego: en varias fotos que me mostró sus pies parecían de plástico. Menos mal que decidí volver a Argentina, porque le proponía casamiento a esta chica sino.

¡Así es! Con mamá contando los planes familiares para su cumple, y los planes también muy familiares para la despedida de los novios (que no tuve en cuenta a la hora de calcular la vuelta), entendí que son cosas muy lindas para perderme, así que mañana voy a ver si Axel me puede cambiar el pasaje. Lo pensé mucho antes, claro. Mucho. Entre los pensamientos entró el que me queda tiempo para conocer el Salón de Frankfurt, elemental. Sin embargo me pierdo el museo de Wolfsburg y tiro la posibilidad de bucear. Pero creo que vale la pena.

Primero leí los mails de las cadenas. Después me fui a enseñarle español a Amira pero no estaba, así que la esperé contándole el viaje a la simpática madre. Ella me contó que en Austria anduvieron por partes no tan montañosas y en granjas de producción de vinos, no me perdí demasiado entonces. Y

con las esperanzas de paraíso que tenía, me desilusionaría; todo se fue dando del mejor modo posible. Luego, y notando que Amira no volvería (no saben como odia al profe por el solo hecho de ser profe, si hablo en inglés entonces sonreirá), volví a casa cuando empezaba a llover.

Por merendar como ternero tuve que esperar a digerir antes de salir a correr a los bosques. Comí un pan justito antes de salir, ¡no me dejó en paz en todo el recorrido! Qué esfuerzo es respirar cuando el estómago *también* quiere hacerlo, lo único malo de esta salida.

Mirando el verde clarísimo de los árboles mientras todo estaba oscuro por la constante lluvia, patinaba con piedras tropezaba con ramas, ¡así de naturales! Anduve siempre por caminitos en subida o bajada, muy accidentados y a veces más angostos que yo, así que me tenía que agachar para no empaparme con las ramas que chocaba. Igualmente de la lluvia no me protegí demasiado porque daba menos frío.

Mientras corría por esta belleza de bosques (eso sí que lo voy a extrañar, qué placer tener a diez cuadras este paraíso natural) pensaba en volver a Sudamérica, así que ya en casa, y luego de elongar no mucho pero bañarme bastante, les conté la idea a los padres postizos. Después llamé a casa, sucursal Pergamino:

— Hola Ma (“¡hooooooooola querido!”), ¿por qué ruta viajan a Necochea?

— Por la ruta “x”, ¿porqué?

— Para que vayan por la 2, y me pasan a buscar por Ezeiza. ¿Les parece?

Primero pensó que era broma, y no me daba bolilla. Después se emocionó, y tampoco me daba bolilla. ¡Pero yo no sabía, así que no entendía porqué el silencio! Confirmaron el cambio de ruta, y a cambiar mi pasaje.

¿Saben qué? El 5° viaje (centro de España, Asturias, Málaga, Alemania, *Alemania en bici*) fue tan aventurero por así decirlo, y tan bueno y grande, tan lleno de cosas nuevas, que ya no pude disfrutar de la vida “normal” (aunque seguro con sorpresas, como siempre) que me espera en Göttingen, pensando en los eventos argentinos. Lo único que me pierdo –y porque ya se me va llenando la agenda– es el medio maratón de Pergamino, que si bien no entrené especialmente me animaría a inscribirme por la tranquilidad con que se movió mi corazoncito durante el trote de hoy. La última fue en dos horas y a esta no se siquiera si llego, pero el hecho de estar ahí, aunque no corriendo, ya infunde alegría. Es el Domingo 25.

Bueno, ¡muchas cosas dando vueltas por la cabeza en planes y organizaciones! ¡Pensar que en una semana volvería si todo va bien, y no compré regalos! Obvio porque no tenía plata, pero al menos una tarjetita, un tarrito de rollo de fotos con tierra, una manzana con granos que no se pueden comer como encontré tantas por mi viaje. . . se van a sorprender de lo tacaño. Y no lo digo para que reciban sin esperar, ¡lo digo desde la más profunda sinceridad! Lo único que compré fueron vasitos para los amigos, promesa en la fiesta de despedida. Son tan chicos que sirven de dedal, pero también para adornar, y si los miran con mucho cariño, para tomar tequila.

¡Muchas cosas dando vueltas por mi cabeza!

Domingo 19 de Septiembre

Saqué pasaje en tren 12 horas antes de que salga mi avión, así hago metralla de fotos en el Salón del Automóvil de Frankfurt. Les quiero contar mis últimos respiros en Göttingen.

Primero, desde que llegué me sorprendo de que gente de afuera de la familia me pregunte con interés cómo me fue. Me alegra mucho; saben, se siente raro volver de un viaje en bici por Alemania a un pueblo de Alemania, y que vengan “amigos” casi recién conocidos a preguntar cómo anduvo el viaje y que les cuente.

Cuando entré en las oficinas de Axel para dar el presente, casi con orgullo les presenté mi viaje a sus cotrabajadores:

- ¿Cuántos kilómetros fueron?
- Mil cien.
- ¡Mil-cien kilómetros!

Axel sonreía mientras escuchaba con interés los cuentos. Le volví a agradecer tanto la bicicleta.

La primer mañana luego de llegado salía en bici a la joyería, y Felipe lloraba porque quería venir conmigo. ¡Creo que ni saben que hice, pero saben que desaparecí! Saben, también, que en Marzo visitan Argentina. Pablo sólo preguntó cuándo vuelvo.

- A la tarde.
- Tratá de volver aaantees. . .

Le contaba esto a Gustavo, sorprendido porque en mi vida jugué con ellos o les hice algún día más interesante, y él, afirmando esto último entre

risas, no se sorprendía porque los conoce.

Un Viernes que ni idea tenía era Viernes estaba por ir a dormir cuando me invitó Patrizia, empleada de Axel, a salir. Nunca salí en Alemania, y no solo porque no nombraron la discoteca fue que acepté. Empezamos en un bar lleno en que quedaba una mesita casi reservada; si nos quedábamos no le errábamos después me di cuenta. Tomé el primer fernet después de un tiempo, qué bueno es. No se sorprendió ella de que me guste “eso”, ¡pero que además lo saboree de tal modo era demasiado! De ahí seguimos a Savoy, que me recordó mucho a Spektra de Pergamino no por tamaño pero por su onda: en su época debe haber sido un infierno y todavía está bueno. Ella decía “los viernes no va gente a Savoy, sólo los tontos como nosotros, que van creyendo que con los tragos libres hasta las 12 hacen negocio”. Acá se sale los miércoles, en Buenos Aires los Jueves, y creo que nunca le voy a encontrar lógica. ¡Esta es ciudad casi exclusivamente universitaria! Los que no estudian trabajan. Pero se sale.

La onda de la disco es igual que en Argentina: la gente, las decoraciones, ¡la música! Pasaron tanta música latina que dudaba de estar en Alemania o en Colombia. Y un poco de música “negra”. Un ebrio para pedirme paso charló 45 mins, entre los cuales por poco me agradecía por visitar su país. Su poca costumbre con el inglés hacían menos comprensibles las ideas, pero eso fue lo único en claro: estaba interesado en hacerme entender que le gusta la diversidad de culturas. Volvimos temprano a dormir, porque esa mañana era Sábado y trabajaba.

— ¿Sábado? ¿Pero no es Domingo?

Y se volvió a reír y a envidiarme de lo perdido que ando en estos tiempos de largas vacaciones. Empezando porque me contó en el bar que era Viernes y por eso había bastante gente.

Antes que todo esto me llamo mi profesora de alemán Lissy (que por suerte al final no se tomó muy a pecho lo del idioma) para ir a Savoy. Como yo no bailo, pero además no es que no tengo onda sino que tengo mala onda en los boliches, le dije que no. ¡Por eso se calentó al encontrarme en una barra! Al menos era verdad: no bailaba y estaba porque venía de un bar. Qué grandes, Axel y Gustav: ellos me presentaron a medio Göttingen el primer día que lo pisé.

Hoy (Domingo a la mañana) fui a nadar con Lissy. ¡Primero desayuné, obviamente, o qué esperaban! Había una niebla que no se veía al vecino,

pero Ina estaba casi segura del día soleado. ¡Yo creí que en este tiempo se había vuelto loca! Increíble que tuviera razón: al levantarse la niebla el sol iluminaba desde el azulísimo cielo. Estuvo bien el nado, como siempre. Estaba re-frío pero el agua templada. Afuera todavía había niebla y siempre es hermosísimo verse en esa pile externa que larga vapor.

Después cacé la bici (limpita y como nueva) y fui a la torre de Bismark arriba en los bosques, para tener una buena vista a 360° de la ciudad. Hermosísimo todo, me encantan los puntos panorámicos. Se veía todo Göttingen, ¡los bosques!, algunos pueblitos adyacentes, rutas y caminos alejándose, y la turbina eólica más grande, todo como en una buena maqueta. De ahí a bicicletear por barrios no conocidos de Göttingen (hermosísimos como la mayoría de la ciudad) y a un pueblo muy cercano que tampoco conocía y quise conocer. ¡Tenía el nombre más raro de todos los pueblos que visité! Ni siquiera sonaba alemán, no lo memoricé. No tenía nada interesante y volví a comer el asado que hacían, el pollo de Gustavo no tiene precio.

Esa tarde iba a ir a Hanstein de nuevo, por el otro castillo que me falta para ver la “caída del diablo”, un mirador, pero estaba cansadísimo. Claro, nadé sin pensar que eso cansa (la espalda no son las piernas), después anduve en bici queriendo andar rápido pero poco, creí que no cansaba. ¡Llegué y de suerte no me dormí en la mesa! De invitados: una pareja amiga de la familia. Así que espero no perderme la caída del diablo antes de la vuelta, veré, y espero que el buen tiempo siga acompañando.

No paro de comer y sigo en 70 kg clavadísimos, llegué del viaje, y 70. Yo no se como hago pero es increíble. Siesta y a escribir.

Compré un vino “Barolo” para dar a Axel junto con su bici, y cometí el error de preguntarle a Gustavo qué quiere que le regale a él. Obvio “nada”, pero yo le dije que necesitaba irme sintiendo que le dejo algo en la casa. Un vino no porque se acaba, algo que use y le guste y recuerde. Entonces contestó: “Voy a pensar cómo te puedo dejar ese sentimiento”. ¡Le voy a regalar algo *bien* feo y va a servir para lo que quiero!

Como ven cayó la ficha de que me voy. ¡Quiero ver todo lo que en los mapas no conozco y que alguna vez estuvo en planes!

Lunes 20 de Septiembre

Qué bueno que hoy no tenía computadoras en lo de Axel para bajar mis fotos a CDs. Compré una azucarera a Gustavo después de criticarle la suya en el desayuno, busqué alguna remera alemana que en Argentina voy a lamentar no haber encontrado, y comí un montón de pan con un montonazo de mermelada casera antes de salir, a las 11:30am, en la bici hacia el sur

de Göttingen. Me faltaba un castillo, *Ludwigstein*, y un mirador, la “caída del diablo” o *Teufelskanzel*. Me parece que estos castillos pertenecieron a Ludwig I, pero la verdad no me interesé. También desde el uno puede verse al otro.

Luego de un buen viaje a la ida, llegué rápido a Bornhagen, el pueblo del castillo Hanstein. El camino es hermosísimo, primero llano pero después se va metiendo en colinas cada vez más altas, por una ruta angosta y casi sin autos, lindísimos pueblos, hasta que se llega a ver en la punta de un cerro al viejo castillo. Sol radiante y aviones para tirar para abajo. Al llegar a la entrada del bosque comí dos duraznos mirando al castillo ya conocido, antes de meterme en el oscuro camino para llegar a la Caída del Diablo. Mientras miraba un mapa turístico que mostraba las principales atracciones de la región, noté que, un poco por interés y otro poco por perdido, conocí a casi todas.

Esto era muy alto, a pocas cuabras del primer castillo; ya tuve la primer gran subida del día. Me inundé de bosques con la bici, todavía subiendo muy despacito, por un camino pedregoso e irregular que no permitía aburrirse. En un momento se hizo un claro de árboles y pude ver a las colinas lejanas, estaba altísimo.

En una bifurcación sin demarcar tomé el camino de la izquierda, y empecé a bajar. Me sentía perdido porque se supone que el mirador esté arriba de todo. Estos metros volví a sentir lo que tantas veces: ¡el estar andando por el camino equivocado y puteando hasta a las ramas! Subidas y bajadas de por medio, encontré una pareja que caminaban con su perro cerca de una cabaña. Les pregunté por el mirador señalando el mapa, y me dijeron que “está ahí”, detrás de la cabaña. Subí sospechando que mi error con el camino fuera cierto pero ahí estaba: una gran roca bajo una ventana formada por la rara ausencia de árboles. Subí, y era increíble. Desde esa altura ver colinas más bajas que uno es una sensación difícil de explicar. Detrás de la primer hilera de colinas, más colinas alejándose y perdiéndose en la bruma. Además pensaba en que llegué ahí transpirando: ahora podía bajar usando la energía de la gravedad que había ganado. Al fondo las montañas se ven color azul oscuro por la fina niebla que las difuminaba.

No sólo se veía eso porque además estaban el color negro de bosques sobre las sierras como las manchas de una vaca, a la derecha toda esta colina con bosques y árboles verde oscuro que bajan hasta un río, que justo ahí describía una “U” para volver a alejarse. A la izquierda de la U, un pequeño pueblo: *Lindewerra*. Dentro de la U de agua (que no es muy grande) cuatro colores diferentes para los diferentes cultivos del campo. Pintoresco el paraíso.

Volví a la bici a comer el tercer durazno y tomar poca agua (el frío no

permitió transpirar demasiado), y en vez de bajar al río por el camino para bicis, lo hice por el pedestre.

Es un desperdicio bajar a 5 km/h y frenando todo lo que uno subió, pero fue *tan* placentero. Imaginen los caminos angostos de los bosques. Yo creí que en el piso había aserrín por las leñas de la cabaña pero era un gran colchón de hojas y ramas; a algunos árboles ya les llegó el otoño. Aparte de esto que tornaba poco firme la superficie había piedras grandes, bajadas empinadas, al principio el precipicio a mi derecha que en las condiciones no me dejaba de lo mas cómodo, y las ruedas casi siempre yendo de costado por querer, sin lograrlo, subirse a piedras o ramas; nunca derecho como en una calle. ¡Así de divertido! En un momento el camino se dividía en tres bajadas: a la derecha para bajar de un salto, al medio para bajar por algo similar a una empinada escalera, y a la izquierda para bajar caminando con cuidado. Tomé el de la izquierda, pero patiné y caí al medio; tuve la suerte de chocar contra la pared del tercer camino, que me frenó. De no ser por la mala suspensión y por tanto bajísima velocidad hubiese estado al nivel del Bosque de Arrayanes, hubiese sido de lo mejor que viví en la bicicleta. Y ahora que lo recuerdo entiendo el dolor en el codo izquierdo, mientras volvía y me preguntaba: “¿qué pasa?” Porque cuando llegué a la luz y a un camino derecho (y a diferencia de la bajada llegando al *SeeburgSee*) liberé los frenos y miré a lo lejos, ya no a donde pisaran las ruedas. Pero aquí las canaletas tienen alrededor de 7 metros de profundidad, ¡así que me sorprendió la primera que me enseñó por fin a bailar!

Crucé el río, y luego de tomar el sentido opuesto al segundo castillo, volví y llegué al camino correcto. Pasé por un cementerio de guerra, siempre miro las fechas y no se para qué, porque al calcular las edades, siempre me sorprenden. Pero todavía no encontré ninguna muerte en el “día D”; no los enterrarían por esta zona, pero tampoco vi en monolitos de iglesias.

El mapa indicaba punto panorámico para el castillo pero no lo pude apreciar demasiado a través de las ventanitas de su torre. Del año 1600, reconstruido varias veces según las planillas informativas, lo usa la juventud desde hace un buen tiempo. Por la vestimenta puede tratarse de boy-scouts, pero no estoy seguro si lo son. Durante la época fue usado por la juventud hitleriana, ver a esos niños saludando en la forma nazi conmueve mucho. Hermoso castillo, por su construcción y vista.

La bajada fue emocionante como suponía mientras la subía, mirado los paisajes que entonces ni pispearía. En una curva se me fue la mano con el freno trasero, y la cola quiso seguir derecho, esta vez en seco así que en el pasto desaceleré y pude volver al camino. ¡Increíble! De terminar en caída la rodilla quemada me acompañaría algunas semanas, por suerte no pasó nada.

Vi muchos aviones cruzando el cielo despejado. Pasé por una ruta en construcción, miré el mapa e indicaba castillo. Recorrí el lugar con la vista pero no encontré ninguno, creía estar perdido pero después encontré la construcción antigua, sobre una suave colina. ¡Tres castillos distintos a 30 km desde Göttingen!

Paré en la “estancia que no es estancia” (Besenhausen), pero los Lunes y Martes cierran. ¡Qué mala suerte! El chocolate que mi fría garganta y yo ansiábamos tendría que esperar. Saludé a la familia que cuidaba el lugar y me invitaron a quedarme a descansar si lo deseaba. Dormitaba echado en el pasto mirando al cielo, calentito al sol después del frío viento. Algún ganso tuvo gansitos y andaban todos los pollitos amarillos de aquí para allá. Había un pato con cabeza de color verde oscura, casi negra a la sombra, pero al sol adquiría un tono tan fuerte que no parecía natural. Comí un pan que me quiso robar un viejo y simpático labrador (“la granja de Orson” parece esto), tomé agua y continué el pedaleo.

Saqué fotos a Göttingen por primera vez desde la ruta, a modo de despedida. Llegué a casa, hice cereales con leche, y se acercó un amigo de Felipe que se quedó mirándome fijo con esa cara de viejo labrador que me invitaba a invitarle. ¡El sinvergüenza se quedó hasta que terminamos la computera! Al menos me enseñó una palabra, que por su sonriente expresión definí como rico: “*Lecker!*” Y no se equivocaba.

Un buen baño y a leer mails. ¡Nunca me llegaron tantos, entre esa despedida de solteros y casamiento!

Martes, 21 de Septiembre

Ya me voy, el calendario sabe desde hace unos días pero yo me enteré ahora. Empecé por las oficinas, donde guardé todos mis archivos y desinstalé programas de “mi” PC. Ahí cayó la ficha. Es verdad lo que dice el pasaje, ¡me voy!

Luego, a tomar un vaso grande raro en un restauan italiano con leche y café y no se que más, que estaba buenísimo (un “*latte macchiato*”), en una galería al sol de la peatonal “linda” de Göttingen. Con mi “amiga” Lissy, que por cómo se despidió parece que soy su amigo, sin comillas. Creí que las despedidas no molestaban pero me dejó de cama con esas despedidas del estilo “qué bueno que nos conocimos, alguna vez nos vamos a reencontrar. . .” No se si evitarlas es de poco caballero, de cagón u otro modo de decir el (no tan) simple “adiós”. ¡Me encariñé demasiado con este lejano país me parece! No es tan fácil como esperaba preparar la mochila y subir al tren.

De ahí a comer Sushi con Gustav, riquísimo. Nos sentamos en una barra

que rodea al cocinero, tiene un canalcito de agua por el que navegan botecitos de madera con los alimentos, muy bueno.

Después y casi por obligación fui a comprar la remera de la universidad de Göttingen. Qué lindo clima hay en las universidades, todos disfrutaban en el campo el gran día de sol que hoy es. Todos van en bici, no se imaginan las cientos de bicicletas que había. Y todos con uno o dos libros bajo el brazo pero en tiempo relajado, charlando entre amigos y bien vestidos. Me encantan las universidades. ¡Me sentí vagazo entrando de “sport” y para llevar una remera de recuerdo!

De ahí a devolver la bici, el momento más dramático del viaje, pero por suerte en la casa de Axel no había nadie. Así que aquí está, la hora de mi vuelta no parece haber llegado sin haberla entregado agradeciendo. Pensar que me la dio apenas llegué por dos semanas. . . ¡y la usé hasta mi último día de viaje!

Terminé de leer la “Señorita de Tacna” y me encantó, leer obras teatrales acentúa ese sentimiento de que uno se imagina lo que podría estar viendo, agrega placer a la lectura. Aunque por otro lado, la detallada descripción de la escenografía no deja demasiado trabajo a la imaginación.

Miré el reloj, quería que se pasen las horas de este diazo porque decidí no salir a correr para que los bolsos no sufran con mis sales. “¿Las 13 todavía? ¡La hora no pasa nunca!” pensé, ¡pero se había parado mi reloj! Se dio el lujo de acabar su pila justito antes de tomar un tren a las 7:18, un avión a las 19:25 y otro a las 23:22. Me llevo el despertador plástico y grande en el bolsillo.

Pasé el cuentakilómetros a la bici de Gustavo. Luego los chicos me regalaron, cada uno, un playmobil diferente. Un caballero sobre caballo se lleva todos los premios; el otro, más pirata que también está bueno pero se lleva el premio de plata.

Cena de las buenas, pollo asado por Ina en la asaderita eléctrica integrada a la mesada, jamón crudo y un vino. Luego un rezo en conjunto que hizo temblar la tierra. ¿Se sintió desde allá? Muy lindo. Y a cerrar los bolsos (eso sí se guarda para el último minuto) y mandar el mail para guardar todos los archivos en un disco. ¡Qué mudanza!

Flor de viaje. Hoy mientras dejaba al tiempo seguir su curso me puse a ojear un atlas del mundo (del National Geographic, en cuanto lo encuentre por Argentina lo llevo a casa) y no paré de pensar en viajes. ¡Era un tema abierto desde que no se qué soñar luego de viajar a Ushuaia este año! La otra punta de Argentina, empezando en la Quiaca. Por supuesto, sólo sueños que nunca deben faltar, porque después de esto y sin saber qué me deparará el destino pensar en viajes es de locos.

Todavía no me agarró la locura del “me vuelvo”. Ya me voy a empezar a arrancar los pelos en el aeropuerto, o a sonreír solo, ya veremos. ¡Si es que el Salón de Frankfurt no me desconcentra demasiado y me acuerdo de tomar el tren hasta el avión!

¡Muchas gracias por su compañía! Un beso grande a todos, nos vemos;
Tute.

Capítulo 4

El Noroeste... ¿Argentino?

*“Lloré por la emoción de un gesto tan mínimo y humano
como infrecuente y valioso,
por la mano cálida de dos desconocidos en el punto opuesto a mi tierra.
Lloré por la sencillez de las cosas que nos hacen felices.”*
Sergio Drucaroff

4.1. Al jardín de la República

12 de Enero – El Mollar

Empezamos el viaje una mañana temprano en Pergamino, mi viejo nos llevaría en auto hasta Tucumán Capital. Él iba por trabajo, nosotros por decidido ocio. Los 850 km se hicieron cortos, entre charlas y cambios de volante. Y, llegados a la ciudad, el viejo no perdía oportunidad de invitarnos con comidas y comodidades. El temporal que hubo nos sorprendió, a Dios gracias, bajo techo con papá, así que no la pasamos muy mal. De hecho la pasamos bien, sin saber que era tan grave. ¡Pensar que planeábamos acampar!

Llegamos al siguiente mediodía a Acherai, en el sur de Tucumán, donde comenzaría el bicicleteo. La ruta recorrería las selvas de Tucumán, atravesaría Salta por la Ruta Nacional 40, para finalizar –recorriendo la Quebrada de Humahuaca– en Iruya, destino final del viaje.

Mi viejo no quería dejarnos, ¡seguía viaje con el auto a pesar de que estábamos pasando Acherai! Hasta se tomó la precaución de comprar chocolates de más en el almuerzo, para dejarnos lo que sobrara. ¡Siempre bienvenidos!

Frenamos en la banquina y esparcimos todos los bolsos para empezar a acomodar. Desde ahí se veía una larga recta en subida. El viejo observaba, y nos decía:

- ¿Saben lo que siento?
- ¿Qué?
- ¡Lástima!

Nosotros nos moríamos de risa mientras rearmábamos las bicis y alforjas. Es mi quinto viaje, papá conoce las fotos, pero nunca me vio alejándome a pedal, supongo nunca habrá sentido cómo se lo vive. Con Eze, a la inversa, nos sorprendemos de que no todos sientan que viajar en bici es de película. Guardamos los chocolates a mano, y subimos a las bicis. Recorridos nuestros primeros metros papá dio la vuelta a Pergamino.

Este primer recorrido siempre es eufórico, empezamos andando rápido y emocionados. Paramos a pedir agua en un rancho, ya que la inundación la había cortado en Acheral. Esta noche dormiríamos en el monumento al Indio, una estatua 40 km más arriba por esta ruta. Hicimos la larga subida acompañados por unos amigables chicos que nos vieron pasar por la entrada de su pueblo (Santa Lucía), y pedaleaban a nuestro lado haciendo preguntas, a modo de apoyo y compañía. Les había llamado la atención las grandes alforjas, y pensaban que veníamos de muy lejos, ¡pero ahí mismo empezábamos el viaje a la Quebrada! Uno se cayó violentamente al cortársele la cadena mientras hacía fuerza, tuvo que volver justo antes del Indio.

A pesar de nuestro cansancio –luego de un sedentario año universitario– pasamos el Indio, no parecía un lugar interesante donde acampar. Dos viajeros en moto nos sugerían llegar a El Mollar: aseguraban que el camino era imperdible, de no muchos kilómetros, y que el pueblo estaba bueno para salir a tomar algo. ¡Se olvidaron que las subidas son obstáculos para la bici!

Cubrimos 53 km de subidas en curvas y selvas este día, no tuvimos respiro. Llegamos tan tarde y cansados a este pueblo (“Tafiloche” le dicen, tiene mucha joda) que nos quedamos dos noches. ¡Ni pudimos dormir bien con la cantidad de cumbias distintas que se escuchan en el mismo campamento! Ponen a fondo, saturando aunque estén sentados charlando. Contentísimos, una meta hermosa completar toda esa subida en un único día. Tomamos unos fernet, y a la carpa.

El siguiente día lo pasamos entre lluvias –menos mal que lo tomaríamos de descanso– y lecturas. Ya terminé un libro, y empecé uno de Historia que está muy bueno. Estamos comiendo como garzas, tan rico y barato. Las bicis

llaman un poco la atención, hay muchos mochileros en colectivo por acá. Ni siquiera viajan a dedo: ¡por esta ruta no hay lugar en las banquetas para hacerlo!

Como no podía ser de otro modo para un viaje nuestro: época de lluvias. Está lloviendo hasta en Cafayate, típicamente seco. Vamos a terminar viendo la Quebrada con paisaje selvático entre tanto cambio climático.

Caminos y lugares divinos hasta ahora, seguro después también. Mañana, a Tafí del Valle, unos 13 relajados kilómetros. ¡Y luego, a seguir subiendo!

4.2. Paisajes y personas norteañas

14 de Enero – Tafí del Valle

Salimos para Tafí cruzando un hermoso valle, unos 13 km de bajada. Una ciudad de mucha belleza, a diferencia de El Mollar, donde lo interesante es sólo la gran joda que tienen. Comimos una sandía en una plaza (¡riquísima! La bautizamos “porota”), recorrimos, llovió, nos instalamos en un buen camping... Un buen día.

Conocimos a dos viejas de aquí que trabajaron con PROSAP, que es un programa de desarrollo regional. Gracias a eso se capacitaron y aprendieron a vender productos que antes sólo hacían para ellos. La mujer estaba muy contenta y orgullosa de los logros. Ofrecían en esa noche cazuela de pollo a \$2,50; un estadounidense no podría creer el estar comiendo un plato rico (en plato de vidrio, de los cotidianos de una casa) a menos de un dólar.

15 de Enero – Amaichá del Valle

Salimos para Amaichá del Valle, cruzando el muy famoso por acá “Infiernillo”, el punto más alto de la provincia de Tucumán. Pasamos de los 2000 a los 3000 msnm. Nos advertían que ahí nos moriríamos de frío, pero subiendo transpiramos como en el Caribe. Las fotos y camino son espectaculares: una subida zigzageante en la que nos despegábamos del valle, para verlo desde puntos cada vez más altos. Cuando llegamos a esa suerte de altiplano nos cubrió una niebla que no permitía ver a diez metros de distancia, y un frío intenso que nos hizo abrigar como en Invierno. Metros después llegamos al mirador “Infiernillo”, no se veía el pretendido valle pero sí las nubes –que ya habíamos pasado– desde arriba, iluminadas por el sol, como si las estuviéramos sobrevolando. Y luego, ya cansadísimos, La Bajada (la Cuesta de los Cardones), que nos transportó de nuevo hasta los 2000 msnm sobre los que

se asienta Amaichá. Es decir que recorrimos 50 km para avanzar, y otros 2 km de desnivel.

El camino hasta ese punto era con vegetación, pero desde El Infiernillo se tornó instantáneamente árido, mostrando ahora cardos, piedras y burros que corrían asustados a nuestro paso. Las casas son ahora de piedra y paja, impresiona el abrupto cambio de climas y paisajes. Desde ahora podremos olvidarnos –hasta la vuelta a las Pampas– de las lluvias y humedad. Bajamos esa Cuesta de los Cardones al atardecer, y fue uno de los momentos más divertidos que viví sobre la bici. Tomados fuerte del manubrio avanzábamos sobre el viejo y roto pavimento entre empinadas curvas; y a nuestra derecha pasaban las cercanas paredes montañosas a gran velocidad; a la izquierda, los postes que separan la ruta del precipicio, más suavemente; y, casi lentamente, se alejaban las montañas del otro lado del río que bordeábamos. Inolvidable.

Cuando subíamos nos adelantaron dos chicos en moto, no nos dejaron de alentar, hasta que desaparecieron. Seguimos pedaleando, agradecidos por el enchufe. Luego de nuestra bajada paramos a tomar agua en un descanso, y nos volvió a cruzar la moto, que volvía ahora para Tafí y le tocaba subir. Nos saludamos, y cuando llegaron a la parte empinada... ¡no podían avanzar! La pobre moto iba a toda máquina a 5 km/h, ¡los chicos tenían que bajar los pies para empujar y no caerse, como los picapiedra! Les empezamos a gritar:

— ¡Vaamos chicos, vamos que pueden! ¡¡Fuerza, fuerza muchachos que van a poder!!

Nuestras voces hacían eco, nos moríamos de risa y los muchachos también.

La noche nos sorprendió en esta bajada, instalamos las luces 10 km antes de la llegada: yo la roja atrás, Eze la azulada (potente) adelante. Bajábamos al Valle acercándonos a la iluminada Amaichá a 50 km/h, ahora casi en recta y con menos curvas, separados por centímetros uno del otro para protegernos del viento y por las luces complementarias. Cielo estrellado. Fue mágico, es indescriptible. El ruido de las cubiertas, el juego de zigzags para no chocarnos y el sonido del viento en la oscuridad infunden una divertida emoción.

Llegamos en estado de euforia a la plaza central, dejando las bicis al lado de una parrillita callejera que ofrecía excelentes choripanes. En la esquina donde los engullimos con marcado placer había jóvenes sentados en el bar, por sus miradas a nosotros y a los bolsos sobre las bicis lograron hacerme sentir como forastero, por primera vez en Argentina. Empecé a notar lo

diferente que es el Noroeste de toda la Argentina que entonces conocía.

Bien dormidos, al otro día quisimos conocer El Remate –efusivamente recomendado por un tucumano– subiendo 8 km desde la Plaza central. Casi llegábamos, cuando otros mochileros nos dijeron que la inminente lluvia lo tornaría peligroso por la crecida del río; tuvimos que volver. Para colmo hicimos la bajada en colectivo, porque pinché la primer rueda del viaje y no llevé herramientas. ¡Qué embole perder la bajada después de pedalear la subida! Subiendo tomamos lindas fotos con niños del lugar, nos miraban extasiados, y a la cámara como a algo de otro mundo. ¡Se veían y se reían! Divinos. Lo extraño es que a juzgar por la dentadura ya tenían 60 años, ¿cómo se dañará tan pronto?

De vuelta en el campamento, comimos sandwiches de milanesa a \$ 3 (con la excusa de que es barato no cocinamos nunca). Fue un día de lecturas, descansando porque mañana viajamos a las Ruinas de Quilmes, camino a Cafayate.

17 de Enero – Ruinas de Quilmes

Las Ruinas son conmovedoras. *Toda* esa historia cruda y rica de los indios Quilmes, los paisajes, el valle, la subida a la montaña y su fortificación, la vista a casi 360°... intentaré describirlos en orden.

Se llega a la base de la montaña desviándose unos 4 km de la Ruta 40. La montaña se levanta sobre la planicie como un sorpresivo muro: aquí subían para defenderse de los españoles, que llegaban a caballo para someterlos. Vivían la vida de paz alrededor, en sus casas de la planicie. La zona de la montaña es lo único reconstruido: la Universidad de La Plata armó paredes de piedras perfectamente encajadas como antaño; lo demás son sólo cimientos, tapados por la escasa vegetación.

Comenzamos a subir a pie, era como una escalera interminable. Cuando nos dimos vuelta para ver dónde estábamos, vimos lejanas a la ruta y la planicie allá abajo, como si hubiéramos ascendido en avioneta. Cansados, nos sentamos sobre una pared de las ruinas a comer y tomar agua, pensando en toda esta historia. Los indios Quilmes resistieron 130 años las embestidas colonizadoras: arriba en la montaña hay una excelente visibilidad a lo lejos, parece facilitar la defensa y el ataque, mucho mejor que a caballo desde abajo y sin fortificaciones. La historia estremece: durante las batallas las madres se tiraban al precipicio del otro lado con sus bebés; luego de esclavizados emprendieron una marcha hacia Buenos Aires, los pocos que llegaron a la actual Quilmes (a unos 1500 km de aquí), evitaron la reproducción, y así se extinguieron.

Recorrimos todas las ruinas, y bajamos al atardecer, hora de armar campamento. Al volver por el desvío hacia la RN40, tomamos otro camino paralelo a la ruta pero de piedras y arena, difícil de transitar sobre las bicis, que nos adentraba en un desolado monte, ocupado por pocos burros y por arbustos bajos. Armamos campamento en un llano, entre la cadena montañosa de las ruinas y un pequeño morro que nos separa de la ruta. Fue una noche simplemente emocionante. ¡En ese mismo suelo habían estado los caballos y ejército colonizador, intentando vencer a estos nativos! ¡Ese mismo suelo, donde ahora cenábamos una buena picada, antes de pasar una tranquila noche!



“CAMPING LIBRE.”

18 de Enero – Cafayate

Desayunamos sobre el morro, observando tanto a las ruinas como a la ruta mientras subía el sol. Preparamos las alforjas para seguir a Cafayate. Ya en camino, pasamos varios ríos que atraviesan la ruta. Cruzábamos Colalao del Valle cuando decidimos parar a almorzar en su hermosa plaza central. Compramos montón de verduras para armar una succulenta ensalada de todo, con condimentos prestados por un dueño de casa.

Pretendíamos pasar la siesta para evitar al gran sol, pero, inquietos como siempre, decidimos seguir pasado un ratito. A las pocas cuadras encontramos a dos grandes viajeros en bici, bajo la sombra de los árboles.

El calificativo de “grandes” se lo dan la apariencia de extranjeros lejanos, las banderas sobre las bicis, las alforjas atrás y adelante y el bob (carrito con bolsos tirado por la bici). Se trataba de norteamericanos que hablaban buen español. Greg viaja desde Alaska a Ushuaia en beneficio de una fundación (<http://www.ribbonofroad.com/>), y Tom, estudiante de Geografía, se prendió en Quito, Ecuador, al pedaleo. Charlando nos morimos de risa por dos horas, hasta que dieron las 4pm y siguieron viaje. Contaban unos relatos impresionantes, difícil de seleccionar, pero me interesa por ejemplo que en el desierto boliviano tenían que mandar comida en jeeps a los paradores, porque en ese momento eran 5 viajeros y las proveedurías, casi fantasmas asentadas sobre un camino turístico abandonado, no tenían provisiones para todos. En una, el dueño, al ver que le compraban literalmente todo por 100 o 200 soles, les dijo que con 200 más les dejaba el negocio. ¡Embolado de vivir ahí, solo, cruzando a algun que otro loco dolarizado! Les vendía su lugar por poco más que su mercadería. Muchas otras historias, como se imaginarán; por la onda le sugerimos al compañero de Greg que conozca El Mollar. “¡Buen viaje!”, y a la ruta en sentidos opuestos.

Bajadas y subidas de por medio, llegamos a Cafayate, muy pintoresca ciudad, donde paramos en un camping medio caro en busca de buenos baños y duchas. Y hoy, descanso y a pasar el día en la pileta, esperando a nuestro amigo y compañero Sergio, profesor de Educación Física de la Universidad de La Plata de unos 50 años, que viene un día desfasado. Mañana empezamos juntos la ruta a Cachi, me cago todo porque hasta estos grandes viajeros en bici me dicen que “la 40” no es cosa fácil.

19 de Enero

Hoy seguiríamos hacia Cachi, pero Sergio, llegado ayer, nos tentó de quedarnos. ¡El loco viene muerto porque le exigimos que se apure! Dice que le mentí, que no es difícil la subida de Tucumán, ¡sino que es “difícilísima”! Salimos a cenar, y luego de esperar una hora una pizza... ¡terminamos comiendo dos lomos completos cada uno en un kiosquito cercano! ¡Y no nos movemos! Como lo invitamos, ahora nos quiere invitar al almuerzo, venimos alimentándonos como pavo antes del día de acción de gracias.

No quiere tocar la bici, así que paseamos a pie por la ciudad. Hoy vamos en auto a la Quebrada de las Conchas, veremos de qué se trata, para mañana sí continuar por la serruchada y enripiada RN40; no hay quien nos tire buena onda pero ya veremos qué nos depara. Estamos expectantes, ¡creo que nos va a cansar y a gustar mucho!

Yo venía con miedo porque mi bici no anda muy bien: la cadena giraba

en falso. Luego de visitar dos o tres bicicleterías que me mandaban a Salta Capital (imposible), porque acá hay viejos piñones a rosca y no a cassette, terminé en la casa de un corredor de bicis, que se dió maña y con un buen trabajo de limpieza la dejó nueva. Cobró una módica mano de obra, y me salvó buena parte del viaje. Profundamente agradecido.

24 de Enero – Cachi

En estos días completamos el viaje desde Cafayate a Cachi, no por Salta Capital sino por la mítica para nosotros “cuarenta”, algo completamente inolvidable. Pasamos por cuatro pueblitos perdidos (San Carlos, Angastaco, Molinos y Seclantás) que, me animo a decir, son los lugares que con más exactitud y cariño recuerdo. Si se viaja con ánimos de conocer cultura, estos puntos perdidos y sin interés turístico son el centro y nudo del viaje.

La Ruta impacta, no pasaba un alma. Desde San Carlos casi comienza el ripio, éste es un pueblo que recuerda (por películas, pues no conozco) a México, antiguo y hermoso. Almorzamos aquí media docena de riquísimas y pesadas empanadas salteñas (salteñas porque tienen papa hervida). No sé como mi boca sobrevive sin quemarse. Pedimos por el baño y, muy amablemente, nos condujeron por un largo corredor al patio central y privado, donde estaba el precario baño de los cocineros, los dueños de casa. Qué simple y gran atención a las personas (aunque en este caso fuéramos clientes).

Hasta Cachi el ripio continuó como empezó: serruchos, suelo un tanto arenoso, y muchas curvas y desniveles. ¡Un camino para no aburrirse! Se cansan las piernas, pero no mucho más que la espalda, los brazos y el cuello. Cruzamos algunos vados embarrados, éste es en verdad un viaje para la bici. Los paisajes cambian cada 5 km, uno no puede cansarse de mirar, en toda dirección y momento.

Sergio casi muere, llegó descompensado. Es que fue un día muy duro entre el viento en contra y la difícil ruta, pero la emoción de estar haciendo exactamente lo que queríamos no nos permitió decaer. La noche nos sorprendió en camino, luego de dos pinchazos (durante el viaje pinchamos incontables cámaras, debido al peso, estado del camino, y baja presión con que erróneamente las inflábamos), y sin embargo con Eze no sentíamos buen humor, sino una muy concreta euforia: salimos de Pergamino buscando *esto*. Un cielo netamente estrellado, y la luna está creciendo aunque casi no existe. Bajamos la Quebrada de las Flechas –zona del camino donde se aprecian indescriptibles formas que la erosión le imprimió a las montañas– a tal velocidad que no nos permitimos detenernos para tomar fotos. Son los caminos

que esperábamos.

Cuando vimos el cartel del desvío a Angastaco sí que nos detuvimos y, mientras el extenuado Sergio enfocaba en la plena oscuridad, con Ezequiel nos acomodábamos detrás del cartel planeando hacerle algún otro chiste. Nuestras risas no le provocaron sospechas, y cuando disparó el flash retrató grandes y blancos no nuestros dientes, ¡sino nuestros respectivos traseños! Le preguntamos si salimos con mala cara, y entre carcajadas volvimos a subir a las bicis para completar el desvío al pueblo.

Llegamos a Angastaco de noche cerrada, con mucho cansancio y altos ánimos. Es un pueblo mínimo, con un campamento, su plaza e iglesia, una lujosa hostería, y muy poco turismo. Aquí por segunda vez me sentí forastero dentro de “mi” propio país. Llegamos a las 22:30, y lo que nos unía a los lugareños (reunidos en esta noche de sábado alrededor de la plaza principal) era únicamente el partido River-Boca, que se proyectaba en el barcito dos cuadras más arriba. Y también, claro, sus atentas miradas hacia estos ruidosos viajeros.

Comimos en el barcito un delicioso matambre tiernizado, y tomamos una buena cerveza. Divertida charla, y a medianoche salimos a buscar campamento. Pedimos ayuda a unos jóvenes que tomaban cervezas en una puerta de casa, y nos acompañaron caminando hasta donde vivía el cuidador del campamento, quien descansaba apaciblemente pero le interrumpimos, pidiendo que nos acompañe a nuestros aposentos. Agradecemos mucho a los jóvenes, quienes, con la misma simpleza con que nos ayudaron, se despidieron y volvieron a su vereda. El hombre nos abrió unos particulares bungalows, donde descansamos luego de darnos un potente baño. Desde una ducha Sergio suspiraba en su cansancio como si estuviera dándose un baño de inmersión, ¡lo imitábamos exagerando y las risas se escuchaban en todo el camping!

Dormimos muy bien, y al levantarnos jugamos un picadito con niños del lugar, nos miran como si viniéramos del planeta Saturno. Luego Ezequiel y yo seguimos hacia Molinos, y Sergio se quedó a hacer vida de paz en Angastaco, lavando ropa y acomodando la bici, que se le rompe más que la mía.



FÚTBOL EN ANGASTACO.

Camino a Molinos cruzamos tres turistas: uno era alemán, de unos 27 años. Le pregunté de dónde es y me contestó muy sonriente que viene de un pueblo cercano a *Hannover*.

— ¡Mirá vos! Yo viví dos meses en Göttingen.

— Bueno, ¡de ahí soy!

Le pregunté por Gustav y por Axel, nombrando calles, y con cara de incrédulo me contestaba que no los conocía. No dejaba de repetir “*it's incredible*”, y la verdad que lo era.

El viaje fue muy sabroso, recorriendo una angosta ruta serpenteante, con tantas cortas subidas como bajadas, precipicios a veces sin guardariel, entre aridez, arboledas, cultivos regados por acequias, y montañas. Pocos vehículos. Encontramos a un lugareño sentado a la vera de la ruta, solo, vestido de pantalones largos y camisa; y le ofrecimos agua seguros de su soledad, pero nos indicó su casa bajo la ruta. Esa familia vivía ahí, incomprensible para estos viajeros ciudadanos. Agradecido, nos deseó un buen viaje. Yo no me detuve hasta pocos kilómetros antes de Molinos, donde paré a esperar a mi compañero, sentado en un tronco frente a una casa de barro y paja.

Apoyé la bici sobre la banquina y miré al camino, descansando. Se acercaron dos niños de la casa interesados por mi viaje, y les empecé a contar

todo, miraban con ojos grandes. Parece que esperaban con tanta ansiedad a Ezequiel como yo, porque cuando llegó le demostraron más alegría que yo mismo, ¡se compenetraron con la historia!

Nos pasamos todo el atardecer jugando con otros hermanos y primos suyos, nos contaron que venían a esta casa a hornear el pan, nos enseñaron la vista que tienen desde arriba del cerro, y tomamos montón de fotos que nos hacían reír a todos. Lo gracioso es que se sorprendían ante el paso de cada avión, y nos escuchaban y miraban interesados, pero no les sorprendía la bicicleta más que cualquier auto porque por esta ruta pasan, justamente, muchos viajeros de todo tipo. Y como todos los niños de estas zonas, se alegraban tantísimo de que tuviéramos caramelos o galletitas dulces para compartir. Al bajar del cerro a buscar pilas para la cámara la madre salió tímida de la casa, y nos regaló un pan recién sacado del horno, menos mal porque le comía un chico sino. Fue hermoso. Despedirnos no fue tarea fácil: cuando lográbamos bajar a las niñitas –que apenas podían caminar– de las bicis e intentábamos subir, ¡se volvían a trepar! Agradecimientos, y a Molinos.

Molinos es un pueblo hermoso. Dejé todos los bolsos en el camping y salimos a comprar provisiones. ¡Era una moto! *A fondo* por todo el pueblo, me di cuenta de que tengo que limpiar los pobres frenos porque no frenaba tanto como aceleraba. Me acostumbré al equipaje, y me vuelvo a sentir como andaba en la secundaria: completamente liviano.

Al llegar al camping con las provisiones encontramos a los mismos chicos del atardecer, viven por ahí. Un poco vergonzosos, nos pidieron las bicis, y en cuanto escucharon la primer letra del “sí”, se subieron y empezaron a hacer carreritas en la calle de entrada del camping, se morían de risa y no lo podían creer. Comieron de nuestra polenta, y se fueron a dormir cuando los echamos; también nos íbamos a dormir.

A la mañana hicimos una caminata larga por todo Molinos con un guía del lugar, muy buena. Conocí la tumba de quien descuartizó a Tupac Amarú; el antiguo hostel es de un descendiente directo de este español de apellido Isasmendi, quien vive ahora en Salta.

Teníamos dos caminos a Seclantás, el último de esta seguidilla de tradicionales pueblos: el largo y el corto, el “fácil” y el “duro”. Elegimos el corto y difícil por la emoción de la bajada, y la disfrutamos; pero los 10 km de constante subida se hicieron largos, así que preferimos el otro, con curvas y desniveles más constantes.

Telares y tapices por doquier, paramos en la casa del primer telar que vimos y queríamos charlar con una vieja, pero no nos daba bolilla. Nos empezamos a asustar: se acercaba sin emitir un sonido, y casi ni nos miraba. . .

¡y es que era ciega y sorda! Nos escuchó el hijo y nos explicó, casi morimos de un espasmo hasta ese momento.

Llegamos al camping, su dueña y los demás acampantes nos trataron tan amigablemente como cualquier viejo amigo. Aquí vimos por primera vez a una norteña vestida típicamente, y ella se sorprendió tanto de nuestra actitud de pretender tomarle una foto, como nosotros de su vestimenta y de su caminata con pesadas bolsas, a pesar de la avanzada edad.

Conocimos el cementerio, es tétrico. El peor cementerio que conocí es el de Seclantás, peor aún que el abandonado de Manuel Ocampo, cercano a Pergamino. Sin planificaciones, atestado; uno entra y se choca dos tumbas, no hay caminos, se anda por encima de ellas, los nichos son una desprolijidad... desolador. Se puede entrar a dos mausoleos de poderosas familias sin necesidad de entrar al cementerio: están al costado y separados, y se ven aún más que la propia iglesia. Muy raro.

La distancia corta que recorrimos este día permitió que Sergio nos alcance al otro día, así que, luego de nuestra noche en Seclantás, salimos juntos hacia Cachi. Recorrimos la ruta de los Artesanos, donde conocimos –entre otros tantos (inhibidos como muy abiertos)– al Tero Guzmán justo en el día de su cumpleaños número 77, el 23 de Enero. Le hizo ponchos a Juan Pablo II, Lula da Silva, los Chalchaleros, y contando. Ya está un poco viejo para el trabajo así que tiene a los nietos de acá para allá. Le compré un cinto para mis bermudas que queda de diez. Paramos en otros tres telares, y pinchamos otras dos cubiertas además de cambiar un cable cortado, por lo que la noche nos volvió a sorprender.

Al atardecer, unos lugareños de San José habían armado una canchita de fútbol a lo largo de la ruta con rocas, ¡qué bueno! Tuvimos que interrumpir su picadito: “¡perdón que nos metamos en el campo de juego, muchachos!” , nos reíamos todos.

Nos rodeaba una violenta tormenta eléctrica que por suerte no se posaba arriba nuestro. Pedalear esos serruchos de la ruta, en medio de aquellas constantemente iluminadas nubes de la noche, fue emocionante, aunque yo estaba asustado entre la inminente tormenta, la oscuridad y los perros que a veces nos perseguían ladrando.



ENTRANDO A SAN JOSÉ, BAJO NUBES POÉTICAS O INFERNALES.

La llegada a Cachi significó para mi un gran alivio. Bajamos por una de sus calles hasta la plaza central, donde ahora nos esperaba Sergio, quien había llegado directo por la 40 (sin artesanos: desviarse implicaba la noche en el camino). Nos indicaron un hermoso comedor, donde ofrecían buenos y rápidos lomos, y mientras los disfrutábamos se desató la instantánea tormenta de verano: lluvia a baldazos y unos rayos y truenos que hacían temblar la tierra; nunca los escuché tan fuertes como en el Norte. Agradecidos de que no nos sorprendiera en el medio de la ruta, terminamos el lomo y la tormenta de verano pasó, ahora se veían las estrellas. Impredecible.

Bonito camping y buen descanso, nos tomamos un día para recorrer esta hermosísima ciudad colonial, respirar, enviar noticias, tomar un aperitivo, y las cosas que se hacen cuando uno se baja de la bicicleta. Toda la gente de lo mejor, de diez. Los precios, norteños, hasta llegar a Cachi que tiene ruta pavimentada desde Salta.

4.3. Pedaleando por las nubes, el Abra del Acay

28 de Enero – Al Abra del Acay

Hoy nos separamos de Sergio en Payogasta, cerquita de Cachi: su viaje culminaba en Salta bajando por la Cuesta del Obispo, pero el nuestro conti-

nuaba al Norte por la 40. A la sombra de un gran árbol nos despedíamos con una interminable cola de chistes, hasta una vieja espectadora sonreía. Una canilla solitaria y muy oportuna nos proveyó de agua. Lo vimos alejarse por el asfalto, y nosotros continuamos en sentido contrario, luego de asegurar que se tratara de nuestra ruta preguntando a la entretenida mujer.

Estamos expectantes porque nos acercamos al Abra del Acay, el punto más alto de nuestras rutas Nacionales, que alcanza casi 5000 msnm. De lograr cruzarlo, llegaremos bajando a San Antonio de los Cobres. Esperábamos poco de esta ruta desierta, sin embargo la altura, la inmensidad de las montañas, y algunos verdes valles se mostraron imponentes.



“ZONA URBANA”. LA BIENVENIDA A LA RUTA DESIERTA.

Pasamos el “Pueblo Viejo”, y cruzamos por el camino a una muy aventada mujer que esperaba en la banquina. No podía moverse ni hablar con facilidad, estaba tan vestida que no entiendo cómo no se deshidrató del calor, y, sin embargo, se mostraba muy interesada en charlar con nosotros, y no podía borrar su sonrisa. Tenía a su costado pesadas bolsas. Luego de una corta charla le dejamos un paquete de galletitas dulces. Un encuentro irreal.

En todo el día nos adelantó un único vehículo, y más tarde lo vimos volver por donde venía. Paramos a merendar sobre el camino, donde encontramos una buena vista al río, dejando las bicicletas y bolsos desarmados sobre la

mismísima Ruta 40. ¡Si pasaba algún vehículo, estábamos seguros, no tendría más de dos ruedas!

Llegamos cansados y al atardecer al desvío a La Poma, ciudad donde dormiríamos. ¡Esos 7 km (de desvío) fueron los más largos de todo el viaje! La Poma es un lindo y pequeño poblado minero, asentado a los pies de los volcanes extintos “Gemelos”, y habitado por pocos lugareños y otros tantos turistas (todos de aventura). Parece que aquí no se conoce turismo “normal”, sino ciclistas, caminantes, y conductores de 4x4 “extremos”; aquí las alforjas no llaman la atención.

Cenamos muy bien a las 8pm en un lugar que no tenía cartel, por esta zona parece moneda corriente, este cyber tampoco tiene. Nos dimos un buen baño (que ansiaba desde hacía cuatro días), y cenamos otra vez a medianoche, en la posada, esta vez capeletinis.

Dormimos en camas con sábanas, nos despertamos, y a desayunar y charlar con la dueña del lugar.

Nos contó sobre Damiana, una viejita que vive con su hija en “La Negra Muerta”, una casa construida 10 km antes del Abra. Nos aconsejó firmemente que paremos allí y que no intentemos cruzar hoy, porque muy posiblemente nos sorprenda la noche, y acampar en alturas parece tan peligroso como intentar bajar a oscuras y debilitados; no hay chances. Nos decía que Damiana estaría encantada de recibir compañía; y nosotros, encantados por conocerla, aceptamos con ganas parar hoy allí.

En La Poma hay gente un tanto reservada, ¡a algunos les costaba responder a nuestras preguntas sobre el camino! También los hay charletas, como el dueño de la proveeduría, al que no podíamos callar y nos retrasaba la salida. ¡Miles de interesantes historias que contar sobre viajeros y este particular cruce montañoso!

La ruta desde La Poma al Abra (y luego a San Antonio de los Cobres) es la que imposibilita el tránsito de vehículos, con 4 cortes por ríos y 2 por derrumbes. Uno de los cortes por río tenía una caída de 1 metro de alto. *Muy* divertido para atravesar con las bicis. A veces la ruta se pierde en el lecho del río, y si uno lo sigue, unos cuantos metros más adelante vuelve a encontrar la senda de ripio. La dificultad aquí era avanzar y no buscar el camino, pues la ruta corre siempre por el valle exceptuando el Abra, donde se unen las cadenas montañosas y las atraviesa por arriba.

Los mojones, que deberían contar alrededor de 4600 km, presentaban inexplicable y repentinamente “escasos” 1800 km, nos hacían sentir impotentemente perdidos en medio de una lejana e inaccesible Cordillera. Soledad casi absoluta, excepto por algunas cabras y su respectivo pastor.

No llegamos a lo de Damiana, armamos campamento al lado del río. Cenamos bien, y dormimos ya sintiendo la falta de aire. Al levantarnos nos sorprendimos por la escarcha que se formó sobre la carpa. Dos locos estaban haciendo el camino a pie, no se esperaban la ausencia de autos. Locos, ¡literalmente! Nos encontraron esta mañana, y desayunamos juntos. Les alivió nuestro té: venían muertos de frío y con los pies mojados (nosotros nos salvamos cruzando los vados sobre las bicis).

Pretendimos conquistar el Abra esa siguiente jornada. Luego de mucho subir encontramos una viejita muy parecida a una vela oscura derretida, bajaba caminando y tejiendo de la montaña, rodeada de unos cuantos perritos. Le pregunté si ella era Damiana (efectivamente ella era), y entonces pregunté si estábamos lejos de su casa, pero “ahicito nomás”, a la vuelta de la curva, encontraríamos su casita. Irradiba una paz religiosa, mientras sus perritos no nos dejaban de ladrar. Nos decía sin dejar de tejer que estábamos a tres horas del Abra del Acay, y que lograríamos cruzar antes del atardecer, que siguiéramos. Podíamos parar en su casa, pero no encontraríamos a nadie.



DERRUMBE SOBRE LA RUTA 40.

Nos despedimos y continuamos el pedaleo. Pasamos por su casa, donde dejamos a la vista nuestras galletitas para los dos caminantes, seguros de nuestro cruce. Subimos mucho, nos cansamos moralmente: horas de subidas y curvas, paisajes siempre iguales, cada vez más falta de aire, ¡el viento en

contra! Después de cada curva esperábamos ver la bajada, pero se demoraba invariablemente. Continuamos sin que importe el paso de las horas: teníamos que cruzar o volver para evitar el campamento en alturas.

Yo iba adelante, esperando poder anunciar la buena noticia a Ezequiel, y poder levantar los ánimos. Y entonces, luego de una curva, lo vimos. Fue desesperanzador. Estaba lejano, altísimo, subiendo una montaña por el camino haciendo eses. Si cada veinte pasos –ni hablar de pedalear– parábamos a tomar aire, probablemente llegaríamos a medianoche, o ni lo lograríamos. Desanimados, nos tiramos en la banquina. Abrí una lata de carne y empecé a comer, no era agradable pero estaba hambriento. Ezequiel, asqueado, prefería evitarlo. Lo obligué a comer: “Eze, uno de los síntomas del apunamiento es falta de hambre, justamente cuando más lo necesitás. Comelo igual, dale”. Pero lo vomitó, sintiéndose cada vez peor. Me empecé a desesperar: ¿qué hacer? Somos inexpertos, ¿qué se hace en estos casos? ¿Dormir en las alturas? ¿Seguir, para poder luego bajar a San Antonio y comer a los más amigables 3700msnm? ¿Volver por donde vinimos, volver a La Poma? Ya no quedaba suficiente agua y alimentos para alargar el viaje.

Durante esos pensamientos bajaban dos españoles en bicicleta, recién habían cruzado en sentido inverso. Nos confirmaron que no llegaríamos antes de la fría noche, restaban aún 5 km. Aunque llegáramos, no tenía sentido describir semejante bajada en las penumbras; debíamos hacerlo bajo el sol. Describimos el camino de bajada que les esperaba, y nos dejaron un poco de agua, necesaria y salvadora. Agradecemos, y siguieron bajando velozmente.

Intentaba preguntar a Ezequiel qué prefería, pero le costaba pensar y responder. Se sentía borracho, mareado al cerrar los ojos y con movimientos poco exactos. Decidí bajar un tramo, hasta alguna cueva formada por la montaña donde armar la carpa y dormir. Si nos despertábamos sintiéndonos peor, volveríamos sobre nuestra huella, y en caso contrario, la siguiente mañana seguiríamos. Volvimos un par de kilómetros, yo sentía miedo. En una curva de 180° de unos caracoles que describía el camino, contra la pared de la montaña, armamos precariamente la carpa. Me acosté en la bolsa de dormir, vestido, pensando en que habíamos regalado provisiones seguros de nuestra cena en San Antonio, pero nos tocaba este imprevisto cambio de planes. A pesar de los minutos que transcurrían de descanso físico (pero no mental), mi corazón no se calmaba, sentía taquicardia estando completamente quieto. Una sensación totalmente nueva e inquietante. Me asustaba el hambre y apunamiento, lo que nos esperaríamos en el largo día de mañana, cómo se sentiría Ezequiel y yo, qué desayunaríamos (sin hablar del estómago vacío de mi compañero).

Dormimos bien, a pesar del muy irregular y duro suelo rocoso. Nos des-

pertamos a las 8 de la mañana al calor del sol. Abrimos la carpa y salimos, aún atontados por el profundo sueño. La sorpresa fue grande al vernos en medio de ese imponente paisaje, pequeñitos, luego de haber subido los caracoles que se veían hacia abajo, por subir los que nos esperaban adelante, y al costado del profundo valle por donde bajaba un aún pequeño curso de agua, que después crecía. Levantarse así en el medio de la nada, pero de esos Paisajes, es algo que no se puede describir. ¡Una sensación momentánea y muy intensa!

Nos sentíamos un tanto mejor físicamente, por buena suerte. Desayunamos leche en polvo con la no mucha agua que quedaba. Mientras Eze terminaba con su equipaje me recosté sobre una roca, cerrar los ojos me acercaba casi instantáneamente al mundo de los sueños. Y encaramos los 7 km que faltaban a las 9:15 de la mañana. Se sucedieron horas de profundo desgaste físico y psicológico, y sorpresa por nuestro ininterrumpidamente acelerado corazón. Sin embargo, ahora podíamos ver desde arriba a las cadenas montañosas que antes rodeábamos subiendo impotentemente, y al pasarlas con la mirada podíamos ver las distintas cadenas que se sucedían. Luego de muchas horas de tener la vista interrumpida por paredes, uno puede observar desde arriba a esa montaña que lo encerraba y a las que le siguen, una sensación enorme dentro del siempre presente sentimiento de pequeñez.



AMANECER EN EL CAMINO.

La otra sensación que nos acompañaba ya fue descrita, pero inten-

taré transmitir la monotonía: uno sube las “zetas”, sabiendo que luego de la curva llega a la meta. Pero no, luego de la curva hay otra recta en subida, otra curva más, y paisaje invisible desde esa perspectiva. Entonces se resigna, sigue con la cabeza gacha, mirando hacia atrás, o adelante según el ánimo, llega la curva, se da vuelta ansioso por ver el (¡por fin!) Abra, pero no: existe una nueva recta de iguales características. Los latidos se sienten en todo el cuerpo. El sol abrasa. ¡Cuánas subidas restan, Dios! Es como si nunca se terminara, es como el juego “viboritas” en que la situación nunca mejora sino que empeora, a pesar de todas las frutitas que uno comió. Pero llegó el momento en que no se veía nada más que el cielo, y entonces era seguro que sería la última subida. Yo sé que no podía más, sé que no tenía energías, pero sé también que aceleré imparablemente, hasta llegar a comprobarlo. Y lo comprobé. ¡Y había llegado! “¡EZEQUIEL, LLEGAMOS!!” No más frío, no más hambre, no más sed, no más cansancio. Euforia. Los Gemelos estaban casi a nuestra altura. El camino se veía desde arriba serpentear en ambos sentidos. Era la cresta de la ola, el límite geográfico que podría impedir llegar a nuestro objetivo; era el inicio de nuestra Quebrada de Humahuaca.

Ezequiel estaba a dos curvas de distancia hacia abajo, unos 500 m. En un momento de peligrosa confianza bajé, no por el camino sino cortándolo por la montaña, para contarle, emocionado, que allí mismo se encontraba el Abra, con todos sus carteles, vistas y pompas. Hacía cinco minutos no servía ni para acostarme a mirar el cielo sin quedarme dormido, y ahora bajaba a ayudarlo a empujar su bicicleta hasta el Abra; el estado emocional es tanto o más importante que el físico, no se necesitan pruebas. Ezequiel también se emocionó y ganó en energías y voluntad, pero aún se sentía mal físicamente. Yo subí sin parar su bicicleta –que en estas altitudes es más bien un obstáculo– hasta lograr posicionarla al lado de la mía, y lograr “la foto”, algo incomprendible teniendo en cuenta que parábamos a tomar aire cada 100 metros o menos de caminata. Yo saqué dos fotos tontas como siempre (mi talento fotográfico es cercano a nulo), y mi amigo, encargado de este aspecto, de suerte que quiso acomodar la cámara sobre alguna piedra para que nos retratáramos juntos. Ni importaban las bicicletas. Lo único que queríamos luego de aquella foto de forzada pero muy alegre sonrisa, era bajar a San Antonio, respirar, y volver a saciar nuestros vacíos estómagos. Debilita, la altura, no es redundante el dato: como bichos de ciudad pampeana no lo entendíamos. Julio Godoy en su libro relata que en su primer gran cumbre sintió... humildad. No fue euforia, no fue orgullo, sino llana humildad ante la enormidad que lo rodeaba.

Transitar esos 7 km nos llevó 4 horas, muchas paradas hasta calmar

pulsaciones. ¡Los corazones hicieron más fuerza que las piernas!

Paisajes fenomenales, curvas, ripio, arena... la bajada no permitía aburrimento. Si bien era muy divertido y extraño no pedaleamos para avanzar, no era fácil, avanzando un tanto mareados, rápido sobre un suelo tan irregular. Cuando llegamos a la recta (de la Nacional 40, no se lo pierdan) ¡tenía tantos vados, canaletas, arena y piedras de todos los tamaños, ¡que mantener el equilibrio sobre las rápidas bicis se hacía difícil! Cruzaban llamas a veces, se las veía correr por los valles desde arriba en el camino.

Luego de otra larga recta con fuerte viento en contra (como todos estos días, el viento) llegamos a San Antonio de los Cobres en estado de inanición: hacía dos días, casi, que no comíamos, con todo el esfuerzo que hicimos. A las 5 de la tarde entramos en un restaurant sin cartel a pedir comida.

— ¿Comida? ¿Pero ahora?

— ¡Sí! ¡¡Como si fuera un almuerzo o cena!!

Así que comimos de entrada una succulenta pizza, para dejar lugar al plato principal: una milanesa napolitana con ensalada. Dos gaseosas... ¡comimos como si fuéramos cuatro! “Gracias por la merienda”, le dijimos a la buena mujer, y a instalarnos en una suerte de hostel vacío, donde dejaron la calefacción. Bañaditos, al cyber, postres dulces, ¡y a dormir!

Hermosa gente encontramos por la 40. Sólo lugareños, y otros dos mochileros. *Nadie* más. No llegamos a conocer a un ciclista inglés que iba un día más adelante que nosotros (nos llevó un día más de lo pensado el gran trayecto).

¡Bueno, eso será todo, resumidísimo aunque no lo crean! El Abra será algo difícil de olvidar. Lo comparaba con el cruce de la cordillera por Mendoza, sólo que muchísimo más difícil (ripio, arena, viento, falta de aire, de gente y de provisiones). Y, claro, también *hermosísimo*. Las montañas que íbamos rodeando se iban viendo desde arriba a medida que ascendíamos. Se siente.

Mañana, colectivo a Purmamarca: a Eze no le dan los días para pedaleamos por las Salinas y también llegar a Iruya, que creemos prioritario.

¡Un abrazo enorme a todos!

Tute.

4.4. Vuelven las vacaciones: hacia la Quebrada

1 de Febrero

¡Hola, familia y amigos! ¿Cómo andan?

Llegamos a San Antonio muy cansados y hambrientos, por fin bastante aire y suficientes alimentos. Dormimos en su oficina turística aún no oficial, y desde aquí avanzaríamos por Pozo Largo y Tres Morros, a través de las Salinas Grandes, para bajar por la Cuesta del Lipán a Purmamarca: la Quebrada. Para ello debíamos quedarnos descansando otro día, y viajar a pedal otros tres, pero las cuentas para llegar a principios de Febrero ya no daban, por lo que aquella misma mañana tomamos un colectivo a Purmamarca, con transbordo de pocas horas en Salta (hermosa, verdaderamente). La ruta a Salta, increíble, y luego nos tocaba la selvática ruta 9. El día de descanso avanzábamos, ¡extraño!

Purmamarca es un pueblito hermoso, es famoso su cerro de los 7 colores, que se debe llamar así por tener todos los colores que en la Quebrada abundan pero en ese único accidente geográfico. Sorprende de este poblado la unión de turismo familiar y mochilero, siempre separados kilométricamente, pero ahora casi compartiendo los mismos lugares. Descansamos dos días: primero viajando en colectivo, luego recorriendo los alrededores: pues no nos quisimos perder, a pesar del cambio de ruta, las Salinas Grandes, y tomamos un colectivo para conocerlas. La Cuesta del Lipán fue maravillosa: el camino sube 2000 metros en pocos km, para bajar luego desde esos 4000 a las Salinas, a unos 3000 msnm. Incontables curvas pavimentadas, en buen declive, y en ese marco montañoso. Bajarlas en bici era sin precio, pero de verdad no podríamos llegar a completar el viaje, de hacerlo. Y las Salinas... perder la vista en esa plana sábana blanca y encandilante, luego de semanas de monocromáticas montañas, fue mágico.

Buen sol todos los días. Buen camping, buena gente. Cenando tocó un dúo medio candombero espectacular, con cajón de percusión, guitarra, voces y muy, muy buena onda. Alegría.

Bici a Tilcara, 20 km de viento a favor y pavimento, no podemos creer lo poco que nos llevó. Paramos en Maimará, poca gente lugareña, interesados en el viaje y muy simples y abiertos. Aquí, la Oficina Turística, la Terminal de Omnibus y el Registro Civil, comparten un mismísimo edificio. Mientras hablaba con papá por teléfono luego de varios días sin comunicación, Ezequiel charlaba sin parar con un niño que bajaba por una calle en su bici; cuando yo cortaba ellos se despedían con un fuerte abrazo. Le había dejado \$2 para que pudiera bañarse en la pileta del club municipal, un regalo perfecto para la calurosa tarde. ¡Creo que la sonrisa de Eze era más grande que la del chico!

La Quebrada de Humahuaca es como conocer en pocas horas distintos países, ¡todo el tiempo cambia el paisaje! Un buen viaje: el decidido viento Sur convirtió las subidas en planicies. Tilcara es otro lindo pueblo, luego

de recorrerlo en bici las dejamos en algún campamento, y subimos a pie al Pucará de Tilcara, ruinas indígenas con vista interminable a través de la Quebrada de Humahuaca, y adelante, hacia otro valle. Los Pucará podían ver acercarse personas a decenas de kilómetros de distancia, pero no aprendimos mucho más sobre su historia.

Y mañana, a Humahuaca: unos 40 km de buen viento Sur. Los días ya aprietan, eso no está tan bueno, sin embargo vamos a llegar a Iruya si todo sigue como viene, bien.

¡Un abrazo grande a todos!

Tute.

2 de Febrero

¡Hola a todos! ¿Cómo andan? (De nuevo noanda la barra espaciadora.)

Che, me invitaron por mail a unirme a un apagón de 5 minutos para solidarizarme con el calentamiento global. ¡No saben que nos estamos solidarizando desde hace tres semanas! Cuando llegemos vamos a prender y apagar la luz como “El Náufrago”.

Es sensacional pedalear por lugares como Humahuaca. Las angostas callecitas de piedra, grandes plazas, casas coloniales, y los grandes faroles antiguos del centro histórico de Humahuaca nos cautivaron. Además, llegamos el día de la Fiesta de la Virgen de la Candelaria, mitad católica mitad pagana. No esperábamos combinar con ninguna de las fiestas nortenas, fue algo inolvidable. Había diversos grupos musicales de los alrededores, todos tocando música andina con sus tambores, sicus y otros; dos “leones” dando la vuelta a la plaza tirando fuegos de artificio; cientos de turistas mirando y escuchando extasiados; y la iglesia tocando sus campanas en plena noche y madrugada. Fue asombroso y bien divertido. De visitar la Quebrada, hay que visitar alguna de sus fiestas regionales.

Había mucha gente. Los sicus sonaban metálicos, como un carrito de supermercado que chilla, no como aire en una caña; raro. Tipo 1:00 interrumpió una repentina y potente tormenta de verano, pero como tal se alejó en breves minutos. Las celebraciones comenzaron de nuevo a las 6 de la madrugada, mientras dormíamos plácidamente. La iglesia empezó media hora de campanadas, todo empezaba de nuevo, sin embargo seguimos durmiendo como lechonazos.

Nos levantamos a duras penas a las 11am, desayunamos, compramos uvas a falta de sandía para el camino, y a pedalear a Chaupí Rodeo, a mitad de camino de Iruya, unos 45 km. Mañana estaremos llegando allá si todo va bien. Estoy ansioso y expectante.

Vamos encontrando gente de otros campings, todos vamos al mismo paso; lo empiezo a sentir, claro, en la Quebrada y no por la 40.

Si bien ayer en la tarde me informaron de la inminente aunque impredecible muerte de mi abuelo, y Ezequiel me acompañaría de vuelta en caso de querer estar en Pergamino cuanto antes, decidí seguir a Iruya. Él estaba enfermo desde hacía tiempo, y tuve ocasión de despedirme antes de mi partida. El intercambio de palabras que mantienen un viejo ya cercano a su muerte y un joven, donde el primero evalúa cómo vivió y cómo vivir, desde su pequeña o gran experiencia. Lo enorme es la irremediable humildad desde la que habla, no importa, justamente, su grandeza o pequeñez en la vida que llevó. Eso, creo, es lo que aporta valor a esos pensamientos.

Volviendo a Humahuaca, es una ciudad cuyo centro es espectacular, bien colonial; aunque en las afueras se parece más a la ciudad de Tucumán. Acá todos muy abiertos: encontramos introvertidos o caraduras por el camino; ¡no hay lugareños “término medio”!

Contentos, a ver cómo nos tratan las piernas en nuestro segundo tramo de subidas en ripio. Los paisajes, dicen, prometen. La bajada a Iruya, dicen, es la mejor frutilla del postre que hayamos podido elegir. ¡No está bueno esperar tanto de una cosa, pero así es como estoy!

¡Un abrazo grande a todos! ¡Cuenten como andan! Beso grande;
Tute.

3 de Febrero

¡Hola a todos! ¿Cómo andan?

Llevábamos un buen viaje cuando a los 20 km, la tormenta que me tocaba los talones me desesperó, y entré en Hornaditas más nervioso de lo que debía. Para colmo era una enorme nube pasajera que a la media hora desapareció (aunque hubo otras). Llegó Eze y pensó en quedarse una horita a descansar, o “lo que queramos”, así que estando de acuerdo nos echamos bajo la copa de un gran árbol. Hornaditas es una comunidad aborigen, este era una suerte de centro institucional, con canchita de fútbol, iglesia, jardín de infantes, y un caserío. Nunca nos levantamos para seguir.

Estamos mal, hay algo que sentimos y no sabemos si es por altura, luego de tres semanas de aclimatación: cansancio extremo, dolor de cabeza, ganas de dormir y dormir, y de no comer porque no podemos digerir. Descansábamos bajo un hermoso árbol, cuando pasó un tímido lugareño a pie, lo saludamos y si contestó lo hizo muy bajito. El hombre, Beto, entró en el salón de la iglesia y se nos vino la imagen de Uspallata: “¡en este viaje nos falta dormir en una iglesia!” decía Eze. Al salir le pedimos alojamiento,

nos ofrecía un sucucho bien sucio. Luego ofició de guía turístico mostrando un tremendo mirador (los colores del cielo, irreales), el cardón más viejo y grande de toda la Quebrada, y nos decía que el desvío a Iruya no tiene cartel (¡mentira!) y que más vale llegar de día (era el atardecer). Sin decirlo aceptamos no seguir viaje, así que fuimos a arrear unas cabras y a divertirnos con un perro que devolvía los cabezazos que éstas le tiraban. Pasamos una buena tarde, se hizo de noche, y nos permitió dormir en el salón de la iglesia, con olor a vino por el festival del sábado pasado. Buenísimo, ni carpa armamos. (A medianoche y desesperados, sí, ¡malditos mosquitos!)



DÍA DE DESCANSO.

Cenamos poco arroz en el salón de la Iglesia que el muchacho nos prestó, y ya más en confianza, nos empezó a contar de su vida. Beto es de Hornaditas, 26 años, soltero, más bueno que el pan lactal. Se encarga de muchas cosas, pero oficialmente nos comentó que de encender y apagar la bomba del agua todos los días. Pero por ejemplo, esas cabras no eran de él, sino del hermano, aunque lo llamaba “vecino”. Lo invitamos a un arroz tan rico como pudimos y, contaba que un día llegaron (es por desvío, no es tan común la gente por aquí) dos sacerdotes españoles y le hicieron muchas preguntas que él contestó con buena predisposición. Tiempo después les llegó la noticia de que la comunidad de Hornaditas era beneficiaria de una ayuda económica proveniente de no-se-qué fundación religiosa para que instalen la

bomba de agua con su trabajo, y que puedan dejar de llevarla en bidones de 5lts. Cumplieron tan bien que fueron enviando más peticiones y se las fueron concediendo, así que con esa ayuda concretaron otras cuantas obras. ¡Orgulloso el hombre de lo que habían logrado entre todos!

Un tipo muy interesante, simple, amigable y de personalidad humilde; escucha atento las historias de todos los turistas que pasan, usualmente mochileros. No podía creer que nunca hayamos cruzado por Buenos Aires a famosos de la televisión que él nombraba; le describimos cómo es la Capital, comparando con las extensiones de aquella ruta, ya que no podía imaginarse la dimensión. ¡Tantas personas! También se sorprendía el buen hombre de que no supiéramos lavar ropa, “¡Mirá esos cuellos!” Claro, ese lavarropas que nos acostumbra. Escuchaba atento el hombre, pero siempre para conocer y de modo simple, agradable.

Luego de una charlita con él y una discusión entre nosotros decidimos tomar los colectivos “Mendoza” hasta Iruya, o por lo menos al Abra del Cóndor, el punto más alto del camino (4000 msnm) para hacer la bajada; ya que no nos sentimos bien ni con ganas de hacer esa ruta de subida. Todavía teníamos que arreglar una rueda pinchada. Nos acostamos a dormir invitando a Beto al desayuno de mañana, aunque teníamos poca chocolatada y galletitas. Dejamos sonar el despertador de las 7, y cuando llegó a las 8 se sorprendió de que aún durmiéramos. Él se volvió a Humahuaca dejándonos desayunar, y nos sugirió el colectivo de las 11. Nos levantamos, desayunamos poco, y llegó su hermano mayor del festival de Humahuaca

Era un borracho que empezó a relatar todos sus problemas, debilidades y ciertos miedos, porque nos encontró amigables. Admiraba a Beto, y a mi me daban lástima sus muy bien aprendidos hijos. Uno, Alejandro, de unos 10 años, es el que hace ahí de guía, y se lo notaba muy abierto, atento e interesado. ¡Fuerte! Pero me daban lástima por su padre, que no dejó de mostrarles cariño aunque hablaba demasiado. Mientras hablaba seguimos organizando, descansando y nos despedimos para ir a buscar el cole.

Contentos por el rotundo cambio de planes y la gente conocida fuimos a esperar a la banquina, un tanto nerviosos por si suben o no las bicis. Pasaron dos sin parar haciendo señas de que esperaríamos, y el tercero (van de a tres o cuatro) paró, así que las subimos. Aún nos dolía un poco la cabeza. Subimos al “Mendoza”, hermoso, de los de las publicidades de la película “Río Arriba”. Le dijimos que vamos hasta el “Abra del Condor”, no Iruya: ¡subimos en cole y bajamos en bici! Nos permitimos la licencia.

Camino espectacular, charlando con un amigable neoyorquino jubilado, que oportunamente se fue a otro asiento para seguir contemplando los paisajes en silencio. Llegamos a esos 4000msnm, donde empezamos a bajar del

techo las bicis. Eso sí que sorprendió al pasaje, no se esperaban que sigamos la bajada en la bici. Todos nos deseaban suerte, una gran buena onda. “¡Así cualquiera anda en bici!”, y risas.

Ahí, a unos 22 km de Iruya, abandonamos el colectivo para seguir en dos ruedas, el pasaje y el conductor nos miraban sorprendidos mientras luchábamos en el techo para bajar las dos bicis.

Este camino es similar al de la bajada del Abra del Acay pero con buen viento, muy divertido. A diferencia de otras bajadas que vivimos, tiene pendientes más empinadas, y la bajada es ininterrumpida hasta Iruya. Tres veces llegamos a velocidades peligrosas (*adrenalina*), y hasta en un declive saltamos con bicis y bolsos, ¡fascinante! Llegué a unas “eses” que se podían cortar por una recta que las atravesaba por el medio. Me mandé con una gran sonrisa pero las más grandes piedras mordieron la rueda trasera, que se desinfló en instantes. La cambié en instantes y seguí bajando, con el objetivo de alcanzar los colectivos. Los perdimos, el tema del equipaje llevaba su tiempo y tuvimos que reorganizarlo porque se iba desarmando con el traqueteo. Comparo este viaje con un rally: frenando la trasera para entrar mejor en las “U”s, haciendo fuerza en el manubrio para que siguiera el camino que quería; rocas, piedras, canaletas, cursos de agua... sí, la bajada era fabulosa. Necesito más fuerza en las manos.

Llegamos, vimos desde el camino aquel famoso campanario cuadrado y celeste de Iruya, cerraba el increíble viaje y nos dieron ganas de cortar las cintas de la llegada. En realidad, dos cuadras antes empezaba una intensa subida. ¡Casi que llegamos caminando a nuestra meta final! ¡Llegamos de suerte aún pedaleando!

Iruya se asienta en la parte baja de la unión de tres valles, es decir que está rodeado de altas, inmensas, paredes de piedra y tierra. Luego de caminar todas sus calles (cansador, ¡no hay una cuadra plana!) fuimos a descansar a una bella hostería, cuatro cuadras más adelante (y arriba) que la iglesia central. ¡Paramos dos veces a tomar aire camino a nuestras camas!

Aquí pasaron cosas interesantes. Eze se intoxicó no sabemos con qué, por suerte justito al llegar a nuestra meta. El elástico que sostiene todo mi equipaje se cortó dos veces... ¡llegados a Iruya! Es decir que ya podíamos volver tranquilos.

Recorrimos poco Iruya, no conocimos mucho. Nos perdimos una caminata por el río hasta San Isidro que planeábamos hacer. Caminar las calles del poblado no llevó demasiado tiempo, y la verdad es que ya tenía ganas de volver. Hoy Domingo tomamos un cole de vuelta a Humahuaca. Y desde aquí combinaríamos con Salta y Pergamino, pero hay un colectivo que sale

derecho de Humahuaca a Rosario, y como ya estaba ansioso, lo tomamos. Lo único que me queda en el tintero, y no es poca cosa, es conocer mejor Salta capital. Pero es lo único porque de la ruta, ¡todo concretado! Contentos.

En el viaje a nuestras Pampas comenzamos a ver verde de nuevo; planicies, y árboles... se extrañaban. ¡Ya no vemos piedras y rocas en las banquinas!

Contentos de haber recorrido todo el viaje. Nos llevó casi un mes, poco más de 600 km. Superó las altas expectativas. Grandes vivencias.

4.5. Hogar, dulce hogar

¡Me doy la bienvenida a la civilización! Qué hermoso es volver. Placenteramente ocupé buena parte de mis primeros días en bañarme, comer, tomar las aguas y gaseosas que quise, visitar queridos, conducir vehículos, arreglar la bici, cambiar de ropas a diario, meterme en la pileta (pero no tomar sol), salir de noche, dormir en sábanas...

Extrañé profundamente cada simpleza que ennumero, y sin embargo en la vida allá con la bici y mi amigo disfruté tantísimo como ahora, adoptando aquello por normal y todo esto como lujo. Esa es la sensación que me invaden los Febreros de cada año, y *me encanta*.

Una de mis razones para tomar estos viajes exigentes. Volver, y amar todo lo cotidiano como la primera vez, como un buen niño. Ahora me toca aterrizar, y decantar todo lo vivido.

Capítulo 5

Bolivia y Perú

“Sueña como si fueras a vivir para siempre. Y vive como si fueras a morir hoy.”

James Dean

“[Esto] es como leer la puerta del baño, pero más grande.”

Graffiti en una pared del Hostal “El Carretero”, en La Paz, Bolivia.

Salí al viaje por Bolivia y Perú luego de casi terminar de compaginar este libro. Desde ahí envié mails contando el viaje a conocidos de distintas áreas (trabajo, amigos, familia cercana y lejana), dirigiéndome con tanta cercanía como la variedad de personas me permitía. También tenía en cuenta el entonces proyecto de libro, para el que también escribía.

Mis familiares notaron un cambio de discurso en estos relatos, se lo atribuían al gran viaje por dos países de Latinoamérica. Entre agradecimientos contestaba que el cambio se debía más bien al estudio de mis relatos anteriores y modo de vivir cada viaje, a un aprendizaje de mí mismo más que de estos nuevos países.

La familia de mis compañeros (Eugenio y Guido), cuando llegamos, me preguntó cómo había sido nuestra convivencia, cómo había salido el viaje (salimos casi sin conocernos, ya contaré la historia). Y contesté que todo ese año 2008 rumiaría tantas experiencias y que, mientras tanto, sí que estaba muy feliz.

Y así encontré otro placer en escribir mis viajes. El revivir los momentos ya vividos, repensarlos, y continuar aprendiendo y seguir creciendo y disfrutando aún después del viaje. Si viví Bolivia de una manera fue gracias a lo aprendido en otros viajes y sus escritos; si aprendo del viaje también participan las personas con quienes me relacioné y estos relatos.

Mi amigo Ezequiel había decidido no viajar en bici ese verano, y volver al Noroeste Argentino con otros amigos nuestros. Me invitaron, pero preferí conocer lugares nuevos, si bien aún no tenía planes definidos.

Un fin de semana nos visitaron unos amigos de mis padres de Rosario, entre otras cosas nos contaron que sus hijos deseaban conocer Bolivia y Perú, y me invitaban a unirme. Mis viejos conocían a estos dos hermanos, y los cuatro “adultos” me decían con entusiasmo que tendríamos gran afinidad, y les parecía una buena idea que viajáramos juntos.

Mi pasaporte estaba aún en regla, decidí entonces unirme a los chicos en conocer nuevos países. Un fin de semana de Diciembre viajaba a Rosario para comprar el pasaje, pensando en tomar primero una cerveza con ellos, conocerlos, evaluar la amistad y el viaje que podríamos lograr, y en base al supuesto encuentro decidir o no la salida juntos. Pero nos encontramos en la Terminal (les describí por teléfono cómo estaba vestido para reconocernos), y casi nuestro primer cruce de palabras se ocupó de la decisión (a la que me participaban, si bien me unía a un viaje ya en teoría planeado) de en qué empresa viajar, y si llegar primero a Jujuy o directamente a La Quiaca. Fue sorprendente, pero desde ese primer encuentro encontré afinidad y comodidad. Compramos pasaje en “El Rápido” hasta Jujuy. Y después fuimos a tomar una buena cerveza al río.

5.1. El altiplano boliviano

5 de Enero – Uyuni

¡Hola, queridos! ¿Cómo andan? Por aquí todo de lujo. ¡Me refiero a que está todo bien, nada más!

Después de treinta horas de viaje llegamos a La Quiaca, dormimos bien, y caminamos hasta la frontera. En el Hospital me pusieron gratuitamente la vacuna contra la Fiebre Amarilla, todo un alivio, el trámite inconcluso que traía atragantado.

Cambiamos a pesos bolivianos en Villazón (Bolivia), y preguntamos por colectivos a Uyuni, para visitar el Salar. Nos contaron que no hay ruta hasta ahí, así que nos mandaron (en un proceso bastante desordenado) en un colectivo hacia Tupiza, que queda camino a Uyuni. ¡Y la ruta desde Villazón a Tupiza es de feo ripio! ¡Los colectivos son altísimos, casi todo terreno, porque no hay caminos! Primera sorpresa.

Tupiza nos pareció un poco feo, y, luego de unas cuantas idas y venidas (incluida la organización de 35 mochileros para contratar un bus), terminamos contratando una Toyota Land Cruiser de los 80' para que nos lleve

a la ciudad del gran Salar. El viaje fue impresionante. Eramos nueve: tres bolivianos que necesitaban viajar (y pagaron el precio “turista” porque sino tendrían que esperar días a la salida del colectivo), nosotros tres (Eugenio Siri, Guido Siri y yo), un cuarto argentino de San Antonio de Areco, el conductor y un amigo suyo. Tres filas de tres, en un vehículo que se movía –no exagero– como una montaña rusa. El conductor conocía tanto al camino (sin contar los constantes imprevistos) como a la camioneta.

Para completar los 210 km estuvimos seis o siete horas de puro todo terreno, bien safari. Ruta de roto ripio, muchas veces siguiendo el cauce del río, al principio bajo una lluvia torrencial (hasta adentro de la camioneta se llovía), a veces cruzando vados grandes. . . Las sorpresas durante el camino fueron muchas (y sus correspondientes frenazos), no entiendo cómo algunos eligen circularla de noche¹. Todas son camionetas de este estilo: todo terreno agresivo, pero viejo. Sin embargo no vi Land Rovers, como las hay tanto por nuestro Sur. Los bolsos viajan en el techo, junto con las ruedas de auxilio. En el camino limpiamos el filtro de combustible, el conductor instaló *un* limpiaparabrisas porque habíamos salido sin, y cerramos una puerta con un nylon en el medio para que no se lloviera tanto. Faltaba un tigre merodeando y estábamos en África. Al principio selvático, luego paisaje del altiplano, más árido y seco.

Casi chocamos, en un momento de casi nula visibilidad, con otra camioneta que iba bastante rápido. Entre vidrios empañados y mal-limpiados, apareció una (en dirección perpendicular en frente nuestro) tan rápido como desapareció. “¡Casi vemos la luz!” decía el conductor, entre nervioso y gracioso. Nosotros contestamos que casi nos encandilamos con “la luz”, entre nerviosos y graciosos.

Cruzamos varias minas, y rondamos los 4000msnm. En La Quiaca me sentí débil y mal, pero después me acostubré al aire enrarecido. Conocimos un pueblo minero llamado Atocha, las casas forman desprolijas gradas cayendo de la montaña. Muy histórico todo. Hay muchas esculturas a mineros, trabajadores y madres, por todos lados. En La Quiaca en un monumento comparan a la mujer con Dios, por el gran amor que tienen y dan, o algo así.

Uyuni es el primer pueblo que parece más bonito, llegamos y comimos en un lugar de lugareños, pollo frito con papas fritas. Pa’ engañá’ al estómago. Recién llegado y un poco cansado, me di el primer baño del viaje (a pesar

¹Todos los que recorrieron esta ruta de noche en colectivo (charlamos con cinco personas, de tres grupos de amigos diferentes) terminaron “shockeados”, seguros de no querer repetir la experiencia.

del agua *congelada*), y a dormir, que mañana vamos tempranísimo al salar para ver ahí el amanecer.

Los bolivianos conocidos son todos unos grandes. Lo del regateo que tanto se habla parece verdad, pero nunca nos estafaron (Eugenio Siri se dedica a regatear todos los precios). Estos de las Toyota tienen muy buena onda, y cobran relativamente barato, mañana nos llevan al salar porque los volvimos a elegir. Los tres bolivianos que nos acompañaron a Uyuni nos dieron la plata del viaje a nosotros (unos \$100AR cada uno) para que arreglemos con el de la camioneta, mucha confianza sobre completos desconocidos. Y con los Siri nos llevamos muy bien, muy buena onda.

Mañana vamos a la tarde para Potosí, esta carrera es peor que las mías en bici. Sin embargo conocemos mucho (y dormimos poco).

¡Un abrazo grande, y un beso grande a quien corresponda!

Tute.

6 de Enero – Potosí

¡Hola, queridos! ¿Cómo andan?

Ayer al amanecer fuimos a la mañana al salar en las Toyota. Como había llovido tenía una capa de agua de 5cm, quietita como estatua reflejaba perfectamente lo que hubiera sobre sí misma. ¡La camioneta andaba sobre el cielo y las nubes! Leí que estar en el salar en una noche estrellada lo hace sentir a uno en una nave espacial, ya que todo lo visible está cubierto por estrellas, y pensé entonces: “¡qué ‘fumones’!” Pero realmente se siente así. Las montañas en ese paisaje crecen para arriba y también para abajo. Alucinante.

Conocimos el Hotel de sal, publicitado por la Secretaría de Turismo de Bolivia. Era un desastre, atendido por un inexpresivo joven boliviano, que estaba más quieto que el agua del salar. Los cables colgaban de los techos, los adornos estaban desordenados, el “museo” parecía un engaño... Podría ser un lugar mágico, único en el mundo, pero ahora está descuidado.

El de nuestra Toyota estaba muy de acuerdo con Evo Morales y veía muy positivamente el estado del país; los muchachos de la otra Toyota nos contaron que el conductor estaba en desacuerdo con Evo. El único que mencionó el conflicto con Bolivia Oriental fue el primero, quien no emitió opinión concreta, y no cree que se separen². El hotel de sal tenía la foto presidencial

²Referencia al conflicto detonado semanas antes, cuando hubo dos muertos por cruces entre dos partidos políticos opuestos, cuando Evo aprobó una Constitución sin presencia de la oposición, según lo que leí.

de Evo, pero le habían agregado por computadora la bandera indígena al lado de la boliviana. De no creer.

Volvimos a la ciudad de Uyuni, almorzamos carne de llama, pedimos unos cafecitos y trajeron tazas de desayuno llenas. Al terminar los cafés – aproximadamente dos horas después– caminamos al Cementerio Ferroviario, donde hay miles de toneladas de hierro oxidado y retorcido, abandonados sobre las vías. Había varias locomotoras a vapor antiguas, enormes; y muchos vagones y ejes. Los durmientes son de hierro, no madera. “Parece –decía Guido– que les sobra el metal, los tiran en lugar de volver a fundir”.

Tomamos unas cervezas en este día gris en un barcito, con otros grupos mochileros. El contraste con los viajes en bici es notable. En bici se vive más “ermitaño”, con mucho tiempo en silencio y de ejercicio, y mucha menos vida social. De mochila se vive de modo mucho más social, y para estar en silencio hay que buscarlo. Los dos estilos de viaje son igualmente excelentes, invaluableles y por eso incomparables.

Saldríamos a las 18hs hacia Potosí, pero las lluvias no permitieron llegar a la Terminal al colectivo de nuestra empresa. Preguntamos en otra empresa si tenían lugar y nos dijo la señora que sí, pero que seguro se quedaría varado en la noche en el camino y nos moriríamos de frío; más valía quedarse. Sincera la buena mujer. Rutas asfaltadas es lo que extrañamos. Volvimos a otro hostel, un poco cabizbajos y con poco por hacer, pero salimos a tomar cervezas con unas chicas de pueblo cercano a Pergamino, estudiantes de Medicina en Buenos Aires, una más grande que la otra, interesantes en su cerebro. Charlamos sin parar, hasta que llegaba la medianoche, hora en que cierra el hostel. Quienes atienden tienen una hermosa buena onda, los chistes van y vienen y no paran de trabajar.

A las 8 de la mañana salimos (esta vez sí) en cole a Potosí. Por el camino subía gente hasta que, por falta de lugar, tuve que viajar con el bolso de uno sobre mis rodillas. Llegamos luego de seis horas de recorrer paisajes altísimos, por un camino impactante de alta montaña, de una mano y ripio, muy parecido al de Iruya. Cruzamos varios camiones cisterna, otros que llevan grandes máquinas mineras, varios colectivos y 4×4... imaginen la velocidad a la que se circula.

Llegamos a Potosí, y nos asustamos un poco: se veía muy pobre, fea y aglomerada, y con poca bienvenida turística. Cruzando la desprolija calle, recién colgadas las mochilas a las espaldas, vi cómo una combi casi choca al auto que tenía adelante; crucé corriendo sin entender la maniobra. El auto le dejó lugar, y la combi empezó a escapar mientras dos tipos la perseguían gritando: “¡¡PARENLA, FRENENLA!! ¡¡CRUZATE, CRUZATE!! (a

un auto que había de frente)”. La estaban robando. La camioneta y los dos bolivianos desaparecieron por una calle.

Nerviosos y callados, empezamos a subir para el otro lado, a 50 metros encontramos dos tranquilos policías. ¿No se habrán enterado? Nos indicaron el centro, diez cuadras hacia arriba. Caminando a arriba paramos dos veces a tomar aire, el corazón acelerado nos muestra los 4000msnm a los que lo hacemos trabajar. Llegamos a un hermosísimo centro. En info turística nos hablaron con mucho placer de las minas y el volcán con aguas termales, del que se desconoce la profundidad. Pregunté si las minas están en uso, a lo que contestó que sí: “¡Trabajan 9.000 obreros!”

Por \$10AR (pero en otra empresa, bienvenido Euge Siri organizando) lo llevan a uno en minibus a las minas con trajes de minero, y lo hacen entrar mientras trabajan. Uno puede aprender de los obreros, charlar, y hasta trabajar con ellos (¡!). El salario de minero se debe componer en buena parte del turismo. A europeos cobran €10, unos \$40AR, alrededor de \$80BO; con estos clientes en mente otra empresa turística nos hechó antipáticamente de sus oficinas.

Aquí se nota más crudamente la diferencia rico/pobre: el centro (de estilo muy colonial) no tiene nada que ver con el barrio donde bajamos del bus. Circulan nuevas Mitsubishi al lado de destartalados taxis. El mercado de carne no tiene refrigeración. Hay casi indígenas vendiendo pan casero en puertas de casas de financiamiento. Hay cientos de abogados y dentistas. Vimos un sucio cartel promocionando un cirujano, y una oficina de Ingeniería Civil. La Universidad de Potosí es la más antigua de Bolivia.

Tenemos hambre: ayer no salimos a comer para ahorrar, y no cocinamos por vagos. Hoy desayunamos mate y galletitas, y no almorzamos en el pueblo que nos sugería el colectivero. En el centro potosino no encontramos ni un puto restaurantito mochilero (los Domingos no abren estos chiringuitos), ni siquiera había tamales. Decidimos esperar hasta el anoecer, para que se justifique pagar un restaurant. ¡Los chicos se quejaban de que soy medio ciruja, pero la “cirujearon” de lo lindo recorriendo restaurantes! Muchos abogados en Potosí, pero pocos cocineros.

Dormimos en un ex-convento bicentenario muy lujoso, que raramente es hostel mochilero, el “Compañía de Jesús”. Los dueños, divinos. Hay ostentosos y grandes edificios católicos por todo el centro. Sin embargo, en las minas creen en “el Tío”, el dueño de los minerales. Mañana lo conoceré.

Eso será todo por ahora. ¡Un abrazo grande a todos!

Tute.

9 de Enero – Potosí y Sucre

¡Hola, queridos! Muchas gracias por sus mails. Vine muerto de cansancio seguro de que no escribiría, pero siempre lo mismo. Gracias de verdad. Me alegran mucho todas las buenas noticias.

Ayer a la mañana fuimos a las Minas, al Cerro Rico de Potosí. Subimos en un cole de línea, nos disfrazaron de mineros, y nos bajamos en un mirador. Nos daba un poco de vergüencita bajarnos –turistas disfrazados– mientras la gente entra a envenenarse y trabajar hasta el cansancio por un pequeño jornal; creíamos que los trajes no tenían sentido.

La esperanza de vida de los mineros es de alrededor de 45 años, al escucharlo se nos atragantó la saliva. Los minerales, luego de separados de la piedra, son enviados a Bélgica (para armamento) y Japón (para fotografía), entre otros lugares. La guía es hija y nieta de mineros. Hoy le hicieron una multa, por llevar tres turistas más de los permitidos por guía (11). Irónicamente se le perdieron tres antes de entrar (por no esperarlos) que por suerte consiguieron otro guía y no se perdieron la experiencia. En el mirador hicieron explotar dinamita, el eco se sintió tres veces en el valle. Y entramos en la mina.

La pequeñita puerta daba miedo. La atravesamos y caminamos sobre una vieja e inundada vía, agachados, siguiendo la única luz de nuestras linternitas, nunca suficiente. Tomamos un desvío y bajamos por una escalera vertical que me asustó un poquín. Mientras esperaba que bajen los compañeros vi pasar un minero empujando una pesada manguera por el camino de la entrada. Después de otras escaleras y caminar por ahí otro rato, bajamos por un “tobogán”: una caída cilíndrica de piedras, del tamaño de un cuerpo humano flaco. Había que arrastrarse sobre el movedizo y húmedo suelo para llegar al tercer nivel bajo la entrada, pero contra la pared derecha porque a la izquierda había un respetable pozo. Volviendo a subir, para sortear el tobogán tuvimos que usar las uñas y mucha fuerza, y las piedras de quienes iban adelante golpeaban a los de abajo. Escribo todos estos detalles porque me sorprende lo rústico y riesgoso del tour, poco “turístico” en el sentido grande del término. Al principio daba mucha claustrofobia, luego se pasa. El “inútil” disfraz quedó completamente embarrado, tenía piedras y agua en las botas. El “inútil” casquito amarillo me salvó de varios golpes contra los tirantes del techo, que cada uno cruza a distinta altura. ¡El golpe seco mareaba!

Ya en el camino principal encontramos unos obreros que subían y bajaban un gran balde mediante una polea, desagotando los niveles bajos de la mina. Por eso el agua en las vías. Charlamos un rato, nos contaban que

les pagan casi \$100BO (una cena de restaurant sale \$30, una buena empanada sale \$1, un viaje en colectivo sale \$1) si sacan dos vagoncitos de piedras/piedras-preciosas por día, tarea que casi siempre logran. Les dejamos las provisiones que la guía sugirió les compremos (gaseosas, cigarrillos, hojas de coca, “alcohol potable” a 85°). Estos chicos eran muy jóvenes. Acá trabajan hombres, niños (ONGs de Alemania e Italia invierten en su educación) y también mujeres (quienes separan los minerales). El trabajo en la mina es casi obligado para los ciudadanos, no tienen un abanico de posibilidades para elegir.

Bajamos con todo el olor de los minerales a la ciudad de Potosí, y recorrimos el Museo de Santa Teresa. Esto era un convento de las monjas Carmelitas del siglo XVII (ahora mudadas al edificio vecino para permitir la apertura del museo). En la época, la decisión era muy social, no tan religiosa: allí asistían pocas hijas de aristócratas españoles. Estos podían comprar indulgencias mediante regalos a la Iglesia, por eso el museo goza de una cantidad de arte y piedras preciosas. Me dejó picando varias ideas que tengo que aún rumiar. Estos aristócratas, si había lugar en el convento –para 22 monjas, que pasaban allí toda su vida– dejaban a su segunda hija (el primogénito era heredero, el segundo era para Dios) a los quince años en el convento, y ya nunca más las podían volver a ver (ahora no es tan cerrado). Su educación en la niñez era religiosa, y luego adoptaban votos de castidad y humildad. Si bien ahora es tan ostentoso porque es museo, ellas vivían allí una vida más sencilla. Su carisma era y es la Oración. Pero qué se yo. . . creo en esta religión y sin embargo no me sentí en mi salsa. Ellas vestían a Jesús y María con todas las pompas, yo los imagino muchísimo más simples (que no es más que la descripción de los Evangelios). Conozco un sacerdote de este estilo: a él le regalan ropas y cosas para mejorar su nivel de vida, pero él está contento como vive. Vuelve a regalar lo que regalan, y continúa vistiendo sus “viejas” camisas. Simple y llana humildad, con eso comulgo más. Pero en fin, cada uno con su carisma.

Cenamos unas flacas empanadas en la peatonal (triste estafa la gordura que ostentaban), y vimos pasar 4 veces a los mismos 50 habitantes del Centro: la vuelta al perro parece ser. Y a dormir.

Fuimos esta madrugada a Sucre, recorrimos la primer ruta asfaltada del viaje por Bolivia. La entrada al pueblo se hizo larga entre muchas construcciones precarias, luego llegamos al centro colonial que tiene viejas y hermosas construcciones. Caminamos mucho, todo nos impresionó. Visitamos la Casa de la Libertad, donde se declaró la Independencia boliviana, un lugar emocionante (hubo mucha participación argentina). Néstor (Kirchner) colgó una

placa con su nombre grande frente a una que nombra a Belgrano, saludando al pueblo Boliviano en un aniversario. No incluye a ningún otro argentino más que a este Kirchner, todos los turistas argentinos mostramos sonrisa molesta. En 2009 se cumplen 200 años de esta Declaración, los festejos se vienen a lo grande (igual que en 1909).

Luego visitamos el Museo Folklórico, cuyo objetivo es mostrar las comunidades indígenas que actualmente viven cerca de Uyuni con sus costumbres ancestrales. Es gratuito, bien por Sucre. Un extranjero no podía cerrar su boca cuando le hicieron entender que sí, que esas fotos que parecen ilustraciones enciclopédicas son actuales. Una larga sala era dedicada a caretas carnavalescas, la alegrísima y autóctona música de fondo invita a quedarse también en Febrero. ¡Quedará para 2009, junto al bicentenario!

Sucre presenta mucha evidencia de las últimas manifestaciones. El cuartel de policía fue saqueado: tiene prendida fuego una puerta y otra rota, todos los vidrios rotos, y algunos graffitis xenófobos y contra Evo. El edificio de Prefectura también tenía vidrios rotos. Acá se nota más el caldo caliente que tiene que gobernar el pobre Evo... odio entre los mismos ciudadanos muestran los graffittis, no se si serán tres locos o un porcentaje significativo de Bolivia.

También vimos bastante pobreza de emergencia: gente avejentada con cara de hambre mendigando pocas monedas. La pobreza anterior es “digna”, en el sentido de que tienen llamas o empanadas para comer, y una lata o pajas bajo las cuales reposar. Un grupo de revoltosos niños morían por lustrar nuestras embarradas zapatillas, negociamos en cuatro paquetes de galletitas para los seis, sin lustre. Tuvimos que darles unos tirones de orejas para que las compartieran. Pregunté a una señora por direcciones de lugares, y me contestó que no entiende lo que digo: sólo habla Quechua.

A las 18hs salía nuestro bus, así que en taxi conocimos la Recoleta, un selecto barrio sobre un cerro, con vista panorámica a toda la ciudad. Después fuimos a la terminal. Nos restó otro día para conocer diversas Iglesias (hay una cada dos cuadras) y el histórico Cementerio; ¡para 2009!

Un beso muy grande a todos;

Tute.

10 de Enero – La Paz

¡Hola, queridos! ¿Cómo andan?

Ayer a la mañana fuimos a la Casa de Moneda de Potosí. Mostraron la parte técnica de cómo los españoles hacían sus monedas con minerales del Cerro Rico, cómo las transportaban en complejas cajas fuertes, por dónde las

llevaban al mar y a Europa, etc. Dicen que la riqueza que salió de aquí hacia España es más grande que la de Tutankamón, y la comparaban con la de otro reino. Un barco con cajas fuertes provenientes de aquí se hundió cerca de Miami, lo encontraron hace poco. Nuestras monedas de un peso argentino conservan el histórico logo PS (“Potosí”, solapado de un modo raro), por algo relacionado con Belgrano que no recuerdo. También hablaron de la ironía de que los billetes bolivianos se produzcan ahora en España. Mundo loco.

¡Me entraré en la Casa de la Libertad, en Sucre, que nuestra bandera tenía celeste en el medio y blanco en los costados! Estos colores corresponden a la casa de Borbón, Belgrano era promonárquico. Y yo me tragué el sapo de los colores del cielo; qué vergüenza, maestros de primaria y escuelas argentinas. A los niños no les surge pensar en la casa de Borbón a los diez años, pero podrían mandar otro sapo menos naïve, y enseñar algo más real en años posteriores.

Fuimos a la iglesia de San Francisco, conocimos sus catacumbas y una increíble vista panorámica a Potosí. Imaginen subir al techo (literalmente, a las tejas) de una gran iglesia, para mirar desde allí (ya arriba de una montaña) al pueblo y valle.

Conseguimos pasajes para esa noche a La Paz, vía Oruro por falta de lugar; un viaje cansador. Y utilizamos las horas que restaban tomando un bus a Tarapaya. La ruta baja de los 4.200msnm a los 2.500msnm aproximadamente, por un valle edénico. Si bien queríamos conocer un volcán con un lago de aguas termales en su cráter, el bus nos dejó bajo una montaña, que tendríamos que trepar con las mochilas. Luego de 20 minutos de cansancio llegamos a una primer pileta, de alrededor de 45°C. Después, otra que largaba humo y burbujas: 120°C. Sí, quemaba. Al final, y luego de un morro, apareció el cráter junto a un muy amigable y simple cuidador.

El hombre nos explicaba, con una paz oriental, que este piletón de 50m de radio, lugar sagrado Inca, “no tiene profundidad”. Nos permitía cruzarlo, y de hecho nos aconsejaba hacerlo, a pesar de los rumores de remolinos y de peligro. “Lo que pasa –decía– es que acá vino gente que no sabía nadar, o se metieron borrachos. El único requisito para meterse es saber nadar”. De todos modos creo que no prestó atención al posible gran cansancio o relajación de los pampeanos, no creo que fuera peligroso pero tampoco sencillo. Estaba completamente seguro el hombre de su fortuna, pues le toca vivir en un lugar cercano al Paraíso. Se lamentó que no pasáramos la noche, y nosotros también.

Este cráter envía desde su centro burbujas a modo de hidromasajes, y el agua tiene una temperatura de 35°C (en el centro más, en la periferia

menos). Uno hace la plancha y ve límpidos cielo y sol; o mira hacia adelante nadando y ve el valle alejarse, creciendo desde abajo hacia arriba; o mira a los costados y ve enorme y pura Cordillera de los Andes. Sí que es un lugar sagrado. Nadando no pensaba en la literalmente inmensurable profundidad, al hacerlo me desesperaría queriendo salir y perdería el aire. Guido fue el primero en meterse: con un pie en la playa, puso el otro sobre el agua, y desapareció instantáneamente. El cráter tiene paredes casi verticales.

A pesar de la increíble belleza no lo visita mucha gente, no sabemos porqué. Pero lo hace más particular. Y nos fuimos casi corriendo a tomar el último cole a Potosí, con mucha alegría nos despidió el hombre, invitándonos –varias veces– a volver. Le quedan 3 años de bonanza y paz, cuidando este punto único del globo.

Y empezamos el viaje a La Paz. Llegamos cansados a la madrugada, conseguimos gracias a amigos mochileros un increíble hotel cerca de la plaza central. Hotel Torino, a media cuadra de la Plaza Murillo. La suerte en este viaje juega de nuestro lado: lo que puede salir mal o bien, sale bien. Conseguir pasaje a La Paz fue otro ejemplo. Llegar a tomar el último cole a Potosí (y no perder el cole a Oruro), otro. Y así cuentan. . .

Tomando vacaciones de las vacaciones dormí una buena siesta, y después salí a caminar. Los chicos recorrieron durante mi siesta. Alrededor de esta plaza central, además de la Catedral, Casa de Gobierno y otros edificios institucionales, hay mercaditos como en cualquier galería barata porteña. Sorprende. Otros edificios institucionales se reparten entre las cuadras de alrededor. La Paz es muy linda en su centro, con casas coloniales históricas, una buena peatonal, y calles relativamente ordenadas. Se siente la falta de “cafetines de Buenos Aires”, entre el frío y el hambre que incitan a buscarlos. El único que encontré en decenas de cuadras tiene vista a la calle sólo a través de su vieja puerta.

Caminando, uno mira siguiendo una calle a la montaña lejana, y parece paisaje típico cordillerano, pero lo extraño es que no se trata de una simple y lejana montaña sino que está llena de construcciones. El centro de La Paz presenta edificios, y las montañas que lo rodean también están cubiertas de edificios. Un paisaje nuevo.

Así como en Sucre había graffitis y papeles exhibiendo firmes “La Capital se mueve”, en La Paz los carteles rezan “La Capital no se mueve. En lucha por la unidad.” Oportunamente las monedas tienen grabado un “La unión hace la fuerza”. Si Evo Morales no visita el volcán de Tarapaya se queda pelado del estrés en poco tiempo. . .

Visitamos el Museo de Arte Nacional, estos muchachos me están enseñando a mirar arte.

¡Un beso y un abrazo muy grande a todos!
Tute.

13 de Enero – Coroico

¡Hola a todos los queridos!

El 11 de Enero fuimos en la mañana a Tiwanaku, ruinas precolombinas cercanas a La Paz. Aparte de muy interesante lo mostrado, el guía era muy buena onda, así que la pasamos bien. Lo “más” de esta civilización preincáica: usaban canales de agua para que la amplitud térmica de la tierra no fuera tan alta, y poder así cultivarla. También, las construcciones, y el dominio de metales que lograron. Hablaban Aymará, que dio forma al Quechua (Inka), junto con otro dialecto.

Las dos noches en La Paz salimos a bailar, estuvo perfecto. A las 4am cierran por ley todos los bares, y volvíamos a dormir.

Esa tarde contratamos un tour en bici por la “ruta de la muerte”, que une La Paz con Coroico, 64 km. Pasa por La Cumbre, donde llega a 4.700msnm, y baja hasta los 1.200msnm: ¡3.500m por descender! Tiene el ancho promedio de un camión, y es en su mayor parte de ripio. Está tendida sobre una montaña muy escarpada, casi vertical, y recorre desde la inhóspita y nevada Cordillera de los Andes hasta las verdes y húmedas Yungas bolivianas. En fin, legendaria.

A las 6:45am nos levantó un guía, tienen los dos una buena onda fenomenal. Me levanté cansado (con Euge dormimos dos horas) pero, todavía con la euforia de ayer, no paré de hacer chistes, todo el día. Desayunamos juntos el grupo de quince personas, y salimos en cole a “La Cumbre”, el punto más alto de esta ruta.

En el colectivo fui charlando con una de las aventureras: era estudiante de Teología en Göttingen, que hizo un curso en Flores, Buenos Aires. El mundo es un (increíble) pañuelo. Nos entregaron las buenas bicis más abajo de la cumbre por la cantidad de nieve que había, ¡y a empezar! La primer mitad por la ruta nueva, con autos y camiones pero ancha.

Se avanzaba naturalmente rápido, aunque aprendiendo el equilibrio de la desconocida bici y frenando con cautela por lo mojado de la ruta. Muertos de frío, veíamos a las montañas “crecer” a nuestro alrededor a medida que bajábamos. Se iban tornando verdes, con innumerables y enormes cascadas decorando todo el paisaje; la vista se turnaba entre el valle y la ruta. Se sentían los vientos, las lluvias, las nieblas, las lloviznas, los olores... todos distintos, todos en la cara. Los dedos sólo sentían frío.

Recorridos unos kilómetros, tomamos el desvío a la ruta vieja; fue la

primera vez en mi vida que sentí peligro en serio. Ibamos rápido por las piedras por *ese* camino: una piedra que descolocara hacia afuera al manubrio implicaba instantánea y larga caída. Sin embargo era muy divertido. Cuando uno podía olvidarse del precipicio y miraba al paisaje, al camino, y pedaleaba frenando... se divertía mucho. La mayor parte sabía que no iba a morir, porque soy joven. ¿Cómo podría? Pero los escasos minutos que sabía lo contrario se hacían largos y nerviosos, hacían difícil andar bien en la bici. Por eso más valía olvidarse, y concentrarse en la diversión. Esto deben hacer los que practican deportes de riesgo.

Hubo una parte increíble: a la derecha se levantaba una pared vertical de decenas o cientos de metros, que se abría hacia afuera hasta pasarnos a modo de techo. Y desde allá arriba se veían caer grandes cascadas, que formaban una cortina de lluvia torrencial todo a nuestro lado. Ver las gotas ir cayendo por el precipicio despacito, todas separadas, chocando al camino y cayendo al profundo valle, emociona.

Había que hacer fuerza para accionar los frenos a disco, y con el frío de las eventuales lluvias yungueras y el constante traqueteo del manubrio los dedos se entumecían. Los descansos eran por eso necesarios.

Paramos a tomar algo en un mirador, mientras nos contaban la historia de esta ruta: antes se cobraba hasta doscientos vidas al año. Ahora construyeron la nueva, que tampoco es gran alivio: el suelo húmedo no ofrece sostén perfecto para el asfalto, que a veces se derrumba. Han muerto ciclistas del modo más estúpido: dejando lugar a un camión para que maniobre (exigen que sea del lado del precipicio, para que los camiones que suben carguen con su peso la parte interna de la ruta), y patinándose un poquito, para nunca más volver... No hay árboles que frenen: uno apoya un pie afuera y cae, como en el lago vertical de Tarapaya. Lo irónico es que a veces perdíamos la atención del camino pensando en lo peligroso que se veía el precipicio al costado, inquietante. La invulnerabilidad y el miedo se interrumpían del mismo modo que en estas líneas; era cuestión de divertirse, o andar con (pero sin) necesario cuidado. O frenar y subir al bus.

Era cuestión de divertirse, los guías aquí se relajaron y nos contagiaron: la ruta se tornaría desde allí más ancha, los precipicios serían menos agresivos y con más vegetación; y, los que quisieran, podrían acelerar, siempre que no adelantaran al primer guía. Un holandés, un peruano, el guía y yo liderábamos, pasándonos entre nosotros, fue emocionante. Cruzando vados a fondo, doblando todo lo que las piedras sueltas permitieran, frenando con fuerza antes y durante las curvas... todo terreno. Siempre el paisaje perfecto, pero no teníamos mucho tiempo para poder verlo, sólo en paradas.

Y llegamos a Coroico, todos tomaron cervezas menos yo (continuando el

chiste de la resaca). Almorzamos, y tomamos sol en una pileta alta de Coroico, mirando al enorme paisaje. Lo particular que tiene, lo que lo distingue de todo lo que conozco, es que las selvas cubren montañas cordilleranas altas. Es como Villavicencio (Mendoza) pero con la vegetación del Sur, o como el Sur pero con las altas montañas mendocinas. (¡Conozco el Sur, Mendoza y Bolivia como verán!) Y las rutas escapándose de esto como serpientes: la vieja y la nueva tendidas sinuosamente sobre los accidentes geográficos.

Me acosté en un hostel de Coroico a las 21hs, “un ratito”, y me levanté a las 3am muerto de hambre. Un buen hombre me calmó con dos panes. Seguimos durmiendo hasta las 9am.

Conocimos en La Paz a un alemán que está haciendo su servicio social obligatorio: trabaja en El Alto, la parte pobre y lejana del centro paceño. Fuera de esto, también ofrece facilidades via ONG a las familias de numerosos niños lustrabotas de la Capital, en su tiempo libre digamos. 20 años alemanes, uno acá conociendo la vida boliviana y sus turistas, y vuelta a Alemania a empezar, probablemente, Ingeniería Civil. Una cabeza grande.

Hoy visitamos una comunidad afro-boliviana cercana a Coroico, Tocaña. Los trajeron para trabajar en las minas, pero los negros no se habituaban al frío y a la altura; los bajaron entonces a estas Yungas para que cultiven coca y café. Conservan pocas de sus costumbres africanas, entre ellas, un canto a la muerte cuando muere un viejo casado. Son 35 familias ahora libres y dueñas de sus plantaciones. Tienen todos una sonrisa enorme.

Adelantaron los Carnavales de Oruro: 2 y 3 de Febrero. Tenemos los ojos desorbitados, con decirles que Guido va a llegar tarde a las primeras clases en la facu. ¡No llegaremos de vuelta en Enero como creíamos!

Con los chicos decimos que Machu Picchu termina siendo para este viaje una consecuencia, dado que cada día vivimos algo que justifica todo un viaje. ¡Cada día vivido acá justifica un viaje! Cuzco nos llegará como un *buen* postre. Y es que para vivir así, más vale no morirse nunca. Estamos durmiendo poco por todo esto.

¡Un abrazo muy grande a todos! Muchas gracias por sus mails;
Tute.

5.2. Lago Titicaca

16 de Enero – Copacabana

¡Hola, queridos! ¿Cómo andan?

Nosotros, antes de ayer en Coroico, hicimos una caminata por arriba en la montaña –un buen sendero con constante vista panorámica– para conocer tres cascadas. Cinco horas estuvimos caminando, a Dios gracias que un minibus nos acercó a la vuelta al pueblo. Sin querer seguimos semejante camino: típicamente se usa el camino ancho y bajo de los autos. Pero, perdidos por perdidos, seguimos caminando, y conocimos las cascadas casi desde donde nacían. Dos brasileros que nos encontraron se volvieron en la segunda, no era fácil la verdad. Euge incentivaba a estos dubitativos caminantes.

Esta tarde conocimos la ya mencionada colonia afro, en Tocaña. Conocimos ahí al “Pulga”, un antropólogo paceño y anarquista que vive ahí, y charlaba interesante. Un muy buen tipo, nos hubiese encantado pasar la noche en su casa junto a otros turistas pero ya habíamos contratado la vuelta, y teníamos los equipos en Coroico. Todo no se puede, ¡siempre con sorpresas! Y al siguiente día viajamos a Caranavi, un pueblito en las Yungas de Bolivia, por la continuación de la “ruta de la muerte” pero sin el nombre turístico. Se nos hizo largo el viaje, sin asiento entre tanto traqueteo.

La verdad es que era feo Caranavi, y parecíamos los únicos turistas. Con clima lluvioso, salió una caminata para conocer el río, única actividad que encontramos. Caminar por paisajes selváticos es bien placentero, si bien nos mojábamos con la lluvia y los mosquitos me robaban la mitad de la sangre. Encontramos por ahí a tres viajeros que ya habíamos cruzado en Coroico, y nos sentamos a charlar un rato. Estaban en la misma que nosotros. Son una pareja israelí, y un español que era un meo de la risa; todos haciendo largos viajes latinoamericanos.

A las tres de la tarde empezó a llover de forma torrencial, así que nos guarecimos tomando cervezas en un quincho que ellos conocían. A las 19 y luego de unas cuantas cervezas surgió hacer un asado, la buena mujer nos permitió usar su quinchito. Nos llamaba cariñosamente “mis gringuitos”, y nos ayudaba siempre que le pidiéramos (¡contadas veces, aparte de pedirle el quincho!). Hicimos dos pollos asados y otra carne (bien asados, dada la falta de refrigeración), y una ensalada tan grande que no logramos terminarla. El español soñaba con esto desde que supo que somos argentinos, recordaba con alegre melancolía el asado gratuito con que lo recibieron en su primera noche en Buenos Aires. Dice que allá en España hay “asados”, pero el circo argentino es lo que lo hace sentir especial; esa espontaneidad y simpleza... Ese “¡Dale! Hoy asado en casa”. Lo escuchábamos sonrientes.

Todas las charlas eran de lo más interesantes. El israelí nos contaba que allá no hay tanto lío como nosotros le describíamos, no se vive con miedo en Tel-Aviv como yo imaginaba. “Es más –decía– si hoy un fundamentalista

hace explotar un colectivo lleno, mañana todos salimos a continuar nuestra vida diaria y nos subimos a la misma línea de colectivos. Un par de locos no van a detener nuestras vidas. No haremos como en Atocha, que la gente tenía miedo de volver a salir.” El español asentía.

Odia su servicio militar obligatorio de tres años. Luego de cumplir con esa condena su Gobierno los puede llamar 40 días al año, siempre que les sean necesarios al ejército. Su hermano ahora andaba disparando no sé dónde, cumpliendo esta obligación. Triste. Sin embargo, contaba, hay judíos en el exterior que viajan con gusto a Israel para cumplirlo: derramar su sangre para defender el (¡por fin!) propio país les significa un gran orgullo. Los israelíes tienen lío, según él, con fundamentalistas palestinos (la Franja de Gaza recién tomada por Hammas creo). Y contaba también que en todo alrededor de la dividida Palestina se ve mal a sus pobladores, sea por parte de Israel, de Egipto, o de Irán (otro loco ese presidente).

En un momento David nombró un arma para darnos idea del tamaño, pero le respondimos con cara de signo de pregunta. Entonces el español lo gastaba:

— ¿Han visto? ¡Estos tíos saben pollas de armas! – a lo que ellos contestaron casi a coro:

— Ojalá no tuviéramos que aprender todas esas mierdas, pero tenemos que hacerlo porque nos obligan. Ojalá no supiéramos disparar un arma. Pero eso dicen todas las generaciones, nuestros padres dijeron esto, y es siempre igual.

Contaba que cuando salió del liceo besó fervientemente el suelo y su libertad. Desolador.

Luego nos hablaba con fanatismo del relativamente nuevo país: dice que al ser una unión de judíos provenientes de cualquier punto de la Tierra, gozan de muchas culturas y, por ejemplo, se jactaba de tener la mejor cocina y las mejores mujeres del mundo. Comidas africanas, americanas, europeas, asiáticas; lo mismo con las personas. Dice que es curioso pero común ver increíbles rusas al lado de petisos marroquíes, parece que se gustan. Su novia moría de la risa.

Durante el asado cayó un personaje de Caranavi, de unos 50 años. Dijo pocas cosas, entre ellas que a él se le facilita hacerse amigo de los turistas porque no los mira como a marcianos, como otros bolivianos (lo sentimos más de una vez), sino que simplemente se sienta y charla. Nos invitó a dos cervezas demostrando que no le interesaba si veníamos con plata o no (actitud

opuesta a muchos, realmente), y se fue. Un tipo simple, que participó poco de las charlas religiosas.

El español enseña buceo en Barcelona, sus charlas se dividían entre graciosas y técnicas, cuando le preguntábamos. Nosotros hablábamos de cómo se vive tal o cual cosa que mencionábamos, en nuestras ciudades y país. Por ejemplo, hablábamos de que estudiamos carreras, y la chica moría de envidia: para poder estudiar idiomas ella tiene que hacer malabares con el trabajo, porque la Universidad les es muy cara. Dado que sus viajes continúan por Chile y Argentina, les recomendamos mucho por hacer y conocer.

El israelí, David, nos terminó contando del aparente hallazgo del cuerpo de Jesús y sus “discípulos” en Jerusalén (tirando por la borda la Ascensión en cuerpo y alma del Mesías católico). Y empezamos a ordenar el quinchito, para volver a nuestros aposentos.

Un día fiero pintaba, pero salió un increíble encuentro. Besos a la dueña del quinchito (irónicamente llamaba “Jesús” a David, porque se parece al Jesús de las estampitas), y a medianoche volvimos a nuestros hostales.

Ayer pasamos un día completo viajando, para llegar a Copacabana. Imaginen estar a alrededor de 4.000msnm, con un lago tan enorme frente a sus ojos que la vista se pierde en el horizonte. Es como el glaciar Perito Moreno: uno puede sentarse horas para mirarlo sin aburrirse. Y eso hicimos hoy, en el mirador de Copacabana (hermosa ciudad), donde también leímos y conocimos gente. Las ciudades costeras son mi debilidad, las amo por su olor a aguas, su gente generalmente relajada caminando, sus platos de pescados frescos y baratos, y su –también generalmente– hermosura. Si es con montañas, mucho mejor. ¡Y si es arriba, en la Cordillera de los Andes, ni les cuento!



PAZ EN EL LAGO.

Siempre que podemos desayunamos, almorzamos y cenamos en comedores municipales. Son galpones llenos de mesitas (cada una correspondiente a cada cocinera), con todos los precios iguales, informados en pizarrones colgados sobre la pared. Viene más gente vaqueana del lugar que turismo, y nos encantan a pesar de la nata de la leche.

Por Bolivia encontré común la imagen del Cristo completamente lastimado, luego de los azotes. Es característico de este arte barroco-mestizo parece. Se le da mucha bolilla al Cristo y la Virgen dolorosas, será por el pueblo oprimido sobre el que instalaban esta Religión, tal vez. También vimos hoy muchas ofrendas a la Pachamama. No me gustó que pedían todo material, pero nos divertía ver la mezcla: tirando cerveza a la Madre Tierra, haciendo explotar pirotecnia, con una cruz cristiana e incienso quemándose. . . extraño, y un toque milagrero. Pero vi otros devotos de la Pachamama que hablaban más, digamos, a nuestro estilo (el de los chicos y yo): simple, y con amor y fe en el centro.

¡Un beso enorme a todos!

Tute.

19 de Enero – La Isla del Sol

¡Hola, queridos! ¿Como andan? Este mail sale de teclado norteamericano, en Perú. ¿Descuido o mucho turismo por Cuzco?

Recorrimos Copacabana, la ciudad turística boliviana, lindante con el Lago Titicaca. Divino. Comimos pescados más que pollos fritos por aquí, un placer. Al otro día tomamos una lancha a la Isla del Sol.

La Isla del Sol es una islita montañosa de casi 20 km de largo por 8 km de ancho. Se llega a su parte Norte luego de pagar \$15BO, y de unas dos o tres horas de navegación. Es paradisíaca. Un nativo hizo de guía, llevándonos a miradores y a las ruinas Incas que hay al Norte de la isla. Caminamos un buen rato, y luego de unas charlas sobre su modo de vida e historia de la Isla, nos describió el camino al Sur, donde descansaríamos y dormiríamos. Nos despedimos, ya que él volvía a su pueblo, y nos sentamos un rato a descansar.

Como casi todos los días, en la mañana llovió, pero desde el mediodía acompañó un buen sol. Desde este punto en que tomábamos mates se veían varias playitas casi vírgenes, de arena clarita, agua azulada, y el lago y otras islas cercanas. Quedábamos cinco viajeros, tres niños del lugar, y de vez en cuando cruzaba algún pastor cuidando ovejas, no se porqué tan poquita gente en tamaño lugar. Bajé a la playa para sentir el agua, daban ganas de instalar una carpa y quedarse una semana de sereno ocio. El paisaje es perfecto, las aves van y vienen, hay gran silencio interrumpido por ovejas, y rodean las ruinas sobre la verde montaña. El agua es fresca, casi tan fría como la de Mar del Plata; sólo molestan las algas del suelo. Huele un poco a mar, ya que tiene muchos peces y es lago salado (se formó, como el Salar de Uyuni, a partir un mar que cubría todo).

Subí fresco a donde me esperaban, y empezamos la caminata a la parte Sur. Cinco horas de fuerte sol por la cresta de las montañas que dan forma, a la isla, cansador pero perfecto. Cada ondulación significaba un increíble mirador al Lago.

Ya en el Sur descansamos, leimos mirando el atardecer nublado y de vivos colores celestes y rojos, cenamos bien, y a dormir, mucho. A las 5am nos levantamos para ver si valía la pena salir a mirar el amanecer, pero estaba un poco nublado y decidimos seguir durmiendo. El frío, además, es intenso cuando no hay sol.

Esa mañana (de ayer, 18) visitamos el Templo del Sol, casi en la punta sur de la isla, y luego bajamos a una playita de rocas también casi virgen, donde nos pasaría a buscar una lancha para volver a Copacabana (de película). A los 15 minutos apareció, subimos, y nos trajo de vuelta al pueblo, desde donde empezaríamos el viaje a Perú.

Luego de trámites rápidos en la frontera, llegamos a la tarde a Puno, Perú. Ahí visitamos a los Uros, una comunidad aborígen antigua distinta

de los Aymará e Inkas. Ellos se instalaron literalmente en el Lago Titicaca, sobre islas flotantes artificiales armadas a partir de la planta de Totora, para escapar de los invasores Inkas. Ya dominaban la navegación con sus barcos de Totora, uniéndolos y haciendo otros trabajitos formaban las mencionadas islas. Las casas también son de Totora, los barcos, el suelo, todo; el paisaje es sorprendentemente monocromático, de amarillos anaranjados. Por la humedad de su hábitat sufren reuma desde los 30 años, si bien todos los días comen Totora que tiene mucho calcio (y es rica).

Hay comunidades de Uros que prefieren no tener contacto con el turismo y obviamente no las visitamos, pero éstos tenían todas las instalaciones y estaban muy acostumbrados a recibirlos. Nos mostraban sus casas, sus manualidades, nos contaban de su modo de organización (parte del dinero se destina a un fondo común para ancianos enfermos, por ejemplo), de su escuela, etc. Según la estación del año mudan las islas, porque el nivel del lago varía mucho y de no moverse se inutilizarían las estacas que las inmovilizan. “Imaginen –decía el guía– que podrían aparecer en el lado boliviano, ¡y eso es muy indeseable!” Ahora gozan de paneles solares, donación del ex presidente Fujimori. Se imaginan, ¡uno se dormía con la vela encendida y se prendía fuego toda la comunidad! Cocinan con fuego desde hace poquito, antes comían todo crudo.

Ahora hablan Aymará en las casas, mientras que la escuela y el turismo les enseñan español. Los que conocimos son muy afectuosos.

Esa misma noche continuamos el viaje a Cuzco. Llegamos a la madrugada, nos instalamos en un hostel, y salimos a caminar. El contraste con la vida boliviana se nota mucho, realmente. Cuzco es una ciudad hermosísima, a la misma vez preincaica, incaica y colonial. Sobre muros incaicos de enormes piedras de granito perfectamente encastradas hay construidas grandes iglesias, y también se conservan muros preincaicos (con piedras menos trabajadas y encastres menos prolijos). Hay balcones de madera tipo galería en casi todas las casas, trabajados minuciosamente.

En Bolivia nos hablaban con resentimiento de Perú, en Perú nos hablan a la misma vez con humor y desprecio de Bolivia. Da un poco de tristeza.

Visitamos varios museos, y hoy sábado saldremos a unos bares. Mañana caminaremos más tranquilos (no tantos museos), y pasado comenzamos el viaje a Machu Picchu. Iremos por Ollantaytambó a Aguas Calientes, para volver luego por la ruta alternativa: Santa María y Santa Teresita. Es la ruta más barata que encontramos, también con ruinas durante el camino, y divertida de hacer (colectivos y caminatas). Hay otras rutas dignas de conocer: el Camino del Inka largo, el corto, ir en bici, etc. Pero todo dolarizado, y no llegamos. Encontramos al tren la menos entretenida de las

opciones, dado que es rápido y no hace paradas para conocer. El camino del Inca debe ser la mejor opción para acercarse a Machu Picchu, pero no baja de U\$S 150 y de diez días de espera. Lo podríamos hacer solos con agallas y con carpa, es que no trajimos lo segundo.

Un beso muy grande a todos;
Tute.

5.3. Cuzco

25 de Enero – Cuzco y alrededores

¡Hola, queridos! Muchas gracias por sus mails.

Una mañana empezamos el camino a Aguas Calientes. Dejamos las mochilas en el hostel, y llevamos lo mínimo necesario sabiendo que esperaban 4 días de movimiento. Empezamos por Písaq, en un tour, donde caminamos un buen rato hasta llegar a unas ruinas Inkas fenomenales. El trabajo faraónico que hacían sobre las montañas para cultivar en forma de terrazas sorprende, aún más, que el minucioso encastrado de enormes piedras, que dan forma a todas las paredes (sean templos, casas importantes, o las mismas terrazas).

El guía parecía muy culto, y no habló de nada “místico”, todo histórico-lógico. Muy interesante escucharlo. Por ejemplo, rompió mi amor con la cruz andina, “un invento más bien colonial”, a su decir. En realidad es más moderna: se hizo famosa en una campaña política del 80’.

Luego visitamos Ollantaytambó, donde sorprenden las mismas cosas que en Písaq. Los esclavos subían enormes bloques de piedra a la montaña, y las lijaban con agua y arena para que encastraran perfectamente unas sobre otras (una macho y otra hembra, además) de modo de lograr esas bellezas de fuertes construcciones. Además, en la montaña de enfrente (donde choca el frío viento) almacenaban toneladas de papas y carnes deshidratadas, una técnica que les permitía almacenar alimentos por décadas.

A Pizarro y sus doscientos hombres se le hizo relativamente fácil la conquista, dado que el 70 % de los miles de Inkas eran esclavos y no estaban satisfechos con el Imperio. Además, el líder y su hermano estaban peleados, así que, organizando esta oposición, pudo derrumbar el inmenso y entonces poderoso imperio. Llamar “Inkas” a estos indios no es exacto: Inka significa en quechua “hijo del sol” y había sólo uno, el líder. El Sol es la deidad principal Inka, de modo que su hijo era algo así como nuestro Mesías. Supongo que lo correcto es llamar “quechua” a esta cultura.

Ahí tomamos un minibus al kilómetro 82 de esta ruta. Desde ahí caminaríamos por las vías hasta Aguas Calientes, kilómetro 112 (recorreríamos 30 km), y de noche para que los guardias no nos lo impidieran. ¡“Turismo ciruja”! Además nos reconforta no tomar los dolarizados trenes, crudo monopolio que cobra por un viaje de 40 minutos U\$S 8. Y sí, en dólares, no les hablen de soles peruanos. La caminata de protesta me costó numerosas y dolorosas ampollas, ya llegaré.

Llegamos al 82 al atardecer. Subimos a un café para hacer tiempo hasta las 4am, nos atendió efusivamente un peruano que insistió tanto en servirnos, que aceptamos tomar unos café con leche. Nos sugirió (la enorme sonrisa nunca se le borró) que saliéramos después del último tren, a las 9pm, porque sino llegaríamos a Aguas Calientes a la mañana y por ahí tendríamos que coimear a algún guardia de allá que nos recibiera. Llegaríamos así de madrugada si todo iba bien, antes del primer tren. Aceptamos esperar esas dos horas en su nuevo restaurant, el primero en esta zona.

Nos mostró una galería donde nos dejó descansar, con vista a las escarpadas montañas, al río, y a las vías donde pasaban eventuales trenes. Mirábamos en silencio la desaparición del sol, pensando con ansiedad, emocionados, en cómo sería lo que nos esperaba. Unos momentos con mucha magia.

Volvimos adentro para charlar un rato, y este hombre, Rubén, nos contó su vida. Alrededor de 35 años, estudiante de chef, enfermero y administrador hotelero; viajó por Bolivia, Chile y Argentina durante su formación, donde recibió no pocos malos tratos, de los que aprendió a tratar a la gente como la gente merece (o mejor). Hablaba de las grandes capitales como circos demasiado artificiales, y de su charla se desprendía un inmenso amor por su madre tierra, y por eso amaba poder ahora emprender este restaurant en este bellissimo punto de su país. Sin embargo se le complica con la soledad, pero en la negociación gana la serenidad de vida, la directa conexión con la naturaleza, las cercanas ruinas indígenas que lo rodean, y la general alegría de los turistas que lo visitan.

Nos despedimos agradecidos (a pesar de que los cafés costaban como nuestras cenas), cenamos afuera unos sanguchitos, y estuvimos quince minutos vigilando a los vigilantes, para saber cuándo lanzarnos a las vías. Una viejita nos vio expectantes y nos sugirió, a las 9:40pm, empezar viaje: los guardias ya estarían dormidos. ¡Con buena adrenalina empezamos viaje, a saltar eufóricamente sobre los durmientes! Cuando las nubes no interrumpían la luz de la luna llena, los picos nevados brillaban azulados. Me sentía tan hermanado con la Naturaleza como nunca. Estábamos los chicos (Guido y Eugenio), Laura (mochilera que iba a ir en tren, pero le

tentó nuestra aventura), y yo.

A los 15 minutos encontramos las primeras ruinas, como Rubén nos indicó. Entramos en medio de la oscuridad. De nuevo notamos la construcción hecha con minuciosas piedras encastradas. Era movilizante estar solos en ese valle donde antaño vivió una comunidad Inka, jóvenes turistas del siglo XXI. Irónicamente, la realidad más concreta daba la sensación de estar viviendo algo ficticio.

En el kilómetro 12 de nuestra caminata empezó a llover, ininterrumpidamente hasta nuestra llegada. Como llevé zapatillas de Guido que me quedan grandes (perdí las mías, que se desataron alguna vez de la mochila) las ampollas fueron más violentas que las que siempre tuve, y realmente me molestaron para llegar.

A la mitad del viaje ya llevaba un paso lento y cansado, a veces sufrido. Todos estábamos igualmente exhaustos; como Eugenio lleva un paso rápido a veces se sentaba a esperarnos, y lo encontrábamos dormido sobre alguna roca. Entre la oscuridad y la lluvia asustaba el bulto, y nos costaba reconocerlo.

Luego de ocho horas de exigencia llegamos a Aguas Calientes, eran las 5:40am. El primer hostel que se nos cruzó costaba 15 soles, Euge nos preguntó si estaba bien y contestamos con una sentida risa. El precio no importaba dado el cansancio, y además era bueno. A dormir mucho.

Nos despertamos a las 11am, desayunamos, y nos volvimos a dormir. Nos despertamos de nuevo a las 3pm, Laura nos trajo almuerzo y comimos acostados. Euge y Laura salieron a conocer, pero con Guido estuvimos durmiendo/leyendo hasta las 7 de la tarde, hora en que nos levantamos obligadamente para comprar las entradas a las ruinas de Machu Picchu. Cenamos unos sanguchitos de verduras, y a volver a dormir. Un día de necesario y profundo descanso.

La siguiente mañana encaramos a las ruinas. Los chicos subieron a pie, yo en los dolarizados colectivos (malditas ampollas). Machu Picchu no sorprende por el trabajo minucioso de sus construcciones, sólo los templos se muestran tan trabajados, siendo todas las terrazas, casas y depósitos de piedras pequeñas de cualquier forma, unidas por barro. Lo que sorprende de estas ruinas es que no son sólo paredes o una unión de casitas, verdaderamente tiene forma de ciudad, y los diversos puntos panorámicos permiten contemplarlo. La única emoción que me provocó todo este día fue el primer vistazo, apenas cruzada la puerta de entrada, cuando aparece de modo instantáneo frente a uno la eterna postal de estas ruinas, pero la de verdad. Porque las ruinas anteriores, especialmente Ollantaytambó, me recrearon muchos más pensamientos que esta ciudadela. Hice el tour con guía del lugar, para en-

tender todos los detalles que pudiera, y realmente encontré pocas novedades frente a lo anterior. No pretendo desmerecerlo, Machu Picchu es enorme y digno de conocerse, pero quiero mostrar que se habla mucho de todo esto y sus precios son adecuados a su gran demanda, mientras se menciona tan poquito del resto del territorio peruano, que atesora varias y grandes ruinas indígenas. Es sin dudas un muy buen negocio, y una visita interesantísima.

Bajamos a Aguas Calientes, y averiguamos para volver a Cuzco por el camino alternativo (el barato). No hay otra opción (¡qué odio!) que empezar el viaje tomando el tren a una represa hidroeléctrica: U\$S 8. Caminamos otras dos horas por las vías para evitarlo (esta vez en ojotas), y dormimos en un sucucho que había por ahí, a la vera de los rieles. Como los chicos estaban muy cansados, bajé a pedir algo para cenar. Me había indicado el dueño de este lugar una casita sobre las vías que corren más abajo. Encontré ahí a una viejita y a su hijo cenando un buen plato de fideos. Les pedí comida para tres, y acordamos en que unos sanguchitos con los fideos que sobraban y con huevos fritos no estarían nada mal. Los llevé en una bolsa que se condensaba, y eso comimos. ¡Riquísima cena!

La siguiente mañana tomamos colectivo a Santa María, y si bien nos íbamos a quedar en sus aguas termales, no nos gustó, y tomamos un minibus directo a Cuzco. Esto fue a las diez de la mañana de hoy.

El camino era increíble, con un agresivo precipicio y eventuales desprendimientos de la montaña. Volvimos a sentir peligro. Cruzamos un Abra a 4000msnm, en ruta ya asfaltada pero con niebla, lluvia y varios derrumbes que teníamos que atravesar. Los enormes paisajes dan a uno la sensación de irremediable pequeñez.

A las 7 de la tarde llegamos duros de la incomodidad, luego de nueve horas en una camionetita que andaba lento. Baño reparador, y a tomar cervezas por mi querido Cuzco.

Al fin, Machu Picchu llegó como una consecuencia de todo lo que veníamos haciendo. La ciudadela se cruzó justo después de nuestra recorrida por Bolivia y de una buena caminata por las vías. El objetivo, nuevamente, fue el viaje, y no el punto, digamos, final. Amo este viaje.

Ahora nos espera la bajada a Oruro y sus carnavales, conoceremos otros puntos por el medio.

Un beso muy grande a todos. ¡Muchas gracias por su compañía, y la info que mandaron!

Tute.

5.4. Carnavales de Oruro

31 de Enero – Sorata

¡Hola queridos! ¿Cómo andan?

Aquí hace unos días empezamos a bajar. Hubiésemos esperado a la diablada carnavalesca en Cuzco, pero la moneda peruana nos dejó casi sin billetes. El cálculo del dinero que nos quedaba por día nos dejó boquiabiertos, decidimos volver a Bolivia. Con paradas en Puno (Perú), y en Copacabana (Bolivia), llegamos una mañana a Sorata para conocer, casi de casualidad ya que casi nadie nos la nombró. Es la Capital del Trekking, y es una hermosura. Dicen que al fondo está lleno de picos nevados, pero sólo podíamos ver las grandes montañas verdes y cercanas, porque las nubes van y vienen, pero nunca se separan del fondo.

La ciudad parece colonial, antigua; tiene hermosos edificios que alguna vez fueron grandes casas, ahora abandonadas. Las paredes pintadas contrastan con los ladrillos de construcción sin revoque que abundan por la Bolivia que conocimos. (Al final no vamos a conocer la otra campana, la parte oriental; es el moño para cerrar este viaje pero no llegamos.) Sin embargo, casi todas las construcciones céntricas están ahora abandonadas.

Paramos en el hostel Mirador, a precio de Hostal, con vista de hotel de lujo. Hicimos una caminata de tres horas (en cada curva, un buen punto panorámico) a las Grutas de San Pedro, unas cuevas naturales cavadas en la montaña, de 400m de largo. Tiene un lago que, según dicen, la profundidad máxima es de 400m aprox. Al entrar encendieron las luces, y todos los murciélagos que iban de acá para allá chillando se empezaron a calmar, únicos habitantes vertebrados de las cuevas.

Unos chinos hace años bucearon por el lago, aparentemente encontraron que esta cueva se comunica con otra a través del agua. Sin embargo nunca enviaron detalles, y ya no vinieron investigadores extranjeros ni bolivianos a comprobarlo. Raro.

El punto turístico parece mucho más organizado desde el Estado que muchos otros que visitamos: entre el BID y otros fondos invirtieron casi U\$S 100.000 en folletos, construcciones, etc. Sin embargo, llegar es un poco difícil y el turismo parece seguir siendo mochilero. Hay tres caminos desde Sorata: por la ruta (debido a los derrumbes sólo la pudimos completar a pie), por una montaña (debe ser divertido, gran desgaste físico), y por el río, imposible en época de lluvias. La ruta hasta Sorata tampoco asegura la llegada, estas montañas con clima tan húmedo se derrumban en forma constante.

El cuidador nos contó varios mitos de las cuevas, por los que “muchacha gente” no se anima a investigarlas. Cómo gustan de los mitos; ¡las montañas se tragan personas porque son peligrosas, no porque tienen vida y se enojan! Nos contaba también que antes había graffitis en las rocas, los tuvieron que limpiar a todos. “Son los peruanos, que vienen a Bolivia a ensuciar.” Igual que dos taxistas: “ojo, chicos, que vienen muchos peruanos a Bolivia para robar”. Me dan ganas de contestarles que es más negocio robar en soles, pero más vale seguir con el tema del clima. Me enerva pensar en el bruto prejuicio que estos comentarios empiezan a generar.

Volvimos de las cuevas bajo lluvia, esta vez con Euge usamos una hora y media. Ahora se me está rompiendo una alpargata, voy a llegar de vuelta a casa descalzo, parece. El placer de la vuelta será este viaje las zapatillas que me esperan.

Y llegamos a La Paz. Paramos en el Hostal Carretero esta vez, más lejos y barato, y con más onda social digamos. Tres españoles, dos andaluces de Málaga y un gallego, hacían música y chistes, cuando no charlábamos entre todos. El gallego hacía música desde botellas, cubiertos, el mueble de madera, las camas de metal... después contó que es profesor de teatro, la creativa improvisación venía de algún lado. La pareja de Málaga, ya adultos, parecían drogarse que daba miedo. Mientras fumaban cigarrillos nos contaban que allá fuman mucho hachís (algo así como marihuana concentrada, explicaron), que es muy buena porque viene de Marruecos. Marruecos, aprendí, es la meca de los fumones. Anduvo Jimmy Hendrix entre otros, viendo elefantes rosas sobrevolando África. Mucha droga cruza a Málaga en barco, por el Estrecho. Cuando los helicópteros los están por descubrir, tiran los cargamentos al agua (sellados de modo impermeable), y las lanchas se guarecen en el Estrecho de Gibraltar, gobernado por ingleses, donde España no puede meter mano. “Qué buen negocio debe ser”, concluía el andaluz.

Por Bolivia vemos miles de mini-buses, muchos taxis, y pocas modernas 4×4. Parece no haber clase media con Renault Clios o Ford Fiestas.

¡Ya es 31! Pasado mañana vamos a los Carnavales, nos advierten de ladrones y precios dolarizados. De ahí tomaremos tren a Villazón si conseguimos, y colectivo de La Quiaca a Rosario.

Un beso muy grande a todos. ¡Gracias por su compañía!

Tute.

4 de Febrero – Carnavales de Oruro

¡Hola, queridos! ¿Cómo andan?

Nosotros muy bien: viajamos el primero de Febrero a Oruro, y llegamos

de noche. El alojamiento está muy caro en temporada tan alta, así que dormimos en un proyecto de hostel, sobre el piso de cemento de la construcción. A \$20BO bolivianos, ¡como un hostel bueno de otras ciudades! Sin ducha, sólo un limpio inodoro y el sucio suelo. Entonces había alternativas baratas, sólo hay que llegar, y caminar buscando.

Esa noche previa al carnaval, salimos a caminar por la calle principal, toda rodeada de gradas, algunas pobladas con bandas tocando música carnavalesca. Tomamos unos Singani, aguardiente de Bolivia, mezclados con té o leche calientes, muy rico. Y caminamos un buen rato, nos hicimos amigos de un montón de gente. El circo que se arma es grande. Esa noche parecía que todos los orurenses habían salido a caminar y a bienvenir turistas. Sólo Euge se cruzó con uno medio cruzado, lo trataba con tenso desprecio, al principio al menos. Varios nos dijeron que en Argentina los discriminamos y los tratamos de “bolitas”, a todos les contestamos que sin dudas es verdad, de hecho lo sienten, pero que también hay gente más lógica, como en todos lados incluyendo Bolivia. Casi todos lo entienden, pero algunos generalizan.

Nos acostamos a las 5am, horas antes de que empiece el carnaval. La bebida desconocida nos mató: tirados en el suelo sentíamos que las peladas paredes daban vueltas sobre nosotros. Queríamos “tirar el ancla” (bajar un pie de la cama para que se inmovilice el mundo) pero más abajo que el piso no podíamos llegar, ¡qué desesperación! Una tortura, hasta que nos dormimos.

Nos despertamos tarde (tipo 11, empezados los bailes), compramos pasaje en colectivo a Potosí (directo a Villazón no había), y empezamos a caminar por la calle principal para mirar los grupos musicales y de bailarines. Cada grupo consta de unas 40 mujeres y unos 40 hombres, todos con unos trajes increíblemente trabajados y coloridos, bailando alegremente al compás de las bandas, que se forman de unos 30 músicos, entre trombones, trompetas, tambores, redoblantes, etc. Juro que no exagero: ¡cada grupo, de los cientos que hay, se conforma de más de 100 artistas! El camino que recorren bailando tiene más de 3 km, imaginen que empezaron a las 7am, y terminaron a las 5am del día siguiente: 22 horas de grupos, y uno no se cansa de mirarlos.

Caminar por las calles es complicado: donde no hay gradas hay cientos y cientos de personas yendo y viniendo, tirándose espuma y globos de agua, y muriéndose de risa. ¡El circo que se arma es enorme! Subimos hasta la plaza, donde los grupos dan una vuelta para seguir subiendo a la montaña. Aquí se concentra mucho el turismo, las gradas cuestan más de 100 bolivianos, más de 14 dólares. Para los mochileros acostumbrados a precios de Bolivia es impensable. Así que miramos desde las libres esquinas. Aquí los bailarines se

ponían eufóricos y los espectadores también, era espectacular. Los primeros bailaban como locos, ¡como si fuera carnava!l, y los segundos alentaban de un modo que ponía la piel de gallina. Mucha fuerza. Los globitos de agua cruzaban la calle, iban de grada en grada. Todas risas. De los miles de personas que vimos, sólo vimos dos enojadas por lo mojado. ¡Que se jodan! La gente los cargaba siguiendo la diversión.

Seguimos subiendo hasta la Iglesia de la Virgen de la Candelaria, donde el camino se ensancha en forma de campo dejando lugar a los grupos para mostrar su arte. Encontramos unos asientos en primera fila a 15 bolivianos, nos sentamos sin dudar. Aquí se reunían los familiares de los artistas, casi todos bolivianos y estos tres turistas. Llegaban los grupos, se abrían para avanzar bailando, la banda caminaba llenando el abierto ambiente con su música, y, luego de un rato, los artistas entraban en la gran iglesia. El espectáculo de gente es tan numeroso, tan inmenso, y las bandas hacen una música tan fuerte y alegre, que verdaderamente emociona. Las montañas se veían llenas de gente, como en los rallies. ¡Los globos cayendo desde arriba daban miedo!

Los grupos llegan de este modo artístico a orar a la Virgen de la Candelaria, agradeciendo unas cosas y pidiendo por otras. Además de mucha historia y cultura, acá el carnaval tiene matices religiosos. ¡Igual que en Pergamino!

Los bailarines tienen cascabeles en las botas, parte de la música es creada por sus bailes. Los grupos que más me impresionaron fueron las diabladas: un conjunto de diablos vestidos con los trajes más espectaculares y enormes, bailando como locos, seguidos por un arcángel, que guía con sus Virtudes a otro grupo de diablos, los Pecados Capitales. Esto del arcángel empezó este 2008 parece. Estos grupos jugaban con fuegos de artificio, y con una música de lo más movida, además de ser los más numerosos. Impresionaba. También provocaban gran emoción las Morenadas, sobre los negros traídos a trabajar a Potosí. Todas las máscaras son, sin excepción, dignas de admiración.

Nos acostamos tipo 4am, antes de que terminara todo porque moríamos del sueño. Bajamos al proyecto de hostel, y dormimos hasta las 9. Desayunamos charqui (carne de llama disecada), y estos días comimos también ishbi (tipo cornalitos, pero empanados y del Titikaka), anticuchos (carne, riñones o corazón; asados con un aderezo lujurioso y a la vez barato), y ceviche (pejerrey –en nuestro caso– cocinado con limón y otros aderezos, pero sin calor; crudo para nuestras costumbres, se puede decir). Todo en sucuchos en la calle, todo de lo más rico y sabroso.

Tomamos el cole a Potosí, y dado que no salían de ahí coles a Villazón (Bolivia en carnaval se detiene, y todos festejan) tomamos una Toyota junto con otros 6 pasajeros bolivianos. ¡Eramos diez en la Land Cruiser, en

un viaje de 8 horas! La pasamos bien a pesar de que el traste sigue cuadrado. Ya bajando a Argentina empezamos a recordar anécdotas del viaje, nuestros compañeros escuchaban divertidos. En un momento nos callamos: empezamos a escuchar noticias argentinas en tonada argentina: AM630. Dijo el conductor: “¿Saben para qué la puse? ¡Para que escuchen! ¡Y se callen un rato!”, y risas de todo el auto, había muy buena onda. Pinchamos nada menos que tres cubiertas en el camino; en la última, ya secos de repuestos y mientras peleaban con parches improvisados, subimos a un cole que justo pasaba y amablemente aceptó a los nueve pasajeros. El pobre conductor de la camioneta se quedó a esperar no sé qué cosa. Cambiar las ruedas con ese frío era un sufrimiento.

Llegamos a la frontera de madrugada. Cruzamos hoy a La Quiaca, ¡bienvenidos a Argentina! Tenía ganas, ya. El Pasaporte está quedando hermoso con tantos sellos. Comimos medialunas, facturas, bizcochos; no lo podemos creer porque podríamos haber comprado también pan “felipe”, el “pan de verdad”. En fin, ¡comemos todo lo que extrañamos, y vamos a extrañar todo lo que comimos!

En un rato sale el cole, mañana 5 de Febrero llegamos al mediodía a Rosario. Seguro caeré en la tarde por Perga. Estamos felices, luego de semejante viaje.

¡Disfruten de por lo menos 5 meses sin noticias viajeras! 11 meses, a juzgar por las deudas contraídas estos días.

Un abrazo muy grande a todos, y muchas gracias por su compañía. Nos vemos;

Tute.

Agradecimientos

“El agradecimiento en la mayoría de los hombres no es sino un oculto deseo de recibir mayores beneficios.”

François de La Rochefoucauld

No fue fácil dedicar el libro. ¡Las concisas líneas que pretendía se inundaron de nombres y motivos! A la minuciosa revisión sobrevivió el (ciertamente sentido) cliché: quedaron los viejos, y mis amigos y compañeros de viajes Ezequiel, Guido y Eugenio. Será que no merecieron capítulo aparte pero, sea como sea, sigue la lista de las personas a quienes quiero agradecer en forma especial:

- A Julio Godoy, quien me llevó de la oreja a cruzar la Cordillera en bici a mis 14 años, con su auto de apoyo conducido por mi tío, otro viajero de profesión. Fue el primer *viaje*, y no lo pude creer.
- A la familia española, especialmente a “Eugenín”, quien se tomó vacaciones en las semanas que los visitaría para enseñarme buena parte de España y Asturias.
- A los Piaggio, especialmente a Gustavo e Ina. Mi casa y Hogar en Alemania.
- A Axel Becker, otro viajero de profesión (pero este de verdad). Luego de dejarme su bicicleta para conocer los alrededores de Göttingen, con generosidad y sonrisa me la dejó para todo el viaje por el sur alemán también.
- A Mangacha y a Richard, quienes me ofrecieron un hogar mucho más cercano que América, en caso de que no me encontrara a gusto en Alemania.

- A Claus. No se preocupó de integrarme a una charla de alemanes, sino para ofrecerse de guía y mostrarme lugares imperdibles para la bici. Estas actitudes, dignas de imitación, dan belleza al mundo.
- A Simón y Ale Drucaroff. Sin su incentivo y ayuda difícilmente hubiera llegado a armar *Relatos de Viajes* a partir de aquella desordenada seguidilla de e-mails.

En fin, agradezco a quienes se relacionan como Humanos. Por esa obvia pero a veces olvidada simpleza, uno vive tan plenamente como sólo un Humano puede, y merece, hacerlo.

Epílogo

“Lo mejor de los viajes es lo de antes y lo de después.”

Maurice Maeterlinck

Me parece casi necesario viajar, seguramente, porque en cada viaje crecí un poquito, evolucioné como persona, pensé cosas que nunca –en la vida diaria– pienso. Vuelvo cuestionando cosas, celebrando otras, con ganas de empezar algo nuevo y de dejar algo viejo; en fin, con ganas de mejorar.

Encontré que en la vida curricular no cuento con la simpleza y apertura mental que tengo de viaje, lo atribuyo a dos cosas.

La primera es que estar de viaje implica un corte en mi rutina, dejando todo el tiempo libre para ocupar el cerebro en lo que quiera, sin obligaciones pendientes. Estoy abierto a pensamientos que en la rutina juzgaría como “pérdidas de tiempo”, y que sin embargo son más profundos y de largo plazo que los que tengo durante el año.

La segunda razón es que los tiempos de fin de año (que es cuando generalmente tengo vacaciones) se prestan para estas evaluaciones: qué se logró en el año pasado, cuánto se lo disfrutó, qué sería bueno hacer (o dejar de hacer) en el año entrante. Es más fácil de que surjan esos pensamientos en estas épocas del año, mirar si el camino recorrido se acerca a lo que queremos y creemos bueno, o hay que ajustarlo un poco.

En cambio, ocuparme de estos cuestionamientos “de fondo” durante el año, me alejan de las metas más cortitas y cercanas (aprobar el examen que se acerca, terminar el trabajo a tiempo). Más vale terminar las tareas que estoy haciendo, y, una vez concluidas, hacer un entretiem po para evaluarlas. Así, creo, me acerco a un equilibrio, y voy proponiendo pequeñas y grandes metas a mi vida, e intento seguirlas.

¡Pensar que en un principio creía que viajar se trataba de divertirse y de mejorar mi entrenamiento en bici! La verdad es que la experiencia resultó siempre mucho más espiritual.

Por eso me parece tan importante salir a conocer lugares. Descubro ahora que, en gran medida, por eso amo viajar.

Eugenio Costa.
26 de Diciembre de 2007